
CARMELA TRUJILLO
Luci Fer
vive arriba
LUCI FER
3ºB
Harper f

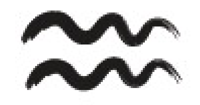
Índice

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.
Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47
Editado por HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid
Luci Fer vive arriba
2021 Carmela Trujillo
© 2021, para esta edición HarperCollins Ibérica, S.A.
Poema *Ya es invierno*: autoría de Carmela Trujillo. Publicado en el poemario *El estrés de las libélulas*, Editorial Libros del Aire.
Todos los derechos están reservados, incluidos los de reproducción total o parcial en cualquier formato o soporte.
Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos comerciales, hechos o situaciones son pura coincidencia.
Diseño de cubierta: CalderónStudio
ISBN: 978-84-18976-10-0

Para mi madre, Adita Trujillo. Quince años sin ella.

CASI VERANO

PRIMERA PARTE



ACUARIO

(…) podrías recibir apoyo y buena voluntad por parte de tus amistades y clientes. En fin, será un día de algunos logros a pesar de tu caos interno.

Como cada mañana durante su desayuno, Luci consulta Instagram y Facebook en su móvil. También lee alguna noticia entre sorbo y sorbo de café con leche y cucharadas de cereales. Y, cuando acaba, mira su horóscopo. Es Acuario. Le gusta saber lo que el día le deparará. A veces, le hace gracia el vaticinio. Otras, lo ve improbable.

Total, para qué, piensa, si luego no recordará nada de lo que ha leído porque no le interesa. Pero le da igual, ella sigue ese ritual desde hace tres meses, desde que comenzó a trabajar en la nueva peluquería, un selecto salón con una clientela exquisita. El día de la entrevista comenzó por primera vez a leer el horóscopo en un diario digital y le predijo algo así como que ese día obtendría, por fin, lo que tanto tiempo había deseado gracias a su nueva imagen. Entre paréntesis, el horóscopo señalaba que podía ser un trabajo largamente ambicionado, una relación amorosa o…

Bueno, Luci ya no se acuerda de qué decía exactamente, pero sí de que acertó en eso del nuevo trabajo y también en que su cambio de *look* le abriría una puerta que creía cerrada (ella lo relacionó al tinte bicolor de su flequillo rubio). Así pues, desde hace tres meses, intenta mantenerse fiel a esas dos cosas: su flequillo azul y verde y la lectura del horóscopo.

Oye un ladrido de Chuzo, el perro labrador de Luis y Merche, sus compañeros de piso. Piensa que seguramente estará mirando por la ventana y habrá visto pasar a otro perro por la calle. Tiene un vozarrón digno de los cuarenta kilos que pesa. En ocasiones, los vecinos se han quejado de sus ladridos, sobre todo cuando se encuentra solo. Pero, pronto, Luci dejará de oírlos. Y dejará de oírlos para siempre. Eso piensa, con cierta satisfacción por su parte. Sí, pronto encontrará un piso de alquiler para ella sola. Es hora de lanzarse a conseguir su sueño (piso propio, vivir sola) ahora que la vida la está tratando muy bien.

Se despeina enérgicamente su flequillo mitad azul y mitad verde para que salgan disparados los mechones y surja un color como el de las olas del mar (eso dice ella). Cuando llegue al salón de peluquería ya se colocará la amplia diadema turbante, con un nudo inmenso, que

tanto le favorece —eso le dice su jefa—, a pesar de que Luci sabe que es para no asustar a la clientela.

—Es un salón distinguido —le dijo la dueña cuando la contrató— y tu cabello no va acorde con nuestro estilo, pero respeto tus gustos. ¿Qué tal si pruebas a llevar algo así?

Y entonces le ofreció una diadema ancha, estampada con flores. Bueno, por qué no, se dijo Luci. Había tenido mucha suerte cuando esa mujer, tan valorada profesionalmente, con un premio nacional en corte y coloración capilar, había accedido a entrevistarla. No solo eso, sino que luego la contrató porque había visto en ella grandes cualidades (eso le dijo) y le ofreció un lugar en su paraíso. Solo lavaría, peinaría y secaría, como el resto de sus compañeras, porque de los cortes ya se encargaba ella, la jefa. ¿Y qué? Luci habría firmado solo por barrer las toneladas de cabellos dispersos por el suelo.

No se lo podía creer.

Una clientela tan distinguida.

Seis compañeras.

Horario continuo de 9.30 a 18 horas.

Pausa para comer en el mismo establecimiento.

Los lunes, libres.

Los sábados por la tarde, también.

Luci sale de la cocina dejando la taza y el plato en el fregadero, no dentro del lavaplatos, como siempre le sugirieren Luis y Merche. La caja de cereales, abierta sobre la mesa. Sus dos cepillos, el dental y el capilar, abandonados en el lavamanos del baño junto a una decena de cabellos y que no recoge (no se da cuenta, ya).

Al cerrar la puerta del cuarto de baño, oye cómo se cae uno de los albornoces que cuelgan detrás, pero no muestra ningún interés por volver a colocarlo en su sitio y se dirige a buscar su bolso y las llaves.

Chuzo, el dorado labrador, la sigue moviendo la cola. Luci mira su cuenco de agua y le pone más, por si acaso. Luego, le da un par de galletitas perrunas, le acaricia detrás de las orejas y le dice que le echará de menos cuando se vaya.

—No a tus putos ladridos —le sonríe—. Ni a tus asquerosos pelos. Pero a ti, sí.

Suena la canción *Oye cómo va*, de Santana

Nananá… mi ritmo… nananá… mulata. Emma se quita los auriculares antes de abrir la puerta. Firma el recibo que la transportista le presenta. Se despiden (adiós/gracias) y corre a abrir el pequeño paquete. Es una compra que realizó por eBay semanas atrás. El envío viene de Italia. Al abrirlo, ve el bolso de Chanel que tanto le gustó. De color rojo. Redondo. Pequeño. ¡Ideal!

—¡Qué maravilla! —murmura mientras lo acaricia y se imagina cuándo lo utilizará, dónde, con quién. En una gran fiesta invitada por unos anfitriones que algún día conocerá. En el teatro porque alguien le enviará una entrada. En una cena elegante con un apuesto admirador. En…

Suspira. Cae en la cuenta de que tal vez no lo usará nunca. Ella ni va a fiestas ni la invitan a ninguna parte. Ya no. Años atrás sí, cuando quedaba con Luci en los merenderos o en las fincas de sus amigos y pasaban horas y horas hablando y riendo. O se escapaban, ella y Luci, a Bilbao para bailar y ligar en la discoteca Fever (recordarán, siempre, el concierto de Fangoria y de Nancys Rubias en noviembre de 2006). Allá, en Bilbao, Emma podía ser ella misma. Vestir como siempre quería vestir. Ir sin que la reconocieran. Vivir la vida que quería vivir. En Logroño eso no pasaba, claro.

A Emma le gusta comprar bolsos y zapatos. Espera ocasiones que nunca llegan. En su imaginación, sí. Porque en su imaginación tiene libertad absoluta y puede elegir con quién estar y a dónde ir.

Sí, tiene una portentosa imaginación.

Del bolso Chanel recién llegado de Italia cuelgan una estrella y una esfera. Ambas son doradas, como la trenzada cadena con piel roja para llevarlo colgado. O cruzado. El alegre pompón en la cremallera le hace sonreír. Observa el pequeño bolso por arriba, por abajo. Todo está en perfecto estado. Sí, es el adecuado para conjuntar con el vestido negro que le acaba de confeccionar su madre. Un vestido que es la copia perfecta de un Roberto Verino de hace un par de temporadas que ambas habían visto por internet.

Tras valorar su estado exterior, Emma mira el interior, buscando que el forro de color negro esté en buenas condiciones. Nunca se sabe con las compras de segunda mano, piensa, y sonríe al comprobar que sí, que todo está bien. Pero… ¿qué hay dentro del bolsillo interno? Es una nota doblada. ¿Una pequeña carta? La lista de… ¿qué? ¿De qué se trata? Lee:

Le cinque caratteristiche del mio uomo ideale: Alto, coltivato, attraente, con un censo dell'umorismo e giapponese.

«¿Giapponese?», se extraña. ¿Un japonés como hombre ideal?

«Ummm, qué buena idea».

¿Y qué es eso de *un censo dell'umorismo*?

—¿Quién ha llamado? —pregunta su madre, a lo lejos.

—¡Una transportista, mamá!

—¿Y a santo de qué ha venido una alpinista?

Emma suelta un enorme suspiro de resignación. Su madre cada día está más sorda. Y mayor. No, no dice «vieja». Ni se le pasa por la cabeza.

POLLO AL HORNO CON PATATAS Y CEBOLLA

1. Pelamos las patatas, las cortamos en rodajas finas y las ponemos como base en una bandeja para horno. También pelamos y cortamos en finas tiras las cebollas. Las colocamos encima de las patatas. Salpimentar.
2. A continuación, ponemos los muslos encima de las patatas y la cebolla. Le añadimos a todo un vaso de agua y un chorrito de...



Susana cierra las ventanas de todo el piso. El suelo ya está seco. Mira la hora. Las doce. Tiene el tiempo justo para bajar a la carnicería a buscar el pollo troceado. ¿Qué decía la receta? ¿Muslos? Pues muslos. Añadirá algo de arroz. O verduras. Ya verá. Siempre se acaba inventando las recetas. Luego, se lo contará a Pedro, el profesor de Matemáticas, cuando le vea por la tarde en la sala de profesores. No le había vuelto a ver desde la adolescencia, cuando ambos frecuentaban el mismo grupo de amigos y quedaban en la plaza de la concatedral y luego bajaban hasta el río para dar una vuelta. O se tumbaban en el césped de la ribera para continuar hablando, riendo y fumando.

A ella le gustaba Pedro en aquella época en la que todos eran hermosos, libres y alegres. Vivaces. Valientes. Estaba segura de que Pedro también estaba interesado en ella. Sin embargo, salvo miradas cómplices y pequeños empujones que anticipaban una risa, nunca traspasaron esa barrera.

Luego, ella conoció a Juan y se casaron rápido por eso del embarazo. Y perdió el contacto con los amigos. Con casi todos. También con Pedro, claro. Un día le contaron que él también se había casado. En otra ocasión supo que había aprobado las oposiciones a Magisterio. Que tuvo una hija. Un hijo, más tarde. Que su mujer había abierto una perfumería. Que… Pequeñas noticias llegadas con cuentagotas. Ay, Pedro, Pedro, Pe.

Hacía años que no pensaba en él, pero meses atrás, la empresa de

limpieza en la que trabaja envió a Susana a un centro de primaria al que nunca había ido. A veces pasa eso, hay alguna baja, algún problema con otras limpiadoras, y la encargada siempre se lo comunica a Susana. Porque ella siempre dice que sí. Siempre. Ya lleva diez años en la empresa y está muy contenta, la verdad. Así que fue al nuevo colegio y allí se encontró con su querido Pedro.

La sonrisa sincera cuando se encontraron, en un pasillo, la primera tarde.

Los dos besos al saludarse.

Los saludos y las charlas de cada día desde entonces.

La receta del pollo al horno con patatas y cebolla se la dio él, precisamente. Siempre le está dando ideas. Nunca se hubiera imaginado que a Pedro le gustara cocinar. A ella le encantaría que Juan, su marido, fuera así, que fuera el que cocinara en casa, que hiciera todo tipo de platos, que ella solo tuviera que sentarse a la mesa y ya está, a comer….

Ay (suspira), cómo le gustaría algo así.

Y, desde hace unos meses, su mente le machaca preguntándole qué hubiera sido de su vida si ella, en un alarde de valentía, le hubiera dicho a Pedro, cuando eran adolescentes, que estaba enamorada de él. ¿Qué habría pasado si él hubiera dejado a un lado su propia cobardía y le hubiera dicho a ella que era el amor de su vida? ¿Qué habría sucedido entonces, eh?

Eso se pregunta Susana.

Cada día, nada más y nada menos.

Y las posibles respuestas forman abismos que le provocan vértigos.

A veces, ella busca posibles encuentros con su querido matemático y pasa la mopa por las baldosas que él pisará minutos después. Se ha convertido en una experta geolocalizadora y sabe perfectamente dónde se encuentra él tras las clases y antes de que se vaya a su casa. En esos encuentros, Susana se hace la despistada y Pedro la llama por su nombre.

—¡Susan! —grita (porque así la llamaba en la otra vida, en la vida adolescente) y añade una gran sonrisa a su rostro moreno.

Entonces, ella también sonríe mientras se coloca un mechón de su cabello detrás de la oreja. Luego, baja los ojos y mueve el carrito de limpieza a otro lado, solo para no alargar mucho ese encuentro. Su nombre pronunciado por otra persona. Pronunciado por él.

Desde que eso ocurre, opina que todo el mundo debería ser llamado por alguien de vez en cuando.

Ser llamado en voz alta y con respeto, añade.

En otras ocasiones, Pedro quiere saber cómo está ella. Cómo está

ese lunes, ese viernes, o qué tal le fue el fin de semana. Y pasan los días y esa amabilidad sustenta a Susana. Se ha hecho adicta a él y a las breves conversaciones que mantienen, que son únicamente culinarias. De tiempos de cocción, de menús más o menos fáciles. Y es que a él le gusta invitar a la familia y a los amigos a su casa, eso le cuenta en ocasiones. Y a Susana le encantaría poder estar allí, en esas reuniones en las que ella se imagina alegría y felicidad, todos hablando y riendo a la vez, quitándose la palabra unos a otros, degustando la paella o los canelones o el bizcocho de su querido Pedro.

¿Cómo que *querido Pedro*?

¡Pero qué descarada se ha vuelto su imaginación!

LA ATRACCIÓN

1

Héctor está a punto de salir cuando suena su teléfono móvil. Es Carlitos, Charlie, Carlos, uno de los transportistas más veteranos de su empresa.

—Dime, Charlie.

Silencio.

—Dime, dime —contesta con el teléfono apoyado entre la oreja y el hombro. Mientras, se pone los *loafers*. Héctor los llama así, pero no son otra cosa que mocasines. Los que lleva ese día son de ante marrón tabaco, con borlas, y los hacen a mano en Almansa, el municipio albaceteño. Si alguien estuviera interesado, Héctor le podría contar, por ejemplo, que la palabra *loafer* significa holgazán, por lo fáciles que son de poner y quitar, y le diría, también, que se inventaron en Noruega a principios del siglo XVIII. Pero, salvo por lo llamativo que suele vestir siempre, a nadie le interesa la historia de su vestuario o dónde lo compra.

En verdad, es un hombre bastante solitario del que sus conocidos o empleados saben poco, salvo que se dedica a su empresa de transportes y a sus ejercicios en el gimnasio o en el Parque del Ebro. También saben que sus orígenes son peruanos, de ahí su piel morena y su oscuro y lacio cabello que le llega a media espalda y que lleva recogido en una coleta baja. Y es que Héctor, al igual que muchos pueblos indígenas, considera que los cabellos son como unas antenas que recogen y canalizan la energía del sol. Él cree en ello y siente mucho respeto por su cuerpo. Y por todo su entorno, ya sea humano, animal o vegetal.

Sus conocidos opinan que es un hombre muy correcto, amable, callado, y que irradia fuerza, tal vez por su mirada oscura, tal vez por su cuerpo musculado y su ancha espalda. En la piscina, dicen que es un abonado madrugador y constante. En los comercios de alrededor, que le gustan los productos de calidad y de la propia comunidad. Sus vecinos (bueno, las ancianas vecinas) hablan de su cortesía y respeto. Incluso añaden que es el mejor vecino que han tenido nunca.

¿En su empresa de transportes?, pues todos sus trabajadores opinan que es un jefe exigente y considerado y que no lo cambiarían por otro.

No, a su pareja no podemos preguntarle nada porque no tiene. Y nunca la ha tenido ni considera tenerla en un futuro, porque Héctor no cree que su destino sea completarse con otra persona. Ni siquiera se plantea tener hijos con los que perpetuarse.

Es un hombre al que le gusta la soledad y su mundo bien estructurado. El orden. La limpieza física y mental. El silencio. La calma.

Héctor es un nikkei de tercera generación, un descendiente de aquellos japoneses que llegaron a Perú a principios del siglo pasado como mano de obra para trabajar en haciendas. Su abuelo fue uno de los primeros que montaron un pequeño negocio en la capital, Lima, y luego todos sus hijos y los hijos de sus hijos continuaron la senda de ese abuelo inmigrante y fueron abriendo otros establecimientos hasta conseguir el estatus solvente en el que se encuentran desde hace décadas. Él y un primo que vive en Madrid son los únicos que han llevado al apellido familiar, Koizumi, a ocupar un puesto importante dentro de la mensajería y la paquetería en España.

—Disculpa, Charlie —carraspea Héctor—. ¿Qué me decías?

—Que… que pido permiso, si no le importa, para llegar más tarde —siempre le llama de usted, porque Carlos sigue y obedece las jerarquías. Y un jefe, es un jefe, piensa, a pesar de que sea casi treinta años menor que él.

Héctor se endereza, mira la hora. Las 7.35. «Joder, con la de repartos que hay hoy en la empresa».

—¿Por qué? ¿Qué ha ocurrido? —estira el cuello a un lado y a otro. Mueve los hombros. Las manos las abre y las cierra.

Silencio, de nuevo.

—¡Venga, Charlie, espabila! Dime, ¿qué? ¿Estás mal?

—No, yo no. Es… Perla.

—¿Perla? —Héctor piensa unos segundos. Recuerda. Ah, sí, Perla, la perra de Charlie. La recogió de la carretera hace siglos, cuando iba con un reparto a Irún. Sí, Héctor se acuerda bien. Fue todo un acontecimiento en la empresa. Y un flechazo, parece ser. El animal, enorme, pero desnutrido y con ojos suplicantes, no se movió del arcén. Tenía una cadena oxidada al cuello, a modo de collar, y arrastraba una cuerda, así que se debió escapar del lugar donde la tenían atada (a saber desde cuándo, tal vez toda su vida). La perra estaba llena de garrapatas y deshidratada. Y con infección de oídos, le diagnosticó la veterinaria horas más tarde, tras comprobar que no tenía chip identificatorio. Así que, cuando Carlitos abrió la puerta del copiloto para bajar y ver qué le ocurría, la perra se subió al asiento de un salto. Tal cual, como si solo hubiera bajado a mear. Y se la llevó—. ¿Perla? ¿Ha empeorado?

—Sí, jefe —Carlos suspira—. Voy a llevarla al veterinario. Abren a las nueve.

—Bueno, pues que no sea nada, hombre. ¿Qué necesitas, un par de horas?

—Es que…

Un largo silencio. Héctor comienza a impacientarse. Ya se ha

puesto la cazadora. Abre la puerta de su piso, la cierra. Comienza a bajar por las escaleras, sin apenas hacer ruido. Sus zapatos son buenos incluso para eso y no rompen ningún tipo de silencio. Las llaves de su Mercedes, sí, esas sí son unas ruidosas, tintineando en su mano abierta. Llaves risueñas que quieren abrir cuanto antes el magnífico cupé de clase E que espera a Héctor en el garaje de enfrente.

—¿Qué, qué pasa, Carlitos?

—Es que no solo es una visita. Creo que la van a dormir, jefe. Es muy viejecita —se le quiebra la voz—. Esta mañana ya no podía levantarse para bajar a hacer sus necesidades. La he llevado en brazos hasta la calle y… —otra rotura en su voz—. No se tenía en pie. Pobrecita mía…

—Joder, Charlie, no sabía que estuviera tan mal —Héctor se queda parado en el vestíbulo del edificio. Oye una puerta que se abre y el chirrido de unos goznes Mira hacia arriba: doña Patricia se asoma al hueco de la escalera. Es una auténtica chismosa y su moño deshecho le da un aspecto de loca. Héctor le ofrece una sonrisa y levanta la mano para saludarla, pero se gira al instante para no darle pie a preguntar nada—. Mira, Charlie, tómate el día libre.

—¿Todo el día? —su voz suena gangosa.

—Claro, tío. Yo haré tu ruta. No te preocupes por nada. Tú, despídete de Perla, sin prisas. El tiempo que necesites, de verdad.

A ver, piensa Héctor, Perla solo es una perra, vale, pero le consta que Charlie la tiene en alta estima. No solo eso, sino que siempre ha considerado a ese enorme saco lanudo como parte de su familia. Es el único ser vivo que se alegraba de verle, le contó Charlie tiempo atrás. El único ser vivo que le demostraba sincero afecto.

De nuevo, el silencio.

—Venga, Carlitos, ánimo. Me gustaría ir contigo —se pone la mano en el corazón—, pero ya sabes que los repartos tienen que salir sí o sí. Y ya llego tarde —mira su enorme reloj, un precioso Tissot con la esfera en azul eléctrico y la correa en piel marrón.

—Gracias —contesta con un hilo de voz.

—Y dime, ¿no puede acompañarte nadie? ¿Alguien de tu familia?

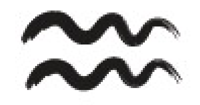
—No —susurra—, nadie.

—Joder, qué marrón…

—No pasa nada.

—Sí, sí pasa —suspira—. Te llamo luego, ¿vale? Y hoy no vengas a la empresa, en serio.

Carlitos, Charlie, cuelga al momento. No quiere que su jefe le oiga llorar. Y Héctor se lo agradece.



ACUARIO

Tienes una luz interior muy buena y llamas la atención de muchas personas, pero tú sabes bien lo que quieres y, cuando lo quieres, lo consigues. Presta atención al número 7, te traerá suerte.

Luci se dirige a ver un piso de alquiler, un dúplex, en plena Gran Vía. En las fotos de la agencia inmobiliaria parecía precioso, recién reformado (eso decía el anuncio), con suelos de parqué, una cocina mínima y un cuarto de baño moderno. También vio en las imágenes que tenía dos balcones, uno que daba a la fachada principal y otro a un patio de manzana. Y Luci se imaginó que en esos dos balcones podría poner plantas, sacar una silla, una mesa, tomarse un vinito mientras descansaba de tantas horas de pie.

La agente inmobiliaria espera en la puerta del edificio, el número 7, y Luci se acerca a ella repleta de esperanza. Tal vez se trate del piso definitivo. ¿No le había dicho su horóscopo que prestara atención a ese número? Cruza los dedos cuando traspasa el portal que, con sus buzones y sus macizas puertas, sigue anclado en los años setenta. El ascensor, también, pues traquetea. Incluso tiene en el espejo una placa con un dibujo en el que aparece un niño con pantalón corto que da la mano a su madre. La madre no solo viste una minifalda, sino que va peinada al estilo *pin-up* y con diadema.

Cuando ambas salen del ascensor en la quinta planta, comienzan a recorrer un kilométrico pasillo repleto de puertas, a un lado y a otro (hay tantas que parece un hotel).

5 A, 5 B, 5 C, 5 D...

La mínima luz le provoca a Luci un escalofrío, una mala sensación. Es el miedo a llegar de madrugada, por ejemplo, y confundirse de puerta o ¡no encontrarla! O que, tras una de ellas, salga un asaltador. Un atracador. Un acosador. O alguien que quiera golpearla con una escoba, como si fuera el tren de la bruja. Y también está ese olor que lo impregna todo, ese tufo a comida, sudor, humo. Olor a hogares mal ventilados.

Al entrar en el piso, Luci se maravilla y no lo oculta, porque realmente se puede entrar a vivir en él. Aún huele a pintura. Aún no han retirado la caja del embalaje del microondas y la de una lámpara. Sin embargo, a medida que recorre las dos plantas, no se ve habitándolo. Por ejemplo, no existe ninguna protección, ninguna

barandilla en la escalera que sube al piso superior. Le recorre la duda de si acabará cayéndose por ella cuando le entre una sed nocturna tras una indigesta cena. O tal vez también acabará cayéndose cuando regrese, agotada, tras una fiesta. ¿Y si se cae su gato? Sí, el gato que adoptará en cuanto tenga (por fin) un piso propio. Teme que el pobre acabe precipitándose al vacío como si fuera la hoja de un árbol. En su imaginación, el gato sobrevive. Menos mal.

La cocina es bonita para una foto. O para quedarse en medio, sin moverse. Pero resulta tan pequeña que, si Luci abre dos cajones a la vez, se queda atrapada en una sutil trampa. Y qué decir si mantiene abiertos la alacena y el microondas. O un cajón y la nevera enana… Cree que será imposible cocinar y ensuciar utensilios, de manera que estará obligada a pedir constantemente *pizzas* a domicilio. Comida japonesa. O china. Pedir lo que sea para cenar. Calorías vacías. Hidratos de carbono. Adiós a la comida mediterránea. Y si ella, que está delgada, no cabe en esa cocina, no quiere ni imaginarse a Emma allá, cuando vaya a visitarla.

¡Y qué decepción, los balcones! En uno de ellos, el que da a la ruidosa Gran Vía, solo puede mantenerse en vertical o apoyada en la barandilla. Nada de poner una silla abierta (si está plegada, cabe). Y desde el otro balcón, el que tiene vistas a un inmenso patio de manzana, podría saltar, cómodamente, a los balcones de sus respectivos vecinos, a la derecha y a la izquierda, para pedirles, por ejemplo, un poco de hielo o una tacita de arroz. Y, bueno, es evidente que, si ella puede hacer eso, sus vecinos también lo harán (saltarlo y tal) y, ya que están, llevarse sus pertenencias. Incluso le podrían robar el gato. ¡Otra vez la dichosa imaginación!

Suspira. El horóscopo se ha equivocado. Además, ¿a quién se le ocurre dar credibilidad a cuatro líneas generales para todos los que llevan el mismo signo zodiacal?

—No, no me lo quedo —le dice a la agente inmobiliaria.

Y esta decide no enseñarle el garaje. Menos mal, piensa, porque no sabe cómo bajar hasta él. Es la primera vez que enseña ese piso y hay tres ascensores que llevan a plantas diferentes. Un lío.

2

Pepa, la madre de Emma, ve la cola de coches que se está formando más allá, en la rotonda. Lo normal es que las rotondas se congestionen a esa hora de salidas de los colegios. Viene del Alcampo, acaba de hacer la compra de la semana. Aún se está preguntando cómo se le ha podido olvidar en casa la bolsa para los congelados. Qué mala memoria, se dice, molesta.

Comienza a frenar poco a poco.

Espera llegar pronto a casa.

Que no se derrita nada, pide mentalmente.

Que el aire acondicionado siga funcionando en esta tartana, ruega al dios vehicular, si es que existe un dios así. Vehicular. Se ríe de su propio chiste. ¿Y por qué no?, se pregunta. Un dios para cada cosa. ¿No había una novela que se llamaba *El dios de las pequeñas cosas*?, piensa. La leyó hace siglos, eso recuerda. Era de la India, ¿no?

Y, de repente, el golpe.

—¡Ay, Dios mío! —exclama, sin saber qué ha pasado.

Ha sido el típico golpe en cadena. El coche de atrás ha chocado contra el suyo. Ella choca con el que tiene delante. Seguro que el de delante ha hecho lo propio, también, con el que le precede.

Solo piensa en los congelados y en que ahora tendrá que hacer el parte para la aseguradora. Ruega que no digan que es siniestro total. Porque ¿qué le darán por esta antigualla? Nada. Ni la entrada para uno nuevo.

—Que ya le vale a mi hija, ya, seguir con el viejo coche del padre, que en paz descanse —murmura.

Pero, cuando tuvieron la oportunidad de comprar uno nuevo, años atrás, Emma le dijo que en su carné aún figuraba el nombre antiguo, también la foto antigua, y que ella ya ni se llamaba así ni se parecía al chico de la pequeña fotografía. Así que cómo iba a mostrarlo en ningún sitio, ni para pedir un crédito ni para comprar un coche. Que no, que no. Que mejor esperaran a que ya hubieran pasado los dos años de tratamiento y así podría ir al registro a hacer el cambio de nombre y…

Pero luego vinieron los gastos de las operaciones.

El gasto de otras cosas relacionadas con el mismo tema.

Y la desgana, también llegó la desgana. Y el temor al futuro.

Total, que seguían con el mismo coche y con menos dinero.

Pepa piensa en que no llegará a tiempo a hacer la comida; en que Emma no tendrá el plato en la mesa a las dos, cuando salga de la oficina; en que no sabrá cómo hacer el papeleo; en que…

Alguien golpea el vidrio de su ventanilla.

Pepa brinca en el asiento. Qué susto se ha dado. Baja la ventanilla.

—¿Se encuentra bien? —le pregunta un hombre que lleva una gorra visera del Athletic.

Va sin afeitar. Los ojos, de color ámbar, están rodeados de numerosas arrugas y transmiten una inmensa pena. Tal vez por sus párpados caídos, piensa Pepa, aunque rectifica al instante: no, no, ese desconocido tiene que ser una persona alegre, alguien que se ríe mucho. En otros momentos, claro. No ahora. Pero le delatan precisamente esas arrugas en los ojos y las que tiene en las comisuras de los labios. Arrugas de la risa, seguro que se llaman así, piensa mientras cierra un momento los ojos. Está tan, pero tan cansada…

—Dígame, ¿se encuentra bien? —repite el desconocido, que ya ha abierto la puerta del conductor. Le toca el hombro. Se le ve realmente preocupado.

—Sí, claro, no estoy muerta.

Y se ríen. Ambos se ríen a la vez. Como si todo eso fuera una fiesta. El accidente. Los congelados derritiéndose en la parte de atrás (las croquetas, la ensaladilla rusa, las empanadillas, el arroz tres delicias…). A ella le ha entrado el hambre de repente y sus tripas lo confirman con su sonido característico. Sonríen de nuevo.

Desde su asiento, Pepa observa que hay mucho trajín alrededor. La gente ha bajado de sus vehículos para comprobar los daños. Se quejan en voz alta. Algún insulto se escapa. Hablan por los móviles o con sus acompañantes. Se oye algún claxon a lo lejos. Incluso una sirena. La policía, seguramente.

El desconocido, el de la gorra del Athletic y los ojos bonitos, le dice:

—Deme la mano, que la ayudo a salir del coche.

—Espero que se haya roto de una puñetera vez —y se refiere al Chrysler—. Mi hija dice que, mientras ande, no piensa comprar otro. A ver si ahora…

—Nunca hay mal que por bien no venga —le contesta él.

—Me lo ha quitado de la punta de la lengua.

Se sonríen y Pepa, aún agarrada a la mano del desconocido, se deja guiar a la sombra de un castaño del parque que hay al lado. Él le pide que se siente en el césped. Y ella duda. Se lo dice abiertamente mientras mira el suelo:

—Ay, es que llevo esta falda blanca que en mala hora me he puesto y… —él ya ha sacado un paquete de pañuelos de papel y los está colocando en el césped— que en mala hora me la he puesto esta mañana. ¡Pero, bueno, muchísimas gracias! —le sonríe, encantada—. Es usted todo un caballero.

Él la toma del brazo y la ayuda a sentarse en el césped, aún fresco a esa hora.

—¿De verdad que no le duele nada? ¿La cabeza? ¿El cuello?

—De verdad —y le indica que se siente a su lado—. Siéntese, joven.

Ja, ja, ja.

—Joven —repite él mientras se quita la gorra. Más risas—. Usted sí que es joven.

—¿Sabe si tenemos que esperar a la grúa? —quiere saber Pepa. Mira hacia atrás, hacia su coche—. No sé qué hay que hacer en estos casos, nunca me ha pasado algo así.

—Yo ya estoy acostumbrado a ver estas cosas —le sonríe—. Llevo cuarenta años siendo transportista. Me llamo Carlos —y le tiende su mano—. También me llaman Carlitos. O Charlie.

—¡Oh, pues me gusta mucho más Carlos! Es más, más… —no se atreve a decirle que suena más a hombre hecho y derecho. Le estrecha la mano—. Y yo, Pepa.

Hay un breve silencio, pero no molesto. Y deciden romperlo a la vez. Ella dice:

—Se me va a derretir la compra.

Y él:

—Acaba de morir mi perra.

—¡Cuánto lo siento! —y Pepa deja su mano en el hombro de Carlos. Treinta segundos. Luego, la retira, porque cree que son demasiadas confianzas con ese desconocido. Con cualquier desconocido. Qué dirá la gente si la ve.

—La han dormido. Pobrecita mía —calla unos segundos—. Acabo de dejarla en el veterinario. Ellos se encargarán de incinerarla y… y ya está. Hace una hora la tenía en mis brazos y ahora…

Pepa vuelve a dejar su mano en el hombro de ese desconocido llamado Carlos que ahora está llorando, sin intentar ocultarlo. Qué caramba, se dice, y alarga el brazo para llegar al otro hombro, en un casto abrazo.

—Era todo lo que tenía —las lágrimas ya se deslizan por todos los surcos de su rostro—. Bueno, tengo una hija en Alemania, pero…

—Lo siento mucho —repite Pepa. No sabe qué más decirle. Le da un par de palmaditas en el hombro. No, no retira su mano.

Un policía se acerca a ellos.

—¿Se encuentra mal su marido, señora?

Pepa se asombra, quiere sacarle de dudas, pero el policía no deja de hablar:

— Acaba de llegar una ambulancia. Acompáñenme —y agarra a

Carlos por el codo para ayudarle a incorporarse. ¿Y usted, señora? ¿Se encuentra bien?

—¡Yo estoy perfectamente y me voy ya a mi casa, que se hace tarde! —y Pepa se levanta de un salto para demostrar que es cierto, que está como una rosa. Pero un leve mareo hace que se agarre al brazo de Carlos—. Oh, lo siento, creo que no debería haberme levantado tan deprisa.

El policía considera que ambos tienen que subir a la ambulancia que los llevará al hospital. Allí pasan un par de horas, primero sentados en una silla en la sala de espera. Luego, esperándose tras las respectivas revisiones. Tiempo suficiente para sentir que el otro es un regalo de la providencia.

En el taxi compartido, a la vuelta, se intercambian los números de teléfono. Quedan en volver a verse. Claro, por qué no.

ESCABECHE PARA PREPARAR BOQUERONES

1. Cortamos en juliana la cebolleta, los pimientos y la zanahoria. El ajo, en láminas.
2. Salteamos las verduras en una cazuela con un poco del aceite de freír los boquerones.
3. Añadimos los granos de pimienta negra, el clavo de olor y las hojas de laurel.
4. Agregamos el aceite de oliva virgen extra, el vinagre y el vino Fino Pedro Ximénez.



Hoy Susana tiene el día bueno. Juan, su marido, se despidió de ella cuando se fue al trabajo, bien temprano. No solo le dijo adiós, sino que le dio un beso en la cabeza mientras ella estaba desayunando. No en la mejilla, no en los labios, sino en la coronilla. Bueno, algo es algo. Se ve que en esa muestra de afecto ha tenido algo que ver el subidón de amor y sexo que anoche tuvieron, mientras dormían (bueno, ella dormía al principio, luego, no).

Y Nancy, su hija, justo ahora acaba de hacer lo mismo: la ha buscado por la casa y le ha dicho adiós sin gritárselo, sin arrojarle a la cara la despedida, como suele hacer. Pero, antes, se ha dignado a darle un beso en la mejilla, cuando ese gesto ya no prevalece en sus rutinas filiales.

Solo por esas dos rarezas, Susana ya considera que tiene el día bueno y le resulta muy fácil contemplar la radiante primavera mientras fuma asomada a la ventana del comedor. Contempla la calle, algún coche que pasa, algún vecino… Incluso oye el cántico de los pájaros, una sirena a lo lejos y el sonido de la escoba rígida del barrendero mientras despeja de hojas la acera.

Sí, hoy puede ser un gran día, se dice mientras apaga el cigarrillo en el alféizar y luego lo tira en el cubo de la basura. Además, en el colegio ya hacen jornada intensiva, por eso de que ya es junio, y así podrá limpiar las aulas sin incordios de ningún tipo. Le gusta sentirse a sus anchas. Sin nadie. Nadie en su casa, nadie en el colegio.

Limpiando. Le gusta el orden y la paz que transmiten las estancias cuando todo está bien recogido y fregado. El olor que desprenden esos lugares tras pasar la fregona y la lejía. En su casa no permite los malos olores, ni tan siquiera el del café recién hecho. Lástima lo del tabaco. Es su único vicio. Bueno, también lo es el profe de mates, claro. Pedro. Pronuncia su nombre en voz alta, para ver cómo suena:

—Pedro. Pedro, Pedro, Pe, el mejor de toda Santa Fe.

Sonríe al recordar esa canción de Raffaella Carrà que su madre ponía en el tocadiscos cuando ella era una cría. Una madre que la llama justo en ese momento, cuando ya tiene la puerta abierta para salir hacia el mercado.

Suele llamarla cada mañana. Le habla del tiempo, del calor que va a hacer. O del frío. De sus piernas hinchadas. De las veces que se ha despertado esa noche. Le cuenta cosas para llenar el silencio que Susana suele dejar, entre pregunta y pregunta.

Asume que son cosas de madres, eso de querer saber, eso de llamar por teléfono. Pero no se imagina haciendo eso con su hija, con Nancy. Como mucho, se imagina que, si en un futuro ella se comporta como ahora hace su madre, Nancy la mandará a hacer puñetas. Pero, antes, le gritaría algo así como «no me rayes» y colgaría el teléfono sin pizca de remordimiento. Mala pécora.

—¿Sabes algo de Luci? —le pregunta su madre—. ¿Sabes si ya ha encontrado piso? No me coge el teléfono ni me responde a los mensajes.

Y Susana se imagina a su hermana silenciando el número de su madre y quitando la doble marca azul del wasap. Vale, reconoce que su madre, a veces, es muy pesada. Mucho. Pero lo de su hermana no tiene nombre.

En alguna ocasión, Susana ha mirado a su hija Nancy y ha descubierto en ella algunos rasgos de Luci. Algunos gestos, como poner los ojos en blanco o el bufido de la ira incipiente. El modo de sonreír. La ironía en dos de cada tres frases. El estilo decadente de su ropa. Lo descarada que es, a veces. Las palabrotas que comienzan a salpicar sus frases.

No sale de su asombro.

Qué cruz, eso se dice ante semejante conclusión, masajeándose las sienes.

Pero no se lo comenta a su madre. A nadie. Tampoco a Juan. Si se lo contara a Juan, él le quitaría importancia. Y ella no quiere eso. Ella quiere que la escuchen, con atención, y no que le suelten esa frase tan típica de «qué cosas se te ocurren».

—No, no sé nada de Luci —le responde mientras se mira en el

espejo del vestíbulo. Se sorprende de que las raíces negras en su cabeza se hayan alargado cuatro o cinco centímetros. El resto del cabello sigue teniendo un color dorado. Bueno, color amarillo. Pajizo. Uf. Pero ¿cuándo le han salido esas raíces? Es como si le hubieran nacido mientras dormía—. Mira, intento quedar con ella para unas cervezas y te cuento.

—Eso, unas cervezas —se la oye suspirar—. A mí no viene a verme, pero para unas cervezas sí que tiene tiempo. Hale, hasta mañana, hija.

—Hasta mañana, mama.

Y ahora, cuando cuelga, Susana cae en la cuenta de que su madre no le pregunta nunca cómo está ella. Si necesita algo. Si van bien las cosas en casa, con Juan. En el trabajo, con esas limpiadoras que llegan de prueba y a las que hay que enseñarles cómo se hace todo. Algunas ni tan siquiera hablan español y se entienden por señas.

Su madre siempre da por hecho que a ella le va todo va bien. Da por hecho que ella no necesita nada, porque es una mujer fuerte, de esas que pueden con todo. ¡Ja!

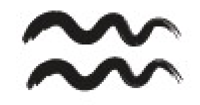
Su madre incluso da por hecho que Juan sigue siendo el hombre divertido y cariñoso con el que se casó cuando solo contaba veintidós años. Nancy nació poco después. Tal vez, si no hubiese sido por ella, por esa hija que decidió nacer cuando le dio la gana…

Tal vez…

De repente, el mal humor vuelve a visitarla. Ya no nota ni el día primaveral ni oye los pajarillos.

Su vida es una mierda, eso es lo que piensa.

Baja a la compra tal cual, con el chándal que lleva puesto en esos momentos y sin quitarse las pantuflas. Ni siquiera se peina. «¿Para qué?, si vas ahí al lado», le dice su voz interior.



ACUARIO

Tienes la forma de ser perfecta para conocer a alguien que te ha estado observando hace tiempo. Le has deslumbrado por tu personalidad única, por lo que no es extraño que sienta que congeniará contigo perfectamente.

Esta tarde, Luci tiene una nueva cita para ver una vivienda. Nada ms entrar en el vestíbulo, se fija en los buzones austeros, de madera ya desgastada por el sol. Y se imagina su nombre allí, bien visible: Luci Fernández, Tercero B.

Sonríe, visualizándolo.

Entonces es cuando tiene esa sensación que le llega en contadas ocasiones. No se trata de un *déjà vu* normal y corriente, esa impresión de haber vivido lo que está ocurriendo por primera vez, sino que se trata de todo lo contrario y ella no sabe qué nombre darle, porque ¿realmente existe un nombre para eso? ¿Existe algo que etiquete esa sensación que también dura unos segundos y que le muestra su vida en el futuro? Un rayo fulminante y ¡zas!, lo sabe, sabe lo que sucederá. Luego, llega el desvanecimiento de esa emoción tan auténtica. Y lo olvida.

Sube las escaleras tras el chico de la inmobiliaria. Al llegar al primer piso, una vecina vieja, con un moño enmarañado, abre su puerta de golpe.

—¿Qué buscan? —pregunta, con voz cavernosa y sacando la cabeza como una tortuga. Hebras blancas y deslucidas caen a un lado y a otro de su cabeza. Tiene un aspecto de loca. O de diva que ha hecho en su vida lo que le ha dado la gana y, ahora, también.

—Nada, no buscamos nada —contesta el agente inmobiliario con desgana, sin pararse ni girarse para hablar con ella—. Vamos al Tercero B.

—¿Al piso de don Anselmo, que en paz descanse? —la vecina sale al rellano, mirándolos mientras suben.

—Usted ya sabe a dónde vamos, señora. No hace más que preguntarme lo mismo cada vez que me ve.

—¡Impertinente! —exclama la anciana, arrastrando sus pies de camino a su casa.

—Vieja bruja —masculla el de la inmobiliaria mientras abre la puerta del tercero B—. Cada vez que vengo a enseñar el piso me hace lo mismo.

—¿Es verdad que acaba de morir el dueño del piso? —susurra Luci. Un escalofrío le recorre el cuerpo.

—Bueno, no es tan reciente. Su hija ya lo ha vaciado y está en alquiler. Es lo único que importa.

—¿Murió por coronavirus?

—No… —duda—. Creo que murió de viejo.

Cuando entran en el domicilio, Luci arruga la nariz. Huele a humedad, a lugar cerrado. El piso tiene una ubicación perfecta, en una calle peatonal no muy lejos del centro histórico, cercana a la peluquería (¡solo a diez minutos a pie! ¡Dejaría de ir y volver en autobús!) y a un tiro de piedra de la zona de ocio y copeteo. Piensa que podrá comprar, en esa misma calle, las cuatro cosas que necesite. Que podrá pedir, de vez en cuando, una tortilla de patatas en el bar de la esquina. Que…

Es la séptima vivienda que ve en ese mes. Está harta, la verdad. La mitad de las veces, las viviendas mostradas no solo no le habían gustado, sino que, aunque se las hubieran dejado a mitad de precio, ella no las habría aceptado. Vamos, ni regaladas. Y lo decía en serio.

Hubo un piso que sí le gustó en las fotos y fue a verlo a pesar de que no podría pagarlo ni aunque trabajara en dos sitios a la vez. Estaba bien situado y era enorme, luminoso, totalmente amueblado (pero amueblado con gusto y con calidad, no con los cachivaches cochambrosos que a veces encontraba en los pisos que iba a visitar). El día que fue a verlo lo hizo para sentirse otra persona y para contemplar la vida de los otros, esos que vivían en lugares confortables y limpios, con grandes alfombras, muebles roperos con borlas en los pomos y paredes decoradas con papel pintado y altos zócalos de madera.

El piso de ahora, el de la calle peatonal, del que Luci solo había visto tres fotografías en la web, tiene un par de habitaciones, cocina con una pequeña mesa olvidada, cuarto de baño con ventana (eso le da puntos) y un comedor con un amplio y precioso balcón mirador.

En verdad, ella solo necesitó ver la foto del mirador para que un resorte interior le pidiera saber más. Se moría por un piso así. Suelen estar en edificios antiguos y pocas veces se venden o alquilan. Vuelan cada vez que salen al mercado inmobiliario. Y si a Luci le gusta es porque el recuerdo de su abuela materna está unido a uno de esos miradores tan característicos de la ciudad. Cuando su hermana y ella eran pequeñas, iban a visitarla y se pasaban las tardes mirando la vida por sus grandes ventanales.

La vivienda que visita esta tarde pertenece a un bloque pintado de color verde claro y, en cada altura (cuatro), tiene un balcón mirador

del mismo color, pero más oscuro. No hacía mucho tiempo que la comunidad de vecinos había hecho reparaciones, como un *lifting* del ladrillo, y ahora el edificio luce con veinte años menos, sobre todo comparado con otros edificios similares en la misma calle. Varios de ellos no solo necesitan urgentemente una mano de pintura, sino también que descuelguen y laven las viejas y grisáceas cortinas que continúan ahorcadas, de cualquier manera, en esos miradores que alguna vez fueron preciosos y que ahora tienen los cristales rotos y/o sucios. Tal vez ya nadie vive allí. Tal vez sus ocupantes se han ido, o muerto, y han dejado en esas viviendas sus propios fantasmas, mirando la vida de la ciudad a través de sus enormes ventanas.

De nuevo, y como ya le ocurrió en otras visitas, Luci se fija en la suciedad de las paredes. Eso la saca de quicio. ¿Por qué ponen un piso en alquiler sin pintarlo antes?, siempre se pregunta. Nunca viene mal una manita de pintura que borre el paso de los anteriores inquilinos, con esas marcas de cuadros que ya no están colgados o los restregones de muebles que un día estuvieron contra esas paredes. También este agente inmobiliario le responde lo mismo que los anteriores:

—Para que el nuevo inquilino lo pinte a su gusto.

—Ya —Luci pone los ojos en blanco. Patético—. ¿Y barrerlo? ¿Por qué, al menos, no barren el puto suelo antes de enseñárselo a nadie? —pregunta abriendo los brazos, abarcando los papeles arrugados y dispersos por el suelo y los pequeños objetos incompletos (un tapón, una tuerca, arenilla, pelusas, un trozo de ¿qué?)—. ¡Pero qué asco!

El piso no solo carece de ascensor, tampoco tiene armarios, ni electrodomésticos, ni calefacción, y son esas carencias las que permiten que el alquiler sea más asequible, pero que obligarán a Luci a realizar una inversión con la que no contaba.

Pero ahí está el ventanal.

El precioso y luminoso ventanal.

Un balcón mirador de color verde que resplandece, impecable.

Luci pasa su mano por la madera, por las manijas plateadas de cada una de las ventanas. Está muy bien conservado, como si el fallecido anciano que había vivido allí se hubiera gastado en él todo el dinero de futuras reformas. Luci se imagina la vida en ese balcón acristalado desde el suelo al techo. Por ejemplo, se ve poniendo plantas que recibirán una buena dosis solar diaria. Siempre ha querido tenerlas, plantas verdes, con o sin flores, pero en el piso que comparte con Luis y Merche es imposible: Chuzo se las hubiera comido. Además, Merche es alérgica al campo, en general, y a las plantas, en particular. Son un coñazo, eso piensa Luci de sus compañeros de piso.

¿Y qué tal un formidable ficus y algún helecho colgado del techo?,

se pregunta mirando hacia arriba, imaginando su localización. Espatifilos de flores blancas purificadoras. Violetas africanas. Begonias. La flor de Pascua para Navidad.

No, piensa, la flor de Pascua no, porque es venenosa para el gato.

El gato que adoptará y que observará la calle desde ese mirador. Todos sus sentidos en alerta siguiendo el movimiento de las hojas de los árboles y de los pájaros que se posarán en sus ramas.

Ibiza.

Ibi, tal vez llame así a su futura gata.

O con cualquier otro nombre de isla: Mauri, de Mauricio. Santorini. Bali.

Sonríe.

Por si acaso, decide no preguntar al de la inmobiliaria si la propietaria del piso aceptaría que ella tuviera un animal de compañía. Era una pregunta que ya había hecho en alguna ocasión si el piso visitado le había gustado, pero la respuesta siempre había sido negativa. Luci lo entiende si se trata de un piso amueblado, pero ¿este? Este en el que se encuentra ahora está completamente vacío. No solo eso, sino que también está sucio. Ni tan siquiera está pintado. Los muebles serán suyos cuando los compre, por eso Ibi (Mauri. Bali) podrá arañarlos, si quiere. Morderlos. Incluso Luci podrá hacer una pira con ellos. Y, cuando ella se vaya a otro lugar, no quedará rastro de su paso por el piso.

Ante ese mirador de color verde, Luci se da cuenta de que está observando su propio futuro. O el futuro que le gustaría vivir. Casi puede palparlo. Es una de esas señales que cree recibir del universo. Deja de pensar en ello mientras observa los patios que hay enfrente. Un vecino sacude cojines y coloca velas. Tal vez prepare una cena. O una fiesta.

3

Frente al piso que Luci visita esta tarde, el del mirador de la calzada peatonal, hay un edificio de nueva construcción con amplios patios en los bajos. En uno de esos patios, un hombre está poniendo la mesa. Una cena temprana, piensa Luci cuando lo observa. Ve cómo enciende unas velas. Cómo ahueca los cojines de los sillones de mimbre. Al fijarse en ese vecino, Luci se da cuenta de que es clavadito al poeta Xandro Ulloa. El mismo bigote. La misma elevada altura. La misma extrema delgadez. El mismo estilo de camisa (floreadas o estampadas. Sí, las camisas con las que Ulloa aparece en su cuenta de Instagram llevan siempre diminutas flores o pequeños estampados multicolores. Pantalones anchos y caídos que le dan el toque de una excesiva despreocupación. Tal vez sea cierto y es así, despreocupado).

No, no puede ser él, claro, eso piensa Luci, pero ella considera que se trata de otra señal. Porque, cuando decidió dejar de tener citas amorosas con chicos con los que no coincidía en casi nada, chicos que ni tan siquiera le ofrecían satisfactorios encuentros sexuales, pensó que lo mejor sería tener un amor platónico, encontrar a alguien que poseyera lo bueno y lo bello y poder enamorarse de sus ideas. Eso le dijo un día a su amiga Emma, añadiendo que la admiración era la antesala del enamoramiento. Que todo eso lo leyó en algún sitio y que pretendía llevarlo a cabo.

Sí, por qué no, se dijo Luci. Encontrar a alguien a quien admirar. Encontrar a alguien que la admirara a ella. El día que llegó a esa conclusión, la de tener un amor platónico, escuchó por la radio la voz del poeta Xandro Ulloa. Buscó información suya en internet. Fotos. Libros.

Y algo hizo clic en su interior.

Ya tenía su amor platónico.

No, no había ninguna posibilidad de que fuera correspondida ni tan siquiera de que llegaran a conocerse, pero ¿y qué?

«Con lo difícil que es enamorarse», se dijo.

«Y yo ya he encontrado de quién», añadió.

—Sí —le dice al agente inmobiliario—. Me gusta, claro, aunque no tiene ascensor y eso es una pega muy grande.

—Pero sí tiene un bonito mirador y solo por eso ya merece la pena.

—Cierto —odia tener que darle la razón. Debería mostrar cierta apatía, no un interés sincero.

Luci necesita salir, cuanto antes, del piso que comparte con Luis y Merche. Ya verá cómo saca el tema con ellos. La situación se ha vuelto insoportable: Chuzo, su inmenso perro, suelta tanto pelo que se forman enormes bolas que corren de un lado para otro como las

plantas rodadoras del desierto (Luci piensa unos segundos. Esas plantas tienen un nombre que ahora no recuerda. Cierra los ojos para concentrarse. «Estepi… estepa… ¡Estepicultor! No, no, ¡estepicursor!», así se llaman en botánica esas famosas plantas cinematográficas). En el sofá nadie puede sentarse si antes no se pasa el aspirador.

Le da asco su piso compartido.

No puede caminar descalza por ningún lugar de la casa. Así que es mejor quedarse en su diminuta habitación con vistas a las vías del tren. Bueno, solo es una vía y con poco tráfico ferroviario, pero cuando por la noche pasa el mercancías de las diez y media, las paredes vibran y el ruido ensordece las conversaciones telefónicas que mantiene en esos momentos o los diálogos de la serie televisiva que esté viendo.

Necesita encontrar su propio lugar, su propio espacio.

Encontrarse con ella misma.

TORRIJAS

(...) En un cazo ponemos la leche con la rama de canela, las 4 cucharadas de azúcar y la piel de un limón.
Cuando rompa a hervir lo apartamos del fuego y vertemos sobre el pan hasta que absorba toda la leche y...

Susana está sentada bajo la marquesina esperando el autobús. Son las diez y diez y acaba de salir del trabajo. Está muerta. Hambrienta. De mal humor (por esas dos razones, básicamente: no puede con su alma y se muere de hambre). Añade a ese mal humor que Juan no haya venido a buscarla en coche. Añade, también, que nadie habrá hecho la cena y se tendrá que poner a hacerla en cuanto llegue a casa y luego habrá que recoger la cocina… Cada noche, igual.

¡Y cómo le apetecen unas torrijas!

Daría su vida por unas torrijas.

Las 22:22. Tres minutos más y llegará el autobús. Reclina la cabeza en el cristal de la marquesina. Oye, a lo lejos, el tráfico de la circunvalación. También los pasos de alguien que pasa por la calle, alguien que arrastra los pies. Se gira. Un chaval. Le llega olor de jazmines, de alguno de los jazmines que hay en los patios de las casas de esa calle y que escupen sus pequeñas y olorosas flores blancas a través de las verjas. O saltándolas. Continuaría así toda la vida, con los ojos cerrados. Oliendo. Oyendo.

Y entonces, sin saber por qué, recuerda la conversación de esa tarde con Pedro, el profesor de Matemáticas, su amigo de la adolescencia. Pedro le dijo, mientras se tomaban un café en la sala de profesores (ella de pie, atenta a la puerta por si venía la encargada. Él, sentado en el sofá raído de la sala, ya con el maletín cerrado y a punto de irse), le dijo que acababa de leer en el periódico un interesante

artículo que hablaba sobre las relaciones significativas.

—¿Y eso qué es? —preguntó ella—. ¡Qué nombre tan bonito!

—Sí, es verdad, muy bonito —le sonrió. Puso un brazo sobre el respaldo. Se le notaba cómodo. No parecía que tuviera ganas de irse. Eso quería pensar Susana—. El articulista decía que ese tipo de relaciones son muy importantes en nuestras vidas porque con ellas uno puede ser tal cual sin necesidad de ser juzgado o rechazado. Decía, también, que se necesitan, al menos, cinco relaciones significativas en nuestras vidas para no sentir ni ansiedad ni una tristeza desmesurada.

Susana no daba crédito. ¡Cinco! A ver, ¿cuántas relaciones de esas tenía ella?

—¿Cuántas tienes tú? —le preguntó Pedro con interés.

—Huy, muchas más —sonrió ella un tanto forzada y se giró hacia la papelera para tirar el vaso.

—Sí, somos muy afortunados —le dijo Pedro y se levantó para irse —. Hasta mañana, Susan.

La puerta se cerró antes de que Susana respondiera.

Ahora, en la parada del autobús, vuelve a pensar en ello.

Sí, está casada con un buen hombre que es un excelente pintor. Sí, tiene una hija adolescente, una madre y una hermana. Pero amigos o amigas, lo que se dice amigas… ¿Las tiene en realidad? ¿Amigas en las que encuentre confianza, compañerismo e igualdad? Pues no, no tiene ninguna que posea esos tres pilares, cae en la cuenta.

Tal vez su hermana Luci. Pero, claro, es su hermana.

Tal vez Emma, pero no deja de ser la amiga de Luci y ella se siente algo así como acogida por ella. Como si la amabilidad o el cariño que Emma le demuestra fuera el efecto colateral de la amistad que mantiene con su hermana.

Suspira.

Está bajando por el sendero de la tristeza.

Lo presiente.

Llega el autobús justo a tiempo para rescatarla.

Jolín, qué ganas de comer torrijas, se dice mientras se coloca la mascarilla antes de subir.

4

—¿Bigote? —le pregunta Susana, extrañada—. ¿Te gusta un tío con bigote?

—Sí —contesta Luci, sonriendo—. ¿Qué pasa? Tú estás casada con un barbudo.

—¡Pues eso! Un barbudo es un tío, tío. Pero uno con bigote…

—¿Me estás diciendo que tu Juan es un tío, tío?

Ja, ja, ja.

Se están acordando de la publicidad de un desodorante con un protagonista negro y musculado que ellas ya quisieran oler, ya…

Entrechocan sus cañas. Están en una de las múltiples terrazas del casco antiguo. Es sábado por la tarde y la gente va y viene sumergida en el fin de semana. La alegría acompaña a todo el mundo, se nota en sus rostros. Para Luci y Susana es un lujo estar ahí sentadas, con el tiempo detenido, sin otra cosa que hacer, salvo esperar a Emma, que se retrasa, como siempre.

—¿Ha ido a hacerse el láser? —pregunta Susana.

—No, está mirando ropa con su madre.

Se quedan calladas un momento, observando a la gente que pasa por la calle.

—Además —continúa Luci—, es poeta.

—¿Quién? ¿Tu bigotudo? —pregunta Susana mientras se inclina sobre la mesa para coger su vaso de cerveza.

Es en ese momento cuando Luci observa más de cerca las negras raíces en el cabello de su hermana. No es que sea deformación profesional, que sí lo es, claro, sino que cualquiera que no fuera peluquero también caería en la cuenta no solo de las raíces, sino de lo estropeado que tiene el pelo. ¿Qué le costaría arreglarse un poco más?, se pregunta. ¿Qué le costaría ir, un día, a la peluquería en la que ahora trabaja? Le harían un precio especial. No hace más que repetírselo, pero ni caso.

—¿Y qué tiene que ver que sea poeta? Vamos a ver, Luci, hoy en día, ¿quién lleva bigote? Quiero decir, eso… ¿eso no es cosa de gais?

Risas.

—¡No! —y Luci se remueve su flequillo bicolor, azul y verde —. Pero ¡qué cosas se te ocurren!

—En serio. Piensa en Freddy Mercury. ¡Piensa en los Village People! ¡Por el amor de Dios, mama se enteró de que ellos eran gais cuando se lo dijimos nosotras!

—¡Pobre mama!

La risa provoca que Luci se atragante con los cacahuetes. El esfuerzo de la tos deja libres un par de lágrimas, que caen libres por

sus mejillas.

—Mama decía que, para una vez que conocía a un grupo musical de guapetones…

—¡Guapetones! ¡Es verdad, decía eso!

—… y resultó que eran gais.

Ja, ja, ja.

—Se llama Xandro —continúa Luci. Paladea su cerveza. Está muy fría. Le encanta ese sabor. Y la sensación que conlleva.

Luci echa hacia atrás su cabeza y se despatarra en la silla en señal de total relajación. Bajo su camiseta de tirantes se mueven unos senos perfectos, redondeados y con un solo movimiento se abre su desgastada cazadora de piel a la altura de los hombros, que ya lucen bronceados.

Siempre ha tenido suerte en eso, piensa Susana. La suerte de tener una de esas pieles que absorben, sedientas y sin ningún truco mágico, los tres rayitos de sol que se pueden posar en ellas durante un corto paseo. Observa, también, la magnífica clavícula de su hermana, y cómo su larga falda marrón, repleta de flores amarillas, cae a un lado y a otro. Por debajo, sobresalen sus recias botas militares. Susana piensa que los pies se le tienen que cocer dentro de ellas. No le dirá nada, claro, por experiencia sabe que puede contestarle de manera similar a un zarpazo. Y no precisamente de gato. De un tigre. O la zarpa de un oso.

—Xandro Ulloa —repite Luci, melancólica, con los ojos semicerrados—. Poeta gallego. Articulista. Locutor de radio.

—¡Xandro! Ah, mira qué bien, como Sandro Giacobbe, aquel cantante que también le gustaba a mama.

—¿Era gallego?

—¡No, italiano!

—Recuerdo que tenía unas baladas bien chulas. ¿Te acuerdas de *El jardín prohibido*?

—¡Claro! Y creo que ahora lo canta Sergio Dalma, ¿no?

—Tal vez.

—Lo siento mucho, nananá es así… —tararea Susana.

—Menudo cabrón —comenta Luci—. Se tira a la mejor amiga de su chica y le canta eso de que solo se ha portado como un ser humano y…

—Como un cerdo, así se ha comportado el muy….

Y entrechocan sus vasos, ya casi vacíos. Luci hace señas al camarero para repetir la consumición. Dos cervezas más, acaba diciendo, en un susurro. Y él alza el pulgar y se adentra en el local.

—Pues sí, un cerdo —Susana mira la hora—. Oye, si Emma no

llega en cinco minutos, me voy.

—¿Te esperan en casa?

—¡Psch! No mucho. Nancy y Juan se han ido al cine. Pero, claro, querrán cenar cuando lleguen.

—Podrían llegar cenados, digo yo. O podrían hacerse ellos la cena, ¿no? O mejor aún, tu marido podría invitarte a cenar por aquí cerca —y Luci abre los brazos, queriendo abarcar la calle, los portales, toda la variedad de bares, cafeterías y restaurantes que hay por la zona.

—Pues sí —Susana suspira bien alto, mirando a otro lado. Es sábado. Es una tarde preciosa y primaveral que merece la pena disfrutar. Saca un cigarrillo y lo enciende—. Podría.

—Y también podrías cambiar de una puta vez y no esperar a que el otro te lea el pensamiento. Joder, Susana, toda la vida igual. ¡Invítale tú! ¡Llévatelo de pinchos!

Susana se traga el humo. Tose. Le lloran los ojos. No por el humo, sino por la ira que le sale por ellos. Le gustaría que su hermana fuera un poquito más amable con ella. Que jugara en su mismo equipo. Que no fuera un lastre, como todos.

Y Luci se da cuenta, por eso cambia de conversación:

— ¿Sigue dando problemas mi sobrina?

— ¿Te la quieres quedar? —le pregunta Susana mientras espachurra su cigarrillo en el cenicero, con una fuerza excesiva—. En serio, te regalo a Nancy. Y te la envuelto con un lacito y todo, si quieres.

—Es la edad, mujer. Nosotras, a los catorce, éramos igual que ella, ¿no?

—No, no lo creo. A lo mejor, tú sí. Pero yo, si le hubiera hablado a mama como mi hija lo hace conmigo, me habría cruzado la cara con un guantazo.

—Joder, ¡menudos guantazos nos daba! —recuerda—. ¿Y qué dice mi cuñado de todo esto?

—No dice ni mu.

—Puto cobarde.

—¡Oye, para ya!

—¡Eh! —levanta las dos manos, en son de paz—, que solo te estoy dando la razón. Venga, sigue.

Luci se la queda mirando con los ojos muy abiertos. Piensa que su hermana es una ñoña. No se lo dirá, claro, que luego se lo toma a mal. A veces, hay que ir con pies de plomo con ella. «Puta sensibilidad extrema», piensa. «No, susceptibilidad extrema», rectifica.

—¡Estoy harta! Cuando Nancy y yo comenzamos a discutir, él se va al baño, o coge las llaves y dice que baja al bar. O coge las llaves y se

va a ver si tiene en la furgoneta no sé qué cachivache. Nunca se queda a mi lado y le dice a la niña «oye, a tu madre no se le habla así». Tampoco le he oído nunca lo de «haz caso a tu madre». Nunca la castiga sin móvil, como hago yo. O sin salir. Nada, no hace nada de eso. Yo soy el poli malo y él se la lleva al cine. Tal cual te lo cuento.

—Puto cobarde —repite.

Pero, en esta ocasión, Susana le da un manotazo y acaban riendo, las dos.

—Mira, también te regalo a Juan. Dos en uno, en el mismo lote.

—Sí que estás mal, sí.

Se hace el silencio entre ellas. Las voces y las conversaciones de alrededor se acrecientan.

—Bueno, ¿qué? ¿Ya has encontrado piso? —le pregunta Susana, cambiando de tema—. Mama me dijo ayer que no le cuentas nada.

—Joder, qué pesada es… —suspira. No encuentra apoyo en la mirada de Susana. Decide ser amable. Cambia de posición. Se sienta erguida. Cruza sus piernas y se recoge la falda para que no se arrastre por el suelo—. En eso estoy, pero es muy difícil. Y es que lo que me gusta se sale del presupuesto y lo que entra dentro de mi presupuesto es una auténtica mierda. Por cierto, hace un par de días vi uno que me encantó —sonríe abiertamente—. ¡Tiene mirador!

—¿En serio? —pone sus brazos sobre la mesa. Las gotas de condensación de las cervezas traspasan las mangas de su desgastada camisa. Ella da un respingo al darse cuenta.

—¿Te acuerdas del mirador de la abuela?

—¡Claro, era precioso! Con todas sus plantas y las cortinas de encaje y… —Susana mira hacia arriba, evocando los recuerdos—. ¿Y está en buen estado?

—Bueno, no está mal. Necesita una buena mano de pintura. Y no tiene ascensor, pero me ha gustado mucho. Antes de decidirme, volveré a ver aquel dúplex en Gran Vía.

—Pero si no te gustó, ¿no?

—No, pero estaba reformado, recién pintado y listo para entrar a vivir. ¡Y con ascensor!

—¿Y ya les has dicho a Luis y Merche que te vas?

—Sí. Han comenzado con las entrevistas para alquilar mi habitación a algún estudiante.

—Jolín, qué rapidez.

—Nadie es imprescindible. Nadie —Luci observa a los paseantes. Levanta la mano a un par de chicos que pasan más allá y pone una sonrisa en su bello rostro sin rastro de maquillaje. Cruza las piernas. Parece que su hermana ha dicho algo. No sabe qué.

—¡Eh, que te estoy hablando! —exclama Susana.
—¿Qué me decías?
—Que cuándo me vas a presentar al poeta bigotudo.
—Xandro, se llama Xandro.
—Eso, ¿cuándo me lo vas a presentar?
—Ah, bueno…, solo es un amor platónico. No nos conocemos.
Susana abre mucho los ojos. ¡¿Platónico?! Su hermana nunca, jamás, ha tenido un amor de esos. De hecho, nunca se ha enamorado de ningún chico. Salir sí, con muchos, pero enamorarse…
—¿Platónico? ¿Tú? ¡Anda ya!
—Mira, Susana, lo que yo quiero es ilusionarme con alguien —se apoya en la mesa, acercándose a su hermana—. Que el corazón me dé un vuelco, imaginarme cosas con él, tener una especie de futuro irreal que haga que mi presente sea más llevadero.
Susana la observa en completo silencio. En completa quietud. Ni pestañea. Al cabo de unos segundos, exclama:
—¡Ostras, yo también quiero eso, no te fastidia!
El camarero les trae la consumición. Deja también un platito con patatas chips. Y la cuenta. Es Susana la que abre su monedero y pone un billete de cinco euros sobre la mesa. El cenicero, encima.
—Tiene una voz preciosa —continúa Luci—. Una voz de barítono.
—¿Barítono? —arruga la nariz.
—Hija, de cantante de ópera. Hay bajo, barítono, tenor y…
—Vale, vale, sigue —le corta.
—… y contratenor —Luci hace caso omiso a esa cargante manía de su hermana de dar órdenes. Es una mandona, eso piensa. Manda callar, manda hablar, manda… «¡Manda huevos!», se traga la exclamación—. La de él es de barítono, una voz profunda. Y me enamoré de ella, de su voz, cuanto la oí en un programa cultural que Xandro hacía en la radio los domingos por la noche. Ya no, pero antes entrevistaba a escritores —levanta una mano y dice hola a alguien que pasa más allá—, hablaba de inauguraciones, de museos, de… cosas de esas. En serio, tiene una voz preciosa, cálida, suave. Una voz… —Luci mira hacia arriba, buscando un símil, algo que lo describa bien—. Así como aterciopelada. Una voz como…
—¡Jolín con la voz! Pero ¿le has visto en persona, alguna vez?
—No —Luci levanta de nuevo la mano para saludar a una chica que pasa a lo lejos. Le grita—: ¡Sí, aquí, tomando algo! —y le muestra su mejor sonrisa.
Una clienta o una compañera de la peluquería, piensa Susana.
Una antigua amiga, añade sin que le pregunte nada.
Su hermana siempre ha estado rodeada de gente. Y se lleva bien

con casi todos. Tiene carisma, reconoce Susana. Qué envidia le da, eso piensa también.

—¡Cómo que no le has visto! Pues no lo entiendo, mira lo que te digo —y se reclina en la silla metálica.

—En fotos, le he visto en fotos —comenta Luci—. Le sigo en Instagram. Y, por ejemplo, recuerdo un reportaje en el suplemento del periódico, cuando anunciaron que se venía a vivir aquí.

—¡Ah! Pero ¿vive aquí? ¡Qué me dices! —casi se atraganta con la cerveza,

—Decía que cambiaba el caos de Barcelona por la tranquilidad de Logroño. Un reportaje a todo color. Parece ser que se decidió a venir aquí porque es socio principal de una bodega riojana, con quinientas barricas y veintidós tinos de roble…

—¡Madre mía!

—… con denominación de origen y con expansión a los mercados internacionales. El reportaje se hizo en la finca, con seis o siete mil metros cuadrados de viñedo, creo que de uva tempranillo. Y no te lo pierdas: la finca también tiene árboles frutales. Sí, sí, perales, manzanos, ciruelos… ¡y casi un centenar de olivos! ¡Y tiene hasta piscina!

Las dos abren mucho los ojos y la boca, en una sorpresa total.

— ¡Y cabezas de ciervo en las paredes del salón! Eso también lo vi en las fotos del reportaje.

Las dos arrugan la nariz y ponen cara de asco.

—¡La leche! ¿Y cómo se llama la bodega?

—No me acuerdo, pero a lo que iba: ahí fue cuando vi su gran colección de camisas, cuando posaba en las fotos. Preciosas camisas que parecían hechas a medida. Y me fijé en su aire tranquilo, con esas cejas oscuras y pobladas, su altura… Es que es muy muy alto, Susana. Y muy muy delgado. Y me dije: ¡yo quiero a alguien así, como él! —golpea repetidamente la mesa con el dedo índice —. Con ese físico desgarbado. Alguien que hable como él y que tenga tantos temas interesantes sobre los que conversar. No solo eso, quiero tenerle a él — sigue golpeando la mesa con el dedo, dando énfasis a sus palabras —. Y, mientras tanto, no saldré con nadie más —y se cruza de brazos, imitando a una niña arisca. O rebelde.

—¡Estás tonta! —Susana se ríe. Su hermana pequeña tiene cada idea…—. Menuda excusa para no liarte con nadie. Eso es lo que creo, que es una excusa y que en realidad lo que quieres es no salir con nadie más. Al fin y al cabo, ya me dijiste que estabas harta de tantas citas y de tanto «aquí te pillo, aquí te mato».

—Ay, sí, qué harta estoy, Susi —suspira—. Harta de las relaciones

fallidas, de tíos con los que no puedo mantener una conversación más o menos interesante. Harta del sexo en cualquier parte —pone una mueca—. Necesito reconectar conmigo misma. Cuando encuentre piso y pueda vivir sola, será el *summum* de mi vida. En serio.

Susana busca con la vista al camarero y mueve, en el aire, el billete de cinco euros que aún no ha venido a buscar. Enciende otro cigarrillo.

—Me gusta cómo escribe —añade Luci, apoyando los brazos sobre la mesa—. Me gusta las cosas que dice. Su modo de ver la vida, de entenderla… Me parece un hombre atento, cálido y…

—… y gay.

Ja, ja, ja.

—¡Que no, tía, que no es gay! —le palmea el brazo.

—Porque tú lo digas.

—Mira, yo solo quiero ilusionarme, Susana. No quiero la rutina de la convivencia. Solo quiero el encuentro más o menos espiritual entre almas.

Susana abre los ojos como platos y exclama:

—¡Caramba! Y yo te repito que también quiero eso —y suelta el humo de su cigarrillo delante de su hermana, formado una niebla mínima. Le viene la imagen de Juan, su marido, echado en el sofá con el mando de la tele en una mano y, en la otra, una cerveza. Le viene a la mente el profesor de Matemáticas, su antiguo amigo, su antiguo amor, tan pulcramente vestido con sus jerséis de pico de colores alegres, sus polos de rayas, hablándole de las recetas que suele preparar por las noches en casa para que su mujer y sus hijos se encuentren la comida preparada del día siguiente.

Susana quiere eso.

Un marido así.

Quiere otra vida.

La vida de los demás, pues la suya ya se la conoce y no le gusta mucho. Casi nada.

—Bueno, no espero más a Emma —Susana se levanta, de repente —, me voy. Si está mirando vestidos, la cosa va para largo. Hale, dame un beso.

Se dan un par de besos y se dicen adiós con la mano.

—¡Y llama a mama! —le pide Susana desde tres metros de distancia.

Luci asiente con la cabeza, se yergue en la silla metálica y saca el móvil para llamar a su madre en ese mismo momento. Las órdenes de su hermana mayor son sagradas, como siempre.

El sábado primaveral y luminoso continúa paseándose por todas



partes.

Suena *Ladies Night*, de Kool & Te Gang

Esa mañana, Emma decide utilizar su nueva barra de labios, la que quería guardar para las ocasiones especiales. Y es que hoy quiere causar muy buena impresión al nuevo jefe, que es el hijo del actual y que viene a hacerse cargo del despacho de arquitectos ahora que su padre, don Matías, está a punto de jubilarse.

¡Qué buen hombre, su jefe!

El jefe-padre.

Emma nunca pensó que su mentalidad fuera tan abierta. O tan condescendiente. Cuando hace diez años le comunicó que iba a comenzar el tratamiento hormonal, la miró sin saber de qué hablaba.

—Un tratamiento para poder ser, por fin, una mujer —le explicó. Tarde o temprano tenía que decirlo, informar de que lo iba a llevar a cabo. Deseaba con todas sus fuerzas que no la despidieran. Necesitaba ese trabajo. Más que nunca.

—¿Por eso te has afeitado la barba? —el teléfono comenzó a sonar. Lo descolgó y dijo «no me pases llamadas (…). Que no». Entrelazó los dedos de sus manos, apoyadas en la caótica mesa de trabajo. La tenía repleta de planos abiertos. Bolígrafos y lápices yacían entre ellos—. ¿Y por eso te has dejado crecer el pelo?

Emma afirmó con la cabeza. Sudaba por cada poro de su piel.

—Y las cejas —Emma se las señaló—. Depiladas.

—¡Joder, es verdad! —exclamó don Matías, inclinándose un poco hacia ella—. Mira, te veía algo raro y no sabía qué era. Creí que era la barba —repitió, con media sonrisa—. Pues me parece muy bien, Manuel. Hoy en día ya no nos tendríamos que escandalizar por eso, ¿no?

—¿Lo está, señor?

—¿Si estoy qué?

—Escandalizado.

—Eh, no, claro que no. Más bien sorprendido. Pero quédate tranquilo —calló unos segundos. Rectificó, azorado—: Tranquila. Puf, ¿y qué se hace ahora? ¿Te cambias el nombre, te pones tetas, te…?

—Bueno, aparte de las cejas —se las señala—, la barba —se pasa la mano por el barbilampiño rostro— y el cabello, dentro de nada comenzaré a vestirme de otra manera. Eso, a lo mejor, resulta más chocante, pero es necesario, junto al tratamiento médico, para poder cambiarme oficialmente de nombre. Es obligatorio pasar por ello durante dos años —suspira—. Me han dicho que es lo más duro y que a veces hay situaciones muy violentas, como que la gente vea ahora que soy un hombre que se viste de mujer o más adelante que soy una mujer, pero que, en el DNI, pone que me llamo Manuel, por ejemplo.

Su jefe la interrogó con los ojos.

—Me gustaría que me llamaran Emma en la oficina, señor. Que comenzaran ya a llamarme Emma.

—Emma —repitió. Y, tras un leve suspiro, de nuevo—: Emma.

El porte de un caballero, pensó ella en esos momentos. Impecable traje. Impecable corbata. Sus manos, con esas uñas tan bien cortadas. Comenzó a respirar, tranquila. Inconscientemente, se pasó los dedos por su espesa cabellera que ya le llegaba a los hombros (las puntas, con ese contacto, se le curvaban hacia arriba).

—Bien. Se lo diré al resto de los empleados.

—Gracias, don Matías.

—De nada, Manuel —carraspeó—. Emma. De nada, Emma. Y muchos ánimos.

—Señor, me gustaría conservar mi puesto de trabajo.

—Ah…, claro, claro —se sorprendió—. ¿Por qué has pensado que…? Eres un buen contable, Manuel. Emma, digo. Una gran contable. Estamos muy contentos contigo. ¿Por qué has pensado que…?

Hay momentos clave en la vida de una persona. En la vida de Emma, esa conversación fue uno de ellos.

Emma acaricia ahora el envase negro del Rouge Allure 116 de Chanel. Cierra los ojos para que sus dedos se deleiten con el suave tacto del envase, no anguloso. Cuando se lo aplica en sus carnosos labios, comprueba que el color granate brilla ligeramente y que le queda perfecto en su rostro níveo. Su prominente dentadura hace su aparición estelar cuando Emma sonríe al espejo. Sí, está radiante.

Se cepilla su largo, sedoso y ondulado cabello oscuro y se lo recoge en una alta cola. Se aplica el rímel para destacar sus ojos azules. Azul agua. Agua de un océano. De un mar.

Le gustaría que alguien («un chico. Por favor, por favor, que aparezca de una vez ese chico», pide mentalmente al universo, a quien sea que esté al mando de todo lo visible e invisible), que alguien le recite algún poema sobre los ojos azules, en general. Sobre lo bonitos que son sus ojos, en particular.

Que alguien (un apuesto chico. Sí, le gustaría que fuera guapo. Y más alto que ella. Y más delgado que ella. Mucho mucho más delgado que ella) le recitara o cantara alguna canción sobre los ojos azules. Por ejemplo, que le cante (o susurre) aquella que tiene Elton John o aquella otra de Paul Carrack. Cree recordar que la Pantoja también tiene una canción sobre los ojos azules como el mar, pero no, no, Emma prefiere las otras dos canciones, dónde va a parar.

Esa mañana, ella elige ir a la oficina con un vestido negro de

manga francesa y se cuelga de su cuello varios collares de colores alegres que se mueven al son de sus pasos, produciendo una musiquilla agradable. Salta delante del espejo de su habitación solo para oírlos sonar. Clinc, clinc, clinc, cantan los collares. Sus enormes senos danzan, alegres, arriba y abajo. Emma no puede evitar reírse. Siempre ríe. Es la alegría de la huerta, eso opina de ella misma. Los demás, también.

—¿Dónde está el colador? —le pregunta su madre desde la cocina.

—A ver, mamá, piensa —contesta mientras se dirige hacia allí.

—¿Qué has dicho, que está en la despensa?

Emma da un suspiro. Mira a su madre. Le repite:

—Piensa, mamá, piensa.

—¡Ya he pensado y no sé dónde puede estar! Mira, he mirado por todas partes —y su madre señala los armarios y los cajones que ha dejado abiertos.

Pepa lleva puesto un jersey Escorpion de color verde y una falda recta, también de punto. Siempre viste con elegancia, incluso para estar en casa. Se cambia cuando sale a comprar. O cuando va a la peluquería. O a tomar un café con alguna amiga. Su madre es otra solitaria, como ella. Dos mujeres adultas que comparten piso. Eso piensa Emma. No, no se le pasa por la cabeza que, a sus 33 años, tenga que buscar otro lugar para vivir.

«¿Para qué me voy a ir de casa?», se pregunta ella. Y luego añade que su madre la necesita.

¿Para qué Emma se va a ir de casa?, se pregunta Pepa. Y añade después que qué haría su hija sin ella.

Emma se dirige con paso decidido a la minúscula despensa, mira buscando, coge el colador y se lo enseña.

—¡Pero si yo ya te he dicho que estaba en la despensa! ¡Y tú, ni caso! —se ofende su madre.

—Hale, adiós, mamá —y le da un beso en la mejilla.

—Estás muy guapa, hija —le dice sonriente mientras le coge una mano. Se fija en los grandes anillos de plata del dedo corazón y anular. Se fija en todas las brillantes pulseras de Swarovski que lleva en esa muñeca—. Te espero a las dos, ¿no?

—A las dos, como siempre.

—¿Y qué te apetece comer?

—Lo que quieras, mamá. Ya sabes que me da igual.

Mientras espera el ascensor, Emma se coloca sus AirPods. Busca en el iPhone sus *Playlists*, que están repletas de música alegre y bailable. Años setenta y ochenta, de cuando ella aún no había nacido, de cuando las discotecas eran como a ella le hubiera gustado que

siguieran siendo en la actualidad. Bailar, eso le gustaría mucho, como cuando Luci y ella se escapaban a Bilbao. Pero ahora no encuentra con quién ir, ni siquiera Luci quiere bailar ya. El resto de los amigos, tampoco. Le dicen que está anclada en el pasado. Sí, se lo dicen en broma, a la vez que la observan ensimismados, contemplando su vestuario, también anclado en un tiempo que no es el actual. Suelen mirarla así incluso los desconocidos, porque ella tiene elegancia y salero, para qué negarlo, y también un hermoso cuerpo de ochenta kilos y uno setenta y seis de altura sin añadir sus tacones.

Jugadora de baloncesto, a eso tendría que haberse dedicado.

O de *rugby*.

Lanzadora de pesas.

Taladora de árboles.

Se le ha ido el santo al cielo y, sin enterarse, ya ha recorrido un par de calles mientras escucha la música bailona que le llega a través de los auriculares. Casi va contoneándose con Kool & Te Gang, que la invitan a bailar en una discoteca de esas que ya no existen junto a un chico que tampoco existe pero que en su imaginación le sonríe e inventan, juntos, pasos coreográficos mientras todo el mundo los mira boquiabiertos. Incluso les aplauden. *(Oh, yes, it's ladies' night, nananá… feeling' right… nananá)*.

Emma se imagina que ese chico no solo es guapo y más alto que ella, sino que también tiene anchos hombros y es musculado. Sonríe ante esa visión. Sí, Emma vive al cien por cien esa irrealidad en la que transforma su vida con las canciones que escucha. Cuando se quita los auriculares, a la vez que abre la puerta del despacho de ingeniería y arquitectura en el que trabajaba, lo ve.

Ve al nuevo jefe, el hijo de don Matías. Y esa visión se cuela en ese lugar mental que ella había creado con el chico alto, musculado y bla, bla, bla de su imaginación.

Sabe que es él.

Lo intuye.

Incluso lo huele, como si fuera un husky siberiano que rastrea en un bosque nevado las huellas de algo que la lleva de un lado a otro hasta que lo encuentra.

Allá está él, de pie, mirándola fijamente. Ojos oscuros, al igual que su cortísimo cabello. Sonrisa en unos labios finos, como la sonrisa y los labios de esos malvados que saben que lo son y no ven ante ellos a un perro siberiano, sino al mismísimo Bambi.

El nuevo jefe lleva un traje impecable de color gris y una camisa azul eléctrico con el primer botón desabrochado. Sin corbata. Una mano, dentro de un bolsillo en una postura de anuncio. En la muñeca

de la otra se le ven unas pulseritas tibetanas, con sus colores y sus cuerdecillas. Podría ser el modelo publicitario de una tienda de moda, de un perfume, de una marca de tabaco o de una casa de apuestas. Él no solo es atractivo, sino que lleva incrustado ese porte de los que siempre han nadado en la abundancia y han sido enriquecidos con una educación exquisita y una dieta sana que ha hecho maravillas en su cuerpo y en su mente. Y en su dentadura. Emma prefiere no mostrar la suya y cierra completamente su boca.

Con los auriculares en su mano y ya sin música en sus oídos, ella escucha el latido de la oficina: un carraspeo, el teclado de un ordenador, incluso a Adele, que a un volumen mínimo comienza a cantar *Hello* por el hilo musical. También percibe el tintineo de los collares que cuelgan en su inmenso pecho y que ahora, con su sofocante respiración, se mueven arriba y abajo (se mueven los collares, clinc, clinc, clinc. Danzan sus enormes senos). Senos alterados, porque ella acaba de descubrir al hombre de sus sueños. ¡Y la está mirando!

José Ramón. Así se llama.

5

—¿Japonés? —se extrañan Susana y Luci cuando Emma les habla de la lista que encontró días atrás en el bolso comprado en eBay.

Es sábado y las tres están en la cocina de Susana, tomándose un café de media tarde. Emma ha llevado una bandeja con unas pastas de almendra de una reconocida y alabada pastelería.

—Esperad, esperad, que os lo leo —y Emma rebusca en su monedero hasta encontrar la nota. La traduce mientras la lee—: «Las cinco características de mi hombre ideal: Alto, cultivado, atractivo, con sentido del humor y japonés».

—¿Cultivado? —se ríe Susana—. Pero ¿de qué época es? ¡Cultivado! —vuelve a reírse—. Me suena a champiñón.

Ja, ja, ja.

—¡Y japonés! —exclama Luci—. Pero ¡qué bueno! Me suena a una puta Lista de Imposibles —ante el respingo que han dado las otras dos, ella aclara lo que quiere decir—: Es como si yo, que he declarado que a partir de ahora no quiero tener pareja, hiciera una lista y dijera que mi hombre ideal tiene que ser de…, no sé…, del Machu Picchu, por ejemplo —le hacen gracia sus propias palabras—, y así, diciendo eso, sabré que no se me cumplirá. ¡Porque pido imposibles!

—A ver —se molesta Emma—, es que, si no quieres un hombre a tu lado, ya no haces una lista para señalar sus características, digo yo.

—Claro, porque tú no quieres tener ninguna relación —añade Susana mientras remueve el azúcar en su taza—. Y me parece muy bien, no te creas.

—No, no se trata de si quiero o no quiero tener una relación, se trata de que, cuando uno hace una lista de los deseos, tiene que saber qué quieres que se te conceda. Y, si no quieres que se te conceda algo, pues pones una incongruencia, como esa de que tiene que ser japonés.

—Claro, también podría poner que fuera de la Antártida —dice Emma.

Risas.

—¡O un extraterrestre de Plutón! —añade Luci.

Más risas que resuenan por toda la cocina, que salen volando por el pasillo y que llegan hasta la habitación de Nancy, la hija de Susana. Esta apaga su móvil, lo deja encima del edredón y sale a la búsqueda y captura de ese alegre sonido.

—¿Puedo coger una? —pregunta cuando llega a la cocina y, sin esperar la respuesta, alarga su mano a la bandeja, coge una pasta, le quita su papel plateado y se la come de un bocado.

—¡Pero bueno! —exclama Emma con fingido asombro—. ¿Ni un saludo? ¿Ni un beso de bienvenida?

La adolescente la besa en la mejilla.

—¡Anda! —exclama Luci—. ¿Y a mí qué? ¡Que soy tu tía! No solo eso: ¡tu única tía!

—¡Hey, que yo también soy su tía! —se ofende Emma—. Su tía postiza, pero tía al fin y al cabo.

Nancy le da, también, un beso a Luci y, con la boca llena, comienza a responder con sinceras sonrisas a cada una de las preguntas que le hacen. El instituto. Las vacaciones que están a punto de llegar. Los chicos. Las fiestas. Luego, cuando se aleja por el pasillo, camino de su cuarto, Emma exclama:

—¡Pero qué maja es!

A lo que Susana responde sin bajar la voz:

—Una arpía, eso es lo que es.

—¡Mujer, que es tu hija! —susurra.

—Pues por eso lo digo. Mucha sonrisita, muchos besitos y a mí, ni *buenos días, mamá* —habla en falsete— ni un gracias cuando le arreglo la habitación. Mira, me voy a fumar, que me pone de los nervios.

Y se levanta para abrir la ventana. Entonces, enciende un cigarrillo. Suelta una gran bocanada de humo que no sale volando hacia el patio de luces, sino que entra, descarado, a la cocina.

—¡Joder, pues no se la arregles! —exclama Luci—. ¡Es que no escarmientas! ¿Por qué tienes que ir detrás recogiendo sus cosas? ¡Que lo haga ella, que ya es mayorcita!

Emma no dice nada, solo mira a Susana. Comprende perfectamente a su amiga. La niña, a la que tantas veces ella había cuidado cuando sus padres se iban al cine o de fin de semana, ya tiene catorce años. Ya no necesita que nadie la custodie. Que nadie le pregunte «qué tal en el cole». Que nadie le dé consejos no solicitados. Que le cuenten cuentos antes de irse a dormir. O que le canten canciones. O que la peinen. La niña ya no juega con las Barbies. No hace puzles ni recorta siluetas. Ahora, entra y sale cuando quiere. A veces, ni tan siquiera dice a dónde va o de dónde viene. Ni con quién.

La hija de Susana se ha convertido en una desconocida. Y, también, en un auténtico coñazo, en eso Emma apoya a su amiga.

Sin embargo, Luci opina todo lo contrario. No solo le encanta su sobrina, sino que cree que es igualita a ella cuando tenía su edad. Ay, los catorce años…

—¡Ya está! —exclama Susana cuando apaga su cigarrillo encima de su plato del café y luego tira la colilla al cubo de la basura. Se acerca de nuevo a la mesa y baja la voz para continuar hablando. La envuelve el olor del cigarrillo que acaba de fumarse. Un olor que siempre la acompaña, a pesar de que intente hacerlo desaparecer con

una ducha, con una mascarilla capilar o con una generosa capa de crema hidratante por todo el cuerpo. La persigue siempre, aunque se rocíe con agua de colonia. A veces, diminutas partículas de ceniza se posan en su ropa—. Podríamos hacer nuestra propia lista sobre cómo tendría que ser nuestro hombre ideal. ¿Qué os parece?

—Pues que eso es una puta tontería —comenta Luci, con un chasquido de lengua. Pasa su brazo por el respaldo de la silla—. Mujer, que ya no somos adolescentes. Además, ya sabéis que a mí no me interesa el rollo-pareja. Ya, no. Y, bueno, tú estás casada, Susana. Y Emma, Emma… —ambas hermanas miran a Emma, espectacular con una blusa de generoso escote, sus labios en un rojo tan subido de tono que resalta la blancura de su piel y sus grandes ojos azules.

—Emma, nada —responde la aludida—. Emma sí que quiere encontrar de una puñetera vez a su media naranja. A su alma gemela. A su…

—¡*Tonteríaz*! —exclama Luci, que acaba de meterse una pasta en la boca y, como tiene una textura parecida a la de un polvorón, pronuncia sus palabras un tanto inteligibles—: ¡*Ya eztá guien de ezaz ideaz del ziglo gazao!*

—¿Qué es gazao?

Emma y Susana se ríen de ella y Luci aprovecha para dar un trago a su café con leche para que la masa que tiene en la boca corra esófago abajo.

—Pasado. Ideas del siglo pasado —continúa—. Además, te repito que tú estás casada —y señala a su hermana.

—¡Anda! —se sorprende la aludida—. ¿Y eso es un salvoconducto o qué? —echa de nuevo mano al paquete de tabaco. Lo tantea. Decide dejarlo en un cajón, fuera del alcance de cualquier tentación—. ¿Acaso os creéis que yo, como estoy casada, ya no tengo ojos en la cara? Acordaos del anuncio de la colonia esa que dice *mira a tu hombre, mírame a mí* —imita a la voz profunda de dicho anuncio.

Se ríen las tres a la vez. Vuelven a llenar sus tazas con café. Susana calienta la leche en el microondas. Un minuto. Clinc.

—Pues a mí —continúa Emma— lo que me ha llamado la atención de la lista es eso del «hombre cultivado». Nunca se me ha pasado por la cabeza pensar en alguien así, con la cabeza bien amueblada, sino que siempre he repetido que tenía que ser guapo y alto, por ejemplo. ¿No os ha pasado eso también?

—Es verdad, es verdad —Susana le da la razón—. Pues mira, yo añadiría que tuviera una voz dulce, que fuera paciente, respetuoso y que supiera cocinar.

Y su mente se le va a Pedro, el profesor de Matemáticas del

colegio, su amor adolescente. Cuando coinciden en la sala de profesores, él le prepara un café, o una infusión, y le dice que se siente un rato para descansar (le pone, incluso, una banqueta delante de la silla para que eleve las piernas). En otros momentos, y en la misma sala, Pedro levanta la vista de los exámenes que esté corrigiendo y le cuenta a Susana las recetas que prepara en casa. Y Susana se apunta mentalmente los ingredientes y el modo de preparación. Es un punto de unión como otro cualquiera.

—¡Ya sé lo que vamos a hacer! —exclama Luci—. ¡Una cena en mi nuevo piso y allí cada una hará su lista y luego la quemaremos, para que se cumplan nuestros deseos!

—¡Un ritual! ¡Me encanta! —exclama Emma. Realmente tiene muchas ganas de algo así. De una cena. De una lista que sea la antesala para encontrar un gran amor. De irse a dormir tarde. De bailar. Sí, también tiene muchas ganas de bailar.

—Bueno —continúa Luci, mirando a su hermana—, a ver si acaba de pintarlo de una puta vez tu marido, que va a paso de tortuga, por cierto.

—Mira que eres borde —le contesta—. Te está haciendo un favor. Y lo sabes. Serás desagradecida…

—Bueno, no empecemos con los reproches.

—Pero ¿qué reproches? —se altera Susana—. Solo digo que…

—Así que cenaremos las tres juntas —le corta Luci—, a solas, como en los viejos tiempos. Tú te traes el vino —señala a Emma—. Uno de esos buenos, de esos que sabes elegir. Y tú —señala a Susana— traes algo para comer, no sé, fritada, pisto, croquetas…, algo así.

—¡Pero qué morro tienes! —exclama su hermana—. O sea, que nos invitas a cenar, pero nosotras llevamos la cena, ¿no?

Ja, ja, ja.

—¡Claro! —exclama Luci, divertida—. Bueno, yo iré a buscar una tortilla de patatas y me encargo del postre: unos fardelejos —y les guiña un ojo—. Pero sí, cenaremos juntas y quemaremos nuestras listas entre incienso y otros rituales para que se cumpla todo y aparezca de una puta vez el hombre que también nos está buscando sin que él lo sepa.

—Ya, tómatelo a broma —le recrimina su hermana.

—¿Y pondrás música para bailar? —quiere saber Emma.

—Y pondré música para que TÚ bailes, cariño.

Las risas de las tres atraen de nuevo a Nancy. Aparece de repente en la puerta de la cocina y pregunta, alegre:

—¿Podré ir a vuestra fiesta?

No quieren responderle. Lo que faltaba, la hija coñazo por ahí en

medio.

—¡No, claro que no! —le grita Susana y extiende un brazo que señala la puerta—. ¡Largo!

Y Nancy se va refunfuñando. Se oye un portazo cuando regresa a su habitación.

—¿Veis? ¡Me odia!

—Ay, qué pesada —le dice Luci—. Odia su nombre, solo eso.

Carcajada de Emma.

—¿Qué? ¿Cómo que odia su nombre? —Susana no sale de su asombro.

—Es que, ¡a quién se le ocurre, ponerle Nancy!

—¿Te lo ha dicho ella? —señala con el dedo estirado el pasillo por donde se ha ido su hija—. ¿Te ha dicho eso de que no le gusta su nombre?

—Bien bonito es —comenta Emma, para cambiar el rumbo que está tomando la conversación—. A mí me gusta.

—¡*Nosajodío!* —exclama Luci—. Tienes toda la puta colección de las Nancy en tu habitación, Emma.

La risa contagiosa de Emma permite que las otras dos se unan a ella.

—Pues mira lo que te digo —continúa Susana—, me da igual que no le guste. Toda mi vida jugué con una Nancy y me dije que, si una vez tenía una hija…

—¡Joder, a eso me refiero! —exclama su hermana—. Mira, yo toda la vida jugué con la Barbie y vamos, ni loca le pongo así a una hija.

—Bueno, si tengo otro hijo, le pondré un nombre más normal —dice Susana, conciliadora.

—¿Ken? ¿Le pondrás Ken?

Todas se ríen.

—¡Otro hijo! —exclama Emma.

—Pues no es broma, no, que me lo estoy planteando —añade Susana.

—¿En serio? —Luci no se lo puede creer—. ¡Si juraste que no tendrías ninguno más, que vivirías la vida, que…!

Susana mira a su hermana, muy seria. Vaya, es posible que no esté bromeando.

—¿De verdad? —pregunta Emma, con voz calmada.

—A veces lo pienso —se apoya en la encimera de la cocina. Se cruza de brazos—. Voy camino de los treinta y ocho. Aún estoy a tiempo. Mira, tal vez le ponga un nombre japonés —se ríe.

—Akihiro —dice Luci.

—Haru o Hiro —añade Emma.

Tras mirarse las tres unos segundos, sueltan una carcajada, a la vez.

—¡Me lo había creído! —exclama Emma.

—¡Y yo, no te fastidia! —dice Luci—. Pero qué cabrona eres…

—¡Luci, para! —se enoja su hermana—. Al final te lavaré la boca con vinagre.

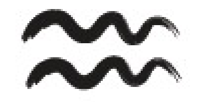
—¡Menuda madre eres! Bueno, es muy grata la compañía, pero me voy, que he quedado —dice Luci mientras coge su bolso y otra pasta de almendra—. Por cierto, Susana, pásate cuanto antes por la peluquería. Tienes unas raíces que ya no son raíces, sino auténticos arbustos de color negro.

—¡Borde! Anda, lárgate ya.

Emma va diciendo que sí con la cabeza.

—¿A qué estás diciendo que sí? —quiere saber Luci, con los brazos en jarras—. ¿A que yo soy una borde o a que ella necesita un tinte?

—*Laz doz cosaz* —se ríe Emma, salpicándolo todo con la masa de polvorón que tiene en su boca.



ACUARIO

No dejes pasar esta oportunidad para conocer a alguien que quizá va a revolucionar tu mundo sin que te des cuenta.

Luci lleva un par de bultos a su nuevo hogar. Su cuñado aún no ha acabado de pintar el piso, porque solo va de vez en cuando, solo en sus ratos libres, pero Luci aprovecha cada día para llevar cosas. Va y viene con bolsas. No tiene coche ni puede pedírselo a Emma porque el de ella está en el desguace, así que ahí la tenemos hoy, cargando el carro de la compra, repleto de libros, zapatos y cachivaches que ya tendría que tirar y no llevarlos de un lado para otro. En la otra mano, una enorme bolsa de supermercado, rebosante de ropa.

—Pareces una indigente —le comentan Luis y Merche cuando la ven salir.

Echan unas risas.

—¿Me dejáis vuestro coche?

—Venga, va, que te llevo —le dice ella.

Los tres ya viven en una cordial convivencia porque saben que solo es cuestión de días para que ella deje su habitación libre. Para que se restablezca el equilibrio. La paz. El orden.

Luci es mucha Luci.

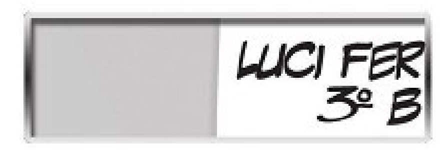
Llega al nuevo edificio y nota la espalda contracturada. Echa de menos un ascensor. Le duelen, también, los brazos y los hombros. Un leve sacrificio, según Luci, para poder conseguir esa meta, la de tener piso de alquiler para ella sola. Bien situado. Con cierto encanto.

Deja todos los bártulos en el suelo y abre el buzón. Está repleto de publicidad. Cuenta, de nuevo, el número de buzones. Ocho. Dos por planta. Se entretiene leyendo los nombres. Dos corresponden a parejas, pero la mayoría son personas solas. Nombres normales y corrientes excepto el del 2º B, debajo de ella: Héctor Koizumi. («¿Koizumi?», se pregunta. «Qué es, ¿ruso?, ¿rumano?»).

Luci lleva en el bolsillo un papelito con su nombre escrito en rotulador. Lo coloca en la ranura correspondiente del buzón, pero al cerrarlo, su



se mueve hacia la derecha, quedando tapado en un lateral. Ahora solo se lee



«Joder, qué mal suena».

Piensa que, cuando se lo cuente a Emma, ella soltará una sonora carcajada. Está segura. No conoce a nadie más risueño que su amiga.

No le da tiempo a enderezar la etiqueta porque alguien intenta abrir el portal. Por el vidrio esmerilado se adivina una silueta que va cargada con algo mientras intenta meter la llave en la cerradura. Luci le abre y el desconocido casi se cae, al igual que la caja de melocotones que lleva en sus brazos. La camisa, blanca, hiere los ojos a la luz del día.

Los brazos musculados de ese chico. Los anchos hombros. El cabello recogido en una larga cola. Su indumentaria (unos pantalones de cuadros rojos y negros. ¡De cuadros rojos y negros!) le llama mucho la atención. Luci no es consciente de que se ha quedado con la boca abierta.

—¡Gracias! —Héctor le obsequia con una gran sonrisa que no es correspondida por ella. Deja la caja en el suelo. Se estira la espalda. Hace un gesto de dolor—. Te vi el otro día. ¿Eres la nueva inquilina del tercero? Me alegro de conocerte —le ofrece su mano—. Yo soy Héctor y vivo en el segundo B. Justo debajo de ti.

Luci no le sonríe. Tampoco le da la mano, solo la alza y la mueve a modo de saludo. Desde que surgió un par de años atrás lo de la Covid-19 tiene la excusa perfecta para no dar la mano a nadie. «Un pijo», eso piensa de Héctor. «Un rico que no sabe dónde gastarse su dinero», concluye al fijarse en su reloj. «Pero… ¡qué pedazo reloj!».

Sin disimulo, baja su mirada hacia los zapatos de ese vecino: mocasines con borlas. «¡Con borlas!», se asombra. Da un suspiro y contesta:

—Sí, soy la nueva vecina —y señala su buzón, de forma inconsciente.

Héctor se acerca a leerlo. Exclama:

—¡Qué bárbaro! Pues para mí es un honor tener nada más y nada menos que a Luci Fer viviendo justo arriba —se ríe—. ¡A Luci Fer!

Su suave acento sudamericano comienza a calar en el corazón de Luci. Así lo siente ella, como si estuviera lloviendo en su corazón. Mientras, Héctor no puede reprimir la risa. Y qué risa tiene, opina ella, encandilada. No es ni simulada ni nerviosa, sino una risa genuina.

Auténtica. No impostada.

Héctor se pone una mano abierta en su ancho pecho, sobre esa camisa blanca que ya lleva el roce oscuro de la caja de madera, y le dice:

—Pues bienvenida a nuestro mundo terrenal, Luci Fer —y le vuelve a ofrecer su mano.

Esta vez, Luci se la estrecha. No sabe por qué lo hace. Y el contacto con la mano cálida de ese desconocido le trae imágenes de lugares donde no ha estado. Le vienen imágenes de una selva. Incluso oye el canto de diversas aves y, algo más lejano, el sonido de una cascada. También, en ese ensueño, hay un cielo azul, muy azul, con unas deshilachadas nubes blancas.

Luci le suelta la mano, sorprendida. No asustada, pero sí muy sorprendida. Y ya, libre, desaparecen todas esas sensaciones selváticas.

—Ah, y además de vecino, soy el presidente de la escalera.

—¿En serio? ¿Eres el puto presidente? La ilusión de todo el mundo, mira —suelta una risita que no llega a más. Se da cuenta de algo y se calla. Justo en ese momento es consciente de lo que le dice siempre su hermana sobre el vocabulario grosero que usa. Carraspea y pide disculpas.

Ni ella misma se puede creer que esté disculpándose.

—Ah, no pasa nada —y Héctor le dedica una amplia sonrisa—. Como te decía, llevo tres años en ello, en el cargo. Las vecinas son muy viejitas —así lo dice, viejitas— y hay varios pisos alquilados, así que no solo me tocó serlo hace tres años, sino que cada año vuelven a ofrecerme el cargo —sonríe de nuevo—. Si alguna vez necesitas que te echen una mano, cuenta con las mías —y, señalando el carro de la compra, le pregunta—: ¿Puedo?

La voz. La voz de Héctor es profunda. En el vestíbulo del edificio resuena como si estuviera dentro de una cueva. Habla con jovialidad y sus palabras parecen tener música, eso piensa Luci. Tal vez sea su acento, cae en la cuenta, pero el caso es que la suavidad aterciopelada de su voz lo envuelve todo y, aun así, o tal vez por eso, Luci no está prestando atención a nada de lo que Héctor le dice. Algo de melocotones, porque señala la caja que ha dejado en el suelo.

—Disculpa, se me ha ido el santo al cielo. ¿Qué decías?

—Que subo tu carrito en un momento —repite mientras lo coge y también la bolsa del supermercado repleta de ropa— y, mientras, tú puedes elegir todos los melocotones que quieras. Si quieres la caja entera, tuya es.

Luci mira la caja de madera. El color amarillo intenso de esa fruta, junto al aroma que desprende, le trae recuerdos de su niñez.

—¡Qué bien huelen! —exclama cuando se los pone debajo de la nariz.

Los pasos de Héctor resuenan más arriba. Tal vez en el primer piso.

—Me los acaba de regalar un cliente de La Almunia —contesta en voz alta.

—¿Un cliente? ¿En qué trabajas? —le grita por el hueco de la escalera.

—Soy transportista —le responde, ya bajando hacia el vestíbulo.

—Aaahhh, no lo hubiera dicho —y le mira de arriba abajo, mientras piensa que ese chico merecería estar dentro de un calendario. Aquel calendario de los bomberos australianos, por ejemplo. Sí, uno que le enseñó Emma desde Facebook, días atrás. En ese calendario, doce bomberos australianos, uno por cada mes, posaban con un animalito en brazos para conseguir sus adopciones.

—Bueno, yo tampoco hubiera dicho que Luci Fer pudiera parecerse a ti ni remotamente.

Ja, ja, ja.

—Pero ¿aún no has cogido ninguno? —y sin esperar respuesta, Héctor va eligiendo los melocotones que le regalará.

Mientras, ella intenta colocar, de nuevo, la etiqueta de su buzón. Queda algo mejor. Ahora es Luci Ferná, pero solo por un instante, porque la etiqueta vuelve a mostrarse como Luci Fer. Suspira y lee el apellido de Héctor en voz alta.

—Oye, ¿de verdad te llamas Kuo… Koimu…Koizumi?

—Sí —él sigue con su perpetua sonrisa. Le ofrece varias piezas de fruta que ella recoge como en un abrazo.

—¿Qué eres, ruso? ¿Polaco?

—Japonés.

—¡No me jodas!

—Mi abuelo era inmigrante japonés —él comienza a subir las escaleras. Deposita la caja de madera en el primer piso. Llama al timbre y sale la viejecilla del moño deshecho—. ¡Doña Patricia, buenas tardes! ¿Qué tal se encuentra hoy?

—Bueno, como siempre, hijo —contesta con voz lastimera. Mira a Luci—. ¿Quién es esta chica? ¿Tu novia?

—No, no —se ríe—, es la nueva vecina, la del tercero B. Se llama Luci. Anda, Luci Fer, saluda a doña Patricia.

Aunque parezca extraño, Luci sonríe a esa vecina. Bueno, eso es por fuera, porque por dentro se está riendo como una loca: «Luci Fer, ja, ja, ja. Soy Luci Fer».

Luci sopla hacia su flequillo bicolor para despejarse los ojos.

—Mire, mire qué melocotones más buenos le traigo —y Héctor

coge unos cuantos y se los ofrece—. Luego bajaré al súper para hacer la compra. Si quiere que le traiga algo, me lo dice.

—Gracias, Héctor —y la vecina se queda mirando a Luci—. Qué pena que se muriera don Anselmo, ¿verdad?

—¿Qué le pasó a don Anselmo? —pregunta Luci cuando la vecina ha cerrado su puerta y ya comienzan a subir el siguiente tramo de escaleras—. Cuando vine a ver el piso la primera vez, ya le soltó lo mismo al de la inmobiliaria. No sé, ya me está dando mala espina. A lo mejor no ha sido buena idea alquilarlo. ¡Me lo tendrían que haber dicho! ¿No crees?

—Estimada Luci —le dice Héctor con suavidad, mientras llama al timbre de la puerta de la vecina del segundo, la que vive frente a él—, si don Anselmo no se hubiera muerto, tú no habrías podido alquilar su vivienda, ¿no te parece? Y, créeme, es un piso excepcional, de veras.

La mano de Héctor reposa ahora en el hombro de Luci. Ese contacto le trasmite una sensación de paz inexplicable.

—Abre todas las ventanas —continúa diciéndole—. Quema incienso. Permite que tu alma habite el lugar. Te pertenece. No has llegado aquí porque sí.

—¿Ah, no?

La vecina abre la puerta y no disimula su alegría cuando ve a Héctor. Al ver a Luci le lanza una mirada airada. Se atreve a preguntarle:

—¿Y ese pelo es tuyo? ¿Así, de ese color tan tan…?

Luci vuelve a soplar su flequillo, que oscila en un leve movimiento verde y azul.

—Sí, es mío. Es que soy un pájaro de colores, ¿sabe? Un pájaro selvático. ¡Del Amazonas, ni más ni menos!

—Ya se ve, ya, que eres una pájara —y deja de prestarle atención. Agradece los melocotones que le ofrece Héctor y cierra la puerta sin más.

—¿Un pájaro del Amazonas? —pregunta, incrédulo—. ¡Qué bueno! ¿Cómo se te ha ocurrido decir algo así?

Se ríe mientras abre la puerta de su piso, enfrente. El esfuerzo de cargar la caja de melocotones le ha dejado pequeñas gotitas de sudor en su frente. También bajo la nariz. Héctor se seca con un pañuelo de tela que saca del bolsillo trasero de su pantalón. Eso le llama poderosamente la atención a Luci. ¡Un pañuelo de tela! ¿Quién, hoy en día, continúa utilizando pañuelos de tela? «Vamos, seguro que lleva su nombre bordado», piensa, divertida.

—Esta es mi casa. Si quieres entrar… —le ofrece, solícito.

—No, no, me voy a la mía —señala hacia arriba y comienza a subir

la escalera. Le pregunta: —Así que tu abuelo era japonés, ¿no?

Héctor se apoya en la barandilla. La mira fijamente.

—Sí, sí, provenía de la inmigración japonesa que llegó a Perú antes de la segunda guerra mundial. De ahí el apellido.

—¡Qué curioso! —Luci se para en el descansillo de arriba. Observa los melocotones que ha cogido. El olor sigue impregnando sus fosas nasales.

—Bueno, es más curioso saber su significado.

—¿Cuál?

— Koizumi significa «pequeña fuente».

—Vaya, hasta eso suena bonito —le dice y vuelve a dejar escapar, de nuevo, una sonrisa. No solo comienza a caerle bien ese chico, sino que su cerebro ya está tramando algo, porque acaba de caer en la cuenta de que es ¡el candidato perfecto para Emma! ¡Es (casi) japonés, atractivo y con sentido del humor! Y no solo eso: ¡también elegante, como su amiga! ¿Cuántas veces alguien puede encontrarse con semejante casualidad?

—Encantada, Héctor. Ya nos veremos.

—¡Espera! —él coge unos cuantos melocotones más, sube las escaleras y los coloca encima de los que ya le dio antes. El equilibrio, a Luci, no le durará mucho—. Y estos se los das a la vecina que tienes enfrente, a doña Carmen. Es la más maja de todos. Hasta en eso has tenido suerte —y le guiña un ojo—. Y unos cuantos más —baja las escaleras, coge tres piezas de fruta y vuelve a subirlas— para la vecina que tienes justo encima.

—¿Y por qué no se los das tú? —le pregunta con la barbilla sosteniendo la apreciada fruta.

—Así te presentas —le sonríe—. Eres la nueva.

—Pero me colgarán a mí las medallas y los melocotones son tuyos.

—Lo importante es el gesto y el resultado. El resto no importa.

6

Xandro Ulloa rastrea en su ordenador poemas que escribió tiempo atrás y que ahora están dispersos en diferentes carpetas. Poemas que no ha utilizado, aún, para ningún libro. Está pensando en uno nuevo, un nuevo poemario que recoja su tristeza característica, pero con un punto de luz. «La innombrable luz al final del túnel», piensa, y considera acertada esa frase incluso como posible título. Lo anota en una libreta.

Comienza a leer uno de esos poemas, titulado *Ya es invierno*. Lo escribió meses atrás, cuando Irene y él ya llevaban dos años separados. Recuerda que la inspiración le llegó tras una llamada que recibió de ella. Sí, de vez en cuando, su ex le llama. O le manda un *email* o un wasap. Parece ser que, de repente, a ella le llega su recuerdo y le da por marcar su número.

Y él descuelga. O le responde al correo electrónico que le ha enviado.

Y charlan. O se cartean.

En ocasiones incluso ríen, o se escriben varios wasaps seguidos, uno detrás de otro, y Xandro siempre se queda con una sensación extraña, como si fuera el poso de una posible reconciliación.

Apunta en su libreta *el poso de una posible reconciliación*, para que no se le olvide. El sedimento ilusorio de que ella y él puedan volver a estar juntos. Escribe *sedimento, depósito, residuo*.

No, Xandro Ulloa nunca ha perdido la esperanza de poder regresar con ella. De volver a la vida de antes. La vida que le daba estabilidad. La de la casa compartida. La de estar acompañado. Sus libros. Sus discos. Caminar a oscuras en la noche y saber dónde estaba una puerta. Dónde un interruptor. Despertarse en su cama, la que compartía con Irene. Oh, Irene. Los sonidos de antes, en aquel vecindario del barrio de Gracia barcelonés, con su tráfico, con su luz, con sus calles…

De todas maneras, él siempre ha pensado que tal vez, si Irene le llama, o le escribe, es para quitarse el residuo de la culpabilidad. Al fin y al cabo, fue ella la que tomó la decisión de romper. De irse. La que puso por en medio decenas de avenidas y una gran circunvalación. Pero eso fue tiempo atrás, cuando vivía entre el pasado que fue y el futuro que anhelaba. Ahora, piensa que está en una especie de limbo que dura demasiado tiempo. Escribe en su libreta *limbo, aureola, contorno, halo*.

El poema *Ya es invierno* habla, precisamente, de las llamadas de su exmujer, cuando Irene le decía «siempre me regalas paz» a la hora de despedirse Y, sin embargo, a pesar de esas palabras, ella no

demostraba cercanía ni ganas de saber…

y ganas de saber
cómo se encontraba (él),
cómo le iba la vida (a él),
qué tal en esa distancia (sin ella).

Antes de acabar de leerlo, le llega un wasap. ¡No se lo puede creer, es de ella, de Irene!

«Caramba, caramba, como en los viejos tiempos», se dice.

A ver, ¿desde cuándo las casualidades se muestran así, tan descaradas? ¡Inaudito, eso de estar leyendo algo que escribió pensando en ella y recibir un mensaje suyo! ¡Y justo en ese momento!

En el wasap, Irene le dice que acaba de publicar una nueva novela. Le manda el enlace de la editorial. Una foto de la portada. Le pide que corra la voz y le da las gracias.

«¿En serio?».

Ella añade que en breve le llegará por correo postal un ejemplar. Y dedicado.

—¡Pero qué interesada! —exclama Xandro. Claro, solo pretende que le haga publicidad, cae en la cuenta. Al fin y al cabo, él es muy activo en Facebook e Instagram, realiza reseñas para una revista digital y tiene un espacio cultural en un periódico provincial.

Contesta al mensaje con un escueto pulgar hacia arriba. Y desconecta el móvil, quiere trabajar sin interrupciones.

Continúa leyendo el poema escrito dos años atrás:

Siempre me regalas paz,
qué absurdo,
se dice,
si ya es invierno
en mis ojos
y en los suyos.

Sí, meterá esos versos en la nueva colección, eso piensa.

Se levanta y estira sus brazos, flexiona sus piernas, gira el tronco a un lado y a otro. Va a la cocina a prepararse un café. Mientras, pone algo de música, *La casa por el tejado*, de Fito & Fitipaldis, y la alegría comienza a recorrerle el cuerpo. Da unos pasos por el amplio salón. Debería hacer una pequeña fiesta, piensa. Una cena, como la que montó semanas antes. Preparará las invitaciones en unas tarjetas especiales. Es consciente de la agradable sorpresa que recibe todo aquel que abre su buzón y se encuentra una carta. Un sobre de color con una tarjeta escrita a mano. Y el sello postal, claro.

Sonríe y sigue bailando.

Suena *I Like It*, de Bad Bunny & Cardi B

—¿Qué te parece? —le pregunta Emma a su madre mientras mira la etiqueta del precio. Prohibitivo.

—No hay problema, hija —le contesta Pepa mientras observa el corte, las puntadas, los pliegues bajo el cinturón, los anchos tirantes. Repite—: No hay problema. Te quedará que ni pintado.

—¿Puedo atenderlas? —pregunta la dependienta y no espera respuesta—: ¿Desea probárselo?

Emma tarda en reaccionar. No soporta que la llamen de usted. A ver, solo tiene 33 años, caramba. Se pasa la mano por su largo y ondulado cabello. Tal vez debería cambiar el corte. Sí, tiene que ser eso. Su pelo estará pasado de moda o algo así. Tendría que probar un juvenil flequillo. Se lo dirá a Luci.

—Claro, claro, me lo probaré —contesta, por fin, a pesar de que no se lo quedará, claro, quién va a pagar semejante precio. Ella, no.

—¿Qué talla suele utilizar? —y la dependienta la mira de abajo arriba.

Emma se ruboriza. Carraspea. Acierta a decir:

—Creo que una 42. Tal vez una 44 —y se calla que a veces suele utilizar una talla 46.

La dependienta le sonríe, benevolente. Añade:

— Sí, yo también creo que una 44. Nuestras prendas son amplias. Pero su pecho es… —mira el gran busto de Emma— es… —deja abiertas las palmas de las manos, hacia arriba—. ¿Usa una talla 110, tal vez? Y las caderas… las caderas tal vez no necesiten una 44, pero… A ver —busca en el perchero y le ofrece un vestido—, pruébeselo y me dice.

—¿Has visto? —le susurra a su madre en el probador—. ¡Me habla de usted!

—No sé qué has dicho. Repítemelo por el oído bueno.

—Que me llama de usted.

—¿Quién?

—¡La dependienta, mamá!

—Bueno, hija, acostúmbrate.

Emma pone los ojos en blanco. Qué moral le da su madre.

Pepa, la madre de Emma, años atrás había sido una auténtica profesional de la costura. Manos prodigiosas con las telas. Excelentes ideas para la confección. Lástima que sus sueños nunca abarcaran tener su propio taller. O su propia línea de vestidos de fiesta, por ejemplo. Durante toda su vida, Pepa había cosido para un taller que confeccionaba batas y uniformes escolares. También prendas para las representaciones de final de curso, para equipos de patinaje o de

danza contemporánea. Incluso, durante largos años, la madre de Emma tuvo sus propias clientas que le encargaban faldas, blusas o vestidos y que venían a su domicilio a traer las telas, a medirse, a probarse.

Los vestidos que suele utilizar Emma los copian, ambas, de las revistas del corazón: miran las fotografías de gente famosa en sus amplias y bonitas viviendas, se fijan en la ropa que las actrices llevan en las entregas de premios, en cenas de gala, en bodas… Últimamente, Emma y Pepa prestan una atención especial al vestuario que utilizan las abogadas de la serie que están viendo en Netflix. Oh, sí, madre e hija se quedan extasiadas admirando los preciosos vestidos que lucen la socia principal, Diane Lockhart, y su asociada, Alicia Florrick (vale, también están muy pendientes de la tensión sexual no resuelta entre esa Alicia y otro socio principal, Will Gardner).

No, a Emma ni se le ocurre contarle a su madre que su vida es parecida a la de la protagonista de la serie. En los vestidos. También en lo de la tensión sexual no resuelta con su nuevo jefe, José Ramón. Porque eso quiere ella, tener una relación con él. De hecho, nunca ha tenido ninguna relación amorosa —y plena— con ningún hombre. Con ninguna mujer. ¡Nunca! A sus treinta y tres años, con nadie.

El caso es que, desde años atrás, Emma luce los elegantes vestidos que le confecciona su madre. Y los lleva a su oficina como si fuera la abogada asociada de un bufete (como la de la serie) y no una contable (como lo que es) en un despacho de ingeniería y arquitectura.



ACUARIO
No es sencillo buscar el amor, sobre todo si te han lastimado. Por eso, tienes que levantarte y recomponerte, pues esa persona destinada a estar a tu lado está a punto de llamar a tu puerta.

Ding. Dong.

Suena el timbre de Luci. Está colocando cuatro cosas que aún tiene en cajas. Ni tan siquiera deja en el suelo la lamparita que lleva en las manos, sino que va con ella a abrir la puerta. Es Héctor, el vecino de abajo.

—Ah, hola —le dice a Héctor y se fija en que él vuelve a llevar una caja entre sus brazos. Esta vez, de cartón—. ¡Caramba, siempre tienes algo entre manos!

«Cielos, qué sonrisa tan inmensa», se dice Luci.

«Y qué manera de vestirse», continúa pensando. Esos pantalones de cuadros rojos y negros no le quedan bien a cualquiera. Por supuesto que no. Pero a él, sí.

—Mira lo que nos hemos encontrado en el patio de la empresa —y le muestra el interior de esa caja. Dos gatitos están acurrucados sobre una toalla—. Se llaman Moctezuma y Malinche.

—¡Oh, como los conquistadores mexicanos!

—Bueno, no eran conquistadores precisamente —se ríe Héctor—. Pero, si hubiera habido un tercer gato, ten por seguro que se hubiera llamado Hernán Cortes.

Su risa, su genuina risa resonando por toda la escalera.

—Me gustaría que aceptaras uno de ellos —le dice a Luci y coge el de color negro con motas blancas en las patas y en la frente—. Necesitan ser adoptados. No pueden quedarse en el patio de la empresa, con la comarcal tan cerca. Acabarían arrollados —ante la cara de estupor de Luci, añade—: Toma, cógelo. O cógela, porque se trata de Malinche, la gatita —sonríe—. Yo me quedo con el otro, con Moctezuma.

La luz del rellano se apaga en esos momentos y ella ve (perfectamente, y eso le asusta) la aureola que se forma alrededor de Héctor. Es una luz que seguramente solo llevan consigo las personas que merecen la pena. Eso cree. Imposible pensar otra cosa en esos momentos. Se acerca al interruptor y la escalera vuelve a iluminarse.

—Hombre, me pillas mal en estos momentos —y toma en brazos al

felino. Curiosamente, se queda tranquilo, no hace nada por zafarse y salir huyendo, escaleras abajo. No pesa nada de nada. La levedad en sus manos—. A ver, intenta comprenderlo: aún no me he mudado, no puedo dejarla aquí sola ni me la puedo llevar al piso en el que aún estoy. ¡Y menos con el perro que tienen mis compañeros! Y no tengo artilugios para gatos, ni sé cómo se cuidan, ni… —y mientras enumera todas esas cosas, no deja de acariciar al felino. Se oye su ronroneo. Pequeño motor desacompasado.

—Pero ¿nunca has pensado en tener uno?

—Esto…, sí, pero no ahora —y mira a la gatita. Se sorprende de que se haya quedado dormida en sus brazos. Piensa que está cansada. Sí, debe ser eso.

—¿Y qué más da el tiempo? —le pregunta con la cadencia sudamericana que se adhiere a todas sus frases—. La vida suele respondernos a nuestras peticiones en el momento que ella considera oportuno, no cuando nosotros lo consideramos. ¡Qué vamos a saber nosotros! Por eso nos dejamos guiar. De eso se trata.

Su sonrisa, de nuevo.

Es un estado de parálisis en el que se encuentra Luci. Ni una palabrota le sale.

—Mira —Héctor le ofrece un par de folios—, he buscado información sobre el cuidado de los gatos y te he hecho una copia. Es un poco para salir del paso —le guiña un ojo—. Ahora iré a buscar comida, rascadores, areneros… ¿Quieres acompañarme? ¡Anda, ven, será como buscar el ajuar de un bebé!

La parálisis continúa. Luci se encuentra boba, la verdad. El gato le da en el brazo un pequeño mordisco y la saca del ensimismamiento.

—¡Huy! ¡Me ha mordido, la muy cabrona! Oh, lo siento —se disculpa y añade una sonrisa—. Vale, te acompaño.

—¿Sí? ¡Genial! Anda, ven a mi casa, los dejaremos allí mientras estamos fuera. Si quieres, yo te cuidaré a Malinche hasta que te traslades.

—Pues te lo agradezco, sí —alza a la gata para mirarla mejor. Pronuncia su nombre con una entonación melódica, como si estuviera hablando con un bebé—: Malincheeee, Malincheeee…

—¿Sabías que Malinche, la indígena, tuvo un papel importantísimo en la historia de México?

Y Luci, encantada por su voz y por todo lo que le cuenta sobre esa historia, se pone los zapatos, coge las llaves y cierra la puerta de su piso. Baja, silenciosa, y aún pasmada y con la gata en brazos, hasta la vivienda de Héctor. Cuando él abre la puerta y se pone a un lado para dejarla pasar, Luci se da de bruces con el paraíso:

Un precioso biombo japonés preside la sala. Hay paneles correderos que separan las estancias. Hay un tatami en el suelo. Una sencilla mesa de madera con dos bancos a ambos lados. Un sofá. Y, en el balcón mirador, una pequeña selva que lo invade, porque está repleto de plantas exuberantes. En uno de los rincones, una fuente proporciona el sonido acuático necesario para relajarse en tres, dos, uno…

—¡Uaaaauuu! —solo acierta a decir y la gata salta al suelo para escabullirse.

La risa de Héctor revolotea por ese lugar en el que ella se quedaría a vivir sin más, convertida en una de esas plantas, esperando el agua y los cuidados que ese ser tan enigmático —y magnífico— les confiere.

Suena la pegadiza *Don't Stop 'Til You Get Enough,* de Michael Jackson

Existen ciudades pequeñas. Ciudades amables con personas que se saludan cuando se encuentran por la calle, que se detienen mientras preguntan cómo te encuentras o que, si surge, te acompañan a tomar un café o una bebida generalmente alcohólica.

Ciudades que también poseen grandes extensiones de parques y jardines y que suelen estar bien cuidados porque hay detrás excelentes jardineros pendientes de esos parques y de esos hermosos jardines. Los barrenderos, al contrario que en otras ciudades, no pasean su carrito arriba y abajo hasta cumplir su horario laboral, sino que barren de verdad, vacían las bolsas de las papeleras, saludan a los vecinos…

Sí, existen ciudades así en España. Localidades que se pueden recorrer paseando, corriendo o pedaleando, porque hay grandes aceras y avenidas e incluso zonas con césped a un lado y al otro de esas aceras y avenidas. Y los árboles poseen grandes copas que proyectan sombra en verano, para acoger a aquellos que hacen taichí o meditación o mientras realizan una tabla de gimnasia pisando la hierba fresca.

Lugares para pasear o correr siguiendo el curso del río (ciudades con río y con un paseo paralelo) mientras se disfruta de la naturaleza que hay alrededor.

Emma es una de esas personas que aprovecha las bondades de una ciudad así y sale a correr por sus aceras y parques cada día a las siete y media de la mañana, antes de ir a la oficina. Se suele vestir con prendas de la colección de Stella McCartney para Adidas. Le encanta, sobre todo, una preciosa camiseta de color violeta y con un estampado negro a la espalda.

Hoy, justo cuando se pone los auriculares del iPhone antes de salir de casa, su madre le pregunta somnolienta desde la cama:

—¿Ya te vas al trabajo?

—¡A correr, mamá! —le responde ella mientras busca las llaves—. Vuelvo dentro de un rato.

—¿Hoy no trabajas?

—¡Mamá, que me voy a correr, luego vuelvo!

—Pero ¿qué fiesta es hoy?

Emma da un enorme suspiro, enciende la luz del pasillo y en tres zancadas se pone en la habitación de su madre. Le dice:

—Que ahora vuelvo. Me voy a correr.

—Ah, vale.

Bastará un kilómetro de recorrido para que adelante a un hombre muy alto, muy delgado y desgarbado. Lleva una gorra y va leyendo el

periódico. Si Emma hubiera mirado hacia atrás, si le hubiera dedicado solo una mirada a ese desconocido, habría visto su bigote y solo necesitaría ese detalle (ese bigote) para reconocerle. No hubiera dudado de que se trataba del amor platónico de Luci, el poeta gallego.

Pero ella no se da cuenta. El poeta, sí. Y se ha fijado en el perfil de Emma, en su piel lechosa, en la larga cola que le cae por la espalda y que se mueve a un lado y a otro, mientras pasa a su lado dando zancadas.

Ve cómo Emma se aleja. Se fija en su espalda, en sus enormes glúteos dentro del pantalón ceñido. Sus carnes, moviéndose al compás de cada salto.

Esa imagen de Emma alejándose no se la quitará de la cabeza en todo el día.

Suena *Malamente*, de Rosalía

—¡Emma, pero qué guapa vienes hoy!

—¡Chica, me dejas pasmada!

Exclaman Amparo y Vero, sus dos compañeras de oficina. Se ríen. Según Emma, intentan ser simpáticas, pero Amparo le cae mal. La risa, en ella, se puede entender como burla. Y sus buenas intenciones, una trampa.

Se quita los auriculares y Rosalía, la cantante, se queda callada y ya no dice nada sobre cristales rotos que crujen (tra, tra). Emma sonríe a sus compañeras, les pregunta qué tal va todo y avanza hacia su mesa. Deja su bolso encima y vuelve sobre sus pasos, como una modelo XXL.

—Oye, ¡que pareces la reina de Saba! —añade Amparo.

Ese día, Emma lleva un precioso vestido gris perla y unos altos zapatos negros, de tacón ancho y hebilla en el tobillo, que le permiten caminar como una reina precisamente. Suelta una risa potente, contagiosa, y sabe que no solo es alta, sino también una elegante y sofisticada mujer de ochenta kilos a la que le encanta vestirse de esa manera. Clásica. Estilo años sesenta, tal vez. Sí, a Emma le hubiera gustado nacer en aquella época.

En ese momento de hilaridad, su jefe, José Ramón, la llama a gritos desde su despacho. Y ella, teatrera, pone cara de asombro exagerado, lo cual provoca más carcajadas entre Amparo y Vero. Se recoloca el vestido, estirándolo hacia abajo, y sale, veloz, al encuentro de esa llamada. Los tacones repiquetean en el suelo de cerámica. Oh, a Emma le encanta ese sonido de sus zapatos. Suena a fuerza. Suena a mujer que sabe lo que quiere. Y ella sabe lo que quiere (eso cree, al menos).

—Cada día igual —murmura Amparo mientras Emma se aleja.

—Qué agobio de hombre —susurra Vero.

Pero Emma no es de esa opinión. No cree que José Ramón sea un agobio. No, lo que ella piensa al entrar en el despacho de su jefe es: «Qué bueno está».

Luego, cierra la puerta y le sonríe. Él le devuelve la sonrisa y alza las cejas al verla. Está realmente sorprendido. Se fija en lo inmensa que es. En los párpados pintados de gris. En la dentadura prominente. En su amplio e inabarcable busto. En sus bonitos ojos, eso sí lo reconoce como algo extraordinario. Oh, y su pelo. ¡Qué preciosa melena, la de Emma!

Se queda pasmado por unos segundos.

Y Emma se siente segura dentro de su favorecedor vestido. Se siente como una auténtica diosa. Y comienzan a temblarle las piernas

cuando José Ramón se levanta y se dirige hacia ella con paso decidido.

«Él me va a rodear con sus brazos y me besará en los labios suavemente. Soy la mujer más feliz del mundo. Soy…».

—Pero ¿qué haces, mujer? No dejes la puerta cerrada —comenta él, a su lado, mientras la abre de repente—. Solo quiero que traigas los informes financieros de Zamarra y Asociados. Gracias.

Y espera a su lado hasta que ella sale.

José Ramón ha roto el encanto y a Emma le arden las mejillas. Piensa que ha estado tan cerca, tan cerca de ser abrazada, besada…

¡Maldita imaginación!

7

Xandro Ulloa acaba de ver un pequeño cartel que anuncia clases de *swing* en una academia de baile. Comienza a leer. «Hum, qué buena idea», se dice. El curso comenzará dentro de tres días. «Genial». El cartel indica que, aunque es un baile por parejas, no hace falta asistir emparejado. Vaya, vaya, cada vez le gusta más la idea.

Alguien se ha puesto detrás porque intuye su presencia. Al volverse, se sorprende:

—¡Ah, hola!

Es ella, la imponente chica con la que a veces se cruza por las mañanas cuando él baja a comprar la prensa y ella pasa corriendo por la acera.

—¿Nos conocemos? —pregunta Emma, extrañada. Se fija en el bigote de ese desconocido, pero no, no lo relaciona con el poeta del que le ha hablado Luci. Se fija, eso sí, en su altura desgarbada. En el descuido con el que lleva la ropa. Incluso cree que se trata de alguien que es tímido y que está luchando por no serlo.

—No, no, pero a veces te he visto pasar cuando haces *footing* —habla rápido y mirando hacia otros lugares, no a ella. Sí, es tímido, constata Emma—. ¿O se dice *running*? ¿Tal vez *jogging*? Qué lío, ¿no?

Emma le sonríe. No va a explicarle las diferencias entre esas tres modalidades, pero le hace gracia y deja que su sonrisa se quede en su cara más tiempo del que merecería cualquier otro desconocido.

—Un lío, sí.

—Hoy no te he visto correr, por cierto.

—No, hoy no.

Emma deja de sonreír. ¿La está siguiendo?

—¡Lo siento! No me gustaría que creyeras que estoy espiándote —se excusa él. Y piensa que no podría haber empezado con peor pie.

Se hace un incómodo silencio: Emma preguntándose cómo ese tío la ha reconocido si no va vestida de *runner*. Y él, preguntándose si está haciendo bien eso de hablarle a una chica a la que no conoce de nada (lleva tanto tiempo sin practicar…). Decide continuar:

—Imposible no reconocerte. Tienes un cabello precioso —ahora sí la mira a los ojos.

Emma se sorprende. Se pone la mano sobre su inmenso pecho:

—¿Qué?

—Disculpa, no quería ser grosero.

«Pero, ¡qué encanto!», se dice ella. Le dedica otra sonrisa.

—¿También te interesa bailar *swing*? —quiere saber Xandro, señalando el cartel.

—Tal vez —responde Emma.

—¿Y tienes pareja de baile? —Xandro no se puede creer que esté siendo tan descarado. ¿De dónde le nace esa fuerza interior para hablarle así, como si fuera lo más normal del mundo?

—Tal vez…

Emma alza sus cejas, se le hacen un par de arrugas en la frente. Hoy no lleva los párpados pintados, solo las pestañas cargadas de rímel. Parpadea dos veces antes de continuar. Y él observa, sin disimulo, sus bonitos ojos azules. Queda prendado de ellos. «Ojos claros para ser admirados», se dice.

—No, no tengo pareja para el baile —continúa ella y señala la frase del cartel—, pero parece ser que no es necesario, ¿no?

En el cartel hay una foto de dos bailarines en plena calle. La expresión de ambos, chica y chico, es de una felicidad genuina. Emma echa de menos eso. Tener esa expresión. Poseer una felicidad similar. Sí, quiere bailar. Quiere encontrar algo que sabe que le pertenece.

—¡Exacto, eso es lo que me ha animado a mí! —contesta Xandro con una renovada alegría—. ¿Te apuntarás?

—Puede —y comienza a alejarse sin perder la sonrisa.

Sus tacones golpeando la acera. La espalda, bien recta. Su cabello, cayéndole como una gran capa sobre la espalda. Piensa que, si se vuelve en ese momento, él la estará mirando. No se decide a hacerlo, porque ¿y si no ocurre así?

—¡Espera, por favor! —exclama Xandro y ella se da la vuelta—. Soy nuevo en Logroño y no sé dónde está la calle de la academia —junta sus manos en un gesto de plegaria.

«Qué tierno», piensa ella. Y exclama:

—¡Busca en Google! —pero, ante el gesto suplicante de ese desconocido con bigote, Emma vuelve sobre sus pasos—. Está a un cuarto de hora, más o menos. Mira —y abre la aplicación de los mapas, busca la ubicación y le va señalando, con una uña perfecta y sonrosada, el camino a seguir. No sabe que Xandro, mientras, está respirando tan cerca de ella que puede notar el aroma fresco y cítrico de su *eau de toilette*.

—¡Gracias, eres muy amable! —y, antes de que Emma vuelva a girarse para irse, añade—: ¿Has desayunado? ¿Te apetece un café?

Y Emma quiere decirle que sí, que ya ha desayunado, y que no, que por supuesto no le apetece una taza de café con un desconocido, pero su voz sale antes de que ella pueda pronunciarse:

—Sí, claro, por qué no —mira la hora—. Aún tengo un cuarto de hora antes de entrar en la oficina. Trabajo aquí al lado.

—¡Vaya, hoy es mi día de suerte!

La risa alegre de Emma. Sus ojos brillantes.

—¿Cómo te llamas? —quiere saber Xandro.

Comienzan a caminar, el uno al lado del otro.

—Emma.

—Como la diosa del amor y de la fertilidad. O la del deseo.

—¡Caramba! —no puede evitarlo y se ríe. Le cae bien, vaya que sí. Le gusta incluso su gorra. ¿A cuántos ha visto con gorra? Cree que a nadie, salvo a algunos viejos. Al menos, nunca se ha fijado. ¿A cuántos con bigote? Tampoco se ha fijado en ellos.

—Emma —repite Xandro mientras le abre la puerta de la cafetería y, levemente, posa su mano en la espalda de ella mientras pasa adentro—, como la protagonista de la novela de Jane Austen, una novela cómica sobre los peligros del romance, por cierto.

«Qué voz tan bonita y profunda tiene», eso piensa Emma. Y suelta una risita.

—¿Qué? —quiere saber él.

—Nada, nada, que es muy curioso. ¿Te pasa con todos los nombres o solo con el mío?

—¡Anda! ¿Es que tú no has indagado sobre su significado? A ver, ¿por qué te lo pusieron tus padres?

Huy, cómo le va a contar a ese desconocido que sus padres le pusieron Manuel, como su abuelo.

—Así se llamaba mi abuela —sonríe por esa media mentira—. Yo solo conozco a una Emma famosa: la Watson. Emma Watson, la de Harry Potter.

—¿La Hermione de Harry Potter? —se sorprende Xandro y suelta una carcajada, cálida, mientras coge los cafés que ha dejado el camarero en la barra. Los lleva a la mesa que ella ha elegido. Se sientan—. Bueno, también está Emma Tompson, grande entre las grandes.

—¡Es verdad!

—Sí, tiene estupendas películas. Aparece en *Sentido y sensibilidad,* por ejemplo, en *Love actually*…

—Sí, sí, ahí hace de hermana de Hugh Grant. Bueno, del primer ministro. Es decir…

La risa de ambos. Los ojos de ambos, mirándose. El café que se acaba. Emma que mira la hora y se levanta de golpe. Dice que se ha hecho muy tarde. Demasiado. Salen deprisa y corriendo. Ya en la calle, le pregunta:

—Y tú, ¿cómo te llamas?

—Alejandro.

Y Xandro no sabe por qué le ha dicho Alejandro. Bueno, sí lo sabe: Alejandro es su verdadero nombre, el que sale en su DNI. Sin

embargo, en los libros que publica, es Xandro.

—De veras, me ha encantado conocerte —y le toma la mano a Emma, a modo de saludo formal.

—Ahora tendremos que desinfectarnos con el gel hidroalcohólico.

Risas.

Se dicen adiós con la mano.

Ninguno de los dos ha pedido el teléfono al otro.

8

—¡Héctor, no cierres! —exclama Luci cuando le ve entrar al edificio.

—¡Hola, Luci Fer! ¡Qué alegría verte de nuevo!

La sonrisa enorme de Luci cuando la llama así. «¡Serás tonta!», se dice cuando se da cuenta.

—Pasa, pasa.

—No, no, tú primero —y Luci le señala la escalera.

—¡No, por favor, las damas…!

—¡Y una leche, las damas! Anda, pasa tú primero, que tu piso está antes que el mío —y le hace un gesto con la cabeza para que suba él delante de ella.

—Vale, vale, ningún problema —le contesta, conciliador.

Ella, que va detrás, observa la ropa deportiva de Héctor y la blanca y sencilla bolsa de lona con el escudo del Real Madrid que lleva colgada en un hombro. Se fija en los *shorts* de Jacquard de rombos azules y en las líneas laterales de color rojo. Las zapatillas también le llaman la atención, no porque sean blancas, sino por la abeja dorada que va bordada encima de una tribanda verde y roja lateral. Ella no lo sabe, pero ambas prendas son de la marca Gucci y con ellas Luci podría haber pagado el alquiler de un mes de aquel piso que tanto le gustó y que era grande, limpio, luminoso y que estaba totalmente amueblado.

—¿Cómo están los gatos? —le pregunta cuando Héctor ya ha llegado a su puerta e intenta abrirla.

—¡Bien, muy bien! ¿Quieres pasar a verlos? ¿Quieres pasar a ver a Malinche? —le pregunta ya con la puerta abierta.

—Luego, cuando me vaya —se calla unos segundos y añade—: Dime, Héctor, ¿sales con alguien? Quiero decir, ¿tienes pareja o…?

—No, no tengo pareja —responde sorprendido—. ¿Acaso me estás pidiendo una cita? —Héctor suelta una carcajada. No se lo puede creer.

—Ah, no, no —Luci mueve mucho la cabeza. Cree que así lo corrobora mejor—. Es para una amiga. Mi mejor amiga. Se llama Emma. No sé, he tenido un *flash*. Creo que haríais muy buena pareja.

—¿En serio?

—Sí, sí. Creo que eres perfecto para ella.

—¿Y eso? Quiero decir, qué te ha llevado a pensar que yo…

—Eres atento, amable, alegre. Y ella también lo es. Emma necesita a alguien así.

—Todos necesitamos a alguien así.

—Unos más que otros.

La luz del descansillo se apaga y ahora, con esa frágil oscuridad, Luci cree ver a Héctor convertido en un indio. Cree oír incluso el agua de un río cristalino (tiene que ser cristalino, eso piensa) y cientos de pájaros cantando. Clic, Héctor enciende la realidad al tocar el interruptor de la luz.

—Me lo pensaré. Eso de tener una cita con tu amiga. A ver, no suelo hacer cosas así.

«Cosas así». Emma oye, en esas palabras, el susurro del viento. El viento que mece su cabello y que trae aromas de una tormenta lejana.

—Ella tampoco hace cosas así. Por eso, si aceptas, no le digas que yo te lo he sugerido. Vamos, que no es una obligación y tal.

Ambos dejan que su risa suba y baje por las escaleras.

—De acuerdo —claudica Héctor—. Dile a tu amiga si quiere hacer taichí conmigo. Y así nos conocemos. Todos los sábados a las siete y media de la mañana estoy en el parque del Ebro. Por ejemplo, podríamos quedar mañana.

—¿Taichí? —se extraña Luci—. ¿Mañana? ¡Es sábado! ¡Y a la siete y media! —se pone la mano en la frente mientras gesticula negando con la cabeza.

—¿Y qué? Es la mejor hora del día, justo cuando todo vuelve a la vida. También puedes venir tú —sonríe.

—Deja, deja —sigue negando con la cabeza y con media sonrisa—. ¡Taichí!

—Bajo los árboles —añade Héctor—. Sintiendo la brisa fresca. Oyendo el canto de los pájaros. Notando cómo la madre Tierra nos acaricia los pies desnudos en el césped.

—Jolín, qué bien suena —se cruza de brazos y no es consciente de que ha dicho «jolín», no alguna de sus palabrotas favoritas—. Se lo diré a Emma, a ver qué dice.

—Okey —eso dice Héctor, *Okey*—. Y si no es mañana, cualquier otro día, Luci Fer. Oye, ¡me encanta tu nombre! —y se lo dice mientras entra en su casa. Su risa, su bonita risa, resuena incluso cuando ya ha cerrado la puerta.

Luci sigue subiendo hasta su rellano. Nota algo así como alegría. Alegría por el encuentro. Por la charla.

Sí, tiene muchas ganas de comenzar una nueva vida. Justo en este edificio y en la que será su nueva vivienda.

CREMA PASTELERA

Ingredientes: 500 ml de leche entera, 1 rama de canela,
medio limón, 3 yemas de huevo,
85 g de azúcar, 50 g de harina de maíz refinada y
15 g de mantequilla (opcional).

Elaboración:
Infusionamos la leche calentándola con la rama de canela
y la piel del medio limón y antes de que hierva (...)



—¡Ya estoy en casa! —grita Susana en cuanto cierra la puerta.

Tira las llaves en el bol que hay en el recibidor. Se saca los zapatos y se pone las pantuflas. No le llega ningún saludo como respuesta al suyo. La casa no huele a una posible cena. El malhumor se le está expandiendo, como cada día a esa hora, las diez y media, justo cuando llega de limpiar el colegio.

Al entrar en el comedor, se encuentra a Juan, su marido, tumbado en el sofá, viendo ese programa que tanto le gusta de las citas amorosas.

—¿Y la niña? —le pregunta con los brazos en jarras.

—En su habitación.

Ni un «hola» ni un «cómo te ha ido el día».

El malhumor de Susana ya ha recorrido todo su cuerpo y, como no lo frene, romperá todos los diques de contención. Se planta ante Juan. Se cruza de brazos. Él pregunta, mirándola, somnoliento:

—¿Qué?

—Que para estar sin hacer nada, me podrías haber venido a buscar al colegio, digo yo.

La misma frase tantas veces repetida.

—Estoy reventado, cari.

La misma respuesta de tantas veces.

—¿Y la cena, qué? A esperar a que yo llegue, ¿no? ¡Yo también estoy cansada! ¡Llego para meterme en la cama, no para ponerme a

cocinar!

Silencio por parte de Juan, que vuelve a mirar la tele, donde una pareja, tras su primera cita en un restaurante, decide volver a verse, pero ya sin cámaras delante. Hay comienzos amorosos por todas partes, eso piensa Juan, pero le gustaría saber qué pasará con esa pareja dentro de un año. O dos. El amor tiene fecha de caducidad, eso piensa. Cuando vuelve a mirar a Susana, se da cuenta de que ella ya no está. Sin embargo, su voz le llega inmediatamente desde el pasillo, preguntando algo a Nancy.

Juan se levanta del sofá y se dirige a la cocina, a preparar algo de cenar y así paliar un poco el enfado de su mujer. Un enfado que él nota que va aumentando, volviéndose obeso, llenando cada metro cuadrado de ese hogar:

—¡A mí no me hables así! —le grita Susana a Nancy—. Pero ¿qué te has creído? ¡Soy tu madre!

—¡Ni tú tampoco a mí! —le responde Nancy en un tono aún más alto—. ¡Soy tu hija!

Juan suspira. Mira en la nevera. Huevos. Hará unas tortillas francesas y algo de ensalada para acompañar. Facilito. De postre, la crema pastelera que ve en tres recipientes y que Susana dejó en el frigorífico para que se enfriara.

—Deja, ya lo hago yo —le dice Susana, con voz apática.

Y él se aparta. Se apoya en la encimera. Se cruza de brazos. Y recuerda que esa mañana su mujer tenía la visita anual con el ginecólogo, con el ginecólogo de pago, pues ella tiene mucha manía a los de la Seguridad Social. Desde que nació Nancy, las revisiones se las hace en un centro privado.

—¿Qué tal en el médico?

—Bien. Todo bien. Ya me mandarán los resultados de la citología. Ah, ¿a que no sabes a quién me encontré en la sala de espera? —le pregunta, cambiando el tono de irritación por otro más relajado—. A Sandra Arousa. ¿Te acuerdas de Sandra?

Juan niega con la cabeza. No le suena de nada.

—Sí, hombre, aquella que vivía en mi calle. Jugábamos juntas de pequeñas, pero luego cada una tuvo su propio grupo de amigos y…

Ella deja esos puntos suspensivos en el aire y Juan sigue negando con la cabeza. La boca, curvada hacia abajo, para dar más énfasis a su negación. Susana se fija en su boca a pesar de que la barba cada vez está más larga, más poblada. Su marido no la lleva porque le guste llevarla, no, sino porque no quiere afeitarse cada mañana. Según ella, es pura vagancia. Según él, una natural manera de vivir y de dejar vivir, permitiendo que crezca en total libertad. Él lleva una barba

agreste, un auténtico bosque que muestra, incluso, destellos multicolores (salpicaduras de pintura que no ha podido retirar con agua y jabón).

—Sandra, aquella tan rubia y estirada que se casó con un arquitecto, con el hijo mayor de los Sáenz de Vigo. Este… ¿Cómo se llamaba? ¡José Ramón! Eso es, José Ramón. ¿No te acuerdas? Sí, hombre, si fue muy sonada su boda, ¡si hasta vino un Rolls-Royce para llevarla a la concatedral!

—Que no, ni idea. Bueno, que te has encontrado con ella —coge un puñado de cacahuetes y se los mete todos en la boca. Los mastica—, ¿y qué?

—Pues que está embarazada, ¿te lo puedes creer? ¡Si es de mi edad! Sabía que ella y su marido se habían ido a vivir a Madrid, pero nada más, no había vuelto a saber nada de ellos, y ahora resulta que no solo han regresado a Logroño, sino que ella está, por lo menos, de siete meses. No se lo pregunté, claro, pero se le notaba bastante —calla unos segundos—. Además, creo que no me reconoció.

Susana bate enérgicamente los huevos, les pone sal, añade leche, sigue batiendo y echa la mezcla en la sartén caliente. Mientras, va poniendo el mantel, los vasos, los cubiertos.

—Anda, dile a la niña que venga a cenar.

Y da la conversación por acabada.

No le dice a Juan que, cuando vio entrar en la sala de espera a Sandra y a su marido (tan guapo y elegante como siempre, porque mira que ya de joven era guapo y vestía como un modelo de esos de las revistas. Qué suerte la de Sandra, decían todas), no le dice a Juan que ella se levantó, alegre, para ir a saludarla, pero que Sandra no la reconoció. No solo eso, sino que en la mirada de esa amiga de la niñez vio la decepción (¿o era desprecio?) y Susana se sintió desnuda ante el vistazo rápido que le echó, de arriba abajo.

Se preguntó si iría bien vestida, y se subió el pantalón, que siempre se le bajaba cuando se sentaba.

Se preguntó si iría bien peinada, bien teñida (que no), y se colocó el cabello, sin forma, detrás de las orejas. Oh, los pendientes, menos mal que se había puesto los pendientes de oro, los de perlitas. Sonrió, esperando el beneplácito de alguien que ya era una desconocida para ella.

Y se puso su bolso delante, aplastándolo contra su pecho, como un escudo protector.

Quizá fue ese escudo lo que empeoró la situación:

—Ah, hola, qué tal —fue lo que Sandra contestó tras el saludo de Susana. Y pronunció esa frase de una manera plana, añadiendo el

sonido «Hum» cuando vio el bolso de Susana.

Y ya no dijo nada más. Solo le dedicó una sonrisa lateral y tomó asiento mientras su marido, ajeno a todo, tecleaba en su móvil (no levantó la cabeza ni para mirarla ni para saludarla. «Qué maleducado», pensó).

Susana no podía moverse. Continuaba de pie, con su falso bolso Tous aferrado al pecho. Un bolso que le regaló Juan el año anterior, en Salou, cuando estaban disfrutando de unas pequeñas vacaciones que no creyeron poder realizar tras el ciclón del coronavirus. Estaban en la playa, tomando el sol en las toallas, cuando pasó un marroquí cargado con un montón de bolsos de imitación y se plantó ante ellos, moviendo su mercancía.

—Bolsos bonitos, bolsos baratos —les dijo.

Llevaba de muchas marcas (todas falsas, claro), de muchos colores y diseños, pero ella se fijó en uno de color negro, grande, con asas cortas, repleto de ositos en el relieve y con otro osito, metálico, colgado en un lateral. Era ideal, por el tamaño, para meter las zapatillas del trabajo y la bata, por ejemplo.

—¿Cuál quieres? —y Juan se subió las gafas de sol a la frente mientras se lo preguntaba.

Susana no podía creerse que se lo dijera en serio.

—¿De veras? —repitió—. ¿Me vas a regalar un bolso?

Y la sonrisa de él se hizo inmensa en esa cara que aún no llevaba barba (le fue creciendo en esos días de vacaciones). Una cara que ya se le estaba quemando por el sol.

—¿Cuánto vale ese? —y Juan señaló el que Susana había estado toqueteando.

—Treinta euros —dijo el marroquí.

Y Juan le entregó, sin rechistar, los dos únicos billetes (uno de diez y otro de veinte) que llevaba en la cartera. Ni siquiera intentó regatear el precio.

Por eso Susana tiene tanto cariño a ese bolso, a pesar del olor a plástico que aún no ha conseguido dulcificar ni rociándolo con colonia. Y es que ese bolso no solo le recuerda sus vacaciones estivales, sino la generosidad de su marido con ella y con aquel vendedor ambulante.

—Se ve que no le gustó el bolso del osito —comenta cuando ya han terminado la tortilla.

—¿A quién, a tu amiga? —pregunta Juan mientras retira los platos y pone en la mesa la crema pastelera.

—No, ya no es mi amiga. Lo fue cuando teníamos diez o doce años. Solo eso.

—¿Y te dijo, así, como si tal cosa, que no le gustaba? ¿A santo de qué?

—No, no me lo llegó a decir, pero torció el morro cuando lo vio. Se ve que los ricos notan enseguida lo que es de imitación y lo que es auténtico.

—Que le den —comenta Nancy, llenándose la boca con la crema pastelera. Una cucharada. Dos.

Y Susana, por una vez, no le llama la atención a su hija. Eso, que le den, se dice así misma con una sonrisa y prueba su postre, ya frío. Perfecta la textura, perfecto el sabor. Cierra sus ojos para que el paladar disfrute aún más.

—Oye, mamá, pero ¡qué buena está la crema! No he probado nada mejor en mi vida. ¡En serio! Tendrías que ir a un MasterChef de esos.

Que se rían los tres, a la vez, no es muy usual. Pero a veces tienen lugar esos valiosos momentos de inusitada y perfecta felicidad.

—Fíjate, embarazada, y eso que es de mi edad —retoma el tema cuando Juan y ella ya están mirando una película de la que no verán el final porque o bien se quedarán dormidos en el sofá o bien se levantarán para irse a dormir a la cama antes de que se acabe—. Treinta y ocho años también es una buena edad para ser madre, ¿no?

Juan no contesta. El protagonista está disparando a todos los que se encuentra a su paso. Incluso la cámara está salpicada de sangre. En la película se oyen sirenas a lo lejos. También pequeñas explosiones que luego traen una lluvia de cascotes.

—Oye, podríamos tener un niño —insiste—, ¿qué te parece?

Ahora sí la escucha Juan. Sí la mira. Exclama:

—¡Mujer, si me voy a hacer la vasectomía! —se señala los genitales —. ¿No hablamos de ello hace un mes?

—Por eso lo digo. Y luego, cuando me quede embarazada, te la haces.

—No —y sigue mirando la película.

Otro niño. A estas alturas. ¡Qué absurdo!, piensa Juan, cada vez más molesto. En la película llegan los refuerzos policiales.

—Pues a mí me gustaría —se echa totalmente en el sofá. La cabeza sobre un cojín. Los brazos, cruzados sobre su pecho. Los pies, apoyados en el estómago de Juan.

Y ella se imagina que, de quedarse embarazada, lo dejaría todo para poder cuidar al bebé. Es algo que tiene pendiente porque no pudo hacerlo con Nancy. Cuando su hija nació, se la cuidó su madre mientras ella trabajaba limpiando una residencia de ancianos. Necesitaban el dinero y los dos, Juan y ella, no paraban en casa, haciendo más horas que nadie. A Susana le gustaría rectificar esa

parte de su vida. Se lo dice a Juan:

—Sería como rectificar esa parte de nuestra vida.

—Yo no tengo que rectificar nada —y Juan da un gran bostezo. Se rasca la cabeza, se deja todo el pelo alborotado—. Creo que lo hicimos lo mejor que pudimos hacerlo —ahora sí la mira. Parece sincero. A Susana le gusta que la mire así, con ternura. Echa de menos esas miradas—. Éramos muy jóvenes, cari. Tuvimos que casarnos así, deprisa y corriendo. No teníamos casa, no teníamos nada. ¿Y qué? Teníamos trabajo y eso era lo importante. Y estaba tu madre, que nos dejó vivir con ella y atendió a Nancy y todo eso.

—Ya. Y todo eso —repite tras un suspiro—. Pero ¿no echas de menos poder cuidar a un niño como no pudimos hacerlo con Nancy? ¿Estar más pendientes de él, estar más presentes y disfrutarlo? ¿Que tuviera una bonita habitación y ropa linda, nueva, y que no fuera prestada?

—No —Juan apaga la tele y se levanta del sofá.

—Pues yo sí. Yo sí lo echo de menos.

—No puedes echar de menos lo que nunca has tenido.

Y Susana se queda un rato más allí, estirada en el sofá, con las manos tras la cabeza.

—Pues sí lo echo de menos —repite con un susurro, una vez que se ha quedado sola—. Mucho.

Oye los pasos de Juan, alejándose por el pasillo. Oye cómo él cierra la puerta del lavabo, el sonido de la cadena del váter, el del agua del grifo, la puerta que vuelve a abrirse, sus pasos hacia la habitación que comparten, el clic del interruptor, el edredón que se abre para engullir su cuerpo, el suspiro de derrota cuando se mete en la cama.

Susana se queda dormida en el sofá, como otras veces.

9

Xandro Ulloa da a la tecla roja para colgar. Deja el móvil encima de la mesa. Sonríe, satisfecho. Su editora le ha comentado que ha concertado varias presentaciones de su nuevo poemario, *Como en el mar, las olas*.

Poemas desde el olvido y la distancia. Esta frase se lee en la portada, bajo el título.

Una portada con un par de femeninos ojos azules y, al fondo, el mar.

Una preciosa portada, concluye.

Xandro no sabe de quién son esos ojos. ¿De una modelo? ¿De alguna conocida del fotógrafo? Una mirada en la que perderse, piensa. Sí, también hubiera sido un buen título. Una mirada a la que poder acudir. Unos ojos que te miran mientras hablas, eso sí que es algo sublime, concluye. Le gustaría poder mirarse en unos ojos así.

Alguien que preste atención a lo que digas, a lo que transmites, añade su pensamiento interno.

Y Xandro se acuerda del café con la chica desconocida, con Emma. Tenía unos ojos así, para hundirse en ellos y flotar a la deriva.

Con su nuevo libro en las manos, Xandro se sorprende de cómo su separación matrimonial le ha proporcionado a su creatividad tanta leña como para que arda en esos cuarenta y nueve poemas repletos de drama. A veces, de esperanza. De ironía. De vana ilusión. Y de una tonalidad gris que cae en cascadas refulgentes por toda su alma (sí, Xandro suele hablar así).

Se plantea si a todos los creadores les pasa algo similar. Algo así como dame una ruptura y te proporciono una serie de televisión, una trilogía literaria, una exposición de cuadros abstractos… Además, gracias al nuevo libro, Xandro recorrerá, a partir del próximo mes, nueve capitales de provincia para presentarlo en varias librerías. También estará firmando en tres ferias del libro. Por fin. Lo ocurrido con la Covid-19 fue tremendo. El sector editorial aún sigue reponiéndose de semejante pérdida de ingresos.

La primera presentación será a principios de julio en la librería Cerezo, a cuatro calles de donde vive. Vuelve a acariciar el nuevo poemario. Lo huele, al igual que lo hizo ayer, cuando le llegaron sus ejemplares a través de una agencia de transportes. Una y otra vez se llena los pulmones con su aroma. Siente el éxtasis placentero de tener una nueva obra en las manos.

Sonríe.

Sonríe con la boca un poco torcida, igual que en la fotografía que lleva el libro en las guardas del final.

No, no se trata de la fotografía que se suele poner en las solapas del libro, sino que es una fotografía en toda regla, una postal en blanco y negro. En el reverso de ella se puede leer uno de sus nuevos poemas, un haiku breve, como todos los haikus japoneses, claro. Habla del azul, de los ojos, del mar. Al principio, Xandro fue reacio a prestar su imagen, pues le parecía peligroso poner en manos de los lectores una fotografía para que acabaran enmarcándola y colocándola en la mesita de noche, por ejemplo. O quemándola en una especie de aquelarre (se imaginó a su exmujer haciendo eso. Ay, ella siempre en su cabeza). Sin embargo, tras unos días de mucho debatir, él mismo se dio cuenta de esa paranoia y aceptó la sugerencia de la editora.

Pensó que a nadie se le ocurriría enmarcarla. Menuda idea.

Sobre lo de quemarla, no estaba tan seguro.

Bueno, en verdad la editora no le dio otra opción: todos los títulos de esa colección llevan en su interior una fotografía del autor en forma de postal. Y punto.

Más o menos así se lo dijo.

Y Xandro claudicó.

Así que ahí está él, en blanco y negro, con su gorra Gatsby, mirando a la cámara del fotógrafo, con su media sonrisa, con su negro bigote recién peinado, con una camisa estampada en la que no se aprecian los colorines, con el chaleco gris que llevó el día de su boda…

¿Captará Irene, su ex, ese guiño, el de la boda? Una punzada en el corazón le transmite esa pésima idea. Su cerebro no es nada compasivo: «¿eres tonto o qué? ¿A quién se le ocurre hacer semejante disparate? ¿Quién, en su sano juicio, sigue poniendo miguitas de pan en un camino que su ex ya no va a recorrer?».

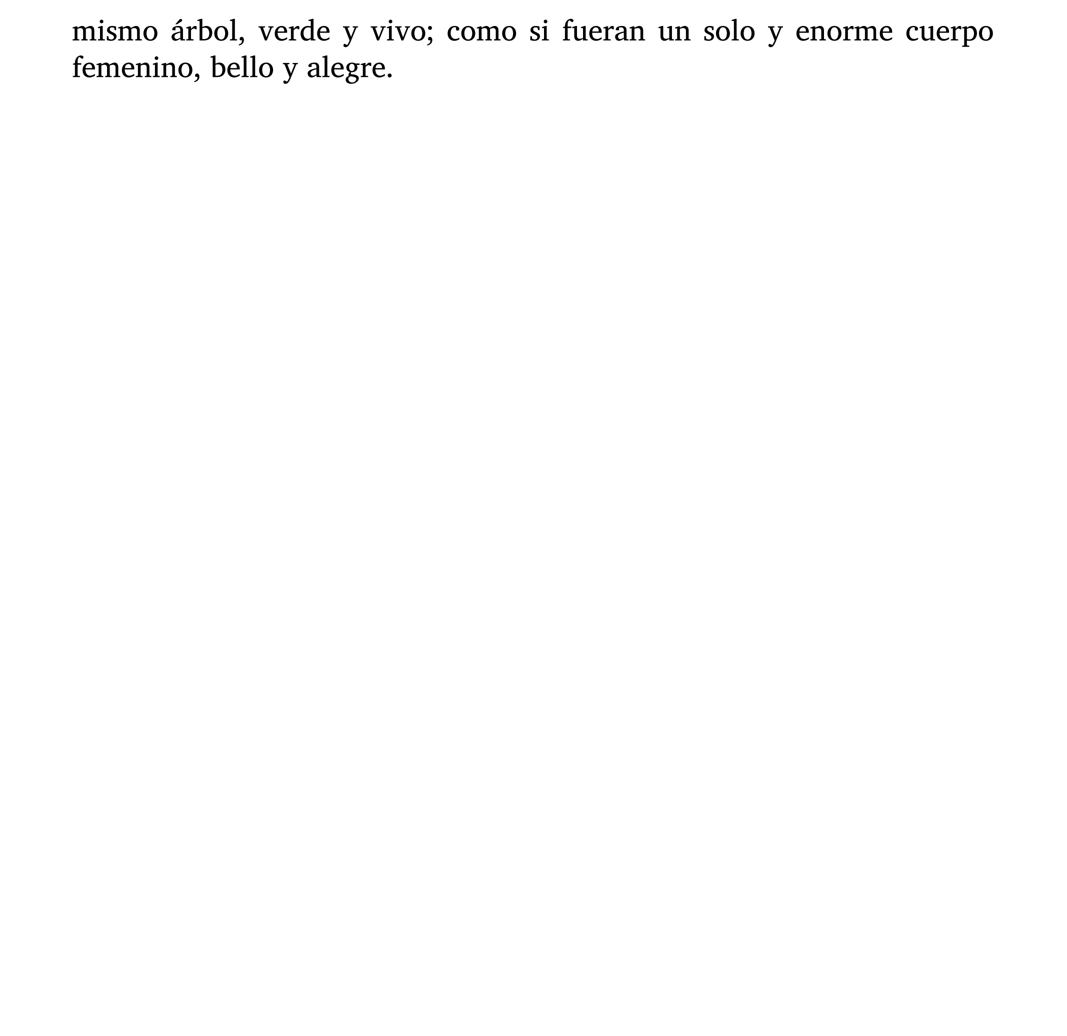
«Que no va a volver», le recuerda su mente.

«Que ya te ha olvidado», insiste.

Y, para que su voz interior no continúe con ese varapalo, enciende su equipo de música, busca un CD de sus preferidos, el último trabajo de Colectivo Panamera, y pulsa la canción *Tienes flow*. Comienzan a sonar los primeros compases y él sube el volumen para que esa cumbia le traspase cuando llega el estribillo, ese que dice que no hay dolor…

Está tan alto el volumen que a la canción le resulta fácil salir por el ventanal abierto y salta, cómodamente, el muro del patio. ¿Y quién pasa por ahí en esos momentos? Pues Emma, que se dirige al nuevo domicilio de Luci. Le lleva una planta, un ficus benjamina para que lo coloque en su balcón mirador. El ficus y Emma se han mimetizado: la voluminosa figura de ella y la altura de él como si ambos fueran el

mismo árbol, verde y vivo; como si fueran un solo y enorme cuerpo femenino, bello y alegre.



Suena *Tienes flow*, de Colectivo Panamera

Emma se dirige al nuevo piso de Luci. Le lleva un gran ficus, como regalo de bienvenida a su piso recién alquilado. No se lo agradecerá, ya lo sabe. Su amiga es parca incluso en la gratitud ante un regalo. Suspira y mueve la cabeza, dejando que ese pensamiento se pierda. Entonces, escucha una canción que sale de alguna vivienda con las ventanas abiertas. Tal vez de uno de los patios que hay frente al edificio de Luci.

La canción (¿una cumbia?) dice algo de «tener *flow*». ¿Lo ha escuchado bien? ¿Qué es eso? Se detiene unos instantes. Ahora parece un árbol más en esa calle peatonal. Ella, tan alta, es el tronco y el ficus, tan verde, las altas ramas. Emma tiene la cara dentro de las hojas, casi se diría que está camuflada. Y confirma, en esos momentos, que la música viene del patio del doble del poeta de Luci.

«¿Ha montado una fiesta?», se pregunta.

«Qué suerte, poder montar fiestas», añade.

Y su mente la lleva a fiestas a las que nunca ha asistido porque jamás la han invitado. Bailar. Sudar por el esfuerzo. Risas. Más risas. Bailar, una y otra canción, como la que está sonando en esos momentos. Sonríe. Su imaginación le ofrece siempre estupendos mundos paralelos.

Llama al interfono de su amiga tarareando lo que acaba de escuchar (*dicen que no hay dolor)* y continúa cantándola mientras sube, casi en penumbra, las escaleras. Lleva una falda tan estrecha que tiene que subírsela hasta la mitad de sus piernas para poder tener margen de maniobrabilidad. Se ríe de su propia osadía. Los formidables muslos, tan blancos y tan bellos, se muestran libres, moviéndose a un lado y a otro, gozosos. Está tentada de subirse la falda aún más. Llegar a la cintura, por ejemplo.

—Ja, ja, ja —se le escapa.

En cuanto Luci le abre la puerta de su nuevo piso, suelta un «¡joder!» al ver lo arremangada que va su amiga y esta le entrega la enorme planta y le pregunta, sin saludar si quiera:

—¿Tienes wifi?

—¡Claro que no! —se sorprende Luci, llevando el ficus hacia el luminoso ventanal cerrado—. Cuando viva aquí, ya llamaré a la compañía para que lo instalen.

—¿Y no sabrás, por casualidad, qué es eso de «tener *flow*»?

—Bueno, creo que es… —piensa unos segundos—. Creo que es algo así como fluir, ¿no? ¿De qué contexto estamos hablando?

—No sé, lo he oído en una canción.

—Puede que se refiera a sentir la música y transmitirla con la voz y

con el cuerpo —y se balancea, como si bailara. Su larga falda se queda pegada a sus piernas.

—Pues mira, acabo de descubrir que yo tengo eso.

—¿El qué? —se ata un gran lazo rojo sobre su cabeza. Ese día, Luci viste de verde, desde el cuello a los pies (casaca con dorados botones brillantes, falda larguísima de terciopelo, las botas militares no son verdes, pero sí sus cordones: un verde flúor que les quitan seriedad). Sí, parece una gran flor cuyos pétalos son encarnados.

—El *flow* ese —le sonríe Emma.

—Oh, sí —asiente, Luci—. Ya lo creo que tienes el puto *flow*. De los auténticos. Eres pura sensualidad, cariño —y le da un abrazo, con un leve frotamiento en la espalda, incluido.

Eso sí que es raro, se extraña Emma. Eso del abrazo. Y es que Luci es casi alérgica al contacto humano. No, no le ha dado las gracias por la planta. Si eso hubiera ocurrido, creería que a su amiga le sucede algo extraño.

—Voy a ver si me quedan datos. Sí —afirma y mira a Luci—: Es que tengo que buscar la letra de una canción y saber quién la canta.

—¿Y si son los de Colectivo Panamera? Ellos tienen una canción con ese título. ¿A qué viene ese puto interés?

—¡Ostras! —se molesta Emma—. Todo el día con el puto esto y el puto aquello. Pareces una rapera.

—Pido disculpas a su señoría —y le hace una reverencia. La larga falda se extiende por el limpio suelo como si fuera un charco textil.

—Acabo de oír esa canción en la calle —se acerca al mirador—, en el patio del vecino de enfrente. ¡Y no se me va de la cabeza!

—¿En el patio del doble de Xandro?

Y Luci se acerca a su balcón mirador y abre de par en par las ventanas. Le llegan, ahora, las notas de esa canción que parece ser que alguien pone insistentemente.

—Pues sí, tienes razón, son los de Colectivo Panamera —le confirma Emma, apoyándose en el alféizar y mostrándole la pantalla del móvil. De repente, cesan las notas de esa canción—. ¿Cómo sabías que así se llamaba el grupo?

—Pues porque los fui a ver a un concierto en Aranda de Duero —ante la cara de asombro de su amiga, le cuenta—: Sí, era cuando salía con aquel *pavoncio* que quería ser taxidermista.

—Ay, sí, ya me acuerdo. Chica, qué miedo daba. Te buscabas cada uno que… Me gusta más que ahora tengas algo platónico con un poeta y que su doble viva justo enfrente.

Luci arruga la boca, saca morritos y le sonríe.

—¿Qué, qué pasa? —quiere saber Emma.

—¡Pues que resulta que no, que no es el doble! —exclama con alegría.

—¡No me fastidies! —Emma abre muchísimo sus ojos. Ese día se ha pintado los párpados de un azul eléctrico mezclado con verde. Duele mirarla—. ¿Me estás diciendo que, que…? —y señala al patio que hay delante.

—Ajá.

—¿El poeta ese del que no paras de hablar vive ahí? ¿Ahí mismo?

—El mismo.

—¿El gay?

—¡Que no es gay!

Se ríen.

—Entonces… ¡es el destino, Luci!

—¡Qué coño va a ser el destino! —lo dice sin muchos aspavientos. Le duele admitir que su amiga tiene razón. Ella, que siempre ha ido de agnóstica en los temas de los enamoramientos, tiene que admitir que Emma ha dado en el clavo: es cosa del destino. ¿Qué probabilidad había si no?

—¿Y cómo sabes que es él? —quiere saber Emma—. Cuando lo comentaste días atrás creí que solo era alguien que se parecía a él.

—Lo ha confirmado el diario —y se dirige a su gran bolso. Un bolso de rafia más propio para ir a la playa. De él extrae el periódico provincial.

Emma abre su boca, sorprendida, y su Rouge Dior Ultra Rouge adquiere un contraste aún mayor en su rostro tan pálido de párpados sombreados. Luci continúa hablando:

—Resulta que ha sacado un nuevo libro y le han hecho una entrevista. Mira, aquí —le enseña la página—. Y no solo dice que está viviendo en Logroño, sino que incluso ha nombrado la calle. ¡Esta calle! ¿Y sabes lo mejor? Pues que a principios de julio lo presentará en la librería Cerezo. ¿Te lo puedes imaginar? ¡Por fin lo conoceré en persona!

Y comienza a dar saltos por el salón. El suelo, de parqué, recoge el sonido de sus botas militares.

También se oyen unos golpes que vienen de su vecina de arriba. Tal vez esté aporreando con unos zapatos de claqué. O con un palo de madera o una horquilla de esas con la que se golpea el suelo para dar el compás a los pasos de las procesiones. Y el ruido continúa como si estuviera tirando al suelo todo lo que pilla a mano (cazuelas, sartenes, una tostadora). Sí, parece que la vecina está muy enfadada.

—Vieja bruja —comenta Luci y, con una escoba, golpea el techo. Deja varias marcas, pequeños agujeritos. Se hace el silencio—. Me

tiene frita. ¡Tía, es que no me puedo mover! Todo le molesta a la muy…

Emma suspira y vuelve al tema de antes:

—¿En serio que vive ahí, justo ahí? —señala el patio de enfrente—. ¡Vaya, no me lo puedo creer!

—Mujer de poca fe… —sonríe abiertamente.

—¡Y eso que aún no hemos hecho el ritual del hombre ideal!

—Ay, sí, el ritual —cae en la cuenta—. Oye, ¿qué escribirás en tu nota?

Emma aguarda un instante y contesta:

—Pues que sea cortés, cultivado, apuesto, risueño y…

—¡Y japonés!

—¡Por supuesto! ¡También japonés!

Vuelven a reír.

—¡Qué tontería! —exclama Luci con una sonrisa dulce, de esas que se quedan en la cara mientras la mente ya está en otro sitio.

(Ritual 1)

Luci, Emma y Susana, tras la reunión del otro día en la que hablaron de cómo sería su hombre ideal, no pararon de darle vueltas al tema. Y las tres, por separado, llegaron a la misma conclusión: ¿para qué esperar a una cena que se celebraría semanas más tarde? ¡Ni hablar! ¡Lo querían ya! Así que decidieron ponerse manos a la obra para que se materializara cuanto antes ese hombre que el destino tenía guardado para ellas. Para cada una de ellas.

Sí, a las tres les entró, de repente, el ansia de los que creen que van a morir mañana, de los que creen que tienen sus horas contadas y que, por esa razón, no pueden aceptar seguir repitiendo lo mismo. Dame lo bueno, lo nuevo que está por llegar y dámelo inmediatamente. Eso pensaron.

De las tres, Luci fue la única que consideró que lo del ritual era algo absurdo. Ella es de las que piensan que cada cual es responsable de sus propias elecciones y acciones y, por lo tanto, de su propio destino. Sin embargo, quería hacer un experimento: ¿qué pasaría si en su lista del hombre ideal solo ponía la palabra *japonés*? Y, para ratificarlo, lo escribió cinco veces:

Las cinco características de mi hombre ideal: japonés, japonés, japonés, japonés y japonés. Se lo quería poner muy difícil al universo, y sonrió maliciosamente mientras doblaba la nota y le prendía fuego en el fregadero. El olor llegó hasta Chuzo, que con un ladrido alertó a su dueña, Merche, la cual llegó corriendo, asustada, y le preguntó con ojos de loca mientras abría la ventana de la cocina:

—¿Pero qué haces?

Y Luci le respondió con una frase atribuida a Hernán Cortes durante la conquista de México:

—Nada, quemaba mis naves.

(Ritual 2)

Su hermana Susana eligió también el fuego para deshacerse de la nota en la que escribió cómo debía ser su hombre ideal. La idea la tuvo mientras pasaba la mopa por delante del aula de Pedro, el profesor de Matemáticas. Le vio sentado a la mesa, corrigiendo o escribiendo. Ella le saludó desde la puerta y dejó que la sonrisa de él la traspasara. Con voz temblorosa (no había manera, su voz temblaba siempre que se dirigía a él) le preguntó si tenía un folio y un bolígrafo. Y allí mismo, mientras Pedro se despedía de ella hasta el día siguiente («cuídate, Susan», le dijo él, utilizando el mismo nombre de cuando eran tan jóvenes y se veían en la Plaza del Mercado), allí mismo Susana escribió su nota sobre un pupitre infantil:

Las características de mi hombre ideal: amable, sonriente, fiable…, se quedó con el bolígrafo en el aire. ¿Qué más podía poner? ¿Se podía escribir lo que fuera? ¿Y si ponía que fuera rico? Oh, un hombre rico, ¡claro! Sería genial no tener que preocuparse de llegar a fin de mes, o poder ir de vacaciones a lo grande, o ir a un buen restaurante cada vez que le apeteciera…

Pero en esos momentos, reflexionó y llegó a la conclusión de que lo ideal sería que ella pudiera ser rica, a secas, sin necesitar a un hombre. Así que decidió cambiar los términos del supuesto ritual. Rompió lo que había escrito, recordó lo que ponía la nota que se encontró Emma en su bolso italiano (alto, cultivado, atractivo, con sentido del humor y japonés) y escribió su propia lista, pero pensando en sí misma:

Mis cinco características como mujer ideal: atractiva, cocinera excelente, graciosa, paciente y rica. Subrayó RICA tres veces y firmó la carta con letras mayúsculas: SUSANA FERNÁNDEZ. Luego, en su rato de descanso, salió a fumar al patio escolar y quemó la nota poco a poco, haciendo agujeritos en el papel con las minúsculas brasas del cigarrillo, que tenía que ir avivando con cada calada que daba.

—¡Susana! —rugió una voz a su espalda. Se giró sabiendo quién era (la encargada), sabiendo a qué se debía su enfado (estaba prohibido fumar en todo el recinto escolar, ¿acaso no lo sabía?).

Se volvió hacia esa voz sin tener en la mente ninguna explicación o disculpa. Le iba a caer una buena.

(Ritual 3)

A la misma hora, Emma se disponía a hacer su propio ritual. Ella sí lo organizó por todo lo alto, poniendo la máxima intención para

conseguirlo.

Cuando llegó a casa esa tarde, le gritó a su madre, en cuanto cerró la puerta del piso, que le preparase un baño relajante. Pero su madre no le contestó. No, Pepa no estaba en casa. Emma miró su teléfono móvil, por si le había llegado algún wasap de ella, y sí, había uno que le decía que no la esperara a cenar. Vaya, vaya, se sorprendió, se estaba convirtiendo en una costumbre eso de no aparecer durante la cena.

—Pero ¿adónde vas, mamá? —le preguntaba Emma en alguna ocasión.

Y Pepa contestaba que al bingo. A cenar. De paseo. Al cine.

—¿Sola? ¿Acompañada?

Y Pepa respondía que cómo se le ocurría que pudiera ir sola. Añadía que no tenía por qué darle explicaciones.

—¡Pero…! —y Emma se quedaba con la boca abierta.

Su madre, a los sesenta años, no solo se estaba convirtiendo en una adolescente, sino que era de las rebeldes.

Así pues, la tarde que Emma escribió su nota sobre el hombre ideal, ella misma llenó la bañera con agua caliente y la aromatizó con sales. Colocó multitud de velitas en las repisas y en el suelo y se sumergió con total placer en el agua. Leyó en voz alta lo que acababa de escribir:

—Las cinco características de mi hombre ideal son: cortés, cultivado, apuesto, con sentido del humor y… —aquí soltó una risita, porque en verdad estaba muy intrigada: en cierto modo quería poner a prueba al destino, o al universo o a todo aquel que se hiciera cargo de esas cosas. Quería saber si, escribiendo algo fuera de lo común, también la complacerían desde las alturas— y que sea japonés.

Tras releer la lista, acercó una de sus esquinas a una de las velas, pero no se imaginó que ardería tan rápido, tanto que tuvo que dejarla caer dentro del agua. Se levantó de la bañera como un tsunami, gritando de dolor por la quemadura en la yema de sus dedos. Su madre abrió la puerta de repente:

—¿Qué ha pasado, qué ha pasado?

—¡Mamá! ¿Cuándo has llegado? —y volvió a meterse, de golpe, en el agua. Otra ola salpicó el suelo, que ya estaba inundado.

—¿Por qué huele a humo? —olfateaba el aire.

—Alguna vela.

—¿Una pena? ¿Cómo que una pena?

—Una vela, mamá. Una vela.

—Ay, hija, pero mira qué desastre —abrió los brazos, abarcando el suelo—. Voy a por una fregona para recoger toda el agua—. ¡Y sal ya,

que te vas a enfriar! ¿Te traigo una toalla? Espera, espera.

Y Emma, desde la bañera, vio no solo la excesiva actividad de su madre, sino el precioso vestido que llevaba puesto. El discreto maquillaje. El nuevo peinado que tanto la favorecía, con un corte desestructurado por encima de los hombros. El collar de perlas que hacía siglos que no se ponía.

—Estás guapa. Mucho, mamá.

—¿Sí? Bah, dices eso porque ya estás muy cansada y…

—Que sí, mamá. Estás radiante.

Emma no vio a su madre por el pasillo, lo ligera que se sentía, moviéndose como si flotara y con una sonrisa enorme. Es lo que tiene la felicidad. Así de sencillo.

—Y bien, ¿qué te parece mi piso? —pregunta Luci, cerrando la ventana. Ya no se escucha la música del patio de enfrente.

—¡Me encanta! —y Emma se fija en el luminoso comedor, con ese mirador de color verde, al igual que su dueña ese día—. Oye, ¿te acuerdas de lo que dijimos cuando teníamos dieciocho años?

Luci la mira, intentando recordar.

—¿Lo de que si —continúa Emma— llegábamos a los treinta y cinco y no teníamos pareja, nos iríamos a vivir juntas?

Emma afirma con la cabeza. Sonríe.

—Pues este piso me gusta mucho.

—¿Estás pensando en…?

—… en nada. Solo que me he acordado de nuestra promesa. Quería saber si también te acordabas tú. A ver, ni yo me veo dejando a mi madre ni creo que tú, ahora que por fin puedes vivir sola como siempre has querido, puedas pensar que... —Emma carraspea antes de acabar la frase—. Pero, si no existieran esas dos restricciones, que conste que me vendría a vivir aquí contigo.

—Mira, no me lo había planteado, pero ahora que lo dices… —Luci la mira con los ojos semicerrados, pensativa.

—Que no, que no —Emma se ríe—. ¡Que era broma!

—Bueno, ya volveremos a hablar de ello cuando mi cuñado acabe de pintarlo. Solo le queda la cocina y el cuarto de baño —y toma el brazo de Emma, no para enseñarle cómo es el piso que está a punto de ser habitado, sino para dirigirse a la puerta de la calle—. Hale, vámonos a comprar el nuevo libro de mi amor platónico antes de que cierre la librería.

—¡Pero si aún no he visto cómo está quedando todo! —se queja Emma.

—Ni falta que hace —la saca al rellano. Cierra con llave—. Ya lo verás más adelante. Ahora hay cosas más importantes que hacer. Y

luego nos tomamos unas cañas, ¿te parece?

Bajan las escaleras deprisa y corriendo, inundando el silencioso edificio de risas, grititos histéricos y zapatazos. Todo ello provoca que la vecina de antes, la del 4.º, se asome y les grite, por el hueco de la escalera:

—¡A ver si guardamos un poco de decoro y respeto!

—¡Ajo y agua, señora! —le grita aún más alto Luci.

—¡Luci! —se escandaliza Emma, abriendo ya la puerta de la calle —. Pero ¿qué…?

—Venga, no me sermonees.

Ambas se quedan ciegas, momentáneamente, con la radiante luz solar de esa tarde de finales de junio. Un coro de pájaros las invita a continuar con los ojos cerrados, escuchando sus trinos. Por un momento, Luci cree encontrarse, de nuevo, en la selva con la que a veces sueña mientras está despierta. Mira a un lado y a otro, buscando algo y no sabe qué. Se diría que incluso huele el aire, como esas lobas que olfatean el terreno por el que transitarán sus lobeznos.

Héctor, su vecino de abajo, está comprando unos metros más allá, en una de las fruterías de esa calle peatonal y se vuelve hacia la puerta justo cuando acaban de pasar las dos amigas. Se pone en alerta. Nota esa sensación que aparece cuando queremos recordar algo (un sueño, una frase, un sonido, una vivencia) y no sabemos qué. Héctor sacude levemente su cabeza y paga su compra al frutero.

10

Emma y Luci van juntas a la librería para comprar el nuevo poemario de Xandro Ulloa y descubren que, dentro de cada ejemplar, hay una foto de él. Se trata de una postal en blanco y negro. Luci no deja de repetir, mirándola:

—Madre mía, pero qué atractivo es.

No dice «guapo» ni «está como un tren».

Atractivo.

Y Emma mira la foto y piensa que no es para tanto. Que ni tan siquiera merece el adjetivo de «atractivo». Es un hombre normal y corriente, piensa. Un hombre que se parece a Alejandro, el desconocido del otro día, el del café. Se parece en el bigote, solo en eso.

—El otro día conocí a uno que se parecía a él —se acerca más a la foto—. Pero mucho mucho.

—¿En serio?

—Y se llamaba Alejandro, qué curioso.

—¿Y tenía bigote?

—Ajá.

—¿Y no te pareció gay?

—No.

—¿Y por qué dices que el mío sí lo parece?

—Mira la pose, Luci, y dime que no es gay —y le muestra la postal delante de los ojos.

Luci la fulmina con la mirada y Emma decide seguir ojeando el libro para frenar su posible ataque verbal. Sabe que Luci encenderá su polvorín de exabruptos si continúa con el tema.

A Emma le llama la atención la portada del libro, unos ojos azules de una mujer que podría ser ella misma. Le gusta, también, el título: *Como en el mar, las olas*. Lo lee en voz alta, saboreándolo como un dulce caramelo en su boca.

—Qué bonito que alguien quiera poner tus ojos en una portada, ¿no crees? —le pregunta a Luci, pero esta no le responde, está absorta leyendo una de las páginas.

Emma descubre que, en la parte del final, los poemas son muy cortos: *haikus*. Eso dice el título de separación.

Haikus, repite con un susurro.

Le suena a marca de leche. No le plantea esa broma a Luci, por si acaso.

—Me lo llevo —le dice al librero.

—¿En serio? —Luci no sale de su asombro mientras la sigue a la caja con su propio ejemplar—. Oh, qué bien. Ya verás cuánto te gusta.

Emma no sabe si decirle que sí, que le gustará porque ella también es un alma sensible. O que no, que no le gustará nada de nada y que solo lo compra por comprar. Le pregunta:

—¿Tú lees escuchando música?

—Pues no. A mí me gusta el puto silencio.

Emma suspira, resignada. ¿Qué le costaría a Luci no poner «puto» delante de cada palabra? Le quita… Le quita… No sabe qué palabra poner, y presta atención a lo que su amiga continúa diciendo:

—Es como un paréntesis tras tantas horas con el jodido ruido de la peluquería. Ya sabes, los secadores, el parloteo de las clientas…

—Yo sí leo con música.

—Joder, Emma, todo lo haces con música: cuando sales a correr, cuando vas andando por la calle, cuando te duchas, cuando cocinas, cuando…

—¿Y a ti qué más te da?

—Es verdad, disculpa. Sigue.

—Por ejemplo, si estoy con una novela romántica, me pongo bandas sonoras de películas. No sé, *Titanic, El diario de Bridget Jones, Love actually*… Pero, si es una biografía o algún tema de contabilidad y finanzas, entonces…

—¿Contabilidad y finanzas? —suelta una risita—. ¿Tú lees esas cosas?

—Por el trabajo, Luci. A ver, ¿en qué trabajo yo?

A Luci se le pone una cara de pez. Ojos grandes. Boca abierta que acabará tragándose un anzuelo.

—Qué se yo… En una oficina.

¡Emma no se lo puede creer!

—Auxiliar contable, Luci —lanza un suspiro de derrota. ¡Es increíble! ¿En serio no sabe en qué trabaja?—. Soy auxiliar contable. Llevo toda la vida siendo auxiliar contable.

—Ya, ya, ya lo sabía. Era broma, mujer.

—A ver, ¿acaso tú no te reciclas? Supongo que tú también tienes que enterarte, de vez en cuando, de los nuevos estilos en corte de cabello, ¿no? Los nuevos tintes o…

Luci arquea su boca hacia abajo y mueve la cabeza a un lado y a otro. Una auténtica negación.

—Pues yo sí que lo hago —prosigue Emma—. Y, si leo algo de contabilidad y finanzas, me pongo a Supertramp, por ejemplo, o a Mike Oldfield. Algo de Alan Parsons, también.

—Joder, qué viejuna eres.

Emma prefiere reír a molestarse por el comentario de Luci.

—Pero no he leído nunca poesía —continúa hablando—, salvo la

obligatoria del instituto, y la verdad es que no sé qué música la podría acompañar —arruga la frente, en señal de concentración.

Luci se cruza de brazos. Le responde:

—*Blues*.

—¿*Blues*?

—Sí, lo que mejor le va a la poesía es el *blues*. Y, si es de cantantes femeninas, mejor.

—¿En serio?

—Ya te digo —y Luci se sorprende de cómo, sin tener idea del asunto, si dice algo con total seguridad, la otra persona creerá en ello a pies juntillas.

Mientras el librero les pasa el datáfono para que primero una y luego la otra acerquen sus respectivas tarjetas, les comenta:

—A principios del mes que viene, el autor vendrá a hacer la presentación.

—Sí, sí, ya lo sabemos, por eso hemos venido a comprar el libro —contesta Emma.

—Bueno, no solo por eso —replica Luci—. Yo colecciono todas sus obras y necesitaba tener la última.

—¿Y ya sabéis que vive aquí, en Logroño? —pregunta el librero mientras le da el tique de compra a una.

—Sí, eso hemos oído —dice Luci.

—Es una suerte que lo tengamos tan cerca —añade él ofreciendo el tique a la otra.

—Huy, sí —y Emma le da un codazo a Luci—. Una suerte…

Ambas se ríen.

—Os espero en la presentación, chicas —y con esa frase, les entrega los libros dentro de un par de bolsas.

Suena la balada *Since I Fell For You*, interpretada por George Benson

En el despacho solo se oye el teclear en los ordenadores. Suena, por el hilo musical, una canción de George Benson. Una versión de la conocida *Since I fell for you*. Si le preguntamos a alguien de la oficina quién es ese cantante, nadie contestará. Pero Emma, sí. Ella sí lo sabe. Tiene un gusto clásico (pero no antiguo) para la música, al igual que para la ropa. Y, ahora, esa canción la lleva flotando a imaginarse que baila con alguien. Lentamente. Cuerpo a cuerpo. Y ese alguien es José Ramón, claro. Sueña despierta con él. Sentirse en sus brazos, balanceándose. Se imagina que José Ramón le canta esa canción al oído, susurrándosela. De repente, se le oye ladrar a lo lejos:

—¡Me estás estresando!

José Ramón acaba de gritar a la joven que entró, minutos antes, en su despacho con una escoba en la mano y en la otra un trapo blanco que, con el susto, se le ha caído al suelo.

—¡Emma! —la llama asomándose a la puerta—. ¡Emma!

Emma sale volando, taconeando el suelo. Las medias se frotan en sus muslos, frufrú. La estrecha falda no le permite ir más deprisa, sobre todo porque también lleva, abrazándolas, quince o tal vez veinte carpetas de diferentes colores y tamaños.

—¿Qué ocurre, José Ramón, qué ocurre? —pregunta con una voz alterada y dulce que llega al lugar antes que ella.

—Ocurre que no aguanto a la nueva asistenta. ¡No para de hablar! En tres minutos —le muestra tres dedos estirados— me ha explicado que es rumana, que desde hace tres años vive en España, que está anémica y que por esa razón mañana le harán un análisis de sangre, que tiene mucho trabajo, un hijo de seis años en su país al que cuida su madre, que… —enumeraba los temas mientras mostraba un dedo tras otro.

—Es la que nos ha mandado la ETT… —solo se le ocurre decir a Emma.

—¡Pues a la puta calle! ¡No quiero volver a verla en esta oficina!

—¿Y si le digo que ni se le ocurra dirigirte la palabra…? —tantea.

Hablan de la chica como si ella no estuviera presente. Y sí, lo está. Presente y atemorizada. «Pero ¿qué le pasa a este tío?», se repite, atónita.

José Ramón resopla con fuerza y mira la cara asombrada del aparejador, que se asoma tras la puerta de su despacho. También se asoma el becario, que justo en ese momento sale del lavabo. Una de las arquitectas cuelga, discretamente, el teléfono.

José Ramón observa a Emma. Su imponente altura. Su enorme cuerpo. Su oscuro y ondulado cabello. («Como una sirena», le dijo el otro día. «Anda ya, como si tú hubieras visto alguna sirena», le contestó ella, riéndose. Su risa, tan auténtica, tan pura). José Ramón observa su rostro, níveo, con esos ojos tan azules, su desproporcionada dentadura tras sus carnosos labios pintados en color granate. Posa su mirada en el refinado vestido que lleva ese día y en todas las carpetas que acogen sus brazos. Carpetas que parapetan su inmenso pecho. Enormes senos que él quiere besar, morder. Aparta ese deseo antes de que la erección se muestre más descarada. Por eso se va hacia la ventana y les da la espalda a Emma y a la limpiadora. Se mete las manos en los bolsillos del pantalón, apartándose la americana hacia atrás.

—Vale —claudica José Ramón tras un sonoro suspiro y se vuelve hacia sus dos empleadas—. Pero una sola palabra y se larga a Rumanía —levanta el índice derecho, como si fuera el césar y hablara con un centurión.

Y, para evitar estar presente en las explicaciones de las normas que debe seguir esa trabajadora, le pide al aparejador que le acompañe, por favor, a tomar un *gin-tonic* a cualquier terraza. Al Ibiza, por ejemplo. La arquitecta le fulmina con la mirada. A ella también le gustan los *gin-tonics*. Y no espera invitación: coge su bolso y se va con ellos.

11

—¿Sabes que te envidio? —pregunta a gritos Susana. Está en la cocina de Luci, limpiando los armarios. Está en lo alto de una escalerilla de tres alturas, que sube y baja para enjuagar la bayeta que está usando. El fregadero está lleno de agua caliente y jabonosa.

Luci la oye desde el lavabo. La pregunta la ha pillado echando lejía al inodoro. Ambas hermanas están limpiando el piso antes del traslado definitivo, que se prevé en breve. Se yergue, «¿qué?», y se dirige con paso decidido hacia la cocina.

—¿Qué has dicho?

Susana baja de la escalerilla, enjuaga la bayeta y le repite mientras sube los tres escalones para continuar limpiando los armarios de arriba:

—Que te envidio —y lo dice desde dentro del armario, frotando enérgicamente.

—¿Y eso? Yo nunca me hubiera imaginado que…

—Envidio la libertad que siempre has tenido —le corta Susana—, tu fuerza, esa seguridad para hacer siempre lo que te da la gana, para decir lo que te sale del coño.

—¡Susana!

Susana vuelve a bajar, vuelve a enjuagar la bayeta. No mira a su hermana en ningún momento. Está muy exaltada. Continúa:

—¿A ti te pregunta mama por mí, por cómo estoy, por cómo me va? —y, antes de que Luci responda, continúa—: A mí no hace más que hablarme de ti, de lo que haces o dejas de hacer, de lo importante que es la peluquería en la que trabajas, de lo que le has dicho, «ay, qué gracia, mira lo que le ha pasado a tu hermana» —imita en falsete —. Alaba todo lo que haces, todo, aunque pases semanas enteras sin llamarla. Es como si mama solo tuviera una hija, tú, y yo solo fuera… —piensa unos segundos—, no sé, la vecina a la que ella llama cada mañana para contarle cosas, no para que yo le cuente nada. A mí me ha faltado todo eso —y señala la cocina.

—¿Esta cocina? —pregunta Luci. Pero lo hace bromeando para quitar hierro al asunto. Porque el asunto tiene mucho hierro. Demasiado. Lo intuye. En cualquier momento, su hermana se desmoronará. Lo presiente. Y se queda al acecho, como esas chamanas que, antes de vaticinar nada, prestan atención al viento y a la dirección que tomará.

—Me casé muy joven y…

—Porque quisiste, nadie te obligó.

—¡Estaba embarazada!

—¿Y qué? ¡Lo has dicho mil veces, toda tu puta vida repitiéndolo!

Como si no supieras que, aunque lo digas mil y una, no significará que sea cierto.

—¡No sabes cómo se pusieron en casa cuando les dije que lo estaba! Nunca he tenido ni tu fuerza ni tu desparpajo, ya lo sabes. Tenía que casarme y punto.

—Di que tu fallo fue casarte. ¡Joder, que solo tenías veintidós años!

—¡Pues por eso! —Susana mira a su hermana desde arriba. Le dice, de repente, como cayendo en la cuenta de algo—: Oye, ¿tú sabes lo que son las relaciones significativas?

Luci mueve la cabeza, negando. Se cruza de brazos, esperando.

—Pues son esas relaciones en las que se puede ser uno mismo, sin miedo a ser juzgado o rechazado —comienza a bajar la escalerilla. Enjuaga la bayeta. La escurre. Vuelve a subir—. Una relación de total confianza, vamos. Algo así como lo que tenéis Emma y tú. Eso también lo envidio, ¿sabes? Yo nunca, jamás, jamás he tenido algo así, ni siquiera con Juan.

Luci abre la boca con intención de decir algo. Vuelve a cerrarla.

—Bueno, pues dicen que hay que tener, al menos, cinco relaciones significativas de esas para que poder decir que nuestra vida no es una mierda.

—Susana —susurra Luci y le da la mano para ayudarla a bajar de la escalerilla—, tu vida no es una mierda, mujer.

—¡Anda que no! —aquí ya comienza a llorar—. ¿Te acuerdas de cuando mama decía, cuando éramos pequeñas, «el día menos pensado cojo la puerta y no me volvéis a ver»? Pues ahora la comprendo perfectamente, Luci. ¡Yo también quiero hacer eso!

Luci coge el rollo de papel de cocina y corta un trozo para que su hermana se limpie las lágrimas. Los mocos.

—Pero luego me digo: ¿y adónde? —continúa Susana—. ¿Adónde me voy, Luci? ¿Una se separa y ya está? ¿Qué se hace, luego? Porque en las películas todo te lo ponen muy fácil: en una escena, la protagonista mete un montón de ropa en una maleta. Y la mete así, apilada, en plan bola de nieve —hace los gestos—. En la siguiente escena, está en un hotel o en una casa y, hala, comienza una nueva vida. Pero ¿cómo? ¿Cómo se hace en verdad?

—Putas películas —Luci le enciende un cigarrillo. Se lo da—. No hay que hacerles caso. Y a las novelas, menos.

—A mí me ha faltado y me falta eso, Luci, un sitio al que ir —da una calada al cigarrillo. Hace una mueca. Lo apaga en el fregadero. Se queda de espaldas, con la cabeza baja, mirando el agua sucia—. Un lugar donde quedarme. Donde sea bien recibida. Donde pueda hablar sin que me corten, sin que me juzguen. Un lugar donde pueda volver a

ser yo misma, como cuando tenía diecisiete o diecinueve años y me sentía libre. Libre y feliz.

Luci abraza a su hermana por detrás. Le dice al oído:

—Aquí tienes tu sitio. Mira, ven —y la coge de la mano y la lleva a la habitación individual, la que da a un patio interior. Enciende la luz —. Esta será tu habitación, ¿qué te parece?

Susana se limpia las lágrimas con la mano. Le dice:

—Mira que eres tonta —e intenta reírse. Solo consigue llorar con más fuerza.

—¿Sabes lo que voy a hacer? Montarte aquí tu lugar de huida —le sonríe mientras le hace un gesto con la cabeza y las cejas alzadas—. Compraré una cama —señala el lugar—, una mesilla y una cajonera o una estantería, ya veré. Y el día que quieras fugarte, te vienes aquí, ¿vale?

—Mejor di que montarás la habitación de invitados y…

—… y nada. Será TU habitación. Y, si no la estás usando, podré dejar que venga alguien a pasar la noche, pero nada más —le sonríe —. Anda, vámonos a comer, que a ti lo que te pasa es que te mueres de hambre, ¿a que sí? Ya hemos limpiado bastante.

—No, que me esperan en casa y…

—Que se jodan.

—¡Eso!

Suena *blues*, la canción *Cry Me a River,* de Ella Fitzgerald

En la habitación de Emma suena Ella Fitzgerald, cantando, triste, un *blues* que habla de una ruptura, de alguien que se comportó falsamente y que provocó un río de lágrimas.

Está estirada sobre la cama, leyendo *Como en el mar, las olas*, y no lo entiende.

No entiende por qué Xandro Ulloa tiene que escribir esos versos tan crípticos.

«¡Cielos!», se sorprende, «ya empiezo a hablar como él».

Crípticos, vuelve a repetir. Ella no suele utilizar esas palabras. Hubiera dicho, por ejemplo, incomprensibles.

Versos incomprensibles, sí.

O ininteligibles.

Emma no cree que, para ser poeta, se tengan que utilizar adjetivos y comparaciones que obliguen al lector (o que la obliguen a ella) a tener el diccionario a mano. A ver, por ejemplo, ¿qué quiere decir el autor al escribir *devenir procrastinado*?

¿Qué es *procrastinar*? Y se baja la aplicación del diccionario de la RAE para el móvil.

Allí busca qué es *procrastinar: diferir, aplazar*.

Ah, vale, dice ella.

Y sigue subrayando en el libro versos que son auténticas murallas para su entendimiento:

Restaurador taxidérmico.

Cristalización de una epifanía.

Indefectible condición de seres mortales.

Emma y Luci, por wasap:

¿Tú entiendes todo lo que dice tu poeta?
¿No es muy críptico?

Ja, ja, ja, (carita sonriente).
Es verdad, a veces habla raro.

(carita llorando de risa)
A veces?
(carita sonriente)
Criaturas senescentes. Pág. 19
(carita pensativa).

(carita llorando de risa)
Seres autárquicos. Pág. 25

(carita de susto)
¿Qué son? ¿Toros?

Noooo, eso es la tauromaquia.

Ja, ja, ja.
(carita con gota de sudor)

Pásate a los haikus del final.
Son una pasada.

Me suena a marca de leche.

(Carita con lágrimas de risa)
La Kaiku!
Oye, sabes que son japoneses, no?

Los de la leche?

No, los haikus.
Es un género poético de origen japonés.

Y?

Que mi poeta también tiene algo de japonés!
(carita sonriente)

(carita con dos corazones en los ojos)
(corazón)

Fin de la conversación.

Emma continúa tumbada en la cama. Saca la foto de Xandro Ulloa que está en las últimas páginas del libro. Se la queda mirando. Se pregunta a quién se le podría ocurrir poner un sello a esa postal y enviarla por correo. Enviársela a alguien. Se pregunta a quién se le podría pasar por la cabeza enmarcar esa foto. Se ríe de su propia gracia. «¡A mí!». Y vuelve a reírse, esta vez de la idea que acaba de tener.

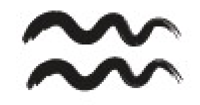
Se levanta de ese colchón que ya debería haber cambiado hace años y se dirige a su escritorio escolar. Coge el marco de plata con la foto de su primera comunión. Está grabado su nombre de antes, *Manuel*, la fecha de esa celebración, *15-5-1998*. Allá está ella, cuando aún era «él», con su traje de marinero y su cruz de madera en el pecho. Con aquella mata de cabello moreno y rizado, repeinado hacia atrás con mucha gomina y la raya al lado. A su derecha, su madre, orgullosa y tan elegante, como siempre. A su izquierda, su padre, sonriente y vestido con un distinguido traje.

Emma abre el marco por detrás y saca la fotografía. Pone, en su lugar, la postal en blanco y negro de Xandro Ulloa y mira cómo queda. La observa. Sonríe. Tiene la fotografía de un hombre desconocido colocada en su mesilla. Sí, piensa, se parece un montón al del café del otro día. Al fin y al cabo, se llaman (casi) igual. Podría fantasear con esa idea, con la idea de que es él, Alejandro. Y ahí está él, mirándola desde el marco plateado. Ahora, cuando su madre la acribille a preguntas cada vez que salga (¿adónde vas?, ¿con quién?) y cada vez que regrese (¿dónde has estado y con quién?), le enseñará esa foto del bigotudo y le dirá que sale con él.

Ja, ja, ja.

Una mentira, ya, pero quiere vivir esa sensación. Otra manera de fingir algo. De fingirlo y acabar creyéndoselo. O algo así.

LA PASIÓN



ACUARIO

En el terreno económico deberás seguir siendo cauto-a con las inversiones y los gastos. Por otro lado, podrías despertar el interés de alguien.

—Buenos días, Luci Fer —dice Héctor en cuanto ella le abre la puerta.

Son las nueve de la noche y Luci se dispone a cenar. Va descalza y lleva una enorme camiseta con una Minnie Mouse repleta de lentejuelas, un regalo de cumpleaños de alguien que ignoraba que ella odiaba el mundo Disney. Una camiseta que a veces le hace de camisón y, otras, de ropa cómoda para estar en casa. Sin embargo, la mayoría de las ocasiones, ni se la quita para irse a dormir y se lleva, con ella, el olor de la cebolla cuando cocina o las manchas acumuladas de varios días.

—Ah, hola, vecino —y Luci mira de arriba abajo a Héctor, que parece recién duchado. Aseado. Limpio. Dan ganas de echarse a dormir encima de él, eso piensa ella. Dormirse encima con esa sensación de placer que dan las sábanas recién lavadas, tendidas al sol (como hacía su abuela), recién planchadas (cuando se las planchaba su madre). Todo eso piensa en este instante. Es como si Héctor fuera un recuerdo de la vida de cuando era pequeña, de esa vida en la que todo era felicidad y no había ni preocupaciones ni malos rollos, salvo si su madre la reñía por cualquier tontería: «Como vuelvas a decir una palabrota, te lavo la boca con jabón. ¿Por qué has empujado a tu hermana? ¡He dicho que te calles, que me pones la cabeza como un bombo!»—. ¿Qué se te ofrece?

—Mira —toma la mano de ella, se la abre, le pone una llave en la palma y se la cierra—. Es la llave de mi piso. Quiero que seas su guardiana, porque, ahora que tengo a Moctezuma, mi responsabilidad respecto a él debe cubrir todos los aspectos. Imagina que un día tengo un percance y no llego a ponerle su alimento, a limpiar su cajón de arena, a…

Qué bien habla, se dice Luci, sorprendida. «Tengo un percance», ha dicho. Sigue su acento como si estuviera buscando el rastro de algo grande, algo codiciado que no debe compartirse.

—Ya, ya, lo entiendo —y guarda esa llave en el primer cajón que hay en el recibidor, junto a paquetes de pañuelos de papel, unas pilas ya gastadas y ratoncillos de fieltro para que juegue Malinche, su gata

—. A ver, dame también tu número de teléfono —y le ofrece su móvil para que se lo apunte y lo guarde. Él lo hace—. Ahora te hago una perdida —teclea y el móvil de Héctor comienza a sonar. Cuelga— y ya está, ya nos podemos poner en contacto.

—¡Gracias!

Luci se desconecta un poco de lo que está sucediendo, porque le llega, constantemente, el olor de Héctor. Creía que era olor a limpio, pero es mucho más. Es como tener otra de sus visiones de futuro, no el *déjà vu* normal y corriente, sino el otro, el de la vida que está por llegar. Y ella percibe ese olor como si fuera un recuerdo que aún no ha tenido. No sabe qué es lo que le ocurre. Cierra los ojos y se sacude la cabeza. El flequillo bicolor se le alborota.

—Tú no tienes por qué darme tu llave, por supuesto —continúa Héctor—, seguro que alguien de tu familia ya la tiene. Claro, lo normal es que ya hayas pensado en esa posibilidad respecto a Malinche. Es una nueva responsabilidad, eso de tener a un ser vivo dependiendo de uno, ¿verdad?

No, Luci no ha dado —aún— su llave a nadie. Y no, no ha pensado en ningún momento en su gata. En qué pasaría si ella no está. En quién se podría hacer cargo de ella si un día ocurre lo del *percance*. Y le está entrando un agobio enorme. Parece como si un enorme agujero se estuviera abriendo bajo sus pies. La angustia. El desconcierto. La posibilidad remota de que algo malo pudiera suceder (le).

Luci le mira de arriba abajo, de nuevo. El ajustado polo azul marino con el nombre de la marca, GANT, bien visible al lado izquierdo. Los ceñidos pantalones marrones (bueno, si le preguntara a Héctor, le diría que son color camel). Las deportivas blancas, que aún con la luz apagada parecen brillar de tan limpias como están (Luci cree que son nuevas. Error. Héctor las limpia con un cepillito tras cada uso, sobre todo la suela. Los cordones los lava a mano. Siempre están impecables, las zapatillas y los cordones).

De repente cae en la cuenta:

—Ay, pasa, pasa, que se me quema la tortilla —le dice mientras sale disparada hacia la cocina—. ¡Y cierra la puerta, no se vaya a escapar Malinche!

Héctor pasa, cierra la puerta, coge a Malinche en brazos. La gata ronronea. Parece un pequeño motor. Él la besa en la cabeza. Aspira ese olor especial. Un olor neutro, de gato que invierte horas en acicalarse, día tras día.

—¡Mierda, mierda, mierda! —se oye en la cocina y, luego, el extractor funcionando. La pestilencia de algo que se ha quemado. Una tortilla con una base negra, incomestible, nauseabunda—. ¡Joder,

menuda mierda!

Héctor la oye mientras observa el caos en el pequeño comedor. Las revistas abiertas en el sofá. Un exceso de pelos gatunos por el suelo, en los cojines oscuros. Un par de botellas de cerveza encima de la mesita, una bolsa de patatas chips vacía, un portátil apagado. Hay un libro bocabajo, abierto. Lo coge. Se trata del poemario de un tal Xandro Ulloa. Lo ojea y vuelve a dejarlo en su sitio. Se fija en el bonito mirador, que Luci también tiene repleto de frondosas plantas. Sí, a las plantas les gustan esos miradores. El resto de las vecinas también tienen plantas, pero no tantas. En su lugar, ponen una mecedora, una mesita con la costura, un revistero.

Malinche sigue en sus brazos, con los ojos cerrados. Su ronroneo acompaña al silencio de esos momentos.

Y Luci, que ha salido de la cocina sin apenas hacer ruido, observa a su vecino. Está de espaldas, mirando hacia la calle. Su cuerpo enfundado en esas prendas que tan bien le sientan. Se fija en lo que él ha estado observando, ese desorden endémico de su vida. Y a Luci le da vergüenza. No tiene por qué, ya que ella no da importancia a este tipo de cosas, pero hoy sí le hubiera gustado tener la casa recogida, limpia, con unos vistosos y alegres cojines, de esos que solo sirven para hacerse una foto y colgarla inmediatamente en Instagram. En fin, tener el piso adecentado, como se suele tener cuando se reciben visitas. Héctor se gira. Sonríe. Le pregunta:

—¿Malas noticias, Luci Fer?

—¿Qué?

—Que si se ha quemado la tortilla.

—Sí, totalmente —suelta un bufido y se dirige a abrir las ventanas —. Jodido tufo a quemado.

—Cuidado con las ventanas, que Malinche puede saltar. Mira, mejor abre esta, que está más alta —y se pone de puntillas para abrir la que está más arriba.

—Pensarás que soy una mala madre gatuna.

—No, para nada —le sonríe—. Anda, vístete y nos vamos a tomar unos pinchos —Héctor deja a Malinche en su camita. Se sacude los pelos que le ha dejado en su polo—. Si te parece bien, claro.

—Ay, no —se queja ella—, no me apetece salir. Lo que quería era quedarme en casa así —se mira la camisola—, sin vestir, sin peinar —se pasa la mano por su alborotado cabello. El flequillo, de punta—. Solo quería hacerme una tortillita y comérmela mirando una serie.

—¿Cuál?

—Una musical, de chicos de instituto que cantan y bailan en un coro.

—¿*Glee*? —Héctor levanta las cejas.

—¡Sí! ¿Tú también la ves?

—Solo vi la primera temporada. Oye, ¿y si hacemos un término medio? Te invito a cenar, pero vienes con ropa cómoda, como si estuvieras en tu casa —y señala hacia abajo, hacia su piso.

—¡No! —exclama, divertida—. ¿Cenar en tu casa?

—Incluso puedes venir en chancletas —le sonríe, mirándoselas. Luci lleva unas de playa, de plástico azul con una gran margarita amarilla en la unión con el dedo gordo del pie—. ¿Qué me dices? Y vemos la serie en el sofá. Lo mismo que querías hacer, pero en el piso de abajo —y con voz profunda, imitando a saber quién, dice—: Luci Fer bajando a las profundidades del abismo.

Ambos se ríen. Él espera una respuesta. Ella arruga los labios, como valorando la situación.

—Vale, dame dos minutos.

Y sale con el pantalón y la camiseta que utilizaba para hacer gimnasia en el instituto. Casi veinte años y aún utiliza la misma talla, algo que siempre le valoran mucho sus amigos y conocidos. Sin embargo, justo en ese momento, mientras Héctor la mira divertido, cree que es una pésima idea. Al fin y al cabo, va a cenar fuera de casa y no debería salir así, ¿no? Pero no da la media vuelta para ponerse algo diferente. «Paso», se dice.

Deja que Héctor salga primero y ella cierra la puerta, tras él.

—¡Joder! —exclama, y la palabrota resuena en la escalera—. ¡Me he dejado las putas llaves dentro!

Héctor alza las cejas. Le dice, sin perder la compostura:

—Te recuerdo que no me has dado una copia.

—¡Mierda, es verdad! —golpea el suelo con el pie.

—Anda, vamos a cenar, ya lo solucionaremos después —y comienza a bajar las escaleras.

—¿Así, sin más? —ella le sigue, poniendo mucho cuidado de no caerse con sus chancletas de playa.

—Así, sin más. Creo que necesitas comer algo, ¿sí? —se lo pregunta mientras abre la puerta de su casa, enciende la luz y la deja pasar—. Ya buscaremos la solución más tarde.

Luci, nada más entrar, vuelve a quedarse embobada ante los paneles correderos; el tatami del suelo; la mesa de madera con dos bancos a ambos lados; el sofá de aspecto cómodo; el sonido de la fuente en un rincón, que tranquiliza el espíritu en tres, dos, uno…

Sobre todo, sobre todo se queda extasiada con el balcón mirador, que él también tiene repleto de plantas exuberantes. Piensa que se podría quedar a vivir allí mismo, en esa galería. Ser una planta más,

solo necesitaría el sol de cada mañana y un poquito de riego de vez en cuando. (Se sienta en el sofá, rígida). Quedarse allí mismo, para que la cuidaran en ese ambiente tan tranquilo y tan japonés. (Se estira. Apoya la cabeza en uno de los brazos de ese magnífico y mullido sofá. Los pies, libres y sin chancletas, reposan felices). Ser el agua de la minúscula fuente, ser un pájaro que bebe en esa fuente. Convertirse en un riachuelo que baja los sesenta metros de una cascada a la que sobrevuelan unas águilas que lo divisan todo desde las alturas. Volar. Extender sus alas y volar.

—La cena ya está lista.

Ella siente como si bajara de golpe de algún lugar. Abre los ojos. Palpa el lugar donde se ha estirado. Por unos segundos no sabe dónde está.

—¿Te encuentras bien? —le pregunta Héctor.

—Ehhh, creo que me he dormido —le contesta arrastrando las palabras, masajeándose las sienes.

Héctor deposita una bandeja en la mesita que tiene frente a ella. Contiene un par de pequeños platos con una tortilla en cada uno, un par de vasos de agua, un par de rebanadas de pan, un par de plátanos, un par de melocotones, un par de yogures naturales (para que elija el postre), cubiertos y un par de servilletas (¡de tela!). Enciende la tele. Busca la plataforma para ver la serie.

Luci se pregunta cuánto tiempo ha pasado desde que llegó. Y cuándo Héctor se ha cambiado de ropa y se ha puesto ese pantalón de pijama de rayas y esa camiseta blanca. Calcetines para caminar descalzo. O cuándo ha hecho la tortilla, porque ella ni tan solo ha percibido el olor al aceite ni ha oído cómo batía los huevos.

—En serio, creo que me he dormido —comenta sin poder creérselo —. ¡Me he dormido en tu sofá!

La risa de Héctor, tan perfecta, tan genuina. Esa risa que se vincula con la felicidad. No hay fingimiento, sale sola. Ahí está él, generando endorfinas y oxitocina, a lo mejor por esa razón se le ve tan relajado y tan positivo, porque ríe, y mucho. No solo eso, sino que ríe bien.

—Creo que la fuente me ha dejado KO —y Luci se sorprende de que siga soltando cosas tan tontas, solo para volver a provocar la risa de él.

Ahora cae: ¡es su risa! Sí, oírle reír le resulta tan adictivo como el ronroneo de su gata. Recuerda que leyó a saber dónde que ese tipo de sonido (el ronroneo) es apaciguamiento y curación. Seguro que la risa es lo mismo. Y ella necesita eso, precisamente, apaciguarse y curarse. Así que Luci vuelve a repetirlo:

—Que sí, que ha sido la fuente, tío, ¡en serio!

Ja, ja, ja.

Toc, toc, toc.

Llaman a la puerta.

—Tiene que ser la dueña de tu piso. La he llamado.

—¿Cómo? ¿Qué?

—Ya te dije que soy el presidente de la comunidad. La he llamado para que venga a abrirte la puerta y así puedas coger tus llaves.

—¿En serio? —se pone de pie. Le sigue.

—No vive lejos y no le ha supuesto ningún inconveniente —dice abriendo la puerta—. Hola, Soraya, pasa, pasa, por favor.

Y sí, es la enjuta dueña de su piso. Luci solo la vio una vez, cuando firmó el contrato en la agencia inmobiliaria. Vestía de negro, como ahora, y tenía unos labios finos, casi una línea. No le gustó nada. Y no ha cambiado su opinión respecto a ella. Tal vez ha empeorado, pero Luci se contiene, porque la dueña mueve unas llaves a un metro de su cara y le ordena:

—Acompáñame arriba, abro la puerta, coges tus llaves y que esto no vuelva a ocurrir —le dice como aquellas institutrices que salían en películas en blanco y negro.

—Gracias —contesta con la cabeza gacha y en un tono casi inaudible, siguiéndola escaleras arriba, como si fuera la dócil oveja que acaba de ser rescatada de un terraplén.

12

Pepa abre la puerta. Es la amiga de su hija, la del pelo de colores. ¿Cómo se llama? ¿Sofi? ¿Puri? ¿Leti? Ah, sí Luci.

—Buenas tardes, Pepa. ¿Está Emma?

—Está dándose un baño relajante —y se hace a un lado para que pueda pasar esa chica que nunca le ha caído bien. Nunca le han gustado sus andares desgarbados. Sus palabrotas. Ese aire de saberlo todo. Esa… soberbia. Eso piensa, que es una chica orgullosa, altiva y…

Luci le pregunta, sorprendida:

—¿En serio? ¿Relajante? ¿Un baño relajante?

Luci no puede creerse que algo semejante se pueda hacer así, un día cualquiera, jueves, en la propia casa, y no durante unas vacaciones y en un hotel, por ejemplo.

—Sí, cuando está muy tensa enciendo velas aromáticas en el cuarto de baño— Pepa cierra los ojos, como si estuviera oliéndolas—, le lleno la bañera con agua caliente, le pongo sales de baño y… —abre sus ojos y ve la cara de estupor de Luci— y le va muy bien, no te creas.

—Sí que me lo creo, sí —responde ahogando una risa mientras se sienta en el sofá del salón sin que la hayan invitado. La espalda se sumerge en el mullido respaldo. Sus piernas se quedan abiertas, relajadas. Pone los dos brazos tras su cabeza—. Ya me gustaría a mí, ya…

Pepa mira las medias de color rojo de Luci, sus botines azules con los cordones desatados. La chaqueta de lana de color naranja es preciosa, reconoce, pero no el agujero en uno de los codos. De segunda mano, piensa, y arruga la nariz. Se queda de pie, con los brazos cruzados, mirándola sin pizca de piedad. Ni disimulo.

Emma y Luci son amigas desde que iban al instituto. Siempre le ha estado diciendo a su hija que eligiera bien las amistades y que esa en concreto no era muy de fiar. Sin embargo, llevan veinte años juntas y Pepa ya claudicó de su empeño, sobre todo porque, cuando pasó lo de su hijo (bueno, su hija. A veces se sorprende rectificando su propio pensamiento), Luci siempre estuvo a su lado.

Pero ese flequillo azul y verde…, «¡por todos los santos! ¿A quién se le ocurre?».

—Me ha dicho que viniera a verla —explica Luci y cambia su postura. Se sienta con la espalda erguida y las piernas cerradas, rectas. Los brazos, en su regazo.

—¿Qué? —pregunta Pepa. Estaba absorta en sus propios pensamientos.

—Que Emma me ha dicho que me pase a verla porque tiene que

contarme algo. A ver, normalmente no voy por las casas sacando a la gente de sus baños espumosos y relajantes —y le dedica una amplia sonrisa, evitando reírse de su propio chiste.

Pepa mira el reloj. Le informa:

—Están a punto de acabar sus veinte minutos. ¿Quieres beber algo?

—¿Una cerveza?

—No bebemos alcohol en esta casa.

Luci suspira. Chasquea la lengua. Teme haberla ofendido. No recuerda si es apostólica o evangélica o algo así. O tal vez lo fue alguna vez. Podría llamarse Hermana Pepa del Corazón de Jesús. Le quedaría bien, piensa, tapándose la boca para esconder su sonrisa.

—Un vaso de agua, gracias.

Cuando Pepa se va hacia la cocina, Luci sale disparada hacia el cuarto de baño. Da un toque en la puerta y se oye:

—No entres, mamá…

Y Emma no acaba la frase porque Luci ya se ha metido dentro.

—¿Pero qué…?

—¿Relajante? —le pregunta Luci—. ¿En serio, Emma? ¿Tu madre te prepara baños espumosos y relajantes?

Y sí. Emma está sumergida en espuma blanca y olorosa. Lleva el pelo envuelto en una toalla rosada. En la cara, una mascarilla de color verde. Desde el teléfono móvil sale una canción lenta, un *blues*, cree reconocer Luci.

La estancia solo está iluminada por multitud de velitas.

—¡Te has montado un puto *spa*! —exclama mientras coge un bote azulado. Lo observa por arriba y por abajo—. Hay que joderse, la única vez que yo me preparé un baño espumoso fue con lavavajillas.

—Pero ¡qué dices! —Emma suelta una carcajada.

—Que sí, que sí. Con el Fairy de toda la vida. Aún vivía con mis padres y se fueron a una boda en no sé dónde, en Alfaro, creo. Mi hermana y Juan ya se habían mudado a su piso, así que estaba sola. ¡Sola del todo! Podía haber hecho una fiesta, pero no, ¡decidí darme un baño relajante! Puse el tapón de la bañera, abrí el agua caliente, eché un chorretón de lavavajillas para que hiciera buena espuma, salí a buscar la ropa limpia, me entretuve mirando no sé qué y, cuando volví, ¡la espuma se había salido de la bañera y había llenado todo el suelo!

Ja, ja, ja.

—Pero todo el suelo, ¿eh? Ni en las películas con efectos especiales sale algo parecido a lo que me pasó ese día.

Pepa abre la puerta de repente y ambas paran de reír. Una está dentro de la bañera. La otra, sentada sobre la tapa del inodoro.

Emma suspira y dice, con cierto tono irónico:
—¡Qué bien! ¿Alguien más quiere pasar, mamá?
—¿Le digo a tu amiga que espere fuera? —su madre está erguida. Se recoge ambas manos, esperando la respuesta—. Dice que tú la has llamado, pero aun así creo que no es lugar para recibir visitas, hija…
—¡Que estoy aquí, presente! —se molesta Luci.
—No pasa nada, mamá, de verdad.
—Y tengo un nombre —añade Luci.
—¿Cómo? —pregunta Pepa, mirándola.
—Que no soy «la amiga». Me llamo Luci. Debería haber dicho: «¿Le digo a Luci que espere fuera?».
Pepa no contesta y sale dando un portazo.
—En serio, Emma, ¿cuándo te vas a buscar un piso para ti sola?
—¿Y para qué? Ya te lo he dicho mil veces: ¡estoy la mar de bien!
—¡Claro, no te jode! ¡Tienes una puta doncella para ti solita!
—¡Para! —la salpica con espuma—. ¡Te pasas el día diciendo el puto esto y el puto aquello y ya te sale sin pensar! Pues me duele, Luci, me duele que sueltes esa retahíla de tacos sin importarte ante quién estás hablando o si se puede ofender o qué.
—¿Es que te ha ofendido? —Luci no se lo puede creer. Ante el silencio de Emma, añade—: Chica, no sabía que…
Se miran.
—Has ofendido a mi madre —se calla unos segundos—. Te habrá puesto otra cruz en su lista.
Vuelven a reír.
—El agua se está quedando helada, tengo que salir.
—Oh, disculpe su señoría —Luci se levanta y le hace una reverencia—. ¿Quiere que llame a su ama de llaves o prefiere que sea yo su ayudante de cámara?
—¡Largo! —esta vez la salpica con la mano. Luci hace lo mismo. Comienza una batalla acuosa entre las dos mientras Emma patalea dentro del agua, mojando a su contrincante—. ¡Vete, vete!
Las risas de ambas se congelan cuando Pepa entra de nuevo en el cuarto de baño. No le salen las palabras, solo logra apuntar con el dedo a una y a otra. Está muy enfadada. Se da la media vuelta para ir a por una fregona mientras suelta exabruptos como:
—Parece mentira, con lo mayores que sois y, y…
—De verdad, Emma —le dice Luci cuando se quedan a solas—. Hay que ver qué gamberra eres.
Ambas ríen.
Emma decide salir de la bañera. Es un gran géiser de piel lechosa emanando efluvios vaporosos y perfumados. Luci le pone por encima

un enorme albornoz azul que huele a suavizante. A continuación, le da la mano para que no pierda el equilibrio mientras saca una pierna y luego la otra (dos fantásticas columnas con hoyuelos en las rodillas). La alfombra se empapa al instante. Luci no puede apartar sus ojos del pequeño pene de Emma. Y Emma se da cuenta, claro:

—¿Qué?

—Nada.

—¿Crees que me quita feminidad? —se pone a la defensiva—. ¡Deja de mirar, chismosa!

—No, no lo creo. ¿Sigues pensando en no operarte?

—Ajá, ya sabes lo mal que lo pasé con las tetas —se las toca sobre el albornoz cerrado—. Es muy fácil decir: «pues opérate» —pone voz falsa—, pero la verdad es que duele, y mucho, y…

—¡Que no me des explicaciones, tía! —se ofende Luci—. Ya hemos hablado del tema, no tienes por qué volver a contármelo, como si te justificaras y…

—Aunque ahora me lo estoy planteando —suspira y se sienta al borde la bañera.

—¿Por qué?

—Porque he conocido a alguien —Emma se lo cuenta sin mirarla. Se está secando los pies— y no sé si decírselo.

—¿Quién es? ¿Quién? ¿Quién?

—Eso es lo de menos, pero vuelvo a tener miedo, Luci. Acuérdate de cuando puse en mi perfil de las citas que era una chica trans. Quién me mandaba mensajes, ¿eh? ¡Nadie! ¿Y qué pasó cuando salí con aquel de Calahorra? No le dije nada ¡y se ofendió!

—Se hizo el ofendidito, que es otra cosa. Putos remilgados que van de decentes y que resulta que…

—Para ya —le ordena—. Pásame la crema hidratante, anda.

—¿Cuál? —Luci observa la enorme cantidad de tarros de todos los colores que hay frente a ella.

—La de color verde. Gracias. Soy una mujer normal y corriente —retoma la conversación mientras se aplica la crema en las piernas—. Solo quiero ser normal y corriente.

—¿Que quién es? —Luci alza las cejas.

—Mi jefe, es mi jefe —sonríe Emma.

—¡Noooo! ¿El vejestorio?

—¡No, mujer! El hijo, José Ramón. Don Matías lleva un mes jubilado y su hijo se ha hecho cargo de la consultoría. Y creo que le gusto —le susurra mientras se ata el albornoz en la cintura, a modo de falda, dejando desnudo el torso y los brazos. Se aplica crema hidratante en sus enormes senos. Movimientos circulares que llegan,

luego, a los brazos.

—¿Está soltero?

—Recién separado.

—Vaya…

—¡Es guapísimo, Luci! ¡Es el hombre de mis sueños!

—¿Cómo lo sabes?

—Esas cosas se saben —le dice mientras sale del cuarto de baño y se dirige hacia su habitación. Luci la sigue—. La única pega es que tiene los labios finos.

—Huy, con lo mal que te cae la gente de labios finos porque dices que tienen mala leche.

—¡Exacto! Y la tiene, no te creas, pero conmigo es muy atento. Además, es elegante, tan alto como yo, guapo, irónico…

—No sabía que te gustaran los irónicos.

—Es lo más parecido a alguien con sentido del humor.

—¡Joder, Emma! ¡Sigues teniendo la misma habitación de tu comunión! —exclama cuando entran en ella—. ¡Mira, tu primera Nancy! —y coge una muñeca vestida de blanco con una vela en la mano y un velo sobre la cabeza.

Y es que Emma le pidió a su madre esa muñeca como regalo de su Primera Comunión. Su madre se negó, al principio. Que qué cosas se le ocurrían, que era un niño, que no podía regalarle una muñeca y, mucho menos, vestida de comunión.

—¿Y por qué no? —le preguntó ella cuando aún era Manuel—. Yo solo quiero hacer la comunión por los regalos. Por la muñeca.

Y Pepa nunca supo si fue ese comentario o los ojillos que puso su hijo, o el abrazo suplicante que le dio, pero ella le compró la dichosa Nancy y le pidió que la guardara, siempre, siempre, en el armario. Que no se lo dijera a su padre. Nunca. Jamás.

—¿No? —le preguntó él con inocencia.

—No, hijo —le contestó su madre con dulzura—, no lo entendería. Nadie debe saberlo, ¿vale?

Tras la Nancy Comunión le siguieron la Nancy Día de Lluvia y tres más. También un armarito para guardar la ropa de todas ellas y los distintos complementos (botas, jerséis, gorras…).

No, su padre nunca se enteró.

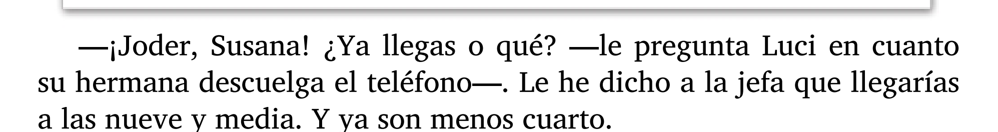
Murió seis años más tarde.

Nunca se dio cuenta de nada.

Y Emma no tuvo que contarle nada de nada.

TARTA SACHER

Mezcla 150 g de mantequilla con la mitad del azúcar y bate con unas varillas. Casca los huevos separando las yemas de las claras y añade las yemas sin dejar de batir. Incorpo...



—¡Joder, Susana! ¿Ya llegas o qué? —le pregunta Luci en cuanto su hermana descuelga el teléfono—. Le he dicho a la jefa que llegarías a las nueve y media. Y ya son menos cuarto.

—Sí, sí, ya estoy llegando —resopla Susana. Apaga el cigarrillo en una farola y luego lo tira en una papelera—. Pero, antes, confírmame si te han asegurado que me harán un descuento.

—¿Otra vez? —se molesta Luci—. Pero ¡qué coñazo eres, tía! Ya te he dicho que no tienes que pagar nada, que te invito yo. ¡Yo! —y se da un toque en el pecho que Susana no puede ver, claro—. En serio, es un lugar espectacular y los productos son buenísimos. Yo solo te lavaré y te secaré, pero Esther, la jefa, te hará un corte divino. ¡Mierda! ¿Tanto te cuesta agradecer un puto regalo?

Susana pone los ojos en blanco y corta la llamada. Ella, su hermana, hablando de agradecer algo. Ella, su hermana, que nunca, jamás,ha soltado esa palabra por su boca. Juan le ha pintado el piso. ¿Le ha dado las gracias? No. Los años que se fueron de vacaciones a la playa y la invitaron para que los acompañara, ¿les dio las gracias? ¡Qué va! Y así con todo el mundo. Su hermana vive en un estado en el que parece que todos le deben cosas y ella, simplemente, las recibe. Mira la hora: las diez menos veinte.

¡Y Luci decía que eran menos cuarto!

Presiente que va a tener una mañana muy justa si quiere preparar la tarta Sacher que esa tarde quiere llevar al colegio. Bueno, solo

llevará una porción para su hora de descanso y así, cuando vea al profesor de Matemáticas, decirle si quiere probarla (al fin y al cabo, la receta se la dio él).

—Ya era hora, ¿no? —comenta Luci justo cuando se abren las puertas automáticas de la peluquería.

—¿Así saludas a las clientas? ¿Y qué haces con esa diadema en el pelo? —la observa. Le queda francamente bien, le recoge el flequillo, le permite que sus ojos, sus bonitos ojos verdes, luzcan como dos faros.

Luci es la hermana guapa. Siempre hay una hermana guapa, o lista, o… Qué se le va a hacer. Susana da un suspiro.

—¿No te gusta? —Luci se palpa el gran lazo sobre su cabeza, sonriendo.

—Estás guapísima. Pareces una chica de los años sesenta.

—Es para recogerme el flequillo. Se ve que llevarlo de dos colores desentona con este lugar —y lo comenta en tono neutro. No es una queja. Algo raro en ella.

—Si tuvieras la misma talla que Emma, ella podría dejarte alguno de sus estilosos vestidos y parecerías una artista.

Luci se ríe.

—¡En serio! —añade Susana—. Y mira qué bien te queda el uniforme —y la observa de arriba abajo. Va de negro desde el cuello hasta los tobillos—. Muy elegante, ya lo creo.

Todas las peluqueras llevan una bata corta de color negro y pantalones o falda de ese color, excepto la dueña, que está de pie, al fondo, hablando con una empleada, y que lleva un pantalón azul de lino y una camisa vaporosa, tal vez de seda, que transparenta un precioso sujetador que está hecho para ser exhibido, tal y como lo exhibe ella, no para ser guardado bajo un jersey. Tampoco lleva uniforme la chica sonriente que se acerca, con un andar de gacela, hasta Luci y Susana y se queda tras el mostrador, repleto de flores frescas de diversas tonalidades. El mostrador lo preside una gran caja registradora y un teléfono que suena en ese momento. La chica-gacela levanta un dedo, indicándoles que será solo un minuto, y coge la llamada. Escribe en la agenda. Cuando cuelga, saluda a Susana con una gran sonrisa:

—Buenos días, cielo. Eres Susana, la hermana de Lucía, ¿verdad? —y sin esperar respuesta, se dirige, con los mismos sinuosos movimientos, al armario ropero que hay en la entrada y saca una percha. Luego, ayuda a Susana a quitarse la chaqueta, la cuelga, y le abre una bata negra para que meta sus brazos—. Te harás color y corte, ¿verdad, cielo?

—Sí a todo —Susana ya admira a esa chica. Ya le cae bien. Así, de repente.

Y cae en la cuenta de que quiere que todas las personas que conozca de ahora en adelante sean así, como esa recepcionista. Que todos le hablen con amabilidad, con una sonrisa. ¿Sería mucho pedir?, se pregunta.

—Sígueme, por favor —y la chica recorre el gran salón. Qué movimiento más felino, reconoce Susana. Resulta un imán para los ojos.

—¿Aquí te llaman Lucía? —le susurra a su hermana.

—Sí. Cierra el pico —le dice muy seria.

La chica-gacela le muestra a Susana un sillón para que se siente. Le pregunta:

—Alguna revista, ¿verdad, cielo? ¿Del corazón, de hogar, de viajes…?

¡Caramba, cuántas atenciones! Susana cree que le será muy fácil acostumbrarse a todo eso, a esa cordialidad, a esa melodía del hilo musical, a esa calma que reina en el salón. La gacela-recepcionista espera su respuesta, sonriéndole en el reflejo del espejo.

—Todas —contesta, invadida por una gran alegría.

Quiere una vida así, quiere que le ofrezcan cosas bonitas, que…

—¿Y alguna infusión, un café…? —le pregunta, solícita.

Susana se fija en sus coloreados párpados y en su brillante *gloss*. Sobre todo, le llama la atención su cortesía, que no parece fingida, sino auténtica. Y es que siempre ha sido de la opinión de que todo el mundo tiene unos genes que le delatan. Cree que hay cosas que salen con naturalidad, como si se hubieran mamado. Como si, al nacer, les dieran a esas personas un toque en la coronilla con una varita mágica. En esos momentos, Susana comprende perfectamente que esa chica sea la pareja de la dueña de ese salón de peluquería. Incluso ella, si fuera lesbiana, querría tener una pareja como ella.

—Un café con leche, si es posible.

—¡Por supuesto! Te lo traigo enseguida, querida. Pero, primero, las revistas, ¿verdad, cielo?

Y le ofrece una del corazón, reciente, con noticias frescas y no de semanas atrás; también una publicación de viajes tropicales y otra de decoración con un monográfico sobre habitaciones de matrimonio e infantiles.

Luci se acerca a ella con el tinte ya preparado y comienza a aplicárselo. Le dice:

—Ya verás qué color tan ideal, qué brillo y qué cobertura tiene —le pasa el pincel por las primeras raíces—. Es un tinte buenísimo, muy

natural. Y hazme caso, mujer, deja ya de hacértelo en casa. Que no te cuidas, Susana, que llevas siempre unos pelánganos que…

—¡Hey! —exclama, molesta—. A mí no me hables así —le susurra, porque no quiere llamar la atención—. Mientras esté sentada en este sillón —da toquecitos con el dedo en el reposabrazos— soy una clienta, no tu hermana. Y quiero que me trates igual de bien que a las otras —y mueve la cabeza en dirección a los sillones de al lado.

—Hum —Luci se calla y continúa aplicando el producto. Se le ha formado un pliegue entre las cejas.

—¿Sabes? —Susana da un giro en la conversación—, creo que debería cambiar mi habitación de matrimonio —y le muestra la doble página de la revista que está leyendo.

—Bueno, también podrías cambiar de matrimonio, directamente —opina Luci.

—Hija, cada día estás más borde. Mira lo que te digo: te vas a quedar sin tarta Sacher.

—¿Vas a hacer tarta Sacher? —pregunta con el pincel en el aire. Hacía siglos que su hermana no preparaba ese tipo de tarta.

—Ya te digo.

—¿Y a santo de qué se te ha ocurrido hacerla?

—Me han dado una nueva receta.

—Anda, dime que me guardarás un trozo.

Ambas se miran en el espejo. Se sonríen.

—Vas a salir de aquí guapísima, ya lo verás —le dice Luci.

—Entonces, te guardaré el trozo más grande —y le guiña un ojo.

Susana sigue mirando la revista de decoración. Ahora, las habitaciones infantiles. Las de bebés. ¡Cielos, qué lindas son!, piensa. Su hija Nancy nunca tuvo una así. Su cuna, prestada, siempre se quedó en la habitación de ellos, durante los tres años que vivieron en la casa de sus padres. Luego, cuando por fin tuvieron piso propio, Nancy pasó a tener habitación propia. Juan pintó las paredes de color rosa. Le dibujó nubes blancas. Ella compró unas cortinas con pececitos de colores y un cojín a juego que vio en el Alcampo. Y ya está.

Susana piensa que, si tuviera un hijo ahora, todo sería diferente. Y no, no rechaza esa idea, sino que se le queda dentro y la acuna con cariño.

Suena *Disse Alguém* en la versión brasileña de João Gilberto

En el pub suena *bossa nova*. Emma busca un hueco en la abarrotada barra y le pide al camarero un *gin-tonic* para José Ramón y un cóctel sin alcohol para ella. Las 00.19, indica el reloj que hay encima de una columna y Emma no sale de su asombro de que no esté, a esas horas, ya en pijama. No solo eso: de que no esté en su casa, con su madre, sino a treinta kilómetros de distancia y elegantemente vestida porque tiene una cita (¡una cita!).

Joao Gilberto sigue presente en los altavoces cantando su *Disse Alguém* y ella mueve ligeramente la cadera, al ritmo de esos acordes cadenciosos. Recuerda que existen otras versiones de esa canción, una de Frank Sinatra y otra de Ella Fitzgerald, y que en verdad se titula *All of me*. Le encanta. Cae en la cuenta de que no la tiene en ninguna de sus *playlist*, pero ya la buscará, eso se dice. A pesar de la tenue luz azulada del establecimiento, intuye que José Ramón la está observando desde el rincón en el que se sentaron minutos antes. Pasa su mano por la nuca para mover su larga y preciosa cabellera y se gira para comprobarlo.

¡Vaya, pues no!

No, José Ramón no la está mirando, sino que presta atención a su móvil. Emma carraspea, se rasca un brazo, para disimular, y evoca la escena ocurrida solo diez minutos antes, cuando se sentó con él en el rincón esponjoso y oscuro de ese pub. Bastó el roce de sus respectivos brazos —desnudos los de ella, en mangas de camisa los de él—, para que comenzaran a comerse a besos. Literal. Bueno, ya habían comenzado en el coche, cuando él aparcó y ladeó su cabeza para mirarla intensamente, con esa sonrisa de labios finos que a ella le da repelús en otras personas, pero no en él.

José Ramón le dijo que estaba muy guapa y le dio un beso en los labios, tal cual. Así, de repente, sin pedir permiso, sin preámbulos. Un beso muy suave. Apenas un roce.

A ella solo le preocupó, en ese momento, que él se llevara parte del carmín que esa noche se había puesto, pero confiaba en que la publicidad de la marca no engañara y que no acabara, con la fricción, diseminado ni por su cara ni por la de él.

José Ramón le dijo, a continuación, que tenía unos ojos muy bonitos. Tan claros. Tan azules. Por eso Emma le preguntó, con una voz muy tenue, casi íntima:

—¿Sabes algún poema sobre ojos azules?

—No —sonrió él mientras le ponía un mechón tras la oreja.

—¿O una canción?

—Tampoco —y volvió a besarla.

—¿No te suena… —se apartó un poco de él. Qué ímpetu en esa primera cita, se sorprendió—, «ojos claros, serenos, si de un dulce mirar sois alabados, ¿por qué, si me miráis, miráis airados?».

Al nuevo beso de José Ramón le acompañó una mano que se posó en el pecho derecho de Emma. Y los enormes senos de ella subieron y bajaron descontrolados ante tanta excitación.

—No, no me suena —le susurró dentro de su boca.

Y José Ramón ni se interesó por los versos que venían a continuación. Tampoco preguntó de quién eran.

—Es un poema de Gutierre de Cetina —añadió ella, aunque no le hubiera dado pie.

—Menudo nombre —y soltó un ruidito gutural que no llegó a risa —. Anda, vámonos ya, que me estoy poniendo caliente.

Y esa frase le provocó a ella un torbellino de imágenes sexuales. Lo quería todo con él. ¡Solo tenía que pedírselo!

Luego, en el pub, nada más llegar, volvieron a besarse, medio ocultos en la clandestinidad de las sombras, mientras sus respectivas lenguas se trasformaban en un par de descaradas.

* * *

«Qué suerte tengo», piensa Emma mientras espera en la barra. Recuerda lo concentrada que estaba en hacerlo bien, en besarle bien, pidiendo que él no notara que le faltaba práctica. Pidiendo que le gustaran sus besos. Pidiendo…

—Deja la lengua en paz —le ordenó él—. Bésame solo los labios. Mira, así…

Y él la guio en un largo beso.

Qué vergüenza sintió Emma en esos momentos. Se quedó rígida. Estuvo a punto de pedir perdón. A punto de salir corriendo. Si no estuvieran a treinta kilómetros, en otra ciudad, tal vez lo hubiera hecho. Qué lástima, piensa ahora, estar tan lejos, sin que ningún conocido la vea. Qué pena, no poder presentar a José Ramón como «su chico». Pero eso es lo que quiere él, no encontrarse con nadie y que nadie sepa de ese *affaire*. Así lo denominó, en broma, cuando la invitó a salir, tres días atrás.

Affaire.

Sonaba a película de misterio.

Y a ella le gustó ese toque de secretismo. Entiende sus razones, por supuesto: José Ramón es muy conocido en la ciudad. Toda su familia lo es. Además, él acaba de separarse y no quiere tener que dar ninguna explicación y bla, bla, bla…

«Ay, Emma, pero qué comprensiva eres», le dice su voz interior.

«Inocente», añade esa voz.

«No crees en la maldad».

«Eres tan, pero tan tonta…».

Y esa voz, a Emma, le resulta cargante.

Primero fue una pregunta, dos semanas atrás, mientras Emma se preparaba un café en la sala de descanso de la consultoría:

—¿Te han dicho alguna vez que tu cabello es como el de una sirena? —le preguntó José Ramón, modulando mucho su voz. Casi susurraba.

—¡Anda ya! —le contestó ella, colorada, apartándose un mechón de la cara y poniéndoselo tras una oreja. Los largos pendientes dorados se enredaron en él—. Como si tú hubieras visto alguna sirena...

Y se rio. Emma se rio y salió de esa sala con la espalda bien recta, sabiendo que su espectacular melena colgaba, hermosa, por su espalda. Salió contoneándose sobre sus altos tacones, que repiqueteaban en las baldosas. La sonrisa, ese día, no se le borró en ningún momento.

Primero fue el tema del cabello de las sirenas. Luego, las sonrisas que ambos se fueron dedicando cada vez que se sorprendían mirándose. Dos semanas así, en plan bobo y, tres días atrás, cuando ya no quedaba nadie en la oficina, José Ramón le preguntó, sin rodeos:

—¿Antes eras un hombre?

—¿Qué? —le preguntó, azorada—. ¿Quién te ha dicho que…?

—Mi padre.

El silencio. Ella ya estaba apagando el ordenador. Le temblaban los dedos. No atinaba a pulsar correctamente las teclas. Él, con la mano en el picaporte, dispuesto a salir.

—Don Matías siempre ha sido un caballero y… —comentó Emma mientras metía su bolígrafo y su móvil dentro del bolso.

—Y yo, también —le sonrió—. Hasta mañana, *Emma*.

No pronunció su nombre de una manera normal. Fue como si lo pronunciase subrayado. Y al día siguiente fue cuando la llamó a su despacho y le preguntó:

—¿Quedamos el viernes para tomar unas copas?

Emma vuelve a llamar al camarero y este le sirve, por fin, las bebidas. Ella coge las copas y se las lleva al rincón donde le espera José Ramón, que tiene el brazo sobre el respaldo, la cabeza ladeada, la sonrisa pícara… Emma vuelve a repetirse lo de su buena suerte. Porque a quien le diga que está saliendo con su jefe… Ay, no, que no puede decírselo a nadie. Él le hizo prometer, justo cuando aceptó la cita, que tenía que ser un secreto. Se lo volvió a recordar cuando ella se subió al coche. Y, para sellarlo, José Ramón puso por primera vez

sus labios en los de ella. Los volvió a poner cuando llegaron a esta ciudad. Y, ahora, en el pub. Él aprovecha todos los momentos para firmar, una y otra vez, esa alianza unilateral.

Así cualquiera, claro. Emma está coladita por él y hará cualquier cosa que le pida.

13

—¡Ya está! ¡Ya he acabado de pintar la tienda de Haro! —anuncia Juan cuando entra en su casa. Lleva la escalera de madera al hombro, un par de cubos de pintura (uno está cerrado. El otro va repleto de rodillos y brochas)—. ¡Que ya he acabado! ¿Me oyes?

—¡Sí, te oigo! —Susana asoma la cabeza por la puerta de la cocina. Le ve como otras veces, salpicado de pintura. Gotitas en la barba, de color blanco. Incluso en las gafas. Gotitas azules. Verdes—. ¡Qué bien, y justo a la hora de comer! ¿Qué tal ha quedado?

—¡Genial! ¡Mola un montón! Hasta me han felicitado los dueños —la mira, sorprendido—. ¡Hey, te has cortado el pelo!

Susana se pasa una mano por la nuca. Con el nuevo corte, esa zona de su cuello ha quedado libre. Sonríe. Sale de la cocina y camina delante de él mientras ladea la cabeza a un lado y a otro.

—¡Y llevas otro color! —exclama Juan.

—Bueno, digamos que es el mismo, pero bien puesto. Menuda peluquería, Juan, ¡es de ensueño!

Y él la observa mientras habla, mientras le va contando todo lo que ha visto, lo bien que la han tratado, lo… Llega un momento en que él ya no la oye, solo ve su felicidad, la alegría con la que cuenta todas esas cosas. Esa es la Susana con la que se casó, la chispa de la vida, así la llamaba él.

—Eres la chispa de la vida —le dice de nuevo, recordando las palabras de quince años atrás—. La chispa de MI vida —recalca.

—Serás tonto —contesta ella y se dirige a coger un cigarrillo. Abre la ventana del patio interior. Lo enciende. Da una calada. No aguanta su sabor y lo apaga de repente.

Y de repente, también, acaba de darse cuenta de que ella misma ha roto el encanto del momento. Qué se le va a hacer.

Juan coloca sus utensilios en la habitación de los trastos y se va a la ducha. A lo lejos, oye la voz de Susana, que le pregunta:

—Me podrías venir a buscar esta noche al trabajo, ¿no? Ya que has acabado tan pronto…

Juan suspira. Buscarla al trabajo, a ese colegio en la quinta porra. A las diez de la noche. Justo cuando él está más a gusto en el sofá. Mirando la tele. Descansando. Uf…

—¿Me oyes o no me oyes?

Juan se mira al espejo. No contesta.

—¡Es que nunca vienes a recogerme! —se queja Susana a través de la puerta entornada del baño. Él abre el grifo de la ducha y se aísla de toda perturbación.

—¡Juan!

—¡Que sí!

—¿Qué has dicho? —pregunta ella, descorriendo la cortina de la ducha.

—Que sí, que sí iré a buscarte hoy.

—Ah, vale.

Suena música disco, *Hot stuff*, de Donna Summer

Emma finge. Mucho.

Por ejemplo, finge que sigue una dieta (y sí, la sigue, pero no más de una semana. Y, luego, vuelta a empezar. Le cuesta un mundo. Dos, dos mundos, porque en verdad se lía con el tema de los carbohidratos (eso dice). Para disimular, se lleva una manzana para el desayuno en la oficina. Se la come delante de todos, para que vean que lo intenta, para que vean que es una persona sana en un cuerpo grande. Luego, coge su bolso y se va al aseo. Allí, saca el sándwich de jamón y queso que lleva guardado y se lo come a grandes bocados antes de que la pille alguien. Le sabe a gloria, siempre. Y le deja también una pena inmensa. Cree que es una mujer repleta de tentaciones en las que cae una y otra vez. Su mente se le va hacia José Ramón, su jefe. Oh, él sí es una tentación. Y de las grandes.

Emma también finge al decir que sale a correr para mantenerse en forma, para no dejar que los kilos sigan aumentando. Trece años atrás, sí que hacía ejercicio, y más potente. Salía con cuatro amigos, cada domingo, a montar en bicicleta. Veinte o treinta kilómetros y, a la vuelta, la parada obligada en cualquier terraza para tomar un buen almuerzo. Las risas. El cansancio. Los cinco llevaban la misma equipación (los mismos maillots verdes y negros; el mismo tipo de *culotte*; el casco, idéntico). Emma, primero se rasuró la barba. Ellos se lo tomaron a bien. Quien más y quien menos hacía cambios de *look*. Luego, se depiló los brazos, las piernas, la cara, las cejas. Ahí ya comenzaron las bromas. El querer saber. Casi un año después, el cabello lo tenía tan largo que se interesaron más por el asunto. Así que les comunicó que llevaba unos meses hormonándose. Los cuatro amigos dijeron, a la vez, que no entendían nada.

Ella lo explicó, bien explicado.

Los silencios.

Las excusas de los otros para no salir a montar en bici (al menos, con ella).

La sorpresa de Emma al verlos, un día, en una terraza tomando el tradicional almuerzo (las bicicletas, apoyadas en las farolas. Los cascos, en el sillín. Sí, eran ellos. No, no la vieron).

Dejó de montar en bicicleta y de hacer ejercicio, y eso, sumado a las nuevas hormonas y a su estado que rayaba la depresión, le trajo como regalo unos buenos kilos que se le acomodaron por todo el cuerpo y que ya no hubo manera de expulsar.

Así pues, Emma finge al decir que sale a correr para controlar el aumento de peso, pero realmente lo hace porque se siente libre. Desde

un primer momento descubrió la libertad que le otorgaban los auriculares y la música. Eso de escuchar canciones mientras corre, mientras coordina las zancadas con el ritmo, la hace sentirse muy bien. La hace sentirse viva y con una portentosa imaginación que echa un pulso constante a todas las películas que ve en la televisión o en el cine.

Para eso sí que tiene constancia, para lo demás, no. Por ejemplo, las tablas de ejercicios: un día quiso practicar en su casa una especial para glúteos y abdomen. Creyó que, si lo hacía, su culo se le redondearía y que su incipiente barriga se le tensaría como un tambor, así que buscó en internet un vídeo y quiso seguirlo. Solo eran quince minutos de nada. Le pareció bien. Se trataba de hacer sentadillas al ritmo de la música y con una monitora (delgada y musculada) que iba indicando las posiciones. ¿Cuánto duraba el vídeo? Ah, sí, quince minutos. Bueno, pues Emma no pasó de ciento ochenta segundos.

Su madre la encontró tirada en el suelo, jadeante.

La pobre mujer creyó que se había desmayado y gritó como si eso hubiera pasado. No sabía cómo levantar a su hija, a la que no podía poner ni de costado. Una ballena, eso se le pasó por la mente a su madre. Creyó que su hija era como esas pobres ballenas que quedan varadas en una playa.

Aquellos tres minutos de sentadillas le provocaron a Emma toda una semana de dolores en los músculos de las piernas (en todos sus músculos. Todos) que le impidieron subir y bajar las escaleras sin una mueca de dolor instantáneo.

Decidió, por supuesto, no volver a hacer nada semejante.

Correría como una loca por los parques de la ciudad al son de la música, eso sí.

Dentro de los fingimientos de Emma está el hecho de dar por buena la relación clandestina con José Ramón. Pero lo cierto es que cree que ella se merece algo más. Algo mejor. Por ejemplo, cree que se merece ir andando por la calle cogida de la mano del ser amado. Se merece no tener la sensación de estar haciendo algo malo. Se merece poder gritarlo a los cuatro vientos (al menos, contarlo a sus amigas. A su madre. Sobre todo, contarle a Luci algo más de todo este asunto).

Donde no finge es en el baile. Por eso le gusta colocarse los auriculares y escuchar música. Y bailar. Se encierra en su habitación y baila. Si está sola, porque su madre ha salido, baila en el comedor. Sube el volumen y se imagina que está en una discoteca. Se contonea. Suda. Todas sus endorfinas liberándose, cayéndole en cascada por todo el cuerpo, provocándole una inusitada felicidad. Ahora mismo, por ejemplo, Emma escucha música y no está fingiendo. Es ella al cien

por cien. Alegre. Viva. Ligera. Donna Summer y su *Hot Stuff* se están encargando de ello.

Suena *jazz* con mucho *swing* con Nina Simone cantando *My Baby Just Cares*

Emma abre la página de Iberia para buscar vuelos para José Ramón. Bilbao-Barcelona. Jueves (ida) y sábado (vuelta) de la semana siguiente. Él, aprovechando que tiene el jueves una especie de congreso en Barcelona, se quedará un par de días disfrutando de la ciudad con ella. Eso le dijo, mientras la abrazaba días atrás.

Emma clica la ciudad, los días, añade el número de la tarjeta de la empresa. Listo. Luego se va a la web del hotel y hace lo mismo para reservar habitación.

Repite la acción con sus datos y con su VISA. No deja de sorprenderse cada vez que hace algo similar, en cualquier compra por internet. Los datos que da desde hace un tiempo ya se corresponden con ella al cien por cien. Sin embargo, siempre le vienen a la mente los malos recuerdos de cuando eso no sucedía así, de cuando no había correspondencia entre ella, Emma, mujer, y lo que indicaba su DNI, Manuel, hombre. Por ejemplo, aquella vez que voló a Sevilla, con Luci y un grupo de amigas para celebrar una despedida de soltera. En la tarjeta de embarque aparecía el nombre y la foto de alguien llamado Manuel. Lo mal que lo pasó cuando tuvo que explicar toda su historia al personal de vuelo, a cada funcionario. Explicar que el chico de la foto era ella misma. Enseñar los documentos que acreditaban que estaba en tratamiento para un cambio de sexo.

Se levanta para ir al despacho de José Ramón justo cuando comienza a sonar por el hilo musical una canción de Nina Simone. El ritmo la lleva a caminar por el pasillo con un movimiento excesivo de caderas. Los pies le piden bailar. Llama a la puerta. Entra. Cierra tras ella. Le dice que ha hecho las reservas del avión y del hotel.

—¿Las tuyas también? —le susurra inclinándose por encima de unos planos que está mirando sobre su mesa de dibujo. Las mangas de la camisa de *sport*, de rayas *beige* y rojas y con un logo de dos pequeñas raquetas cruzadas, las lleva vueltas.

Ella asiente con una sonrisa.

—¿Asientos no contiguos en el avión? ¿Habitaciones diferentes en el hotel?

—Claro, claro —le aclara Emma.

Es tan comprensiva y está tan loca por él…

—Ya verás qué bien lo pasamos —y él se fija, con disgusto, en sus ojos saltones, sombreados en verde, como la blusa que lleva ese día. Se fija, con cierta desazón, en la gran dentadura que ella guarda tras esos labios pintados en rojo. Y deja reposar sus ojos en el enorme pecho de ella, subiendo y bajando, agitado. Desea, más que nunca,

hundirse en ellos—. ¿Ya has pensado en qué excusa darás en la oficina?

—Sí, sí, el jueves llamaré diciendo que me he torcido el tobillo mientras corría. Y ya está. Me cogeré jueves y viernes como días libres para que me baje la inflamación.

—Ay —suspira José Ramón, atrayéndola hacia él—, así me siento, inflamado.

Emma suelta un jadeo mínimo, que podría ir a más, pero el teléfono suena y eso es el punto final de la conversación. Antes, José Ramón la coloca de espaldas, contra la pared, y le restriega la bragueta por sus nalgas, oprimidas en esa falda tan agradable al tacto. Luego, un beso rápido en los labios, un breve empujoncito hacia la puerta y comienza su conversación telefónica.

Ella sale del despacho con el corazón latiéndole a cien por hora. Madre mía, qué aventura está a punto de vivir. Piensa que, en unos días, podrá dar rienda suelta a todo lo que ella lleva imaginándose desde semanas atrás. Podrán salir ambos de esa ciudad tan pequeña en la que todo el mundo se conoce y en la que hay que guardar los secretos para que no se vayan volando a cualquier parte.

Callar. Disimular. Que nadie se entere.

Camina sintiéndose etérea. No solo eso, piensa que es la más bella entre las bellas. Y todo porque José Ramón la ha elegido. ¡A ella!

Si fuera una película, cualquier espectador sabría que están a punto de ocurrirle mil desgracias (lo que suele suceder entre lobos y corderos, nada más y nada menos). Pero Emma está deseando que llegue cuanto antes su escapada a Barcelona. Todo su cuerpo hierve solo de pensar que ella y él van a *hacerlo*.

¡Hacerlo!

—¡Oye, qué sitio más bonito! —exclama Emma cuando entra en la cafetería donde ha quedado con Luci.

Le da dos besos y disimula para no ver su cara de enfado. Porque Luci está enfadada, vaya que sí. O molesta. Emma puede leer las expresiones de su amiga como un libro abierto. A veces, hay que ir con pies de plomo con ella para evitar sus explosiones de mal humor, sus sacudidas verbales o la decepción que en ocasiones se vierte por sus ojos.

Sí, es muy fácil leer la cara de Luci.

Y Emma sabe que se debe a que ha llegado tarde. Bueno, ¿y qué? En el mundo hay problemas más importantes que la puntualidad. Eso piensa. Le sonríe, como si nada.

—¡Oye, qué bien te queda el nuevo color de pelo! —toca con las puntas de sus dedos la media melena de su amiga. Ahora, lleva un tono rosado—. Es un rosa precioso. ¡Y el corte! Mucho mejor esa medida, ya lo creo.

—Es rosa ceniza —contesta Luci sin demostrar nada. Ni alegría ni enfado. Se está reprimiendo, y mucho, para ser correcta—. Es mucho más elegante que el rosa, tan vulgar.

A Emma le cuesta canalizar la información. ¿Elegancia? ¿En qué bando se sitúa ahora Luci? Esa tarde lleva una cazadora de cuero que ya se ha puesto mil veces, una que compró en un mercado de segunda mano. Bajo la chaqueta, camiseta blanca, lisa, sosa. ¡Ah! Emma ya cae: no lleva sus eternas botas militares, sino unas bailarinas de color rojo.

—Y bonitos zapatos —quiere alabar su buen gusto. ¡Por fin!

—Son cómodos.

—En serio, me gusta mucho este sitio —vuelve a mirar a su alrededor—. ¿Cómo lo has encontrado?

Luci emite un fuerte suspiro. Ella también comienza a disimular. Tendría todo el derecho del mundo a quejarse de la impuntualidad de Emma. ¿Cómo es que alguien con ese defecto puede estar con alguien como ella, tan ferviente de la exactitud horaria? Luci mira hacia otro lado para tomar aire y opta por no amargarse la vida. Además, la cara de Emma transmite tanta alegría, una alegría tan genuina, que eso ya desarma a cualquiera. Su mirada, su sonrisa, las manos reposando tranquilas y repletas de preciosos anillos, todo ello provoca que su enfado se desmonte pieza a pieza. Sin más.

El plácido estado natural que queda tras una tormenta.

—Sabía que te gustaría —contesta mirando a todas partes, observando, de nuevo, la recreación de una cafetería antigua de estilo

victoriano, con sus colores pasteles, sus cuadros, lo rococó del ambiente…—. La descubrí tiempo atrás, en invierno, cuando vine a buscar unos libros a la biblioteca. Al salir, la vi enfrente, iluminada, preciosa, y entré a tomarme un café.

—Pues sí, qué maravilla… —y Emma observa cada detalle, sin disimulo, desde el techo hasta el suelo. Pasa su mirada por las paredes, por la barra, por…

La camarera viene en ese momento. Le piden tarta Sacher y un *croissant* de chocolate.

—Venga, vamos a merendar por todo lo alto —sugiere Luci.

—¿Y eso? —Emma le devuelve la carta a la camarera.

—Para celebrar lo que voy a proponerte —y le guiña un ojo—. ¡Estoy tan contenta! No me vas a decir que no, estoy segura.

—¿De qué se trata?

—¡Resulta que he descubierto a tu chico ideal! —exclama con una expresividad desmesurada, como si hubiera descubierto algo imprescindible para la humanidad.

—¿Cómo? Pero ¿qué dices?

—Sí, mi nuevo vecino, el que vive abajo. Se llama Héctor y parece designado especialmente para ti, Emma. ¡Incluso tiene sangre japonesa, como tú querías! —Luci está tan contenta que ni se fija en la cara de extrañeza de Emma.

—Pero…

—Estoy tan segura de que encajaréis que incluso me he tomado la libertad de concertar una cita para ti. ¡Y él ha aceptado!

Ante el silencio de Emma, continúa hablando, pero más despacio. Le pregunta:

—¿Qué te parece hacer taichí con él? Bajo los árboles del parque, los dos…

—¿Taichí? —se sorprende Emma—. ¿Me ves cara de querer hacer taichí?

—Creo que podéis hacer muy buena pareja, en serio —se inclina hacia ella y le pone una mano encima del antebrazo—. A él le gusta vestir bien, como a ti; es atento y educado, como tú; se ríe de manera auténtica, como tú, y…

Emma sigue callada.

—… es tan alegre, Emma. ¡Es un chico ideal!

—Y japonés —sonríe ella.

—Bueno, con sangre japonesa, que para el caso es lo mismo —intenta reír—. Es algo más bajo que tú, es la única pega, pero a lo mejor no lo consideras un inconveniente, ¿no?

De nuevo, unos segundos de silencio que se alargan cuando la

camarera les lleva la consumición: un par de cafés con leche en unas tazas de porcelana con dibujos rosados. Pone sobre la mesa, también, un par de platitos: uno con un *croissant* y el otro con una porción de tarta de chocolate.

—No me queda Sacher —les dice mientras les muestra la que lleva en su lugar—. Pero esta es buena de verdad. ¿Os la dejo?

—¡Sí, claro! —exclama Luci.

Y la chica regresa a la barra.

Las dos amigas se miran a los ojos, pintados en tonos azules los de Emma, acompañando a su vestido, y sin rastro de maquillaje los ojos de Luci.

—Pero no me ha visto, Luci —comenta, triste—. Será una cita a ciegas y ya he pasado por eso, tú lo sabes. Él se hará una idea de mí porque le habrás dicho que soy muy simpática, que tengo unos bonitos ojos y entonces llegaré yo con… con… — se mira su vestido azul con manga francesa; se palpa su cuerpo; observa sus zapatos de tacón bajo color crema y con hebilla en el tobillo. Abre sus brazos—. Llegaré conmigo misma y él huirá, sin más.

—Que no, que no es de esos, en serio —le pone una mano encima de la suya—. Mira, no le diré nada si no te hace gracia la idea, pero te aseguro que es lo mejor de lo mejor.

—No, no puedo aceptar —y Emma se reclina en su silla victoriana y deja vagar su mirada por el recinto. Sí, realmente es preciosa esa cafetería. De película. Un sitio bien iluminado que transmite paz. A un sitio así le gustaría ir con José Ramón, por ejemplo, un lugar que no sea oscuro ni que esté a veinte o treinta kilómetros, sino en pleno centro de la ciudad—. Además, ya te dije que estaba saliendo con alguien. Con mi jefe.

—No, de eso nada —se extraña Luci. Su cazadora de cuero cruje cuando apoya sus dos brazos en la mesa y se acerca a un palmo de la cara de Emma. Ambas con fragancias similares, huelen a cítricos. Una, a Agua de Naranjos de Sevilla y la otra, a Eau de Cologne de Roger & Gallet—. Me dijiste que *te gustaba* tu jefe —le remarca—. Solo eso. ¡Mierda, tenía que haberte dicho entonces que ese vecino ya había aceptado la cita! ¡Joder, qué tarde he llegado!

Emma sonríe abiertamente, divertida. Da un bocado a su *croissant*, lo mastica lentamente. Luego, da un sorbo a su café con leche. Quiere alargar al máximo esa tensión. Entonces, le hace entrega de su secreto:

—Ya hemos salido varias veces.

—¡Qué me dices!

—Pero esto tiene que quedar entre nosotras. ¡No se lo digas a nadie!

—¿Y por qué no? —se extraña, cerrando los ojos para saborear un pedacito de la tarta de chocolate.

—Pues porque él me ha dicho que guarde el secreto.

—¡Anda, la puta que le parió! ¿Por el código moral de que un jefe no debe salir con una empleada y al revés?

Emma la recrimina con la mirada.

Luci hace un gesto con la mano y con la cabeza, que viene a equivaler a un «vale, vale, lo borro».

—Resulta que está recién separado y no quiere que se corra la voz de que está saliendo con alguien.

Luci la mira sin reaccionar.

—Contigo, Emma. Tu puto jefe no quiere que nadie sepa que está saliendo contigo.

—Con *alguien* —Emma subraya el pronombre indefinido—. Ten en cuenta que es un hombre muy conocido en Logroño —lo dice con el mismo tono que se emplea para explicar algo a un niño—. Al menos, lo es su padre, don Matías.

Luci aparta su taza y el plato, al que aún le queda una pizca de tarta, cruza sus brazos por encima de la mesa y le dice:

—Me huele mal este asunto.

—Pero ¿por qué eres tan mal pensada?

—Porque siempre que pienso mal, acierto. A ver, ¿desde cuándo salís?

—Desde hace tres semanas. Y no le vayas con el cuento a Susana —la señala con un dedo acusador.

Emma le cuenta que se gustaron el primer día que se vieron en la oficina. Le cuenta, por supuesto, cómo es él, tan elegante, tan distinguido. Le dice que le gusta su conversación porque abarca todo tipo de anécdotas y porque lo de pertenecer a una buena familia da para mucho. Da para viajes. Para estudios. Para practicar todo tipo de deportes. Para asistir a grandes fiestas y conocer a personas…

—… a personas que no son como tú ni como yo —le explica.

Emma obvia el comentario y añade que de José Ramón le gustan sus modales exquisitos, que le abra la puerta del coche, que le ponga su mano en la espalda cuando ella se adelanta en el pasillo de la oficina. Que diga «por favor» (a veces). Que diga «gracias» (a veces).

Le dice a Luci que le gusta el cuerpo de José Ramón y sus trajes de corte impecable. Que lleve muchos billetes bien doblados que despliega al pagar las consumiciones, eso también le gusta.

—Siempre paga en efectivo —añade.

—Para no dejar rastro de sus gastos y así no dar explicaciones a nadie, como, por ejemplo, a su mujer —le comenta Luci, maliciosa.

—¡Que te he dicho que está separado!

—Y una mierda.

—¡Luci!

—No me lo creo —y se cruza de brazos, mirándola de forma inquisitiva.

Emma está molesta, mucho. Considera que Luci debería estar a su lado en este momento, alegrándose de su alegría. No así, tan cascarrabias, como si le molestara que saliera, por fin, con alguien. Con alguien que merece un diez. Bueno, un diez no, algo menos. Rectifica en el acto, por eso se calla lo que no le gusta de él: su irritabilidad o que utilice la ironía para meterse con alguien. Tampoco le gusta el desdén con el que trata a algunas personas o que nunca venga a recogerla a su casa ni la deje en la puerta cuando regresan a las tantas de la madrugada.

—Vale, disculpa —y Luci toma de nuevo la mano de su amiga, de piel blanquísima, de una suavidad extrema—. Y dime, ¿ya os habéis acostado?

—Solo nos metemos mano en el coche —suelta una risita—, pero me ha propuesto una escapada a Barcelona.

—¡No!

—La semana que viene. De jueves a sábado. Él tiene que reunirse con un grupo de arquitectos y yo le acompaño de extranjis —le dice, ilusionada.

Y Luci no puede ocultar el asombro, que manifiesta con la boca abierta. Exclama:

—¡Pero habíamos quedado el sábado que viene para hacer la cena de celebración de mi piso!

—¡Ay, es verdad! —Emma se tapa la boca con una mano.

—También íbamos a hacer lo del ritual del hombre ideal, ¿te acuerdas?

—Bueno, yo ya tengo mi hombre ideal, ¿no crees? —y Emma sonríe, sin más—. A ver, es mi gran oportunidad, compréndelo. Podemos hacer la cena cualquier otro día.

—Ya —dice Luci sin pizca de alegría—. ¿Lo dejamos para el siguiente fin de semana?

—También hemos quedado. ¡Nos iremos a Santander! Pero solo a pasar el día. ¿Y este viernes por la noche?

—Los muebles no llegan hasta la semana que viene.

—Mira, haz la cena igualmente, que vaya Susana con Juan y Nancy, por ejemplo. ¿Qué te parece?

—Y el ritual, ¿qué?

—¡Pero si tú no crees en los rituales!

—Ya.

Ante la alegría de su amiga, Luci decide no hablarle de su sexto sentido, ese que le está golpeando el cerebro con una estaca, gritándole que Emma se está equivocando, que va a caer en una trampa, que no debería ir de viaje con su jefe, que…

PASTEL DE ZANAHORIA

(...) incorpora la zanahoria rallada junto con las nueces picadas y no dejes de batir.
Añade una cucharadita de esencia de vainilla o canela en polvo.
Cuando tengas lista la masa de la tarta, unta un molde apto para horno con un poco de mantequilla y vierte la mezcla (...)



—Anda, ven a sentarte un rato —dice Juan cuando ve que Susana pasa por delante con un montón de ropa planchada.

Él, a la vez que le dice eso, da una palmadita en el sofá, en el asiento de al lado. Está viendo la televisión. Tiene, en una mano, una lata de cerveza. Las piernas extendidas sobre la mesita. Su incipiente barriga sobresale en esa posición. Y una sonrisa. También lleva una sonrisa en el rostro, aunque su barba se la tape a medias.

Seguro que las gafas las lleva sucias, eso piensa Susana, cuando le mira con cierto desdén. Y le contesta:

—Claro, para ti es muy fácil decirlo. ¡Lo tienes todo hecho!

Él sigue sonriendo, haciendo caso omiso al tono de ella. Vuelve a dar una palmadita en el asiento de al lado. Le guiña un ojo.

—La niña no está —le recuerda—. Podemos ver una de esas series que te gustan. Una de esas de amor. Una comedia romántica. Y hacemos palomitas, si quieres. Susana duda. Pregunta:

—O sea, que quieres palomitas y no sabes cómo pedírmelas, ¿no?

—Noooo, las voy a hacer yo.

Y Juan se levanta, le quita a Susana la ropa que acaba de planchar y la acompaña al sofá. Comprueba que ella se tumba y se queda relajada (es un decir) y, entonces, él se va a la cocina. Al entrar, exclama:

—¡Oye, qué bien huele! ¿Qué tienes en el horno?

—Pastel de zanahoria.

—¿De zanahoria? —hace una mueca—. En serio, ¿de zanahoria?

Susana suelta un bufido. Qué poco sensible es, piensa. Le grita desde el sofá:

—¡Qué poco enterado estás del mundo culinario!

Se oye el clinc del microondas.

—Pues sí, lo reconozco —contesta volviendo al comedor—. Pero huele muy bien —y luego le da el mando de la tele y el bol de las palomitas—. Pon la serie mientras voy a buscar la bebida. ¿También quieres una cervecita?

—Una Coca-Cola —contesta Susana mientras busca una serie irlandesa que dejaron a medias siglos atrás. *After live*, se titulaba. Recuerda que iba de un viudo reciente. Le gustaba por su ironía. Decide comenzar por el primer capítulo para recordarlo todo mejor—. No sé, últimamente, la cerveza no me sienta bien. Ni el tabaco.

—Hum. Será el calor.

—Precisamente, con el calor, debería apetecerme más una cerveza helada, ¿no?

—¿Y una mantita? —le pregunta Juan, enseñándole la manta que tienen en uno de los brazos del sofá, bien a mano para cuando refresca.

—¡Anda que…!

Se ríen, se acurrucan juntos. Los cojines, detrás. El cuenco de las palomitas en medio.

—Oye, pero qué bien huelen las zanahorias esas, de verdad.

—Tonto —y se lo dice dándole un empujón con su hombro.

Momentos de inesperada felicidad.

Y el apropiado beso de Juan en la mejilla de Susana.

«¡Vaya, vaya…!».

El beso de Juan en los labios.

«¡Caramba, caramba…!».

Mordiscos en el cuello, que ya le queda al aire tras su corte de pelo. Mordiscos en los hombros (lo favorece la camiseta de tirantes que lleva puesta).

El bol cae en la alfombra y llueven palomitas por todo el suelo.

Tienen hambre el uno del otro.

Comen. Se sacian.



ACUARIO

Acumulas algunas decepciones en términos amorosos, lo cual no te permite acercarte plenamente a esa persona que ha entrado en tu vida. Tienes que comenzar a curarte las heridas, pues solo sirven para separarte del amor que mereces. ¡Inténtalo de nuevo!

Esta mañana de sábado, Luci se dirige al Parque del Ebro. Va al encuentro de Héctor, ya que Emma le dijo que ni loca iría a esa cita a ciegas con él. Busca el sauce bajo el que él suele practicar taichí (justo al lado del primer parque infantil, le dijo). La hora es la correcta (las siete y media de la mañana).

La noche de antes, Luci volvió a insistirle a Emma para que fuera a ese encuentro. Solo un encuentro, le repitió.

—Da igual que estés colada por tu jefe —añadió—. Tú solo preséntate y, luego, decides.

—Que no.

Entonces, Luci le recordó cómo era él físicamente:

—Es un chico moreno. Un chico de calendario, además. Pero de bombero australiano que posa para un calendario, como ese que me enseñaste, ¿te acuerdas?

—¡Claro, cómo no voy a acordarme!

Imposible olvidar el vídeo que le enviaron a Emma por Facebook y que ella reenvió a Luci, a Susana y a alguna amiga más.

—Sí, ese calendario que buscaba adoptantes para los animalillos…

—Que sí, que sí, pesada, que ya me acuerdo.

—También tiene los ojos rasgados —continúa Luci, señalando las características físicas de Héctor—. No mucho, pero sí algo porque ya te dije que tiene antepasados japoneses. ¡Es tu chico japonés, Emma! Ah, y tiene el pelo muy largo, casi tanto como tú, pero más fino, más lacio. Normalmente lo lleva recogido en una cola baja, pero, para hacer taichí, me ha dicho que lleva un moño en lo alto.

—¿Un moño?

Ambas estallan en carcajadas.

—Que sí, que sí —insistió Luci—. El otro día me crucé con él y llevaba el pelo así recogido y te aseguro que parece un samurái. ¡Es imponente!

—¡Oye! ¿En serio no te gusta para ti? —quiso saber Emma—. Eres tan insistente que cualquiera diría que…

—¡Qué va! —se ofendió Luci—. No es mi tipo, de verdad. Héctor es un pijo de la cabeza a los pies. Te pega mucho más a ti, dónde va a parar.

—¿Me estás llamando…?

—No, no te estoy llamando pija —intentó apaciguarla—. Solo que tú tienes un gusto exquisito con todo y él, también. De veras, haríais una buena pareja. Ya, no es tan alto como tú, pero intenta superar ese hándicap, anda.

—¿Y si no le gusto?

—No es de esos.

—¿De esos, qué?

—De los que rechazan a alguien solo por la apariencia física.

—Ah, pero yo sí, yo sí rechazo a alguien por la apariencia.

—Te gustará. Dale una oportunidad.

—Pues va a ser que no. En estos momentos, solo me apetece estar con José Ramón.

—Ay, qué pesada…

Así que Luci, hoy sábado, va al encuentro de Héctor solo para decirle que su amiga no irá. Le da rabia tener que ir en persona solo porque no le encontró en casa las dos veces que fue a llamar a su puerta. Y no, no le parece apropiado dejarle un escueto mensaje después del esfuerzo de él por acceder a la cita.

Es un sábado como otro cualquiera, soleado y fresco a esa hora de la mañana.

Y Luci lo ve, de repente, a lo lejos. Baja el ritmo de sus pasos. Se detiene para contemplarlo desde lejos. Está impresionada.

No se puede creer que existan seres humanos así, tan perfectos como su vecino de abajo. Le mira sudorosa, jadeante tras la carrera de esa mañana hasta llegar a ese parque. Se huele las axilas. No, ningún problema con su olor, el desodorante es cien por cien seguro. Se limpia la frente con la camiseta. Va a una fuente a beber un poco de agua. Se moja el cuello, las muñecas, la cara. También se humedece el pelo.

Intenta sosegar el resuello tras la carrera.

Oye los pájaros.

Y su respiración comienza a acompasarse mientras observa el ritmo lento de los ejercicios que Héctor está realizando.

Hay algo hipnótico en su cuerpo musculado, en sus movimientos pausados, en el vaivén del paso que da hacia delante, hacia atrás, en esos brazos que parecen parar algo, pero que luego intenta empujar con levedad. Luci siente fascinación por el bastón, o espada de madera, que Héctor lleva en sus manos. En un extremo, una borla de

color rojo.

Él está donde dijo que iba a estar: bajo un sauce, al lado del parque infantil. Le gusta elegir ese tipo de árboles para realizar sus ejercicios porque le confieren algo de privacidad y, a la vez, algo de protección. Para él, existe una conexión especial con ciertos árboles, como el sauce blanco, tal vez porque su corteza es medicinal. Sí, él sabe que siglos atrás este árbol ya proporcionaba al ser humano su preciado y amargo jugo para calmar los dolores y la fiebre.

El frondoso follaje del sauce elegido se mueve al compás de la brisa de esa mañana. La misma brisa que ahora seca el sudor de Luci. Ella continúa quieta, convertida en una estatua. Desde esa distancia, contempla a un luchador japonés. Eso piensa. Y no le resulta difícil imaginárselo con la indumentaria propia de los antiguos samuráis.

Los ojos de ambos se cruzan, a veinticinco metros de distancia. Héctor continúa su ejercicio, pero esta vez con una sonrisa y sin dejar de mirarla. Y Luci, que sigue siendo una estatua, siente la unión de esa mirada. Sonríe, también, avanzando hacia él tirada por un hilo invisible que enlaza su corazón al pecho de Héctor.

Esas cosas se saben.

O se intuyen, al menos.

—Hola —dice ella.

—Hola —dice él, ya en pausa. La espada cae lánguida al lado de su pierna desnuda y morena—. Está descalzo. Lleva pantalones cortos, cómodos. Una camiseta sencilla, de algodón. Y el cabello, tirante, recogido hacia atrás en un moño alto—. Te estaba esperando.

—¿A mí? —se extraña Luci.

—A ti —la sonrisa que todo lo licúa.

—Creí que esperabas a mi amiga.

Y Héctor niega con la cabeza muy lentamente.

—¿Empezamos?

—A las nueve tengo que estar en la peluquería y antes tengo que pasar por casa a ducharme y…

—Te dará tiempo. Ven, sitúate aquí —y la coloca frente a él.

El leve contacto de sus manos cálidas ya la transporta al lugar selvático en el que creyó estar cuando se conocieron. El canto de los pájaros de ese inmenso parque contribuye a percibir de una manera más auténtica todo lo que está sintiendo en esos momentos.

Si alguien, dos meses atrás, le hubiera dicho a Luci que iba a estar con su vecino de abajo haciendo taichí en el parque, lo habría crucificado allí mismo.

—Pues qué mal que Emma no haya podido venir a la fiesta de inauguración de tu piso, ¿no? —pregunta Juan nada más entrar. Lleva un par de botellas de vino, que Luci recoge sin una sonrisa. No le agradece el detalle, claro—. ¿No podrías haber esperado al próximo sábado?

—Ay, qué pesado, Juan —se exaspera Susana—. Ya te lo he explicado: Emma está de viaje de fin de semana. Parece ser que ahora, cada fin de semana, hará un viaje, así que no podemos contar con ella.

—¿Sola? —quiere saber él, pero nadie le contesta.

—Pues eso es muy raro en ella —añade Nancy, que da un par de besos a su tía y se queda clavada en el suelo cuando ve a Héctor, sentado en el sofá, tomando una cerveza. Él se levanta, sonriendo, para saludar a toda la familia.

—Cierto. Ya me diréis cuándo se ha ido de viaje alguna vez, ¡y sola! —añade Juan y se calla de repente en cuanto ve a Héctor.

Le recuerda a un indio de las películas. Al brujo de una tribu. O al mismísimo jefe. No por la ropa, reconoce, pero sí por su apariencia. Un dios, también piensa eso de él. Un dios que ha bajado a la tierra para ver cómo les va a los seres humanos.

Susana, Juan y Nancy se muestran petrificados. No pueden dejar de mirarle. No se mueven. No pueden ni hablar. Necesitan que alguien rompa ese encantamiento.

—Ah, este es mi vecino de abajo, Héctor —explica Luci—. Vino hace un par de horas a instalarme el microondas que compré el otro día y le he pedido que se quede a cenar.

—Sí, Luci Fer vive justo encima de mí. Arriba —dice Héctor, para romper el hielo—. Yo soy el vecino de abajo —y apunta al suelo.

—¿Lucifer? —se ríe Nancy—. ¡Lucifer, qué bueno!.

—Luci Fer — Luci señala la separación que hay entre el nombre y el apellido.

—¡Caramba! —exclama Susana, observándole de arriba abajo. Imposible que no le llame la atención su camisa azul, ceñida; el pantalón oscuro, pitillo; y unos zapatos con hebilla a los que no puede quitar su mirada. Suelta, sin más—: ¡Madre mía, qué zapatos!

La primera risa de Héctor resuena en el pequeño salón y les abre, a todos, la certeza de que existe un mundo mejor, en cualquier parte, y también allí mismo. Le contesta:

—Son unos Monk de ante. Mira, y solo tiene una hebilla.

—Ya veo, ya —responde Susana y todos observan los pies de Héctor, enfundados en esos zapatos de aire clásico.

—¿Es que pueden tener más hebillas? —pregunta Juan, divertido.

—Incluso dos o tres.
—¡Joder!
Todos ríen.
—Y qué color tan bonito —añade Nancy, para sorpresa de su madre, porque a su hija le pegaría más ironizar sobre el tema, pero no.
—Ardesia. Color ardesia —explica Héctor.
—¡Hostia! ¡Ardesia! —suelta Luci—. Suena a nombre de personaje de Juego de Tronos. ¿Qué? —añade ante sus carcajadas—. ¿Vosotros sabíais que existía un color con ese nombre? ¿Acaso no se podía llamar marrón y ya está?
—O marrón oscuro —sonríe Héctor.
—¡Eso, no me salía el nombre! —añade Juan—. ¡Marrón oscuro, joder!
Vuelven a reír.
La noche promete ser alegre y entretenida.
—Así que el vecino, ¿eh? —le pregunta muy bajito Susana a su hermana, ya sentadas la una al lado de la otra.
Y Luci le da un pellizco en el muslo.
—¡Ay!
—Oye, cuánto me gusta Héctor —le comenta Susana a Luci en la cocina mientras una llena el fregadero con agua para sumergir los platos sucios y la otra coloca unos fardelejos en una bandeja y comienza a espolvorear el azúcar glas—. Transmite… transmite… ¿Cómo decirlo?
—¿Paz?
—Sí, paz.
—¿Alegría?
—Sí, alegría.
—¿No te hace sentir como en una selva?
—¿Qué? —se extraña Susana, dejando de espolvorear el azúcar sobre esos dulces—. ¿De qué hablas?
—Nada, nada —y Luci mueve la mano exageradamente.
—Yo diría que es gay, ¿no?
—Pero ¿qué dices? ¡A ver, Susana, háztelo mirar, tía! ¡Todos te perecen gais!
—No sé, me ha dado esa sensación —alza los hombros y sigue espolvoreando el azúcar glas.
—Chica, pues yo diría que no —Luci echa un chorretón de lavavajillas dentro de la pila, rebosante de agua y platos sucios.
—Y qué bien habla —Susana abre mucho los ojos, como si le estuviera contando un secreto—. Y qué interesante todo lo que cuenta,

¿verdad? Oye, ¿y no crees que le pega mucho a Emma? Quiero decir, que los dos son muy parecidos, con mucho gusto para la ropa, con elegancia, risueños… ¡Solteros!

—¡Exacto! —Luci no se puede creer que su hermana y ella hayan pensado lo mismo—. Eso fue lo que me planteé cuando le conocí. Me dije: «es el chico perfecto para Emma».

—¿Y a qué esperas para presentárselo? —le pregunta mirándola y ya con la bandeja preparada.

—Joder, Susana, qué bien te queda el corte de pelo —se acerca para tocarle las puntas—. Y qué guapa estás esta noche. Me gusta que te arregles, de verdad. Pareces otra.

—¡Eh! ¡Estás cambiando de tema! —sitúa la bandeja en medio de las dos, formando una pequeña muralla.

—Venga, saca los fardelejos —le señala la bandeja—. Mientras, preparo el café —se gira para buscar la cafetera.

De un armario coge la cafetera. Luego, abre el paquete de café molido.

—Ah, no, de eso nada —le pone una mano en el brazo—. ¿Qué es lo que no me quieres contar? ¿Acaso te gusta a ti? ¿Es eso?

—¡Qué va! ¡Qué cosas se te ocurren! —exclama, molesta—. Mira, no te lo puedo contar, en serio.

Susana la mira, divertida. Le dice:

—¡Anda que no! Venga, comienza.

—Bueno, tomamos el postre ¿o qué? —pregunta Nancy, que entra en la cocina de repente. Pone un dedo encima del azúcar glas del postre que lleva su madre en la bandeja y, luego, lo chupa. Con el dedo aún en la boca mira a su madre y luego a su tía—. ¿Qué? ¿Qué pasa?

—¡Largo! —le ordena Susana.

Y Nancy sale farfullando. Está muy enfadada.

—Menuda sargento eres —le recrimina Luci—. Luego te extrañas de que tu hija se lleve mal contigo.

—No cambies de conversación y dime. ¿Qué me ocultas?

Luci suspira. Se cruza de brazos y se apoya en la encimera de la cocina.

—Que Emma está saliendo con su jefe.

—¿Con el vejestorio?

—No, con su hijo.

—¿Con José Ramón?

—Sí.

—¡No! ¡No puede ser!

—Me lo ha dicho ella. Ahora mismo están en Barcelona, juntos.

—¿Qué? —Susana no se lo puede creer. Vamos, que no—. ¿Con José Ramón?

—Que sí.

—¡Pero si está casado!

—No, está separado, que me lo ha dicho Emma.

—¡Y una porra! Está casado y bien casado, que lo vi no hace nada acompañando a su mujer al ginecólogo. Esperan un hijo, por cierto —le dice moviendo la cabeza arriba y abajo, asintiendo.

—¡La madre que lo parió! ¡Mira que se lo dije a Emma! Le dije que seguro que eso de que estaba recién separado era una trola.

Ambas se miran. Están muy enfadadas y no podrían decir si lo están con ellas mismas, con Emma o con su jefe. Se oye una silla en el comedor. Alguien la ha arrastrado al levantarse de la mesa.

—¡Madre de Dios, pero qué…! —masculla Susana y decide callar porque su marido, Juan, acaba de entrar.

— Bueno, ¿venís ya?

—Abre el champán —le ordena Luci—. Está en la nevera.

La cena concluye pasadas las doce, tras jugar al Pictionary. Héctor es el primero en despedirse. Les dice que suele irse a dormir antes de las once, pero que esa noche ha sido una excepción por la buena compañía. Luego, abraza a cada uno de ellos, sin venir a cuento. Un abrazo breve que les deja, a todos, una sensación de querer más.

Más tiempo dentro de sus brazos.

Más tiempo sumergidos en la calidez que transmite.

Más tiempo en esa especie de burbuja que les separa del mundo y les ofrece, por solo unos segundos, la certeza de que la felicidad existe y de que está al alcance de la mano.

Todos suspiran cuando Héctor cierra la puerta. Y los tres, Susana, Juan y Nancy, vuelven sus ojos hacia Luci. Le preguntan, a la vez, que de dónde ha salido ese chico y cada uno añade un adjetivo diferente:

Nancy dice que mola un montón.

Juan, que es un tío cojonudo.

Y Susana, que es impresionante. Lo repite dos veces, por si acaso.

—Deberías salir con él, tía Luci —le pide Nancy, juntando sus manos, como si rezara.

Y la risa de ella y la de sus padres taladra su corazón y, por ese minúsculo agujero, se le filtra a Luci esa posibilidad. Claro, ¿por qué no?

—Pero eso es imposible —le aclara su madre—, a tu tía le gusta un poeta gallego que vive justo enfrente —y mueve su cabeza hacia el mirador—. No quiere saber de nadie más.

Y Nancy sale corriendo hacia el ventanal. Pregunta, mirando al

exterior:

—¿En serio?

—¡Hale, vámonos ya, que es muy tarde! —pide Juan.

Unos golpes les hacen callar.

—Es la bruja de arriba —les cuenta Luci—. No soporta el ruido.

Y sus invitados comienzan a bajar las escaleras en silencio y de puntillas. Susana se gira y le dice a su hermana desde el piso de abajo, susurrando:

—Sobre el otro tema, ya hablaré yo con Emma.

—¡No, que es un secreto!

—Ya hablaré yo —le repite, muy seria.

—¿Qué secreto? —quiere saber Nancy.

—Sigue bajando —le ordena.

—Borde —le dice su hija.

—Pero…

—¡Chist! —pide Juan.

—Pero ¿tú has oído lo que me ha dicho? —le pregunta Susana—. ¿Tú…?

—A callar las dos —repite Juan y deja pasar a su hija para quedarse en medio de ambas.

16

Emma y José Ramón se registran por separado en el hotel de Barcelona. Luego, se envían un mensaje con sus respectivos números de habitación (a ella se le ilumina la cara al ver que estarán separados por tan solo cuatro puertas) y suben en el mismo ascensor, junto con otros conocidos de él que también participarán en el congreso y que se bajan en el segundo piso. Emma y José Ramón continúan hasta el siguiente y caminan por el pasillo en silencio, mirando hacia atrás, por si alguien viene tras ellos (él dice que tiene amigos en todas partes. Eso a ella le permite mirarle de manera condescendiente y hace oídos sordos a lo que le está gritando su intuición: «menudo fantasma está hecho»).

Se miran de reojo, sonriéndose con agrado, con picardía, arrastrando sus respectivas maletas sin pizca de ruido porque la gruesa moqueta estampada en tonos azules amortigua el sonido de las ruedas (y de los tacones de ella, que la alzan del suelo con una elegancia sobrenatural). Las luces del pasillo se encienden a medida que ellos avanzan.

De película, eso piensa Emma cuando entra en la habitación de José Ramón tras él y, una vez cerrada la puerta, se abrazan y permiten que sus lenguas se enlacen. Tras ese primer beso (el brazo de ella en la espalda de él, las manos de él en las nalgas de ella), recorren con la vista la amplia estancia y se sueltan de ese abrazo para ir a lugares diferentes: José Ramón hacia la ventana, descorriendo por completo sus cortinas, y Emma hacia el luminoso y amplio cuarto de baño (le llama la atención la calidad y la cantidad de los productos cosméticos. Es un buen hotel, no hay duda. Sonríe, satisfecha. Se dará un baño espumoso en cuanto esté en su habitación. O tal vez acompañada, ¿no? La esperanza la invade. Compartir bañera con José Ramón, qué buena idea).

Retoman su intenso abrazo y se sueltan de repente al oír unos toquecitos en la puerta. Es una camarera con un botellín de cava y una brocheta de fruta. Ración individual, porque se supone que en la habitación solo hay una persona. Seguramente Emma se encontrará, en la suya, un obsequio similar. Cuando la camarera sale, ambos vuelven al abrazo, pero esta vez frente al ventanal. Luego, contemplan las vistas a la amplia avenida, con el famoso parque, verde y exuberante, que pide ser paseado, recorrido.

Se besan y se quitan los zapatos.

Se vuelven a besar y se desabrochan, mutuamente, sus respectivas cremalleras (el vestido de ella. El pantalón de él).

Continúan besándose, sin aliento, tras quitarse las medias y los

calcetines.

Ya en la cama, Emma le pide a José Ramón que cierre las cortinas (solo un poquito, solicita) y, cuando él se levanta para hacerlo, ella se fija en que los pectorales de él, de perfil, parecen senos, unos pequeños senos femeninos, algo aplastados, un tanto caídos. Nunca se imaginó que algo así pudiera esconderse bajo sus camisas de hilo y sus corbatas italianas. Se ve que, diez o veinte años atrás, tenía unos buenos pectorales. Duros como rocas, tal vez. Pero ya no.

Emma baja la vista a la flacidez de la cintura de José Ramón y, un poco más abajo, observa que, en sus calzoncillos, celestes, hay bolitas. De esas típicas bolitas del roce de una prenda o del excesivo uso. Se cuestiona si él no se ha dado cuenta de ese detalle cuando se ha vestido esa mañana, eligiendo su carta de presentación para ese primer encuentro sexual. Pero a Emma no le da tiempo a plantearse nada más, ni siquiera deja que cierta decepción se instale en su corazón, porque José Ramón se tumba inmediatamente junto a ella, en esa enorme cama del hotel barcelonés.

—Mi sirena… —le susurra con un aliento tan cálido que a ella se le erizan todos los poros de su piel. Todos a la vez.

A Emma se le llena la mente de extravagancias sexuales. De besos con lengua. De embestidas bajo esas sábanas. Ya quiere gritar de placer.

—Madre mía, qué caliente estoy —le susurra José Ramón mientras se incorpora para quitarse los calzoncillos (Emma no lo sabe aún, pero recordará para siempre esa imagen de las bolillas en esa prenda íntima).

Ella lleva su mejor ropa interior, un modelo estampado y extragrande de Calvin Klein. Precioso. ¿Qué le hubiera costado a él vestirse, también, con lo mejor? Y lo que ve a continuación le deja la mente en blanco y los pulmones, sin aire: cuando José Ramón se queda desnudo, a un metro y medio, dejando a la vista sus genitales, ve algo raro. ¿Qué le ocurre a su pene?, le pregunta una voz interna a Emma, la misma voz que suele cuestionarse las cosas mucho antes de que ella se atreva a planteárselas.

José Ramón quiere saber su opinión mientras señala su miembro viril, ligeramente en reposo, a modo de vendedor ante un objeto de culto.

—Bien —le contesta Emma, sin saber a qué está respondiendo exactamente—. Muy bien.

Allá está José Ramón mostrándoselo, un pene más ancho que largo. Algo oscuro. Sin pizca de vello alrededor. Aaah, piensa, tal vez es que se ha depilado. Sí, es eso: sin rastro de vello, su miembro parece más

grande de lo que en realidad es. Pura ilusión óptica.

«Anda que…», piensa Emma, divertida, pero solo unos segundos, porque José Ramón se abalanza sobre ella, susurrándole que se suelte el largo cabello que lleva recogido en una cola alta. Se queda extasiado mirando esa cascada negra que le cae por los senos y por la espalda.

—Qué buena estás —le susurra al oído mientras le soba los pechos.

Emma arruga la nariz y suspira algo fastidiada, porque él no solo no está siendo delicado, sino que está a un clic de romper todo el encanto de ese encuentro.

—¿Cómo que no te has traído condones? —pregunta Emma, dejando a José Ramón sin besos, sin caricias, sin sus movimientos pélvicos.

Frena en seco. ¿Cómo que no tenía preservativos? ¡Por favor! «Pero ¿a qué hemos venido sino a follar?», se pregunta, desquiciada.

—Eh…, no, no. ¿Y tú? ¿Por qué no los has traído tú si los ves tan necesarios?

Eso también se pregunta Emma en esos momentos con la boca abierta. ¿Por qué dio por hecho que él los llevaría?

—Vamos, no creí que fueran obligatorios. A ver, me dijiste que no tenías vagina y…

¿Qué?, se escandaliza Emma. Se incorpora sobre un codo.

—Pero no te preocupes, nena.

¡Nena! ¿La ha llamado nena?

Sin embargo, bastan unas caricias y un lastimero «perdón» repetido tres veces para que Emma se lo permita.

¡Se lo permite!

Deja que tenga lugar ese encuentro sexual.

Y ella no solo no se puede creer que acceda a una penetración sin la debida protección, sino que no sale de su asombro.

Y no es para menos, porque José Ramón no solo no usa un preservativo con ella, sino que ni los ha llevado. La mente de Emma se paraliza, deja de pensar, ahora solo quiere correrse.

Lo intenta, lo intenta…, pero no.

«¡Qué decepción!», piensa mientras oye los jadeos de José Ramón encima de ella, sobre su espalda. Escucha las palabras obscenas que quizá él necesita para poder acabar lo que ha empezado. Ni por un momento está Emma cerca del orgasmo. «¿Ya está?», se pregunta al observar lo extenuado que se ha quedado él, a su lado, como si hubiera corrido una maratón para la que no estuviera preparado.

Emma le pide una toalla para limpiarse.

—Por favor —añade.

—Sí, sí —ahora mismo —le contesta José Ramón sin moverse, aún bocarriba. La respiración se le va normalizando. Los ojos, cerrados.

Pero no, no se mueve, así que Emma se levanta, estira de la sábana, una vez, dos, hasta que consigue sacarla de todos los ajustes, y se la pone encima como una capa para dirigirse al cuarto de baño. Allí, con la puerta cerrada y mientras se mete en la ducha, llora. Que mira que estaba ilusionada con José Ramón, se dice, incluso enamorada de él, concluye mientras esparce por su cuerpo el gel y se enjuaga deprisa y corriendo.

—¿Estás bien? —le pregunta él al otro lado de la puerta sin atreverse a entrar.

—Sí —le responde cerrando el grifo. Se envuelve en una toalla. Abre, ahora, el grifo del lavamanos y deja que el agua le resbale por las muñecas. En el espejo contempla sus lágrimas disueltas con el rímel de sus pestañas. Tiene un reguero negro por las mejillas. Da miedo.

El grifo continúa abierto mientras Emma abre el papel de celofán que envuelve el jabón y frota, luego, sus manos hasta obtener una aromática espuma. Y justo en ese momento recuerda que, a él, eso de no cerrar el grifo era algo que le irritaba mucho de su mujer.

«No lo cierra mientras se lava los dientes», le contó un día.

Y desde entonces, Emma piensa en la exmujer de José Ramón cada vez que se enjuaga la boca o cuando deja correr el agua más tiempo del necesario al lavar unos platos o al aclarar una bayeta, por ejemplo. A veces, cuando llena la bañera para darse un baño relajante, también se acuerda de la exmujer de José Ramón. Se ha convertido en un incordio esa presencia que aparece en su mente sin que nadie la invoque.

—Sí, ya salgo.

—Esto…, oye, que no he comido nada en toda la mañana. Bajo al restaurante con unos compañeros.

Y ella abre boca, sorprendida, queriendo gritarle que era cierto: él no se había COMIDO nada. Nada suyo, íntimo y húmedo. Quería gritarle que ella se había quedado sin su orgasmo (de cualquier tipo. Colores. Luz. Experiencia extracorporal). Cualquier cosa que hubiera merecido la pena tras el madrugón realizado, tras haber recorrido cientos de kilómetros en avión, sin contar los transcurridos en coche. ¡Y todo para echar un polvo! ¡Su primer polvo! A ver, ¿de qué le había servido ver películas y leer sobre el tema? De nada.

Y ahí estaba, ante ese espejo, en una habitación que no era la suya y sin haber sentido los temblores de la pasión.

Todo era una patraña. Las películas, las novelas, los foros, ¡todo!

Vuelve a coger la sábana para envolverse en ella y salir del cuarto de baño de la manera más digna, con la cabeza alta y sin mostrarle su cuerpo desnudo.

José Ramón le pregunta de nuevo si se encuentra bien al ver su nariz roja y sus ojos hinchados por el llanto. No, no ve la decepción en su rostro. ¡Por favor, si todas y cada una de sus amantes (eso le confesó un día) le habían alabado sus dotes para el sexo! Incluso mantenía buenas relaciones con todas ellas, salvo con una, una famosa diseñadora de la que nunca dijo su nombre.

José Ramón abraza con fuerza a Emma mientras le dice al oído que la próxima vez —esa noche— será mejor.

Pero no, no lo es y aun así duermen juntos y deciden correr un tupido velo sobre los sentimientos contradictorios que ambos tienen. Al día siguiente, pasearán de la mano por el puerto, por Las Ramblas, y visitarán la magnífica casa Batlló. Allí, mientras estén en el patio de ese hermoso edificio, José Ramón le regalará una de sus pulseras étnicas, y Emma le prometerá no quitársela nunca, jamás.

Ya.

A veces se hacen promesas sin saber lo que viene detrás. Y Emma aún no sabe que esa pulsera será lo primero que ella arrojará al suelo y que, dándole un puntapié, la lanzará al otro lado de la Gran Vía de Logroño cuando, días después, José Ramón le comunique que tienen que cortar esa relación. Que será lo mejor, añadirá.

—Y sobre todo, discreción —le rogará en su despacho, temeroso de que Emma comience a aullar como una loba, con ese vaivén de su pecho, arriba y abajo, intentando tomar aire.

Emma, tras esa horrible noticia, se llevará la mano al corazón, roto en mil pedazos.

Dejará de salir a correr por la ciudad.

Dejará de oír música.

Sentirá que alguien le ha devorado su espíritu cantarín.

Pero todo eso ocurrirá dentro de unos días, porque ahora mismo, en Barcelona, es la mujer más feliz del mundo.

¡Por fin!

POTAJE DE VIGILIA

Ingredientes para 4 personas:

—650 g de garbanzos cocidos o 250 g de garbanzos crudos
—300 g de espinacas frescas
—500 g de bacalao desalado
—400 ml de caldo de verduras o pescado
—1 puerro
—2 tomates medianos...



—¿Quieres que te lleve?

La pregunta coge desprevenida a Susana. Iba pensando en que debería añadir espinacas, garbanzos y bacalao desalado a la lista de la compra. Iba diciéndose que se tenía que haber traído una chaqueta, porque ahora, de noche, ha refrescado. Observa el coche que se ha detenido justo a su lado, en la acera. Es un coche desconocido, un SEAT León de color blanco, pero ella no sabe de marcas, solo que es blanco y que reluce de lo limpio que está.

Por la ventanilla se asoma Pedro, el profesor de Matemáticas. Le sonríe abiertamente. Está esperando una respuesta.

—¡Pedro! —exclama ella—. Pero ¿qué…?

Y Susana se pasa la mano por su nuca, libre de cabello, y se dice que en buena hora salió del colegio así, con el uniforme y con los zuecos puestos, en lugar de cambiarse para regresar a casa. Pero ¿cómo lo iba a saber? ¿Cómo iba a pensar que Pedro iba a pasar por delante del colegio a las diez de la noche, justo cuando ella acaba su turno?

—Pues nada, que he ido a llevar a mi suegra a su casa y ahora, al regreso, me ha parecido verte en la parada. ¡Y sí, eres tú! —se ríe—. Anda, sube, que te llevo a tu casa —y desde dentro entreabre la puerta del copiloto.

—No, no hace falta —se aleja un paso y señala más allá—, el autobús está a punto de llegar.

—No me cuesta nada, de verdad.

Ella duda unos segundos, lo suficiente para que Pedro salga del coche y le abra la puerta de par en par para que entre.

—¡Buenas noches! —oyen a sus espaldas.

Es Berta, la encargada. La mirada reprobadora que lanza a Susana hace que esta se quede congelada, con una mano en la puerta que Pedro acaba de abrirle y con el resto de su cuerpo queriendo estar al otro lado del mundo. En Punta Cana, por ejemplo. En el mismísimo Ártico.

—Hasta mañana, Berta —responden los dos a la vez, levantando una mano.

—A lo mejor, ella también quiere que la lleves en coche —le susurra.

—¡Huy, no, ni loco!

Y ambos se ríen. Claro, a quién se le ocurre, con lo mal que cae Berta a todo el mundo.

—De veras, no hace falta que me lleves —repite Susana.

Pedro la interroga con la mirada y tiene en la cara un gesto divertido. Le recuerda al mismo Pedro de adolescente, el de las bromas, el de los buenos ratos cuando se reunían todos en cualquier parte, solo para reír, solo para dejar pasar el tiempo.

La mano que ella, jugueteando, le pasaba por su pelo, tan rubio a los diecisiete.

La mano que él, medio en broma, le pasaba por la cintura, tan estrecha a los dieciséis.

El beso que nunca se atrevieron a robarse.

En eso piensa Susana justo en estos momentos. En el beso que nunca le dio a Pedro. El que Pedro nunca le dio a ella. Ahora, lo daría todo por ese beso. Añadiría lengua y un buen manoseo.

¡Maldita imaginación!

—Hasta mañana, Pedro —y pone una mueca que quiere decir «lo siento». O algo similar.

Y Susana se sienta de nuevo en el banco de la parada del autobús con una gran pena dentro, deseando que él la llame en voz alta (¡Susana! O Susan, da igual). Ser llamada por él, su propio nombre pronunciado por alguien como Pedro.

Sí, si él la llamara en esos momentos, ella volvería sobre sus pasos, pletórica, y le daría un abrazo como en las películas, de esos en los que se para el tiempo o en los que todo da vueltas y más vueltas mientras suena una canción de amor. Oh, sí, piensa que, si eso sucediera, ella lo dejaría todo. Dejaría en el suelo su bolsa con la ropa, dejaría sus miedos, su eterna cantinela de lo que está bien y lo que

está mal. Lo dejaría todo y caería en sus brazos.

Ay, sí, si la llamara…

Pero Pedro no solo no la llama, sino que se va, en su limpísimo vehículo de color blanco, rumbo a su hogar, donde parece ser que reina la alegría y la concordia. El autobús llega en ese momento y Susana se pone su mascarilla antes de subir con paso lento y triste, saludando a la conductora que hay tras la mampara de protección. Y el autobús la lleva rumbo a un hogar donde no la recibirán con alegría, sino con desgana, y donde su hija y su marido estarán tocándose las narices esperando la cena, los muy…

Susana prefiere no pensar. Le hierve la sangre.

Juan, su marido, también prefiere no pensar. A él también le hierve la sangre. Está siguiendo al autobús en su coche. Había ido al colegio a recoger a Susana. Quería darle una sorpresa, ya que siempre se está quejando de que nunca va a buscarla a la salida del colegio. Y, antes de aparcar el coche, la ha visto a punto de subir al SEAT León de un tío. No, ella no ha subido, pero a punto ha estado.

¿Y qué puede decir de la alegría que tenía su mujer en la cara cuando hablaba con ese desconocido? Una alegría que a él le ha activado todas sus alarmas.

La mirada, la mirada de felicidad de ella, también.

17

—¿Qué es un *affaire*? —pregunta Juan, el marido de Susana, mientras levanta la vista del periódico del día anterior.

A Emma le sorprende esa pregunta. ¿Luci le ha contado su secreto a Susana y esta se lo ha contado a Juan? Ahí está él, esperando la respuesta.

De vez en cuando, ambos invitan a cenar a Emma. Generalmente, los sábados. Años atrás, era el día en que ellos se iban al cine y Emma se quedaba cuidando de Nancy. Ahora, aunque ya no la cuida, las cenas, en casa o en restaurantes, se siguen realizando de vez en cuando, porque son amigos de los buenos (¿Sí? ¿Los buenos amigos no se cuentan secretos? ¿Los amigos, de los buenos, no sirven para eso, precisamente, para contarse secretos y aligerar el alma?). Hoy es domingo. Y Susana tiene prisa por saber más sobre Emma y su jefe. Le pregunta a Juan, sin mirarle, mientras recoge las cartas y vuelve a repartirlas (siempre acaban, Emma y ella, jugando a las cartas):

—¿Por qué lo preguntas? Pero ¿qué estás leyendo?

—Un artículo de un *affaire* que tuvo un ministro sueco con una presidenta de no sé qué comisión. Eso es que se enrollaron, ¿no?

—Es una relación amorosa o sexual que no implica compromiso —contesta Emma mientras mira sus cartas—. ¿Y vosotros qué creéis que es mejor, que sea una relación amorosa o sexual?

Nadie contesta. Emma se atreve a decir:

—Yo creo que es mejor que sea algo amoroso, ¿no? Es más romántico.

—¿Eso te gustaría a ti? ¿Tener un rollo con alguien y no acostarte con él? ¿Tontear y tal? —le pregunta Susana—. ¿O es que ya lo tienes? —alza las cejas varias veces seguidas.

Emma esboza una sonrisa.

—¡Oh, tú guardas un secreto! —exclama Susana—. ¡Serás bruja!

—Mejor cambia la pregunta —sugiere Juan—. Mejor pregúntale si ya ha tenido un *affaire* y con quién.

Ellas se ríen. Él, no. Está muy serio. Excesivamente serio, piensa su mujer.

—Este Juan tiene cada salida… —comenta Emma, sonriente.

—¿Sí? ¿Lo has tenido? —quiere saber Susana.

—¡Oh, vamos, no me digas que no te ha contado nada tu hermana!

—Prefiero que me lo cuentes tú.

Emma suspira. Deja las cartas sobre la mesa.

—Es José Ramón, mi nuevo jefe. El hijo de don Matías.

Juan suelta un silbido. Se levanta de la silla. No sabe si quedarse o irse.

—¿Te has enrollado con él? —susurra Susana—. Pero ¿cómo que te has enrollado con él? —le pregunta con cierto enfado.

—¡Caramba! —se ofende Emma—. Tampoco es para ponerse así. Para una vez que salgo con alguien, tú vas y…

—¡Pero es tu jefe! —le corta Susana.

—¿Y qué?

—Que es allanamiento de algo o…

—¡Allanamiento! —Emma suelta una enorme carcajada.

—… o acaso —continúa Susana, sin inmutarse.

—¿Acaso qué? —Emma no para de reír.

—¡Acoso! ¡Quería decir acoso! ¡Y deja de reírte, que esto es muy serio!

—Ay, qué gracia… —Emma intenta volver a respirar normal.

—Además, ¡está casado! ¿Cómo se te ocurre enrollarte con…?

—¡No lo está! —se ofende. A Emma no le cabe en la cabeza que a Susana le salga esa vena castradora. Entiende perfectamente a Nancy cuando dice que su madre no solo es una controladora, sino también una aguafiestas—. ¡Serás aguafiestas!

Y Susana la fulmina con la mirada. Que ese adjetivo tan odioso se lo lance su hija cada vez que le apetece, tiene un pase, pero que lo haga su amiga…, eso es un golpe bajo.

—Mira —Susana trata de no alterarse—, casualmente, hace unas semanas me lo encontré en la sala de espera del ginecólogo, acompañando a su mujer. ¡A su mujer, Emma! Y yo sé que es ella porque la conozco desde que era una cría. ¡Éramos vecinas!

—Pero ¿qué me estás contando? —su cara es todo un poema. No puede creerse lo que está oyendo.

—Pues que fui a mi revisión anual y allí estaban los dos. Con él nunca había hablado y hacía siglos que no la veía a ella, pero allí estaban. Al menos, les di la enhorabuena.

—¿Qué enhorabuena?

—¡Ella está de siete meses! Por lo menos.

—¡Pero él me dijo que estaba separado! —Emma se sienta, desfallecida, en el sofá—. A lo mejor solo la acompañaba, ¿no? A lo mejor está embarazada de otro y por eso se han separado. A lo mejor…

—¡No me jodas, Emma! —exclama Juan—. No hay más ciego que el que no quiere ver.

Susana se acerca a ella:

—Ay, qué pena, Emma. Es que, si me hubieras dicho algo… Es que, si yo hubiera sabido algo de esta historia…

—Me dijo que no se lo contara a nadie —susurra. Las lágrimas,

resbalándose por sus mejillas—. Me dijo que acababa de separarse y…

—Ay, qué pena más grande, cielo —le da un abrazo—. Pues ya ves que no.

—Que me he ido con él a Barcelona, Susana —solloza en su cuello.

Nancy, que entra en esos momentos, se va corriendo hacia Emma y se une al abrazo. Le dice con voz tierna:

—Todo pasará, ya lo verás —y le da un beso.

—Pero ¿tú también lo sabías? —Emma no da crédito.

Susana echa fuera a su hija y Nancy obedece a la primera. Se siente orgullosa de su hija. Iría ahora mismo tras ella y se lo diría, pero Emma la necesita más.

Suena *Fly Me To the Moon-Bossa Nova*, interpretada por Joe Harnell

Emma llega hasta su mesa. Deja el bolso en el suelo. Se quita la chaqueta y la coloca en el respaldo de la silla.

Sabe que sus compañeras la están observando.

Se saca, una a una, las pulseras que lleva ese día en la muñeca izquierda. Se sienta y abre, al azar, uno de los primeros libros de poesía que publicó Xandro Ulloa. Tras comprar el último y enamorarse de su poesía, volvió a la librería a por el resto de los títulos porque le surgió la necesidad de seguir leyéndole. Según ella, es un poeta que enumera y habita cada uno de los desencantos que se pueden recibir en la vida. Luego, los envuelve en las mejores metáforas y los entrega al mundo, a los lectores.

Qué manera de entender el alma humana, piensa.

Emma se siente fascinada por sus palabras, sobre todo ahora, tras la ruptura con José Ramón.

Los versos de Xandro Ulloa son un bálsamo para ella.

Y un espejo, a veces, porque él habla como si también hubiese pasado por lo mismo. No solo eso: parece como si hubiera escrito esos versos pensando en ella.

Emma recuerda, ahora que no está haciendo su trabajo ni abre el ordenador ni va a buscar expedientes; ahora que no le da la gana coger el teléfono que suena; ahora que sus compañeras no se atreven ni a preguntarle qué le pasa, recuerda que, cuando iba al instituto, copiaba los poemas de los autores que todos los alumnos tenían como lectura obligatoria (Neruda, Bécquer, Salinas…) y se los aprendía de memoria. Recuerda que siempre guardó la esperanza de que alguien le enviase una nota anónima con alguna estrofa, con alguna palabra, algo que a ella le hiciera flotar al descubrir que tenía un admirador secreto. O admiradora, porque en aquella época era Manuel, un chico simpático y dicharachero.

Emma nunca recibió unos versos. De nadie. No hubo tampoco una flor olvidada encima de su pupitre. Ni una postal.

Siempre deseó, con todas sus fuerzas, que el amor se fijara en ella.

Pero el amor siempre pasó de largo.

Ahora ha sucedido lo mismo: el amor ha pasado de largo tras haber vivido un bonito e intenso fin de semana en Barcelona. Y no solo el amor se ha esfumado, sino que se ha ensañado con ella.

Y Emma considera que no es justo. Que no se lo merece.

Saca del bolso un pañuelo de tela, uno que lleva su nombre bordado en una esquina, y se seca las dos lágrimas que amenazan con rodar por su cara. También se suena la nariz.

Guarda el poemario de Xandro Ulloa. Vuelve la atención a la

pantalla del ordenador y es entonces cuando oye, a lo lejos, una carcajada de José Ramón desde su despacho. Está hablando por teléfono. Y Emma no entiende cómo él puede reírse así, con esa despreocupación. Cómo puede continuar con su vida después de lo que ha pasado.

Porque a ella le cuesta un mundo hacer como si no hubiera ocurrido nada.

Hacer como si no se hubiera acostado con él.

Hacer como si entre ellos no hubiera habido, nunca, una relación.

Pero ¿qué relación?, le pregunta la histérica de su mente, tan cáustica como siempre. Porque su mente siempre negó que hubiera algo entre ellos. Lo negó en todo momento. Solo el corazón apostó por ese idilio. Y ahora ese corazón se muestra encogido en un rincón, atemorizado ante tanta tristeza y desolación.

—Me encuentro mal —dice, llorosa, a sus compañeras—. Me voy a casa.

—¿Qué síntomas tienes? —quiere saber Amparo—. ¿Dolor de cabeza? ¿Congestión?

El temor de la Covid-19 nunca descansa.

—No, no…, estoy… muy muy cansada. Creo que tengo la tensión baja o algo así.

Vero frunce los labios. Quiere saber:

—¿No se lo dices a José Ramón?

—Uf, no —se le saltan las lágrimas. De nuevo, las frena con el pañuelo—, no puedo con mi alma. Decídselo vosotras, por favor, y dadle estos documentos para que los firme. Y una de vosotras tendrá que ir luego al registro de la propiedad —mira a una. Luego a la otra —. Lo siento.

—No te preocupes —se levanta Amparo, con lo mal que le cae, pero la ayuda a ponerse la chaqueta, le coloca en la muñeca cada una de las pulseras que antes se había quitado. Lo hace con mucha delicadeza. Es de agradecer.

—No, esa no —y cierra en su puño la pulsera étnica que le regaló José Ramón en su escapada a la ciudad condal.

Amparo le abrocha el reloj, recoge su bolso del suelo y se lo ofrece. Le da un toquecito en la espalda y por unos segundos deja su mano en el hombro. Le dice, con una triste sonrisa:

—Espero que te mejores.

Y Emma cree entender que sabe lo que ha ocurrido.

O no, tal vez no lo sabe. Prefiere pensar esto último. Le da mucha vergüenza la otra posibilidad.

Debería cambiar de trabajo. Por la vergüenza, también.

Nota cómo la pulsera que le regaló José Ramón le está quemando en la palma de la mano. Por eso, en cuanto sale a la calle, la lanza con todas sus fuerzas a la calzada de la Gran Vía. Media docena de coches y un autobús pasan por encima.

No, no se acerca a comprobar si la han pulverizado.

Espera que sí.

CORDERO AL HORNO

Precalentar el horno una hora, 45 minutos de cocción con la carne hacia arriba, 45 minutos con la piel hacia abajo y 15 minutos más para que se tueste y quede crujiente.
El resto del tiempo, unas 3 horas, es para ir dándole la vuelta y...



Susana acaba de meter la carne en el horno. No se puede creer que vaya a hacer esa receta de Navidad. ¡Con el tiempo que se necesita! Pero le apetece un montón, aunque sea julio. Se le hace la boca agua solo imaginando cómo crujirá el primer mordisco. El olor que desprenderá la carne caliente. El toque de las finas hierbas… Vaya, qué hambre tiene. Abre una bolsa de patatas chips y se mete un puñado en la boca. Todas a la vez. Una multitud de migajas se le caen desde la comisura de los labios hasta el pecho, que se sacude.

Últimamente tiene unas apetencias de lo más extrañas. Las torrijas del otro día, las patatas chips que se come a puñados, el zumo de naranja a todas horas… Ahora, el cordero. Piensa en que se está convirtiendo en una caprichosa. Y le hace gracia esa ocurrencia.

El teléfono suena en esos momentos. Ve que el número es el de Berta, la encargada. ¿Qué querrá? Descuelga, se pone el móvil entre el hombro y la oreja y echa mano al paquete de cigarrillos. Enciende uno mientras dice:

—Dime, Berta.

Lo apaga al instante, con una mueca de asco. ¡Qué tabaco más malo! No debería haber cambiado de marca, piensa.

—¿Cómo? —pregunta. Aunque es preguntar por preguntar. Lo ha entendido perfectamente.

—Que se te ha asignado tu último centro —repite la encargada—. El instituto.

Susana quiere preguntar por qué esa rapidez y por qué ella, pero no se atreve porque sabe cuál será la respuesta. Alguna baja en un último momento. Y le dirá que empiece mañana mismo, seguro. No puede pensar en ninguna otra compañera, no, solo en ella, la tonta de Susana, que siempre le ha dicho que sí a todo. Se va enfadando por momentos. Alguna vez debería plantarle cara a esa, a esa…

—Esta misma tarde.

—¿Qué? ¿Cómo que esta misma tarde? —no puede ser, se dice Susana. ¡No podrá despedirse de Pedro! Ni siquiera tiene su teléfono, ni… — ¿Y no puedo empezar mañana y así me despido de la directora y de las compañe…?

—No, me falta una limpiadora urgentemente. Una baja por accidente.

—¿Quién?

—Sonia.

—Ah, vaya, ¿y qué le ha pasado?

Y la encargada le cuenta no sabe qué historia de una caída en el monte.

¡Bah, qué le importa a Susana! Le tiemblan las manos. Intenta, de nuevo, encender un cigarrillo, darle una calada para calmarse. Pero no, no puede. Incluso le dan arcadas. Jolín, estará caducado, se dice, mientras mira el paquete por todas partes, buscando una explicación.

—Espero que no te sepa mal —comenta la encargada.

—¡Ah, no, no, qué va! —exclama con una alegría hipócrita que suele utilizar en ocasiones similares—. Me va genial volver a ese instituto. ¡Mujer, si lo tengo justo al lado de casa! —y suelta una risita tonta.

—Eso he pensado. Así no tendrás que coger el autobús.

—Claro —y esta respuesta la deja ir casi en un murmullo.

La encargada la vio la otra noche cuando acabaron el turno en el colegio. La vio hablando con Pedro, que le abría la puerta de su coche. Tal vez pensó que, al final, ella se subió al vehículo. Tal vez la encargada cree que tiene un lío con Pedro. Tal vez.

Vaya, vaya, así que se trata de eso…

A Susana el suelo se le acaba de abrir a sus pies. Y está cayendo por ese enorme agujero sin oponer la menor resistencia.

—Perdona, pero tengo que dar la vuelta al cordero.

Y cuelga, sin más.

—¿Carlos? Hola, sí. Sí, estoy bien. Sí, es verdad, estoy muy nerviosa. Te llamo por Emma. ¿Nos puedes acercar al hospital? ¡Creo que tiene un ataque al corazón!

Y Pepa no puede contener el llanto. Carlos le ha dicho que viene en seguida, que no tarda nada, que no se preocupe, que…

Emma la mira desde la silla en la que se ha sentado. Está en la cocina. Entró a beber un vaso de agua y allí se quedó. Tiene la espalda vencida, porque, si se pone recta, el dolor se intensifica. Respira mínimamente, como si fuera un pez, abriendo y cerrando la boca, lo suficiente para no ahogarse. Dice que es la única manera de poder respirar. Que, si coge más aire, el pinchazo en el corazón se vuelve insoportable.

Madre e hija se miran con lágrimas en los ojos. Temen lo peor. Y lo peor solo puede ser la muerte. Emma teme que su madre se quede sola, sin ella. Y su madre, también. ¿Cómo podría vivir sin ella, sin su hija?

Cuando llega Carlos, Emma se deja llevar. No entiende por qué su madre ha llamado a este señor.

—Pero ¿quién es, mamá? —le susurra.

Y Pepa contesta:

—Calla, calla, ya te cuento luego.

Y, pese a su estado lastimero y lloroso, pese al dolor en su corazón, logra sentarse en el altísimo asiento de la furgoneta de ese desconocido.

—No te preocupes por nada —le dice él en cuanto se sienta a su lado, frente al volante—, ya verás como solo es un susto.

Y ahí Emma se fija en que ese hombre tiene unos ojos preciosos. Un rostro amable, eso también piensa. No puede ni darle las gracias. Las palabras le cuestan, respirar le cuesta, pensar le cuesta.

Llegan al hospital de San Pedro en un santiamén —eso dice su madre: «Ay, Carlos, qué bien, hemos llegado en un santiamén»— y, mientras él se va a aparcar, ellas se acercan a la recepción. Emma le dice a la enfermera, arrastrando las palabras, que le falta el aire, que se ahoga, y no sabe cómo ni quién, pero mientras espera en una silla, le dan una pastilla —«póngasela debajo de la lengua»— y entra, casi en el acto, en un estado lánguido —en algún momento de la noche oye decir que es Valium. ¿Quién lo ha dicho? ¿Ella lo ha preguntado y le han respondido?

Emma no sabe cuánto tiempo pasa en el hospital, en la zona de urgencias. Le hacen una radiografía del pecho, la colocan en una camilla (¿hay puerta?, ¿hay cortinas?) y en un monitor aparece su

ritmo cardíaco —no recuerda qué ha sido primero, si la radiografía o el monitor—. El enfermero, o doctor, que viene a comprobar los papelitos que salen por esa máquina es uno de los amigos con los que salía a montar en bici. Antonio, se llama Antonio. No se habían vuelto a ver desde entonces. Se pregunta qué hace allí, ¿no estudiaba Derecho? Tal vez cambió de carrera. Antonio le dice a la enfermera:

—Cuidádmela bien —y luego le sonríe a Emma abiertamente, estrechándole la mano libre, la que no tiene ninguna vía. Le está hablando como si no hubieran pasado años desde la última vez que se vieron, allá en aquella terraza, compartiendo cervezas y berberechos, justo el día que ella les comentó que había empezado su transformación.

Tal vez no la recuerda. Tal vez no sabe quién es ella. Por eso se atreve a preguntarle, en un susurro:

—Pero ¿sabes quién soy?

—¡Claro! En cuanto he visto tus apellidos me he dicho «¡caramba, si es… —mira su expediente— es Emma!». Todo irá bien, ya lo verás.

Y allá, en esa camilla, cuando se queda a solas, Emma piensa en la muerte. En la muerte como aceptación. Opina que, si tiene que morir, lo hará sin drama. En ninguna de las ocasiones que pasó por el quirófano pensó en ella, en la muerte, en lo que sería morir durante o después de las intervenciones realizadas. Ahora, sí, y no sabe por qué.

Cierra los ojos y llega a la conclusión de que ha tenido una buena vida, dentro de lo que cabe. Que ha sido dichosa, dentro de lo que cabe. Que, a pesar de que el amor romántico le ha durado muy poco, apenas nada, al menos lo ha conocido. Al menos, lo ha vivido con intensidad. Y con una alegría inmensa.

—Ya está, cielo, ya puedes incorporarte —le dice la enfermera—. Ahora viene el doctor a hablar contigo.

—¿Es el chico que estaba aquí?

—¿Antonio? No, no, Antonio es el camillero.

«¡Caramba!».

Cuando llega el médico de guardia le dice que no se preocupe. Que solo ha sido un ataque de ansiedad y que deberá visitar al médico de cabecera para llevar un control.

—¿Ha estado sometida a una gran tensión últimamente?

«¿Sirve de algo decirle que he sido abandonada por el que creía que era el amor de mi vida?».

Emma se calla eso, claro. Solo dice, con voz mínima y ojos llorosos:

—Sí.

—Debe pedir una visita a su médico de cabecera —le repite—. Tal vez le recete algún tipo de relajante durante una temporada.

Añade que del corazón está bien —«uf, menos mal», piensa ella— y que en la radiografía se ha podido ver una gran bolsa de aire en el estómago que, seguramente, presionaba el esternón. De ahí el dolor. De ahí que ella creyera, erróneamente, que se trataba de un ataque al corazón.

Aire. Gases. Vaya, solo necesita tirarse unos cuantos pedos.

Eso sí que le da vergüenza a Emma. ¿Cómo podrá explicar que ha ido a urgencias por una acumulación de gases?

—Ansiedad —les dice a su madre y a Carlos, que la esperan cerca de la recepción, con cara preocupada. Ambos se ven tan mayores con esa luz inmisericorde…

Debido a ese Valium que le dieron nada más entrar, Emma se acerca a ellos como si fuera flotando, como si Carlos y Pepa estuvieran al otro lado del mundo, en la parte donde todo está bien, donde todo está en calma. Su madre se lanza a ella, se pone de puntillas y le planta un sonoro beso en la mejilla, y Emma la abraza con la fuerza de los supervivientes, como si realmente estuviera ya a salvo. Por fin en tierra firme.

—Gracias, Carlos —le dice al desconocido, mirándolo desde dentro del abrazo de su madre. Ya le preguntará sobre él. Porque quiere saberlo todo sobre él.

—No hay de qué, mujer. Aquí estoy para lo que necesites.

Y Carlos le pone su brazo por los hombros. Un amago de abrazo. O un intento de recogerla, también, de ese mar del que acaba de salir. Ambos, Carlos y Pepa, pendientes de ella, de que no vuelva a escurrirse por a saber qué aguas oscuras.

Son casi las dos de la madrugada cuando suben a la furgoneta de Carlos. De regreso, Emma se queda dormida nada más oír el motor y no recordará ni cómo subió hasta su casa ni cómo se metió en la cama.

El despertador suena a las seis y media, como cada día. Emma lo apaga. Hoy no irá a correr. Ni al trabajo.

«Dejadme dormir en paz».

19

—Estrés —le comunica el doctor, como ya le adelantó en la primera visita, la semana anterior—. Fatiga. Y aquí tengo la prueba —golpea con el dedo los resultados analíticos que le ha realizado a Emma—. Sigue con el tratamiento hormonal, ¿verdad?

Emma asiente. Y recuerda las primeras visitas a este doctor, diez años atrás. Él no sabía los pasos que tenía que dar, como facultativo, ni qué protocolo había que seguir, y fue Emma la que tuvo que explicarle que se trataba de una disforia de género, que tenía que derivarla al área de psiquiatría del hospital para que la valoraran y le hicieran un informe que luego llevaría al endocrino y así comenzar la hormonación. El médico no decía nada, en aquella visita, solo la miraba como sin ver.

—Y después, decidir sobre la cirugía de reasignación sexual —añadió Emma en aquella ocasión, para acabar.

—Déjeme que me informe —y cogió la documentación que ella guardaba en su carpeta y que había llevado «por si acaso». Información que había impreso por si resultaba que el médico no sabía por dónde tirar—. La llamaré dentro de unos días para una nueva cita, ¿de acuerdo?

Ahora, Emma parece estar en otra parte. Ante su silencio, el médico retoma la conversación:

—Ya sabe que los cambios de humor y la tristeza a veces aparecen, aunque se relacionan más con dosis inadecuadas de estrógenos, lo cual no es su caso.

Emma baja la cabeza. No quiere contarle que la causa es su corazón roto. No quiere contárselo a nadie. Le da mucha vergüenza. Susana y Luci la acribillan a preguntas, pero ella no suelta prenda. En casa, su madre no hace más que observarla, silenciando la alarma que nota en el interior. Ya son muchos años intentando resguardarla de cualquier indicio del dolor que pueda infligirle el mundo. El mundo entero, claro. Una madre sabe eso y mucho más. Ya se lo dijo a su hija cuando ella le contó que quería ser una chica y que ya no podía más. Que sufrir en silencio la taladraba por dentro, eso le dijo. Y Pepa le contestó que antes acabara sus estudios. Que siguiera con su vida, como siempre, un poco más. Que encontrara un trabajo. Que antes hiciera todo eso.

—Mejor dejarlo todo bien atado, cariño —le dijo—. Una nunca se libra de los que le quieren hacer daño. Siempre hay gente envidiosa de la alegría ajena, de sus logros, de sus satisfacciones personales. Y son esos envidiosos los que se lanzan a la yugular de aquellos que poseen lo que a ellos les falta —calló un momento—. Por eso debes acabar tus

estudios, Manuel. Y debes encontrar un empleo. Y luego, cuando todo eso lo tengas bien atado, yo te acompaño a todos los médicos, a todas las operaciones, a todo lo que necesites, hijo mío —carraspeó—. Hija mía.

Y fue la primera vez que ella la llamó así.

Hasta cinco minutos antes, había tenido un hijo. Ahora, una hija. Se sentía la mujer más afortunada del mundo. La más desdichada, también. ¿A quién le podía contar todo eso? ¿A quién, que realmente la escuchara y la apoyara?

—Estoy triste, solo eso —le dice ahora al médico—. Triste y agotada.

—Deberías ir al psicólogo. ¿Cuándo tienes tu próxima visita?

Emma no contesta. Solo piensa que se pasa las horas sentada en el sofá, escuchando baladas de los años sesenta y setenta. Incluso pone los discos de Camilo Sesto que su madre guarda en la estantería:

—Hija… ¿Camilo? ¿En serio? —le pregunta ella sin entender nada.

—Necesito estar a solas, mamá.

—¿Una consola? ¿Cómo que necesitas una consola?

Emma suspira, negando con la cabeza. Con un hilo de voz repite:

—A solas, mamá.

—Pero dime qué te ha pasado —le ruega.

—Cosas del amor —le susurra porque no tiene fuerzas para alzar la voz.

—Pero ¿de qué balón me estás hablando?

Emma cierra los ojos. No puede más.

—Dime —su madre sigue esperando la respuesta—. ¿Has roto con tu novio? ¿Te ha hecho daño, hija?

—No es mi novio. Nunca lo ha sido. No me tenía entre sus planes.

—Cuánto lo siento, reina —y se sienta a su lado en el sofá, casi levitando, por si la echa de allí de malos modos.

Y Emma necesita cambiar de tema:

—¿Me preparas un chocolate caliente, mamá?

—¡Claro que sí! ¡Ahora mismo!

—Y unos churros de esos que tienes en el congelador.

—Uf, mucha grasa, ¿no? Luego se te acumula y…

—Mamá, por favor…

Y Pepa se va, alegre, hacia la cocina, sintiéndose necesaria.

Emma aleja esos pensamientos de su mente en cuanto oye carraspear al médico. Ella le pregunta:

—¿Qué hay de la prueba del sida?

—Nada, todo bien —el doctor aprovecha para mirarla por encima de sus gafas. Cuando esa paciente le pidió que añadiera esa prueba a

sus análisis, él le preguntó la razón y resultó ser algo tan típico como encontrarse con un amigo que no iba preparado para lo que iba a ocurrir y a lo que ella no se negó. Ninguno de los dos iba preparado con condones. Y ni él ni ella se negaron a seguir adelante. ¡Pero qué cabezas de…!

Y Emma tuvo que soportar el gesto contrariado de ese doctor, que la juzgó arrugando la frente, mientras daba vueltas y más vueltas a los dos anillos que llevaba en uno de sus dedos. La estaba sacando de quicio.

Decidió no contarle nada, ni siquiera confesarle que no había sucedido una sola vez, eso del encuentro sexual, sino más, en ese fin de semana en Barcelona. Dos penetraciones. La tercera se convirtió en una mamada. Reconocer todo eso delante de ese médico la hubiera llevado, directamente, al castigo más elevado. Por tonta. Por ilusa. Y ese doctor la habría arrojado encima toda una ristra de adjetivos nada complacientes.

—Y la próxima vez utilice preservativos en este tipo de relaciones esporádicas, que ya no es una jovencita ignorante de las enfermedades de transmisión sexual. ¿De acuerdo?

Y Emma asiente. Qué más puede hacer.

—Le voy a recetar Trankimazin para que pueda calmarse un poco —siempre la llama de usted. Una señal de respeto a la que Emma ya se ha acostumbrado—. Mire, comience con media pastilla, por la noche, y vaya encontrando su medida. Puede subir la dosis hasta seis pastillas al día, pero no creo que sea necesario. Y olvídese del café, ¿de acuerdo?

Emma le da las gracias, recoge el informe analítico y la baja durante una semana y sale de la consulta arrastrando los pies. No, ya no lleva tacones, su ánimo no contempla esa elevación para poder observar la vida. Fuera, en la calle, el sol le baña la cara y ella se pregunta, por primera vez, qué está haciendo con su vida.

Aún no sabe que, tras comprar las pastillas en la farmacia y leer en el prospecto los efectos secundarios, tendrá la visión de ella misma tumbada en el sofá sin poder moverse, anclada en la densidad de un mar que solo le permitirá respirar. Solo eso. Así que guardará las pastillas en el botiquín y permitirá que su madre la cuide, como si estuviera viviendo un tiempo de duelo. Que lo es, es un duelo en toda regla eso de una ruptura sentimental.

También dejará el café, claro. Lo sustituirá por infusiones de valeriana, manzanilla y tila.

GAZPACHO DE SANDÍA

... los tomates y retiramos las hojas verdes y la parte dura. También lavamos el pimiento y quitamos la cabeza y las semillas. Lo cortamos todo en trocitos y los metemos en la batidora. Añadimos el diente de ajo sin el germen y lo trituramos todo hasta obtener una masa homogénea y...



—Sí, mama, sí —le dice Susana a su madre mientras da sorbitos al gazpacho de sandía que acaba de hacer. Aún no lo ha enfriado en la nevera. Le da igual. El cuerpo le ha pedido este tipo de gazpacho y ella se lo da. Últimamente le da a su cuerpo todo lo que le pide. Se está convirtiendo (su cuerpo) en un auténtico tirano—. Que sí, que sí, que ya le diré a Luci que se pase a verte.

Ahora que está a punto de colgar, Susana vuelve a caer en la cuenta de que su madre no le pregunta cómo está ella. Si necesita algo. Si van bien las cosas en casa, con Juan. O con Nancy. En el trabajo, ahora que está limpiando en el instituto que hay al lado de casa. Le gustaría contarle, por ejemplo, que esa mañana, su yerno y su nieta, a los que idolatra, salieron de casa sin despedirse de ella, como muchas otras veces, y que se sintió como si fuera una parte mínima (un grifo, una silla, una cuchara…), y no el pilar que en verdad es (las paredes maestras, la puerta de la entrada con doble cerradura, las cañerías en perfecto estado).

—¿Y no quieres saber cómo estoy yo? —le pregunta. Se atreve a preguntarle. Por fin.

—(…)

—No, no puedes saber cómo estoy si no me lo preguntas nunca, mama. ¡Pero si siempre soy yo la que te cuento lo que me pasa, tanto si te interesa como si no!

—(…)

—Vale, tengo el día malo. *Mu* malo, mama. Es que no te puedes hacer una idea de lo mal que tengo el día.

—(…)

—Sí, tú más, ya lo sé. Tú tienes azúcar, tienes la tensión alta, tienes jaquecas… Nos ganas a todos, mama. Siempre.

—(…)

—Pues, ahora que me preguntas qué es lo que me pasa, te lo voy a decir. Resulta que estoy embarazada.

—(…)

—¿Cómo que qué te estoy contando? —da otro sorbo al gazpacho. Se sienta en el sofá, con las piernas estiradas encima de los cojines. Se pone uno de ellos en la espalda—. Pues eso, que lo estoy, que serás otra vez abuela.

—(…)

— ¡Y yo qué sé qué dicen Juan y Nancy! Aún no lo saben. Tú eres la primera en saberlo.

—(…)

—Sí, estoy segura. Acabo de hacerme la prueba —y Susana mira, de nuevo, el palito del test. En una hora, no ha cambiado su color rosa.

—(…)

—Sí, me encuentro bien. Bueno, rara —y no le cuenta que últimamente no fuma porque ya no soporta los cigarrillos; que ha dejado la cerveza y ahora toma zumos de naranja recién exprimidos; que no hace más que comer torrijas, patatas fritas, cacahuetes… No le cuenta que sus cambios de humor ya tienen una explicación corporal: un hijo sorpresa.

—(…)

—Sí, nos vemos el fin de semana para comer. Un beso, mama.

Y sigue echada en el sofá. Sonríe. Aún no se lo puede creer. Seguramente fue aquella noche, cuando Juan y ella estaban medio dormidos. Y por eso, porque era muy reciente, la ginecóloga no vio nada cuando le hizo la ecografía vaginal en la revisión. Es que, si no, Susana no se lo explica. Y no sale de su asombro al pensar que, por segunda vez, le ha pasado lo mismo: un embarazo que no se esperaba. Es como si a ella le nacieran los hijos a la fuerza, como si sus hijos tomaran esa decisión, no porque ella (y Juan) lo planearan. Uno llegó cuando eran muy jóvenes. Ahora, el nuevo, llegará cuando ya no lo son tanto. El hijo esperado debería haber nacido en medio de estos dos, precisamente. Eso piensa.

Necesita plantearse cómo será su vida a partir de ese momento.

Deja de sonreír.

Se ve como en un callejón sin salida. Como otras veces. Como tantas veces.

Decide llamar a su hermana por teléfono.

—¡Dime! —le contesta Luci con rapidez y exigencia—. Ya puede ser importante, tía, porque te he dicho mil veces que no me llames al curro y…

—Que me voy de casa.

—¿Qué?

—Que quiero irme de casa y necesito saber si lo de ofrecerme tu piso sigue en pie.

—¡Claro! —Luci habla en susurros desde el cuarto de la máquina del café de la peluquería. No debería estar ahí y, mucho menos, hablando por teléfono—. ¿Cuándo?

—Cuanto antes.

—Bueno, pues pásate por la peluquería y te doy la llave.

—Gracias.

—Luego me cuentas, ¿vale?

20

—¿Vas a salir, mamá? —pregunta Emma a su madre, justo cuando esta se está abrochando la gargantilla de perlas delante del espejo del cuarto de baño.

Pepa está tan absorta que solo ha oído «¿… mamá?».

—¿Qué? —y Pepa mira a su hija a través del espejo.

La ve apagada. Desde hace una semana, o dos, ya no es la chica risueña de siempre. Ahora no sale a correr por las mañanas. Ni siquiera quiere que le prepare sus baños relajantes. Ayer volvió al despacho tras la baja y, en lugar de verla más animada, le parece que ha empeorado.

—Que si vas a salir.

—¿Por qué? —su madre sigue hablándole a través del espejo. Pues claro que va a salir. Hace una semana que no ve a Carlos y hoy la espera en la puerta de los Cines Moderno. Quieren ver una comedia francesa que tiene muy buenas críticas.

—Es que me han hablado de una serie —le comenta Emma, apoyando la cabeza en el marco de la puerta. Lleva puesto un pijama de verano, uno de flores. Parece un jardín andante—. Por si nos sentamos juntas a verla. Creo que te gustará mucho. Es sobre la reina Isabel, la de Inglaterra.

—Pues claro, hija —y sonríe, dando por perdida la cita con Carlos. Se pone dos gotitas de perfume en las muñecas. Y un par tras el lóbulo de la oreja—. Venga, vamos a sentarnos a verla.

—Pero ¿de verdad que no vas a salir? —la mira de arriba abajo. La falda gris de lana fresca, la blusa de seda estampada con un alegre jaspeado. Su preciosa gargantilla de pequeñas perlas. El cabello aún conserva el buen aspecto de su visita a la peluquería tres días atrás.

—No, no. Me he puesto esto como me podía haber puesto cualquier otra cosa —y se mira mientras se pasa las manos como quitándose cualquier pelusilla.

—Es que tú siempre has sido muy elegante, mamá. Incluso para estar en casa —y le da un beso—. Anda, vamos al sofá. Hoy podemos pedir una *pizza* para cenar, ¿qué te parece?

—Muy bien, muy bien —y Pepa mira a su hija. Sabe que intenta mostrarse alegre, pero no, algo le pasa. Por eso se atreve a preguntar —: ¿Y cómo te va con el del bigote, hija?

—¿Quién?

—El señor ese de la foto de tu habitación.

—Ahhh —y Emma quiere reírse, pero aún las carcajadas se le esconden, garganta abajo—. ¡Señor, le has llamado señor! Ni que fuera un viejo.

—Bueno, joven no es.
—Verdad, verdad.
—¿Quién es?
—Un poeta.
—¿Qué me dices! ¿Y qué escribe?
—Ya te dejaré leer algo de él.
—¿Y desde cuándo salís?
—Bueno, no salimos —Emma enciende la luz del comedor y se dirige al televisor.
—¿Y entonces, por qué tienes su foto? —Pepa no entiende nada.
—Lo cierto es que le gusta a Luci.
—¿Y por qué tienes su foto? —repite. Aún entiende menos la situación.
Emma observa cómo se sienta en el sofá. Expectante. No sabe qué decirle a su madre, la cual, ante el silencio de su hija mientras busca con el mando la plataforma digital, acierta a decir:
—La verdad, hija, es que parece más idóneo para ti que para ella.
—¡Qué me dices!
—¡Claro!
Emma sonríe. Qué cosas se le ocurren a su madre. La serie, *Te Crown*, comienza de repente.
—¿Sabes? Tu padre tenía bigote cuando le conocí.
—¿En serio? —pone la pausa. La mira a los ojos—. No lo sabía.
—Se lo hice quitar porque al abuelo Manuel no le gustaban los hombres que llevaban bigote y, claro, como se lo tenía que presentar, pues le dije que era mejor que se lo quitara para que le cayera bien. Y no volvió a dejárselo crecer. Nunca. Yo fui muy feliz con tu padre, hija —le dice, muy seria, poniendo su mano en el brazo de Emma.
—Ya lo sé, mamá. Pero ¿por qué me dices eso ahora?
Y Pepa no le responde, se levanta de repente y le dice:
—Mira, voy a quitarme la blusa y la falda y me pongo algo más cómodo. Creo que no es lo más adecuado para quedarme en el sofá.
Y sale del comedor con la única intención de enviar un mensaje a Carlos. Se lo imagina llegando ya a la puerta del cine. Quién sabe, a lo mejor ya ha comprado las entradas y todo. Pobre. Le escribe: *No puedo ir.* Añade: *Hay complicaciones.*
Regresa al comedor y vuelve a sentarse.
—¡Mamá!
—¿Qué?
—¿No ibas a cambiarte de ropa?
—¡Ay, sí, qué tonta! —se palpa la blusa y la falda y suelta una risita, pero no se mueve del sitio, sino que deja su mirada en la nueva

serie.

Emma la observa mientras piensa que se está haciendo mayor. Que es impensable plantearse irse de casa y dejarla sola.

—Mira qué vestido tan precioso, Emma —le dice, como si estuviera viendo un milagro en la pantalla del televisor—. Te quedaría genial uno así, hija.

—A ver, mamá, quien lo lleva puesto es la reina de Inglaterra. ¿Cómo crees que…?

—¿Y qué? A ti te sentaría genial, Emma. Tiene vuelo, tiene gracia. Y qué color tan precioso, hija. Mira, mañana mismo voy a comprar la tela y te hago uno clavado a ese.

Y Emma no la contradice. La actriz de la serie tiene unos ojos azules tan bonitos como los suyos. También podría llevar el mismo tipo de vestido, ¿por qué no?

Suena *La vie en rose*, la versión de Zaz

—Vale, os pongo la canción solo una vez —advierte el profesor de Lindy hop, un chico de veintipocos, que durante toda la clase se ha mostrado divertido y paciente pero que, ahora, exhibe un gesto de incomodidad—. Solo hoy, como excepción a la nueva alumna —y señala a Emma—. El centro lo cerramos inmediatamente tras la última clase. Tenemos que cenar, chicos.

—Sí, sí, solo será hoy, te lo prometo —le dice Xandro, con esa voz de barítono que ha decidido darse un descanso en mitad de *La traviata* —. Solo es repetir los pasos básicos para que Emma se quede con ellos.

—¿Y tiene que ser *La vie en rose*? —pregunta mientras teclea el aparato de música—. Hay otras que sirven mejor para aprender el *flow* del *swing*. Esta canción solo la he puesto para que todos los del grupo pudierais experimentar los pasos con otras melodías similares y…

—Sí, sí, *La vie*, por favor. Es una versión extraordinaria —y Xandro se vuelve hacia Emma, que le mira sonriente. En esos momentos, le considera algo así como el mejor caballero del reino. Y todo porque ella, al escuchar esta versión durante la clase, le dijo que la voz de la cantante le parecía maravillosa y que desprendía una energía arrolladora—. Te lo agradezco mucho, de veras. Solo serán unos minutos y nos vamos. Para practicar el balanceo y el paso básico de seis tiempos.

—Vale, chicos. Aquí lo tenéis —y sale de la sala nada más empezar los primeros acordes de la canción francesa.

* * *

Emma y Xandro, ya a solas en la sala y con la voz de la cantante francesa paseándose por ella, dan los primeros saltitos al compás de la música. El contacto con las respectivas manos. Ese cuidado en dónde se ponen los pies, un, dos, tres, cuatro. El contrabajo y la guitara. La cantante imitando la trompeta con su voz. Y la canción acaba.

—Gracias, Alejandro —le dice Emma.

Quién le hubiera podido decir que, un par de horas antes, cuando decidió ir a la academia de baile, todo se iba a desarrollar de esa manera.

Y es que Emma pensó, de repente, que ya era hora de asistir al cursillo que había pagado semanas atrás. Se visitó para la ocasión, con un vestido retro ideal para bailar *swing*, *Lindy hop* o lo que fuera, que había comprado días atrás por internet. Era de color azul y topos blancos, sin mangas, con escote de solapa, con vuelo y cremallera a la espalda, largo hasta la rodilla.

—Radiante —le dijo su madre cuando la vio con él.

Y daba gracias al cielo porque su hija no había entrado en una depresión tras la ruptura amorosa ni tras el ataque de ansiedad. Su hija demostraba, como siempre, el coraje que la habitaba y que la guiaba en la vida. Le abrió la puerta y no dejó de sonreír mientras Emma esperaba el ascensor. La observaba, la espalda recta, el precioso vestido, los zapatos de color azul y con hebilla, también especiales para bailar y en los que su hija se había gastado nada más y nada menos que ciento cuarenta euros.

—¡Son comodísimos, mamá! —le contestó ante el escándalo que le había montado cuando le dijo el precio. En realidad, la madre entendió ciento noventa, así que, aunque seguía diciendo que eran carísimos, su pasmo había bajado algunos grados—. Mamá, se deslizan la mar de bien —e hizo un movimiento que lo demostraba—, son acolchados por dentro, el tacón es ideal, ni alto ni bajo y…

Pepa vio cómo se cerraba el ascensor, con su hija dentro, y sintió esa sensación de abrir la jaula a un pajarillo para que alcanzara la libertad.

Solo esperaba que su pajarillo supiera encontrar, por sí sola, todo lo que necesitaba.

Claro, por qué no.

Necesitaba creer en ello.

Ambas necesitaban creer en ello.

Ahora, Xandro espera a que ella salga de la sala y, luego, apaga la luz.

Ambos dicen adiós a los profesores, que están esperándolos con las llaves en la mano para bajar la persiana. Cuando salen se dan cuenta de que ya ha anochecido, que las farolas están encendidas, que por todas partes se extiende el murmullo que proviene de las terrazas repletas de gente…

—¿Puedo acompañarte a tu casa? —le pregunta Xandro. Por la cara de sorpresa que pone Emma, añade—: Bueno, si te parece bien.

—¡Oh, sí! ¡Claro que sí! Nunca me ha acompañado a casa un hombre con bigote.

Ja, ja, ja.

—¿Sabes? Creía que los bigotes ya no se llevaban.

—Qué linda eres —le contesta él—. Dices las cosas sin ánimo de ofender y…

—¡Oh, disculpa! —y se pone la mano, abierta, sobre el pecho izquierdo, el que guarda el corazón—. ¿Te he ofendido? Porque, si te he ofendido, yo…

—¡Qué va! Es lo que te estaba diciendo, que tú, ni queriendo, ofendes —sonríe—. Los bigotes nunca han pasado de moda, Emma.

—¿Ah, no?

—No. Este que llevo, por ejemplo —y se lo señala—, es de estilo Chevron. Está también el de lápiz, que es el bigote finito; el de estilo inglés; el de morsa, el de Dalí; el de… Madre mía, qué risa tan magnífica tienes.

Emma deja de reírse, pero no de sonreír.

—¿De veras?

—De veras.

—Hacía tiempo que no me reía así —se sincera ella—. Creo que lo necesitaba. Ir a la clase de baile ha sido mi tabla de salvación. Bueno, lo has sido tú. Gracias.

Xandro guarda silencio. Camina con la espalda algo encorvada y los brazos sueltos, lo cual le da un aspecto relajado.

—Acabo de pasar por una ruptura —continúa Emma—. Y me está costando remontar. Por eso he querido ir a la academia de baile, para no seguir cayendo en picado. Y porque me apunté después de vernos, aquel día, ¿te acuerdas?, y no había encontrado el momento de comenzar las clases.

Xandro sigue callado. Solo escucha.

—Necesitaba remontar —repite Emma.

Más silencio.

Ella decide callar, también. Mira hacia la Gran Vía, la gente que va y viene. Los coches. Cruzan el semáforo que lleva a la calle de Emma. De repente, él dice:

—Estaba pensando… —duda unos segundos. Y la mira solo un instante, para continuar hablando mientras observa el suelo—. Estaba pensando en lo rara que a veces es la vida. En los caminos tan insondables que a veces nos tiene preparados —ahora sí alza los ojos y la mira—. O no, y resulta que somos nosotros los que vamos en busca de esos caminos que no sabíamos ni que existieran.

«Pero ¿de qué está hablando?», se pregunta Emma.

—Quiero decir, que siento mucho el dolor por el que estás o has estado pasando, Emma, pero fíjate: si no fuera por ese dolor, por esa ruptura, tú no habrías ido a la clase de *Lindy hop* y tú y yo no estaríamos aquí ahora, paseando tras bailar juntos.

Emma sonríe abiertamente. Le da la razón, claro.

—¿Y qué me dices de la casualidad de pararnos a leer, justo en el mismo momento, el cartel que anunciaba las clases de baile, semanas atrás?

—Es verdad, es verdad —se ríe ella.

Xandro busca sus ojos y le dice:

— No solo tienes una risa fantástica, Emma, también tus ojos son

preciosos.

«Vaya, vaya».

—En serio, creo que son los ojos más bonitos que he visto nunca. Pero es aún más bello que sepas mirar —se queda callado un segundo y añade—: Que sepas mirarme.

Y Emma no se lo puede creer. Lleva esperando treinta y tres años a que alguien le diga algo así. Mejor dicho: esperando a que un chico, un hombre, le diga algo así. Porque a lo largo de su vida sí que le han dicho —su madre o sus amigos— algo similar, pero todo eso ni se acerca a lo que le acaba de comentar Xandro.

Ella se detiene, en mitad de la avenida, bajo los portales de las tiendas ya cerradas, pero aún iluminadas. Le pide que lo repita:

—¿Qué has dicho?

—Que me gusta tu risa. Que me gusta tu mirada tan azul. Que me gustas tú, Emma. Mucho.

—¿Y le sueles entrar así a cualquier chica con la que te encuentras?

—No —se queda muy serio—. Solo a ti. Lo cierto es que no sé si se hace así. Hace mucho que no practico.

La sonrisa de Emma, que ese día lleva el color de su *rouge* preferido de Chanel, se mantiene magnífica, inmensa, tal y como han de ser las sonrisas perfectas. Sus dientes prominentes también salen a saludar.

Y no dicen nada más, solo reanudan el paseo hasta el portal de Emma.

—Bueno, pues aquí vivo yo. En el cuarto D.

Y él mira hacia arriba, por mirar. Los grandes balcones. Los geranios repletos de coloridas flores que se asomaban al abismo.

—No te digo que subas porque vivo con mi madre y…

La sonrisa de Xandro tras su denso bigote. Ella se pregunta cómo sería besar a alguien con bigote. Se aguanta una risa justo cuando él pone sus labios en los suyos, en un beso rápido.

—¡Vaya! —se azora Xandro, como un adolescente—. Ha sido un robo en toda regla.

—Ven, pasa —y ella abre la puerta del edificio y, una vez en el vestíbulo, al lado de los buzones, se acerca y le besa largamente, lengua incluida, sintiendo el pinchazo de los pelillos del bigote estilo Chevron de ese aprendiz de baile de voz profunda y modales exquisitos.

Ambos suspiran a la vez.

—¡Waaauuu!

—¡Halaaaa!

Quedan en volver a verse. La semana próxima. De nuevo, en clase.

—Dame tu móvil —le pide él.

Y ella se lo da para que Xandro deje guardado su número.

—Ahora, llámame, no nos vaya a pasar como cuando nos tomamos el café, que desaparecimos, sin más.

—Ay, sí —lo recuerda Emma lanzando una risita y pulsa el número de Xandro. La bocina de un barco inunda el vestíbulo del edificio.

La bocina y las carcajadas de ambos.

—Pero ¿qué…? —pregunta—. ¿Un acorazado? ¿En serio? ¿Ese es tu tono?

—O un barco pesquero. A ver, ahora te llamo yo y así oiré el tuyo.

Suena un ring.

—Es más normal que el tuyo —se disculpa Emma.

—Señal de que eres muy discreta —le sonríe.

Vuelven a despedirse y, cuando él ya está a punto de abrir la puerta, se gira y se acerca de nuevo a Emma, que ya está delante de la puerta del ascensor. Xandro le pone una mano a cada lado de sus mejillas y la besa otra vez, muy suave, en los labios.

—De veras, me gustas mucho —le dice en un susurro.

Y se va.

Emma no puede cenar, comprobando que tanto la pena como la alegría pueden cerrar un estómago.

Luego, cuando se va a dormir, el sueño no le llega, porque no hace más que pensar en lo que ha sucedido esa tarde. En el gran milagro acontecido.

Y, si eso no es amor, piensa, que baje ahora mismo la corte celestial en pleno y que se lo diga a la cara.

Escribe un wasap a Luci:

Estoy enamorada.

Emoticono corazón.

Otro corazón.

Cinco corazones más.

Del chico de la academia de baile.

Emoticono de grito.

El del bigote.

Emoticono de grito.

Y otro.

Y otro.

ALUCINANTE.

Alejandro. Ya te hablé de él.

Mañana te cuento.

Besos

Suena *Antes de verte,* de Rozalén con Kevin Johansen

—Pero ¿esto qué es? —susurra Emma a Vero, su compañera en la consultoría.

Ha sido entrar y encontrarse con esa reunión (¿improvisada? ¿Cuándo empezó? ¿Cuánto tiempo lleva fuera? Emma mira su reloj. Solo ha estado en el Registro cuarenta o cuarenta y cinco minutos). Se sienta en una silla que no es la suya, porque todos los del despacho están ocupando, sentados de cualquier manera, lugares que no son los propios. ¿Por qué nadie le ha comentado nada de esa reunión?, se pregunta. ¿Acaso se trata de algo casual, surgido de repente, como un truco de magia? Y allí mismo, no en el despacho del arquitecto jefe o en la sala de reuniones, precisamente.

—No sé —le contesta Vero, también en susurros—. José Ramón ha dicho que tenía que contarnos algo importante.

—¿Sin esperar a que yo llegara? ¿O no es algo que va conmigo? —y al decir esto nota cómo se le congela la espalda: ¿tal vez es porque ese «algo» SÍ va con ella?

Amparo, sentada a su derecha, se dobla un poco hacia delante para poder mirarlas con el ceño fruncido. Hace el gesto de cerrarse la boca con una cremallera.

—Mira que me cae mal —le dice Emma a Vero.

—¿Quién?

—Amparo.

—Ah, creí que te referías a José Ramón.

—También.

Vero se tapa la boca para que nadie vea su sonrisa abierta.

Y es en ese momento cuando Emma decide prestar atención a lo que él está diciendo, pero no lo entiende bien. José Ramón acaba de decir algo así como:

—… necesitamos una «apoyadura» que nos permita tener más socios y…

Emma entiende «necesitamos “una polla dura” que…».

—¿Ha dicho que necesitamos qué? —le pregunta a Vero.

—Ah…, no sé, no estaba atenta.

—A ver, Emma, ¿qué ocurre? —le pregunta José Ramón. Nada de una mirada cariñosa. Nada de dulzura en su voz. Su voz en la almohada del hotel. Dentro de su coche. Su lengua en la oreja, provocándole un estremecimiento—. ¿Acaso no consideras importante lo que estoy comentando? —se mete las manos en los bolsillos del pantalón. Hoy va informal, tal vez porque es viernes.

Lleva un polo Lacoste de color azul cielo, de manga corta; unos

chinos de color marrón claro y náuticos oscuros. Las pulseritas tibetanas, en su muñeca derecha. En la izquierda, un reloj que fue de su padre, don Matías, eso le contó en una de sus múltiples conversaciones.

—Es que no lo he entendido bien —dice Emma con voz dulce—. ¿Has dicho que necesitamos una… una qué?

—Una apoyadura.

Emma suelta una risita y baja la cabeza. «Madre mía», intenta calmar la carcajada que sabe que viene detrás, detrás de lo que va a soltar, porque sabe que no existe esa palabra, «apoyadura», sino:

—¿Te refieres a un «punto de apoyo»? —remarca, por si él ve la diferencia.

—¡Claro! —se ofende. En la voz se le nota que está incómodo. Se yergue, carraspea, adopta esa posición de los que se saben importantes (vale, tal vez lo sean), de aquellos que se sienten ganadores y les da igual el premio porque obtienen siempre lo que quieren—. Eso he dicho: necesitamos «una polla dura».

Eso es lo que vuelve a entender Emma y por eso esa razón, confirmada por tres veces, ella suelta una tremenda carcajada.

—¡Una polla dura! ¡Acabas de decirlo! —se tapa la boca. Su intención no es ofender. Al menos, no mucho.

Vero la acompaña en la risa, porque ya lo sabe todo el mundo: basta que Emma se ría para que comience un contagio de alegría.

—¡Es verdad, la necesitas! ¡Y no sabes cuánto! —continúa Emma, ahogándose, recordando la estancia en el hotel de Barcelona, cuando ella tuvo que hacer esfuerzos para que a él se le mantuviera firme. No hubo agradecimiento por la mamada. Ni sorpresa por ese regalo. Parecía como si José Ramón fuera el dueño del mundo y ella su más ferviente adoradora—. Necesitas una, una… Ja, ja, ja.

La arquitecta también se está riendo, pero intenta que no se le note, por eso se limpia las lágrimas con discreción. Incluso Amparo se tapa la boca. El becario mira al techo, apretando los labios. El aparejador se da la vuelta, con leves convulsiones que intenta sofocar. José Ramón observa a unos y a otros, con los nudillos blancos, intentando guardar la compostura. Es entonces cuando lo dice bien alto y claro, señalándola a ella, sin decir su nombre, como si lo hubiera olvidado, al igual que los que reciben un golpe en la cabeza y pierden, de repente, todos los recuerdos:

—Será mejor que te vayas —y José Ramón hace el típico gesto de la mano que implica la orden de alejamiento del lugar—. ¡Ahora mismo! ¡A la puta calle!

Su voz resuena de tal manera que las risas terminan en el acto. Se

abren las bocas de todos los presentes. Bocas incrédulas, ojos desorbitados… «Pero ¿qué?». Sin embargo, ninguno reacciona a tiempo; nadie se encara con el déspota y apoya (este verbo sí existe) a una Emma que ya recoge su bolso y su chaqueta y se dirige a la puerta con la fuerza que le otorgan sus zapatos de tacón alto y ancho, que van dejando un sonido (toc, toc, toc) que nada tiene que ver con el bochorno, sino con la dignidad.

«Tengo que cambiar de trabajo», se repite, mientras baja las escaleras deprisa y corriendo. No se espera al ascensor.

«Tengo que cambiar de trabajo». Y son sus zapatos de salón, los mismos que utiliza para bailar *Lindy hop*, los que la llevan fuera de ese despacho a respirar otro tipo de aire, a notar el sol en su rostro, a… a encontrarse, por casualidad, con Xandro, que está esperando a que el semáforo le permita cruzar la amplia avenida. Emma quiere gritar su nombre, pero, como dice la canción de Rozalén, *siempre que te encuentro, me quedo sin voz*.

Lo bueno es que Xandro decide mirar, no sabe por qué, hacia atrás.

Y la ve.

Y, al verla, abre los brazos y extiende una sonrisa enorme bajo su bigote.

¿Y qué puede hacer Emma? Pues refugiarse en esos brazos y en esa sonrisa. Lleva toda la vida esperando algo así. Esperando todo lo bueno, no algo o un poquito, sino todo lo bueno. Y, para ella, todo lo bueno viene con el nombre «ALEJANDRO» en letras mayúsculas y luminosas.

¡Como para no verlo!

—Total, que tengo que encontrar un nuevo trabajo —le dice tras contárselo todo. Su enamoramiento. Su lío amoroso. El viaje a Barcelona. La decepción al saber que él estaba casado. La ruptura fulminante. O no precisamente en ese orden.

—Pues qué quieres que te diga, eso es acoso sexual y laboral en toda regla. No te pueden despedir. Y menos como lo ha hecho ese impresentable, gritándote de esa manera delante de todo el mundo.

—Ya, ya lo sé. Pero igualmente, tengo que irme, ¿no? ¡Como voy a trabajar en semejante lugar, con ese mal rollo!

Emma da un nuevo lengüetazo a su cucurucho de helado de turrón, su favorito. Xandro y ella están sentados en un banco de un parque que hay tras la Gran Vía. Un parque tranquilo, con su sombra y sol, sus pájaros, sus árboles y un centenar de ventanas que miran a ese remanso de paz. Así se llama precisamente: Plaza de la Paz.

—La verdad es que no sabría cómo comenzar a buscar un nuevo trabajo. ¿Y dónde?

—No tienes por qué —le repite Xandro—, pero entiendo lo que dices.

—Bueno y, para mayor inri, también tengo que cambiar de piso.

—¡Caramba! ¿Y eso? —se extraña Xandro. Come con parsimonia una tarrina de helado de yogur y nueces de macadamia. La mínima cuchara entra y sale del envase con una precisión de siete segundos—. Creí que tu madre y tú formabais un buen equipo.

—Sí, pero se ha añadido un nuevo jugador y ya no mola tanto. ¡Porras, me manché! —exclama ante la gota de helado que le acaba de caer en su enorme pechera. Ese día lleva un vestido informal en forma de túnica, de color amarillo y grandes topos blancos, con cuello de pico y un largo collar de cuentas de madera que acaba a la altura de su ombligo y que lleva en el extremo una estrella y un pompón de flecos cortos. Le da su cucurucho a Xandro para que se lo aguante mientras ella busca en el bolso un pañuelo para intentar… para intentar nada, porque frota y la mancha persiste. Coge una toallita húmeda. Nada. Deberá lavarlo, claro—. Bueno, qué se le va a hacer.

—Ese gesto me gusta mucho de ti.

—¿Cuál?

—Que no te alteres, que conserves la calma.

—¡Claro! ¿De qué me va a servir ponerme como una mona histérica? —le sonríe, mientras vuelve a dar lengüetazos a su helado —. De nada, no sirve de nada, ¿no crees?

—Y son estos detalles los que más me cautivan y me piden saber más de ti.

—Qué majo —se le queda mirando. A veces no sabe si él le habla en serio o le toma el pelo. Espera que no, que no le tome el pelo. No tiene sus alertas activadas y ahora mismo le podrían colar cualquier gol.

—¿Qué decías sobre un jugador extra o…?

—Ah, sí. Que mi madre tiene novio.

Xandro alza las cejas. Se queda con la cucharilla en la boca.

—El mismo que me llevó a urgencias del hospital. Se llama Carlos. Ostras, debería haberlo sospechado, ¿no? O tal vez ya lo sospechaba, pero… Total —habla con la boca llena, mordiendo la galleta del cucurucho— que, desde hace unos días, ese Carlos no solo se queda a cenar con nosotras, sino que creo que también se queda a dormir —mueve arriba y abajo su cabeza, para dar mayor énfasis a sus palabras —. ¡A dormir con ella! Al menos, no oigo ningún ruido en la puerta principal que me indique que se va.

—¡Ay, qué malotas estas madres!

Ambos se ríen.

—Creo que sobro.

—¡Nah!

—En serio, me da mal rollo estar de aguantavelas. Tengo que buscarme un piso ya. Se lo diré a mi amiga Luci, a ver si puedo compartir el suyo durante un tiempo. Ya me lo ofreció tiempo atrás, así que ahora…

—Buena idea, eso de compartir piso con un amigo —comenta rebañando el envase con la cucharilla.

—¿Sí, verdad? —le dice, muy convencida—. Lo malo es que ahora también está viviendo su hermana con ella. Es temporal, hasta que se arregle con su marido. Vamos, espero que se arregle con él, así yo podré pasar a su habitación y no quedarme en el sofá.

—¡Qué interesada!

Ja, ja, ja.

—Y un trabajo. También necesito un nuevo trabajo. Pero, con lo mal que está todo esto del tema laboral…

—Mi piso es muy grande y vivo solo.

Emma se le queda mirando, muy seria. Sigue sin poder discernir la ironía de la franqueza. Le responde, antes de reírse:

—¡Nah!

21

—¡Mira, mira, es él! —exclama Luci, mientras agarra del brazo a Emma. Están sentadas en la primera fila de la librería, que parece llena solo porque las sillas están separadas un metro la una de la otra. Pero sí, es posible que esté llena en ese parámetro de restricciones de aforo: no solo están ocupadas todas las (escasas) sillas, sino que también hay algunas personas de pie.

Han ido a ver la presentación del nuevo poemario de Xandro Ulloa. Ambas están con el libro en su regazo, esperando a su autor, que acaba de entrar. Son muchos los que le saludan a su llegada. Parecen amigos suyos, no solo unos lectores que pasan por allí o que esperan a que comience la sesión.

—¡Joder, y llega acompañado de…!

Emma no oye el nombre que dice Luci, porque ya se ha girado para ver al poeta. Y se queda, por unos instantes, congelada:

¡Xandro Ulloa es, nada más y nada menos, que Alejandro, su compañero de baile!

Alejandro, su nuevo amigo.

Alejandro, el que días atrás se la comió a besos.

Allá está, con su gorra, con un elegante chaleco sobre una camisa de flores enormes, con la altura de un delgaducho pívot que llega a todas las canastas y, por supuesto, con ese bigote que ella ya sabe que se llama Chevron porque él mismo se lo dijo tras una clase de *Lindy hop*.

Xandro, el poeta, entra en la librería y saluda a los libreros. Emma ve que se está riendo, pero no oye su risa: hay mucho ruido ambiente. Varias personas pululan alrededor de él y le demuestran lo contentas que están de volver a verle. Lo que sí le llegan a Emma son las palabras de Luci:

—… es lo bueno de tener amigos.

—¿Qué? —pregunta Emma, volviéndose hacia ella—. No estaba escuchando.

—Digo que qué sorpresa que haya venido, también, ese periodista famoso. Que eso es lo bueno de tener amigos.

—¿Qué periodista?

—Chimi Álvarez, el buenorro que está a su lado. El rubio con mandíbula de héroe de cómic. ¿No sabes quién es?

—Me suena, pero…

—Incluso hizo un concurso de esos de preguntas y respuestas en no sé qué cadena. ¿De verdad que no te suena?

—Pues ahora que lo dices…

Y el periodista famoso, moreno UVA (se le nota a la legua), con

ropa ajustada y oscura, da la mano a unos y a otros con una gran sonrisa, firma autógrafos… Parece que es él el que ha escrito el libro. Luci y Emma observan, sin disimulo, el séquito que acompaña a Xandro.

—Y la rubia divina que está a su lado es su mujer —continúa Luci retransmitiendo en vivo y en directo.

—¿La de Xandro?

—No, mujer, la del periodista buenorro.

—Oye, tengo que decirte una cosa. ¿Te acuerdas del tío que es mi pareja de baile y que…?

—¡Emma, qué alegría! —exclama Xandro cuando la ve. Su voz envolvente. Su mano en su hombro.

Y ella no puede responder. Se ha levantado como si fuera un resorte, pero se queda rígida como una estatua. El calor la asfixia. «Oh, no», pide, mentalmente, «que no vuelva a tener un ataque de ansiedad, por favor, por favor, por favor». Siente la mirada pasmada de Luci, a su izquierda, también de pie. Emma le dice a Xandro:

—No sabía que eras poeta —y, antes de que él responda, se gira hacia Luci—. Mira, Luci, este es Alejandro, bueno, es Xandro, el poeta que tanto te gusta. Resulta que es mi compañero de baile.

—¡Hey, qué bien suena lo de compañero! —exclama él con alegría. Y, acercándose a Luci, le dice—: ¡Me alegro mucho de conocerte, Luci! Emma me ha hablado muy bien de ti. ¿Así que te gustan mis poemas?

Su voz, su voz aterciopelada, por fin Luci la puede escuchar en directo. Solo acierta a decir:

—Sí, sí, soy tu fan número uno. O dos —se ríe, nerviosa, señalando a Emma.

«Madre mía», piensa Emma, «nunca la he visto así».

—Encantada —añade.

—Hey, luego, tras la presentación, hago una pequeña fiesta en mi casa. ¡Decidme que vais a venir, por favor! —y junta sus manos en señal de ruego, mirando a una y a otra—. Es una cena fría, hay bebidas, amigos, música…

—Huy, no —dice Emma con cierto bochorno.

—¡Por supuesto que iremos! —exclama Luci, a la vez, con una exagerada alegría. La falsa alegría de los que ocultan una furia desmesurada.

—¡Os espero! —y las señala con el dedo, sin dejar de sonreír—. ¡No os escapéis!

Y, dicho esto, se va a la butaca que le han adjudicado, dos metros más allá. La concatedral, frente a la librería, suelta al viento las siete campanadas horarias y, durante esos instantes, nadie oye nada salvo

su sonido metálico y retumbante, por lo que los asistentes esperan a que vuelva el silencio. Luego, el librero coge el micrófono, que lleva un protector de plástico, da las buenas tardes a todos los allí reunidos y agradece al poeta que haya elegido su librería para hacer la primera presentación de su veraniega gira estatal. Tras hablar del famoso periodista que acompaña al autor y alabar su trabajo en los concursos televisivos, le pasa el micrófono a este.

—¡Una fiesta en casa de Xandro Ulloa! —susurra, eufórica, Luci. Ha bajado tanto el tono que apenas se la oye. Pero se ve que está contentísima, sin el fingimiento de dos minutos atrás—. En algunos artículos he leído que los encuentros en su casa son divinos. Siempre he querido ir a fiestas de esas.

—Pues mira por dónde que…

—¿Y cuándo me lo ibas a decir? —le pellizca el brazo. Emma da un respingo—. ¡Mosquita muerta!

—Ay, no, no me digas eso…

—Qué hijaputa eres —le susurra.

Emma la mira ofendida y exclama:

—¡Oye, que yo no sabía que era él, de veras! ¿Cómo iba a saber que era él? ¿Cuántas posibilidades había de que fuera él, eh?

—Bah, tampoco es para tanto —le dice Luci, levantando los hombros.

Para nada quiere que su amiga tenga, allí mismo, una recaída en su maltrecho estado de ánimo. Y se dedica a mirar intensamente al periodista, como transmitiéndole a saber qué pensamientos a través de invisibles ondas cerebrales. Lo importante es el contacto visual con él. Y lo consigue. Oh, vaya que lo consigue. No, no ha perdido la práctica. Ya lo tiene en sus redes y él lo confirma desde su butaca, que ahora parece su trono.

Ese famosillo televisivo parece muy cómodo hablando por el micrófono. Tal vez, excesivamente cómodo, porque está medio echado hacia atrás, con las piernas cruzadas y un brazo por encima del respaldo de la butaca. Ha notado la mirada de Luci, de la intensa Luci, y todos sus gestos inconscientes se los dedica a ella, la cual los recoge con una sonrisa de medio lado. La sonrisa irónica de los que ya están de vuelta de todo. Al periodista solo le falta en una mano una copa con un sombrerito y, en los ojos, unas gafas de sol para dar la sensación de que está en una terraza playera de Ibiza y no en una librería riojana un viernes a las siete y cuarto de la tarde. Reparte sonrisas como si le estuvieran enfocando con una cámara de televisión.

¡Oh, vaya, pues sí! Acaba de llegar un equipo de Rioja Televisión.

Trípode y cámara. Hablarán del evento en los noticieros del día siguiente, seguramente.

Ahora le llega el turno, por fin, a Xandro Ulloa. Dice que suele comenzar sus presentaciones con los versos de otro poeta y que, en esta ocasión, ha elegido a uno del Renacimiento español llamado Gutierre de Cetina (a Emma, al oír este nombre, le da un vuelco el corazón. Aguanta el aire, expectante), un poeta sevillano que murió en México, dice, y que le dedicó un madrigal, que es una composición lírica de tema amoroso con versos heptasílabos y endecasílabos, a una mujer muy hermosa (Emma sigue seducida por sus palabras. Se ha perdido en ellas. Solo escucharlo hace que su mente y su cuerpo le presten una atención sobrehumana), llamada Laura Gonzaga.

—He elegido este poema porque habla de unos bellos y serenos ojos y, como veis, en la portada de mi libro, aparecen estos bonitos ojos de una desconocida —muestra la portada a los oyentes—. Sin embargo, no esperaba encontrarme esta tarde con alguien que posee los más bellos que he visto nunca. Los ojos de una hermosa mujer llamada Emma.

Emma nota todas las miradas en ella.

Nota, como si le quemara especialmente, la mirada de Luci a su izquierda.

—¡Pero qué coño…! —le susurra, molesta.

—«Ojos claros, serenos, si de un dulce mirar sois alabados» —comienza a recitar Xandro—, «¿por qué, si me miráis, miráis airados? Si cuanto más piadosos, más bellos parecéis a aquel que os mira» —Emma nota cómo se le escapan las lágrimas. No hace nada por retenerlas. Que corran, que corran libres—, «no me miréis con…».

Emma se ha desbordado, eso ve Luci. Su pecho se agita al compás de las lágrimas. «Madre mía», piensa, «esta está coladita por él».

¡Y él! ¿Qué decir de él, que no ha dejado de mirarla ni un solo momento? Como si no hubiera nadie más en la librería. Como si fuera una presentación única y exclusivamente para Emma. Ella, que lleva tanto tiempo recreándose en esa fantasía, en la de que alguien le dedique unos versos que hable de unos bonitos ojos, no puede creerse que esté sucediendo en estos momentos. Y ahí está Xandro, el elegido por el universo para que a ella le llegue ese regalo. Emma cierra los ojos y se concentra en respirar poco a poco, para que el pinchacito en su pecho no vaya a más.

Y así, con los ojos cerrados, deja pasar la presentación. Solo oye la voz de Xandro, hablando de los versos que contiene su nuevo poemario. Solo oye la voz de ese periodista altanero que va soltando gracietas (es lo que tiene la confianza o, tal vez, el creerse que está

por encima del otro. Ella no lo hubiera elegido como presentador). Emma, con los ojos cerrados, escucha también las preguntas de los lectores. Y la voz de Luci, a su lado, le hace abrirlos:

—Hola, soy Luci —ha subido su tono de voz para que todo el mundo la oiga— y he leído todos tus libros —le sonríe—. Me gustaría preguntarte si has pensado en Logroño como residencia fija o si solo estás de paso.

Emma quiere ser tragada por la tierra. Esa frase la decían en la película *Notting Hill*, la preferida de Luci y de ella, la que han visto un millón de veces. Xandro no es Hugh Grant, pero sonríe abiertamente y contesta:

—Bueno, ya no tengo nada ni a nadie que me ate a Barcelona y aquí he encontrado muchas razones para quedarme.

—¿Una de ellas puede ser una chica? —y le da un pellizco mínimo a Emma.

Se oyen numerosas risas por toda la sala. Incluso él se ríe. Emma quiere desaparecer inmediatamente, con la silla y todo. Baja la cabeza y su cabello la cubre casi por completo.

—Pues… —mira a Emma a pesar de que ella disimule dentro de su cueva— sí. Es posible, sí —ahí Emma levanta la mirada—. Sí, es más que probable.

¡Bingo! Xandro ha estado a la altura. Seguro que también ha visto la película. Emma no sabe si reír o llorar.

Más risas en la sala que el periodista buenorro aprovecha para lanzar otro chiste y dar por acabada la sesión tras decir:

—¡Y, ahora, las firmas!

—Vaya, vaya, así que así son las movidas en casa de mi poeta favorito —dice Luci con un margarita en las manos. Le da un sorbo—. Joder, qué bueno está —y vuelve a dar otro sorbo.

Emma tintinea su cola *light* y no deja de prestar atención a los movimientos de Xandro Ulloa, que va hablando con cada uno de los invitados. Le pregunta a Luci:

—¿Crees que hemos hecho bien en venir?

—A ver, tía, nos ha invitado directamente, ¿no? No nos hemos acoplado al grupo. Además, fíjate en la dedicatoria que te ha escrito: es casi una declaración de amor.

—Sí, eso sí —le contesta con cierto rubor—. Pero, a lo mejor, se lo ha escrito a más gente. Creo que los escritores escriben lo mismo a todo el mundo.

Y Luci le coge el libro y lee, en voz alta y con cierta sorna:

—«Gracias por tu presencia (y por tus ojos, que me han llevado a meditar el gran placer que pueden causar un par de ojos bonitos en el rostro de una mujer hermosa). Estas palabras no son mías, sino de Jane Austen en su *Orgullo y prejuicio*, y yo las tomo prestadas para poder ofrecértelas, querida Emma. Tuyo, Alejandro». Joder, menudo rollo que te ha escrito. ¡Mira, si ha llenado toda la puta página!

Pone el libro abierto ante sus ojos mientras se carcajea.

—A ver —continúa Luci—, a mí ni me ha escrito una parrafada ni ha firmado «tuyo, Alejandro», sino solo un escueto «Con agradecimiento. Xandro Ulloa». ¡Y eso que era yo la que estaba colada por él! —Luci se ríe mientras se acaba su copa—. Madre mía, me siento como un instrumento del puto destino para que vosotros dos pudierais encontraros. ¡Joder, joder, joder!

—¡Pero qué vulgar y barriobajera eres! —le reprueba.

—No, no, si digo «joder» porque la mujer del periodista buenorro se larga. ¡Mírala, se está despidiendo de todo el mundo! ¡Bien! —y hace el gesto de cerrar el puño.

—¿Y él se queda? —se extraña Luci.

—Ajá. Todo mío —se quita la cazadora y la deja tirada sobre un sofá. Se remueve el pelo. Carraspea. Sin disimulo, se recoloca sus senos, dentro del corpiño floral que lleva esa tarde, se pasa el dedo por la cintura de sus ajustados vaqueros y sonríe a su amiga.

—¡Pero, si está casado, Luci!

—Hey, ese es su problema, no el mío —le dice, muy seria, levantando el dedo—. Otras, y no miro a nadie, cariño, han podido tener escrúpulos con eso —ahora le da toquecitos con ese dedo estirado. Se lo clava en un hombro. Emma se queja—. Pero yo, no. Si

me gusta, voy a por él y, si él no quiere, que lo diga, que tiene boca y yo no le doy ningún ultimátum. ¡Y, ahora, a bailar!

—¡Pero si no hay música!

—Ya verás como sí.

Y Luci deja su copa vacía en una mesa, coge otra llena y se va directamente a Xandro. Le dice algo y este, sonriendo, toquetea su equipo de música y suena *Tienes flow*, una canción de Colectivo Panamera.

—¡Súbelo! —le grita Luci a Xandro y la canción enloquece dando vueltas por toda la estancia.

Emma piensa que su amiga va algo pasada, pero sigue sus pasos, al ritmo de la música, con esa canción que la mayoría conoce y que corean mientras saltan («Pero tienes *flow*, bailas *slow*…»), disfrutando del baile en mitad de esa gran sala, que es grande porque Xandro, antes de entrar a vivir, mandó quitar el tabique que separaba dos habitaciones, la cocina y el salón, convirtiéndolo en una pieza diáfana, de paredes blanquísimas con pósteres enmarcados de películas clásicas (*El mago de Oz*, *Cantando bajo la lluvia*, *Con faldas y a lo loco* y *Lo que el viento se llevó*), repleta de libros colocados en estanterías de obra y con cuatro sofás otomanos en diversos modelos y colores. En el alto techo, unas coloridas y abundantes lámparas en forma de globos de vidrio formando agrupaciones, como si fueran setas aéreas.

Luci y Emma, con coreografía incluida, no dejan de reír y el resto de los invitados las acompañan. Siempre habían sido el corazón de todas las fiestas. Hacía tanto, tanto tiempo que no sentían esa alegría, esa capacidad de poder volar solo con proponérselo… La letra de la canción dice algo de ir abriéndose paso al vaivén del contoneo, y ellas lo recrean, alegres.

Alrededor de Luci baila el periodista, con un contacto visual nada disimulado.

Y Xandro, a un metro de Emma, se muestra sorprendido cuando todos sus invitados le cantan, siguiendo la letra de la canción, que les gusta escribir igual a como leen.

Y a gritos, vuelven a repetírselo («Igualito a como leo»).

Las risas, espontáneas, auténticas, permiten que se regenere la mente y el espíritu de esos quince asistentes. Diez bailando. Dos sentados y tres, de pie. Inmediatamente después comienza *Quiero mucho más*, otra canción del mismo grupo musical, pero con acompañamiento de Eskarnia, que dice algo así como que da igual lo que decidas porque las cosas vienen solas.

Luci sonríe abiertamente al periodista, que se acerca a ella con esa cadencia de los felinos a punto de atacar a su presa. Lleva un botellín

de cerveza en cada mano y le pasa uno a Luci. Él se la come con los ojos y se ríe de todo lo que dice. Parecen dos animales bellos y salvajes haciéndose la corte mutuamente.

El grupo musical, con un ritmo pegadizo, dice que quieren mucho más y esa música, en este hermoso piso, invade toda la estancia y sale hacia el patio, donde se reúnen varios invitados, todos hablando a gritos. Emma se acerca a unos canapés. Prueba uno de salmón. Hum, buenísimo. Coge una cazuelita con huevo de codorniz sobre patata panadera. Hum, qué delicia. Y ve cómo Luci y el periodista salen del piso deprisa y corriendo, cogidos de la mano.

¡Pero, bueno!, exclama sin poder creérselo. ¿No decía Luci que no quería más amoríos de ese estilo? Qué poco le duran sus propias promesas.

—¡Hola!

Emma se sobresalta por el saludo que viene acompañado con una mano que se posa en su espalda. Es Xandro, que acaba de pillarla justo cuando prueba unas delicias de cangrejo.

—¡Oye, qué bueno está todo! —exclama ella. Da un trago a su cola.

—¿Verdad que sí? ¿No quieres mejor una copa de vino blanco? Mira, ven, lo tengo aquí, está fresco, fresco.

—No, no, de verdad.

—Es de mi bodega —y ya le está sirviendo una copa.

—Es que no pruebo el alcohol.

—¿No?

—No, me sienta mal —a ver, Emma no cree que sea el momento ni el lugar para contarle que alcohol y tratamiento hormonal nunca es una buena combinación. Que no solo lo tiene prohibido, sino que ya son muchos años llevándolo a rajatabla y que así será el resto de su vida.

—Anda, vamos al patio, estaremos mejor.

—Oye —Emma se detiene para mirarle a los ojos mientras le habla —. ¿Por qué no me dijiste que en realidad te llamas Xandro y que eres poeta?

—Bueno, pues porque no me llamo Xandro, sino Alejandro, y porque soy poeta, sí, pero no voy contándoselo a todo el mundo nada más conocerlo —le sonríe—. ¿O es que tú no tienes secretos, cosas que solo cuentas cuando ya hay más confianza?

—Huy, sí —alza sus cejas, perfectamente depiladas. Los ojos, ese día, los lleva maquillados en tonos ocres y las pestañas, largas, están curvadas tal y como a ella le gustan.

Cree que ha llegado el momento de sincerarse con él, de decirle algo más sobre ella, pero justo comienza a sonar *Let´s Get Loud*, de

Jennifer López, y la locura se desata entre los presentes. Y ella también se vuelve loca, claro.

—¡Es la mejor fiesta de mi vida! —le dice, moviéndose al compás de la música—. ¡Madre mía, cómo lo echaba de menos!

—¿El qué? —le grita él, acercándose.

—¡Bailar!

Y Emma baila, baila, baila. Y no, no está sola.

Un vecino llama al timbre insistentemente. Que no son horas. Que hay niños que tienen que dormir. Que…

Y la velada se transforma entonces en algo relajado y tranquilo, más *chillout*.

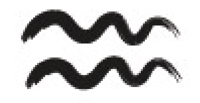
—Qué pena —dice Xandro, sentándose a su lado en el balancín del patio. Las velas están encendidas. Todo el entorno huele a jazmín. Los invitados conversan a media voz. Ríen. Las baladas que salen del equipo de música apenas se oyen—. Sí, una pena, justo cuando decías que era tu mejor fiesta, va y llega el vecino y…

—Y lo sigue siendo —sonríe Emma—. La mejor fiesta, en serio.

Xandro no lo puede evitar y la besa allí mismo. Delante de todos. El murmullo de sus amigos crece. Incluso las risas. Y él lo explica con sencillez:

—Es mi chica —se levanta y la toma de la mano, sin dejar de mirarla a los ojos, esos ojos que le tienen hechizado, tan azules (dice), tan profundos—. Ven, que te voy a presentar. Mirad, chicos, esta es Emma y me gusta mucho. Mucho —y vuelve a besarla en los labios. A continuación, va señalando y nombrando a cada uno de sus amigos, para que ella los conozca.

Emma rectifica: no solo es la mejor fiesta a la que ha asistido, sino que es el mejor día de su vida.



ACUARIO

Crees que el precio de tu extravagancia es sentirte extraño entre la gente. Crees que lo normal es la soledad que sientes. Sin embargo, hoy el Destino te lo desmentirá, porque hay alguien para ti que utiliza tu misma frecuencia: hoy recibirás una señal suya.

Luci abre la puerta de su edificio. Nota el aliento del periodista en su nuca. Olor a ginebra. A tabaco. Chimi. Se llama Chimi ese buenorro. No es su nombre verdadero, pero así le conocen en todas partes, así firma sus artículos (Chimi Álvarez), así aparece en los rótulos cuando habla en televisión (Chimi Álvarez Fonseca) y ella no le pregunta cómo se llama en realidad. El nombre auténtico, aquel que nos ancla en un mundo pero que, a la vez, tiene la llave que abre otro. Ese espacio-tiempo que nunca será auténtico mientras se utilicen diminutivos o si se acorta o si se enmascara con adjetivos, por muy cariñosos que sean.

No, Luci no quiere saber el verdadero nombre de ese hombre que acaba de conocer, que le cubre la espalda, que le ríe en la oreja, que se cree casi un semidiós por ese poder que le otorga el éxito y la riqueza. Y la belleza, claro. La belleza tiene un poder propio que va ligado a la soberbia. A veces, a la lujuria.

Luci no quiere tener con él ningún tipo de relación, salvo la de esta noche. No quiere saber su nombre, pero él sí quiere saber el suyo:

—¿Cómo te llamas, nena?

Uf, «nena». Cómo odia Luci a los que la llaman así. O a los que utilizan «churri», «cari», «amorcito» y similares.

—Luci Fer, me llamo Luci Fer.

—¡Coño, si además eres graciosa!

Chimi Buenorro suelta una risita floja, que se corta en cuanto Luci le señala su nombre en el buzón. Lleva dos meses viviendo allí y aún no ha conseguido enderezar la etiqueta del dichoso buzón.

— Joder, pues es verdad, tía.

Se queda con la boca abierta.

Ella chasquea la lengua ante esa imagen, porque sabe que no hay que fiarse de esos que se creen los más bellos del mundo, pero cuyo rostro, ante el asombro, se vuelve no solo flácido, sino aburrido. Vacío. Insulso. Una cáscara, solo eso.

Ella le toma de la mano y tira de él escaleras arriba.

—¡Oye, no me digas que no hay ascensor! —y le da una palmada en su trasero—. ¿A qué infierno quieres llevarme, Lucifer? ¡A no ser que estemos subiendo al mismo cielo!

De nuevo, la risita floja, que ahora a Luci le da cierto repelús. Porque de repente se ha acordado de la magnífica risa de Héctor. Una risa auténtica, que… ¿Qué fue aquello que leyó en un artículo?, se pregunta mientras sube un escalón y luego otro, poniendo mucho cuidado para no tropezar. ¿Qué decía, qué decía…? El alcohol le agarrota un poco las neuronas, que se muestran festivas, dicharacheras, yendo a su bola, y no a su propia necesidad. Se detiene en el descansillo del primer piso (el periodista se choca contra ella y aprovecha para sobarla. Ella se aparta, con disimulo) y enciende la luz, recién apagada. Se gira y le dice, recordando el artículo leído:

—¿Sabías que un minuto de risa equivale a diez minutos en una máquina de remar? Cardiova… cardivio… cardiovascularmente hablando, claro.

—¿Y diez minutos de sexo? —le muerde en el cuello, se frota contra ella y Luci nota la dureza de su pene, casi una bola masajeadora arriba y abajo en su cadera.

Ahora la nota en su propio sexo. Eso la excita.

Lo haría allí mismo, en el descansillo. Alguna vez le ha pasado eso de no poder esperar, eso de andar no ya colocada, sino un tanto salida. Salida de sí misma. Salida del lugar en el que estaba, como aquellas células que estudió en biología, ¿Biología? ¿Estudió biología? Algo de binario (los jadeos del periodista en su oído. Su propio vello, de punta)… algo bi, bina… (la lengua de él, recorriendo el cuello. Las manos de él, cogiendo su cabello y estirándoselo hacia atrás. Luci casi no puede pensar. Así no puede pensar). ¡Fusión binaria!, acaba de recordar, pero no sabe por qué estaba pensando en ella.

No volver a intentarlo nunca más en un lugar así, se repite, y con cualquiera (se desabrocha el pantalón. Jadea más alto que él, se frota más fuerte a la pelvis de ese, ese… ¿Chimi? ¿Se llama Chimi o Chevi?). Entre frotamiento y frotamiento, suben las últimas escaleras hasta el segundo piso. Les falta uno más.

Nunca más follar en un descansillo, eso también se juró un día (los dedos de él buscando dentro de sus bragas). No volver a repetirlo nunca más.

Luci abre los ojos, de repente, justo cuando la luz se apaga. Y se da cuenta de que está ante la puerta de Héctor. A pesar de la oscuridad, ella nota que cierta aureola brilla en esa puerta. Aparta al buenorro, que la está aplastando contra la pared, y le pregunta mientras le gira la cara hacia esa puerta:

—¿Qué ves?

—Una puerta —jadea—. ¿Es aquí? ¿Vives aquí?

—¿Ves cómo brilla?

—Veo lo que tú quieres que vea, nena. Estoy pedo. Estoy caliente. Estoy…

De nuevo la risa floja. A Luci se le despeja, de repente, la mente. Toma conciencia del momento y del lugar. Y una fuerza inesperada se apodera de ella. Quiere traspasar la puerta. La puerta de Héctor. Romperla con un golpe de hombro, como en las películas. Filtrarse a través de ella, como cualquier espíritu en su sano juicio.

Empuja al periodista. ¡Pero qué pesado!

—Lo siento, pero no me encuentro bien —le dice, doblándose y apoyándose en las rodillas, mientras intenta recobrar la normalidad en su respiración.

—¿Qué? ¡No me jodas, tía!

—Tengo… tengo… ¡Jaqueca, eso es! —y comienza a dirigirle, suavemente, escaleras abajo—. Una jaqueca enorme.

—¿Jaque… qué? ¡Anda ya!

—Vuelve a la fiesta de Xandro, venga —otro breve empujón, para encaminarle—. Y lo siento, tío. Lo siento mucho. Mucho.

—¿Lo siento? ¿Lo siento? —pregunta, con burla—. Anda que… —se le oye farfullar, ya en el piso de abajo—. ¡Calienta braguetas, eso es lo que eres! —la señala con el dedo—. ¡Y también una gilipollas!

Grita demasiado alto. Tanto que Luci cruza los dedos para que ninguna de las vecinas chismosas se asome a ver qué ocurre.

La luz de la escalera vuelve a apagarse. Luci carraspea y llama, con los nudillos, a la puerta de Héctor. Apoya la frente en ella. Pone también las dos manos abiertas. Quiere y no quiere que abra. Es un momento Schrödinger con todas las letras. Querer estar en dos sitios a la vez. O no estar. Huir o quedarse. Saber qué decir y no saberlo porque las palabras se le volatizan, igual que les pasa a los enfermos de alzhéimer.

Se oye el suave maullido de Moctezuma, el gato de Héctor, al otro lado de la puerta.

Los pasos de él justo detrás de la mirilla.

—¿Quién es? —pregunta. Y eso le hace gracia a Luci, que se va al interruptor de la escalera y vuelve a conectar la luz.

Y así, bien visible, se coloca ante la puerta con una gran sonrisa, para que la vea. La misma sonrisa que tienen que poner los que se han caído por un barranco y ven llegar el helicóptero que lanzará una escalera para sacarlos de allí. Por incautos. O por ineptos. O por tontos, porque hay que ser tontos para subir una montaña solo con lo

puesto.

—¡Ah, eres tú, Luci!

Y Luci piensa que es una gran metáfora de la vida, eso de que él abra su puerta y, tras él, la luz invada la estrecha escalera. Héctor luminoso. Héctor ángel guardián. El milagro que todo el mundo espera ver alguna vez, aunque sea de lejos. Le mira como solo se puede mirar a lo extraordinario, con la certeza de que, una vez que eso extraordinario o maravilloso te señala o pone un solo dedo en ti, es imposible no dejarse arrastrar por ello, queriendo que tu vida cambie para siempre. Luci, hasta ese momento, no necesitaba que su vida cambiara. Es más, ella ya tenía la vida que quería vivir, y sin embargo…

Y, sin embargo, Héctor.

Y lo extraordinario, o maravilloso, no solo la toca con un dedo, sino que la atrae hacia él. La abraza. La besa con una infinita dulzura. También con calma. En su aliento no hay ni rastro de ginebra. Ni rastro de ningún tipo de alcohol. Es un aliento puro, eso piensa Luci, mientras se pregunta quién no va a querer estar dentro de unos brazos que son así de firmes, como los que salvan vidas en el mar o en lo alto de un precipicio. Quién no va a querer notar el calor de un beso especial, esa sensación que recorre todo el cuerpo, no solo los labios. Quién…

—Ven —le dice Luci mientras le coge de la mano.

Y le lleva a su piso. Quiere que sea él el que inaugure su colchón, en el que ya lleva durmiendo, sola, casi dos meses. Quiere que el halo de Héctor, su presencia, se desparrame por cada estancia de su casa, porque sabe que él es mágico, es un talismán que dará protección y belleza a ese lugar. A ella misma, en cuanto la posea.

Pierde el control. Luci pierde el control.

Sabe que grita, sabe que no puede dejar de moverse encima de él, se ve como una amazona a lomos de un hermoso caballo que corre por una verde pradera. Incluso huele ese lugar que solo está en su imaginación, oye los patos que les sobrevuelan, puede notar el viento que le golpea en la cara.

Sabe que en algún momento su orgasmo acabará, pero no desea que llegue ese final. Quiere seguir teniendo («por favor, por favor, por favor») esos espasmos inauditos que tanto la sorprenden, y que experimenta incluso en los pies. Los oídos se le taponan, el llanto le sobreviene… Pero esos… esos… ¿Y esos golpes? ¿Es el cabecero? ¡Madre mía, el cabecero de la cama golpea la pared con cada embestida de Héctor! ¿Y esos otros golpes? ¿Suenan arriba? ¿Los da la vecina de arriba? ¿Es ella la que grita algo…? ¿Qué grita?

¿Cuánto tiempo ha pasado?, quiere saber, dentro de un repentino silencio, en una relajación sin precedentes. Cree que está en una balsa que recorre unas plácidas aguas. Qué extraño, se dice, y continúa con los ojos cerrados para que no se rompa el encanto de esa agua que parece rodearla y en la que puede oír las salpicaduras de algún pez, el mínimo aleteo de misteriosos seres acuáticos. Abre los ojos solo para comprobar que sigue en la habitación. No solo eso, sino que oye el clinc del microondas y a alguien abriendo y cerrando cajones en la cocina mientras canturrea una canción. «Ah, es mi hermana», recuerda.

Vaya, se sorprende, pero ¿cuánto tiempo ha transcurrido? ¿Susana volvió del trabajo cuando ella y Héctor ya estaban en la habitación?

—Lucía —le dice en un susurro, Héctor. Casi se había olvidado de que estaba allí. Es como si él hubiese salido un momento por la ventana a recorrer la ciudad y hubiera vuelto para continuar a su lado y pasar allí la noche.

—¿Hummm?

—Lucía —repite Héctor—. ¿Ese ese tu verdadero nombre?

—Ajá.

—¿Por qué prefieres Luci?

Luci no contesta. Tiene los ojos cerrados para oírle mejor. Su voz le parece la mejor voz. Aún puede olerle, esa mezcla de bosque y mar.

—¿Sabes qué significa tu nombre?

Silencio.

—¿Estás dormida?

—Te oigo muy lejos —ambos están estirados uno al lado del otro, como un par de cubiertos en un cajón. Ella tantea las sábanas y le coge de la mano. Entrelaza sus dedos con los de él. Nota su fuerza, de acero, nota el saludo de su mano morena «hola, ¿cómo estás?». Ella le responde: «bien, muy bien», con otro apretón, también de acero.

—Lucía significa Luz —susurra en su hombro desnudo. Ella nota su aliento—. La que nació con la primera luz del día.

—Qué bonito —responde con un hilo de voz. Le gusta. Todo lo que él dice, le gusta.

—Tienes un nombre precioso, Lucía. Serrat cantaba una bella canción con tu nombre. ¿La recuerdas? «La más bella historia de amor que tuve y tendré», tararea.

Con esos versos se duerme Luci, creyendo que aún está en el agua, en la misma balsa. Vuelve a apretar la mano de Héctor. Es todo lo que necesita. Ni siquiera le pregunta si pasará toda la noche con ella. Sabe la respuesta.

BIZCOCHO

Ingredientes:

—1 yogur natural

—3 huevos

—Harina (3 medidas de yogur)

—Azúcar (2 medidas de yogur)

— Aceite de oliva (1 medida de yogur)

—1 sobre de levadura en polvo (bueno, mejor uno y medio)



—¡Oye, qué bien huele! —exclama Luci cuando sale de su habitación.

—Bueno, he pensado que, si tenías visita —le dice Susana, señalando con la cabeza hacia la habitación de su hermana—, lo mejor era preparar un buen desayuno. Y, como sé que te gusta el bizcocho…

—Ay, armamos mucho ruido anoche, ¿verdad? —está algo desconcertada. Por haber montado un escándalo. Por tener que dar explicaciones en su propia casa—. Lo siento.

Y esa disculpa la desconcierta aún más. No suele darlas. ¿Cómo es que…?

—¡La leche, es que no te cortaste ni un pelo! —Susana la mira con ojos asombrados. No quiere regañarla, claro, a pesar de que le sale la vena-madre—. ¡Creí que se iba a caer el tabique, con el golpeteo!

—¿Y oíste a la bruja de arriba dando por saco con los golpecitos de la hostia?

—¡Luci!

—¿Qué? ¿Nos oíste a nosotros y a la bruja de arriba no? ¡No veas qué tía más pesada! ¡Cortaba el rollo a cualquiera!

—¡Pero vosotros no hacíais más que aporrear el cabecero de la cama contra la pared! —Susana deja escapar una risita. No puede reñirla. Toda la situación le parece surrealista—. Mujer, que eso no pasa ni en las películas porno. ¡Y qué gemidos! —ahora sí que ríe con

total libertad.

—Ay, sí —suspira Luci mientras se estira en el sofá. El brazo tras la nuca. Las piernas, cruzadas—. Tendré que fijarlo a la pared, para que no vuelva a pasar. ¡Pero qué polvazo, madre mía! —vuelve a suspirar —. Aún tengo palpitaciones orgásmicas —y se coloca una mano sobre su sexo.

Susana le tira un cojín a la cara. Se ríe, sí, pero piensa que tal vez no sea una buena idea quedarse a vivir con ella. Escapar de su casa y vivir con su hermana, ¿ha sido una buena idea? Lo pensó anoche, cuando llegó del trabajo y ya oyó que Susana tenía compañía en la habitación. Le resultó muy desagradable no saber qué hacer. ¿Cuál era el protocolo en un piso compartido? ¿Se podía quedar en el comedor, cenando mientras veía la tele, o era mejor esconderse en la cocina? ¿Podía canturrear mientras calentaba un vaso de leche en el microondas? ¿Tenía que irse a su habitación y encerrarse por si a ese ligue le daba por pasearse en pelotas para ir al baño?

—¿Lo conociste en la presentación literaria a la que fuiste ayer? —quiere saber.

—Ehhhh, no exactamente.

Su hermana la mira con los brazos cruzados, esperando más información.

—Ya le conocía, pero nunca pensé que… —Luci mira la hora en su móvil. Las ocho y cuarto y aún va con la camiseta del pijama. Sigue despatarrada en el sofá—. Joder, no me apetece ir a trabajar. Los sábados es un no parar y ahora mismo no tengo fuerzas ni para ducharme.

—Venga, va, dile a tu admirador que salga y os preparo el desayuno. Solo falta el café —y se dirige a la cocina.

—No, si él ya no está en la habitación. Se fue a primera hora a hacer taichí —vuelve a mirar el reloj—. Ya estará a punto de regresar a su casa.

—¿Tu ligue de anoche hace taichí? —Susana pregunta con incredulidad. Se imagina a una especie de gurú. A alguien bohemio. Y cae en la cuenta: ¡solo puede ser el escritor, por supuesto! —. ¡Es el escritor ese, tu amor platónico! ¿A que sí?

—¡Qué va! Y ya no lo es: se lo ha quedado Emma.

—¿Cómo que…? —Susana se apoya en el marco de la puerta, vuelve a cruzar los brazos. Justo en ese momento suena su móvil—. Es Juan —le dice—. ¿Qué hago?

—Déjalo que suene —Luci se incorpora y se queda sentada, mirándola—. Ni lo intentes —le repite ante el gesto de su hermana de darle a la tecla para descolgar.

—Qué mala eres —pero se lo dice sin pizca de aspereza—. Tienes el corazón duro como… como una piedra.

Se hace el silencio e, inmediatamente, suena el móvil de Luci.

—¡Vaya, ahora me llama a mí!

—Dime, Juan —responde Luci—. Date prisa que estoy a punto de entrar en la ducha.

—(…)

—No, no está aquí.

—(….)

—¡Pues qué sé yo dónde está!

—(…)

—Sí, ya sé lo del embarazo.

—(…)

—¡Pues qué quieres que te diga! Me parece muy bien. Se la ve muy ilusionada —le hace un gesto a Susana para que no se acerque.

—(…)

—En serio, sí.

—(…)

—Pues sí, sé qué podrías hacer.

Susana la interroga con la mirada.

—(…)

—A ver, por ejemplo —continúa Luci mientras se dirige a la cocina y da un mordisco al bizcocho recién hecho—. Hum, buenísimo. Madre mía qué…

—(…)

—Es que ha hecho un bizcocho para desayunar que te cagas.

—(…)

—No, ya te digo que no está. Ha dejado el bizcocho preparado para cuando me levantara y...

—(…)

—Por ejemplo, quiere tener una cita.

Susana le golpea el brazo, le susurra:

—Pero ¿qué estás diciendo?

—(…)

—Sí, claro, contigo.

—(…)

—¿Qué me estás contando de otro tío? —levanta las cejas y los hombros hacia Susana. Esta mueve la cabeza, en señal de negación.

—(…)

—¿Ah, sí?

—(…)

—Bueno, ¿y qué, que estuviera hablando con uno en un coche? ¡No

me digas que, por estar casada contigo, no va a tener conversaciones interesantes con nadie más! —cubre el teléfono con una mano y le susurra a Susana—: Ya me contarás lo del tío con un coche de color blanco en la puerta del colegio.

Susana se queda pasmada. Susurra:

—¿Qué?

—(…)

—Bueno, parece ser que hace mucho que no salís juntos, ¿no? —pregunta Luci—. ¡Y a solas! Yo creo que le encantaría ir a comer a algún sitio bueno, pero bueno de verdad, ¿eh? Un restaurante de esos en los que ella pueda disfrutar con la comida, que ya sabes que es toda una experta.

Susana le dice que sí con la cabeza. Levanta el pulgar en señal de aprobación.

—(…)

—¡No, hombre, no, de pinchos no!

—(…)

—¡Yo qué sé! Al Juan Carlos Ferrando, por ejemplo.

Susana da palmaditas, contenta.

—(…)

—¡No me jodas con lo de que si es caro! A ver, ¿te importa la relación o no?

—(…)

—Pues eso, mójate un poco, cuñado.

—(…)

—Flores, regálale flores.

Susana da un respingo.

—(…)

—Uf, otra vez con lo mismo. ¡Pues sí que eres *agarrao*! No me extraña que…

—(…)

—Tú mismo. Me has pedido consejo y yo te lo he dado.

—(…)

—¡No, claro que no! No estoy segura de si ya, con eso, volverá con vosotros.

—(…)

—Ah, ¿estáis abajo?

Y Luci y Susana corren para asomarse al gran mirador. En la calle esperan Juan y Nancy, mirando hacia arriba. Están al lado de un enorme y precioso cochecito de bebé. Capota cerrada, grandes ruedas, bolsa delantera. Su hija, en los brazos, lleva un enorme oso de peluche de color crudo y sujeta un par de globos de gas, uno de color rosa y

otro de color azul.

—Madre mía —susurra Susana, tapándose la boca, dejando que las lágrimas hagan caída libre por sus mejillas.

—Joder con mi cuñado, no me lo esperaba de él.

—¿A que no? —pregunta Susana mientras abre la ventana y grita —: ¡Subid, que hay bizcocho recién hecho!

—¡No hay ascensor! —le contesta Juan—. Mejor, baja tú.

Bastan las miradas airadas de las dos hermanas para que Juan decida que sí, que Nancy y él subirán los tres pisos con el aparatoso cochecito. Y el oso de peluche gigante. Y los globos.

—¡Ya abro yo! —dice Susana.

Aparta el cochecito que acaban de subir Juan y Nancy.

—Ay, pero qué bonito es —dice.

En la puerta se encuentra con Héctor, que lleva una caja de herramientas. Viste una camiseta desteñida y unos tejanos desgastados. El pelo lo lleva recogido en un moño alto. Huele a bosque. Está a punto de acercarse y olerle. A madera, también huele a la madera de ese bosque. Las hormonas del embarazo le están jugando una mala pasada, piensa. Le saluda con alegría:

—¡Hola, buenos días!

—Hola, Susana, ¿está Luci Fer?

Susana ríe.

—¿Sigues llamándola así?

—¡Claro!

Qué sonrisa tan hermosa tiene Héctor, piensa Susana. Humm, y ese olor que llega hasta ella.

—Está en la ducha. ¿Quieres pasar a esperarla?

—Gracias.

Y, cuando Héctor entra en la casa, Susana le sigue de cerca, oliéndole discretamente. Sí, piensa, es un bosque andante. Un bosque para pasear, para tumbarse a escuchar el canto de los pájaros y el viento entre las hojas de los árboles. Huy, acaba de darse cuenta de que él le ha preguntado algo.

—¿Qué?

—Que espero no molestar —y señala el cochecito, los globos, el peluche—. Deja la caja de herramientas en el suelo.

—Son los regalos que me han traído Juan y Nancy.

—¿Puedo? —le pide a la vez que pone su mano en el vientre de Susana.

Y ella, que es reacia a que nadie toque barrigas ajenas y, mucho menos la propia, permite que él lo haga. Al instante cierra sus ojos y se ve acunando un niño, un niño por el que siente un amor inmenso. Puede ver la sonrisa de su hijo. Su pequeña mano en la mejilla de ella. Susana la besa y comienza a llorar, en silencio. Esas lágrimas son un completo bálsamo para su alma.

—Bendiciones por el hermoso ser que llevas en tu interior —le dice en voz baja, mirándola a los ojos.

Y Susana los vuelve a cerrar, intentando guardar esos segundos de dicha.

—Oye, ¿cómo sabes que estoy embarazada?

—Anoche me lo dijo tu hermana.

—¿Anoche? —Susana despierta de su sopor.

—¡Hey! —dice Luci, recién salida de la ducha, con el aroma del melocotón en su pelo color rosa palo.

—¡Hey! —repite Héctor y la mira como si no hubiese nadie más en la habitación.

—¿Y esa caja de herramientas?

—Creo que hay un cabecero que hace ruido —Héctor le guiña un ojo—. Eso me ha dicho la vecina de arriba —señala el techo con la cabeza—. Vino a primera hora a quejarse.

—¡Mala pécora! —exclama Luci mientras recoge las llaves, el bolso, se pone los zapatos, mira el reloj y añade—: ¡Joder, qué tarde es! ¿Ya se han ido Juan y Nancy? Creí que te ibas a ir con ellos.

—No, no, me iré mañana, si no te importa.

—Claro que no, quédate el tiempo que necesites. Hale, nos vemos luego —y sale rápidamente del piso.

—¡Lucía! —la llama Héctor.

Ella se gira, le sonríe, se muerde la lengua para que no se le escape «dime, cielo». Nunca ha dicho nada semejante. No lo dirá ahora, claro.

—Entonces, ¿puedo anclar el cabecero a la pared?

La risa de ambos resuena en la escalera.

—No tardaré nada.

—Ya, eso me dijiste anoche y… —se acerca a él y le da un largo beso en los labios— y aún me dura.

—¡Qué exagerada!

—Quiero mucho más, mucho más de ti… —canturrea mientras baja las escaleras rápidamente.

Suena *Ella*, de Bebe

Antes de salir de casa. Emma envía un mensaje a Xandro: *Te espero en el café de siempre*. Como si hubiera una cafetería a la que siempre fueran a tomar café. Solo fue un día, pero seguro que él sabe a cuál se refiere.

Y Xandro no solo está allí cuando ella entra en el establecimiento, sino que se nota que ha salido deprisa y corriendo de casa: va sin gorra, el bigote no está tan bien peinado como siempre y la ropa que lleva puesta parece haber sido cogida al tuntún. Emma, no. Emma va vestida de una manera impecable, como siempre, y sin pizca de tristeza o depresión.

Hoy va a la oficina por primera vez desde que José Ramón la echó de malos modos y va asintiendo en su interior, mientras escucha la canción de Bebe, que dice que el mundo es solo para ella y que nadie puede hacerle daño. Y es que se dirige a su lugar de trabajo para quedarse. Quiere hablar seriamente con José Ramón, en su despacho, para decirle que no tiene potestad para echarla, que las leyes están de su parte y… qué sabe lo que dirá, pero lo que tiene claro es que ella quiere seguir en su puesto.

¡Solo faltaría!

Tal vez por esa razón, porque se trata de un día importante, lleva un pantalón de color rosa de corte recto en seda y algodón, con pinzas dobles en la parte delantera; un top de tirantes en crepé de seda rosa y un sobretodo de entretiempo, también en rosa.

—¡Hola! Pero, bueno, ¡estás preciosa!

—¡Buenos días! —le saluda, radiante. Es ver a Xandro y su cuerpo ya reacciona así, con sonrisa y alegría, ella no tiene que poner mucho de su parte, sino que es algo espontáneo, como el respirar.

—¿Qué tal estás? No sabes cuánto me alegro de que me hayas pedido que nos viéramos aquí. ¿Café con leche? —pregunta Xandro, ya en la barra, para pedírselo al camarero.

—Sí, pero descafeinado —Emma se sienta, cerca. Dejó de tomar cafés tras el susto con visita a urgencias y la ansiedad que le dictaminaron—. Y un pincho de tortilla, por favor.

—¡Qué alegría, verte otra vez! —exclama, ya con los cafés. Los deja sobre la mesa y vuelve a la barra a recoger los pinchos—. ¿Vas bien de tiempo?

Emma mira su reloj. Dice:

—No mucho. Empiezo a las nueve.

Ambos sonríen. Sin más. Solo se miran y sonríen.

—Menudo par de tontos somos —dice ella, atragantándose con el primer bocado.

—Me alegro de haber quedado, porque quiero proponerte algo —se le ve contento, se mueve en la silla, asiente y le dice—: Quiero que me acompañes la semana que viene a la presentación de mi libro en Bilbao.

—¿Cómo? —Emma mastica con cuidado. Mira, más allá, al camarero que prepara otros cafés. Observa cómo golpea el filtro, cómo lo llena, cómo lo coloca en la máquina. Luego, bebe de su taza. Sus labios dejan una marca rosada en la taza—. No entiendo. ¿Cómo que te acompañe?

—Sí y, después de la presentación, podríamos ir a las sesiones de Art After Dark del Guggenheim. Me apetece un montón.

—¿En el museo? —se extraña.

—Sí, son sesiones de DJ que empiezan a las diez de la noche. Un viernes al mes, de diez a una de la madrugada, y da la casualidad que la del viernes que viene coincide con la presentación de la librería. Se pueden visitar las exposiciones mientras hay una sesión de *disc jockey* en el atrio. Y también podremos bailar, si te apetece.

—Hum, suena bien, pero para bailar mejor en una discoteca, ¿no? ¡Hace siglos que no voy a la Fever!

—Bueno, podremos ir al día siguiente, si quieres. El sábado por la noche —le sonríe—. Vamos el viernes a la sesión del museo y el sábado, a la discoteca Fever. ¿Qué te parece?

—¿Me estás pidiendo pasar juntos TODO el fin de semana?

—Sí, te lo estoy pidiendo —Xandro se atusa el bigote. Emma comprueba que, sin gorra, las entradas de su cabello son muy visibles. Su espalda, sentado, parece aún más vencida.

—Eso es una cita, supongo —tantea Emma.

—En toda regla.

—¿Y en qué plan iremos? —pregunta, suspicaz.

—En el que tú quieras. Pero me gustaría ir contigo, Emma. Me gustaría que me acompañaras a la presentación. También vendrán muchos amigos. Lo pasaremos bien.

Emma se queda en silencio. Ya ha acabado su desayuno. Mira la hora y se da cuenta de que ya pasan de las nueve. ¡Llega tarde al trabajo! Se empieza a agobiar con el tiempo. Coge el bolso mientras Xandro continúa:

—Dormiremos en casa de una pareja amiga. Podrás tener una habitación para ti sola. Yo dormiré en el sofá si lo prefieres.

—¿Y tú? ¿Qué prefieres tú? —le pregunta ya de pie. Mirándole desde arriba.

Xandro se levanta de la silla y le da un beso en los labios.

—A ti, claro. Te prefiero a ti.

—Otra vez.

—Te prefiero a ti.

—No, me refería a que repitieras el beso —se ríe.

Y el nuevo beso es más largo que el anterior. Allí, en mitad de esa céntrica cafetería y con gente alrededor. Lo que nunca había sucedido con José Ramón. Lo que nunca le había sucedido con nadie. Jamás.

—Tengo un total de diez presentaciones en toda España. Casi todos los viernes y sábados durante un mes y medio. Y me gustaría que vinieras conmigo a todas.

—¿A todas? Pero ¡qué locura! —y Emma se dirige a la puerta, con paso rápido, riéndose.

—A todas —repite Xandro, detrás de ella. Le coge una mano para que se detenga.

—Hum, suena bien.

—Suena muy muy bien. Y dentro de dos semanas, el sábado, estaremos en la feria del libro de Sevilla por la mañana y en la de Cádiz por la tarde. Ya he reservado habitación en el Parador. Desde allí, desde cualquier balcón del hotel, se pueden ver unas espectaculares puestas de sol. Las mejores de Cádiz y yo creo que de toda España.

—¿Cómo que ya has reservado habitación? —se extraña.

—A ver, siempre es más fácil anularla que pedirla y que no te la den.

—Sí, eso sí.

—¿Entonces?

—¡Me voy a la oficina, que llego tarde! Ya hablaremos, ya…

Y le da un beso rápido mientras, dentro de ella, resuena la voz de Bebe cantando «Hoy vas a descubrir que el mundo es solo para ti…».

TORTITAS

(...) mantequilla y la dejamos atemperar un poco, sin que pierda su forma líquida. Batimos los huevos junto con la leche y el extracto de vainilla. En un bol tamizamos la harina junto con (...)



—¡Están llamando! —grita Susana desde el aseo.

Está poniéndose una base de maquillaje que le ha recomendado Emma. Una base carísima que viene de EE. UU., que le dejará la piel muy suave (eso le dijo) y que hará que el maquillaje, luego, se le adapte a la perfección. Pues sí, es muy suave, observa. También le dijo Emma que podía utilizar la base sola, sin maquillaje, y que también le quedaría fenomenal. Pues eso hará, piensa.

—¿Queréis abrir de una vez? —vuelve a repetir, asomada a la puerta del aseo.

—¡No puedo! —se oye la voz de Nancy en su habitación.

—¡Juan! ¡Juan, abre la puerta!

Ni rastro de su marido.

—¡Es que, de verdad, no me lo puedo creer!

Y se va dando zancadas a abrir la puerta. Se supone que se van esanoche de sábado a cenar fuera, como si fuera una cita. Al menos, eso le dijo para convencerla de regresar a casa. Entre otras cosas, Juan le aseguró:

—Y volveremos a tener citas, ¿te parece? Cada dos o tres semanas, nos vamos a comer o cenar o al cine.

—O todas esas cosas a la vez —le dijo ella.

—Eso —y él la besó.

Así que esa noche tienen su primera cita. Juan le había comentado que había reservado una mesa en un restaurante con estrella Michelín

(«¿en serio?» No se lo podía creer) y decidieron que se vestirían elegantes. En teoría, él tendría que estar vistiéndose, ¿por qué no iba a abrir la puerta? ¿Acaso ella tenía que hacerlo todo?

Un nuevo timbrazo y, cuando Susana abre la puerta, se encuentra a Juan en el rellano, riéndose, con un ramo de flores silvestres en sus manos. Un ramo que le entrega sin parar de reír.

—Pero ¿qué…? —pregunta Susana, que no sabe cómo tomárselo—. ¿Qué haces ahí fuera?

—¿No íbamos a tener una cita como Dios manda? Pues aquí estoy, con flores y todo, dispuesto a llevarte a descubrir un lugar de manjares —y le da un abrazo. Largo abrazo que ninguno de los dos quiere ser el primero en romper.

—Me encanta, Juan —le dice aún con su boca en el cuello de él.

—¿Te falta mucho? —y Juan la mira de arriba abajo.

—No, ya acabo. Pasa, pasa, y espérame en el comedor.

—Se va por allí, ¿verdad? —y Juan señala el largo pasillo, riéndose, haciendo el papel que se supone que tiene que hacer.

—¡Qué tonto! —sonríe ella y le da un golpecito en el hombro—. Anda, siéntate, que pongo las flores en un jarrón—. ¿A qué hora es la reserva?

—¡A las nueve y media! —le dice desde la lejanía. Oye cómo él conecta la tele, su cuerpo cayendo de golpe en el sofá. Los pies encima de la mesita que hay delante. Todo como siempre.

Susana calcula la hora. Se pone un delantal. Abre su libro de recetas en la página de las tortitas. Le preparará a la niña unas cuantas. En parte para agradecerle que ya no salga tanto por las noches y que no se enfade cuando le dice que, a las once, en casa. En parte para mimarla, porque, aunque tenga catorce años, sigue siendo una niña. La suya. Y qué caramba, es que también a ella le apetecen un montón. Desde que está embarazada, tiene unos antojos muy curiosos.

Tras la cena, Susana y Juan se dirigen a buscar el coche al *parking* subterráneo. Las terrazas de los bares de esa calle peatonal están repletas de gente. Ella se siente satisfecha. El restaurante era magnífico y la cena…, madre mía, qué buena estaba la cena, sonríe al recordarlo. Delicioso el crujiente cerdo y cremoso de pollo y ¡qué decir del bonito del norte con escabeche de perdiz y ciruela fermentada! O la cebolla de Recajo confitada, con cremoso de patata, anguila ahumada y yema de huevo. No, postre no han tomado. Otro día. Otra noche.

Lo mejor, para Susana, ha sido comprobar que Juan, al ver la factura, ni puso mala cara ni se quejó, como suele hacer.

Caminan juntos, pero no de la mano. Tampoco Juan la toma por la cintura. Justo cuando Susana hace el gesto de cogerle de la mano, cae en la cuenta de que siempre es ella quien lo hace y esa conclusión la obliga a arrugar la frente. Se acurruca en su costado para que él le pase el brazo. Y el brazo que la envuelve es pesado como un tronco, no como una mullida estola.

¿Y la conversación? Vaya, pues también cae en la cuenta de que él no suele iniciar las conversaciones, sino que normalmente es ella la que continuamente está hablando, para evitar el silencio, como ha ocurrido en el restaurante. Como está ocurriendo en estos momentos. El caso, según Susana, es que si no para de hablar es para evitar convertirse en uno de esos matrimonios que ya no tienen nada que decirse. Para eso sirve ella: para dar conversación por los dos.

Pero ahora se siente muy cansada.

Es como si llevara sola su matrimonio, eso piensa. Y le resulta agotador. De repente se detiene y Juan se vuelve hacia ella:

—¿Qué pasa?

Y Susana le mira con inmensa tristeza.

—Que no me siento querida, Juan.

—Joder, ya estamos con eso otra vez —se da la vuelta y sigue caminando, dejándola atrás —. Ya has tenido tu dichosa cita —vuelve la cabeza para decírselo—, hemos ido a cenar a un restaurante caro, te has comprado ropa de embarazada, te…

Susana alza la mano para que se calle, para que no continúe con esa lastimera lista. Considera que las cosas deberían ser fluidas, no obligadas. Como el cogerse de la mano. Como mirarse a los ojos y ver en ellos amor. O ternura. Admiración. Sí, eso, admiración. ¿Qué dijeron Emma o Luci sobre sentir admiración por alguien?

—¿Tú me admiras, Juan? —le pregunta, a tres metros de distancia.

—¿Qué coño…?

Esa noche no duermen juntos. Susana ha vuelto al piso de Luci. Y Juan, ya en el domicilio familiar, está untando con Nocilla un par de tortitas que ella dejó recién hechas. En el sofá, con la boca llena de ese suculento manjar azucarado, mientras busca algo que ver en la tele, exclama:

—¡Joder, qué buenas están! —y se mete una entera en la boca. El chocolate se le desparrama por toda la barba.

Entonces, mientras se limpia con una servilleta de papel, cae en la cuenta de si no tendría que haberle dicho que admiraba eso de ella. Su buena mano con la repostería, por ejemplo. Con la cocina, en general. Y pierde otra nueva ocasión cuando no teclea ningún mensaje para hacérselo saber.

Cuántos momentos perdidos.
Cuántas veces repitiendo los mismos errores.
En fin.

Suena *Perfect*, de Ed Sheeran

—Tengo que contarte algo —le dice Emma a Xandro.

Acaban de salir de la academia de baile. Les quedan dos clases más para acabar el curso. Van cogidos de la mano y se dirigen a la calle San Juan, a tomar unos pinchos como cena. Alguna cerveza fresca. Los zapatos de ambos, con suelas especiales para el baile, de esas que resuenan y empujan a bailar más y más, apenas se oyen en el bullicio de esa hora, las diez de la noche.

—¿Entonces, qué? ¿Me acompañarás a la presentación de Bilbao y a las de Sevilla y Cádiz? —le pregunta, esperanzado, mientras la atrae hacia sí.

—Bueno, antes tengo que contarte algo —repite ella, separándose un poco con cierta incomodidad por si él la rechaza cuando se lo cuente. Y recuerda la conversación con Luci, ayer en su piso:

—Yo no se lo contaría —le dijo ella.

—¿Por qué no? Tarde o temprano se enterará, ¿no?

—A ver, ¿no decías que no tenías por qué decirlo a las primeras de cambio?

—Sí —y Emma recordó sus primeros escarceos en el amor, esa peculiaridad suya de decir, en la primera cita, que ella era una mujer trans. El rechazo generado. O el morbo de un par de ellos—. Pero creo que ya ha llegado el momento. Ya nos hemos besado.

—A lo mejor, si se lo dices, ya no querrá saber más de ti. Ya te ha pasado alguna vez.

—Sí, lo sé —admitió con tristeza—. O tal vez sí quiera, a pesar de todo.

Se quedaron calladas.

—O tal vez no —recapacitó, Emma—. Y luego está el miedo a quedarme sola. A no encontrar a nadie.

—Eso le puede pasar a todo el mundo.

—A nosotras, más. Quiero decir, a las mujeres trans.

—Ya —Luci miró por el balcón mirador, que tenía las ventanas abiertas. Lucía frondoso, verde, con tantas plantas. Había colgado un móvil repleto de cristalitos que se movían con la brisa que entraba por las ventanas y que, al contacto con la luz del sol, emitía destellos locos. Parecía como si estuvieran dentro de una pecera. Malinche intentaba coger, sin lograrlo, cada uno de esos reflejos de colores—. Tendrás que arriesgarte.

—Es que me ha pedido que le acompañe a sus viajes de promoción del nuevo libro. Compartiremos habitación, Luci. Se lo tendré que decir, no vaya a pasar como con José Ramón, y eso que él sabía que

yo era trans.

—¡Oh, vamos!

—¿Qué?

—¡La leche! ¿Lo sabía?

—Sí, se lo dijo su padre, don Matías.

—Puto cabrón. O sea, que solo quería una aventura, ponerte en su lista de polvos raros o algo así.

Emma la miró descorazonada. Una pizquita de amabilidad no le vendría nada mal.

—O algo así —repitió Emma con un hilo de voz—. Razón de más para decírselo a Alejando, ¿no?

—Claro —se sentó a su lado en el sofá—. Pero creo que a él le gustas de verdad. No hay ni punto de comparación.

—Abrázame, por favor.

Tan necesarios los abrazos. Tan necesaria la amabilidad.

—¿Qué es lo que me quieres contar? —pregunta ahora Xandro.

—Ven, siéntate —y se sientan en el mismo banco en el que días atrás se comieron un helado. Hay una farola justo encima. Emma busca en su bolso, abre el monedero y le enseña su DNI—. ¿Qué dice? Léelo en voz alta.

—Emma Sánchez Muro. 27 del 1 de 1987. Sexo Femenino. Nacionalidad española. Tu foto, en la que sales bien guapa, por cierto —le sonríe—. ¿Te digo el número? ¿Le doy la vuelta? —pregunta, divertido—. Naciste en Logroño, La Rioja. Tus padres se llaman Luis y Josefa.

—Dice que me llamo Emma, ¿sí? Nada de Manuel, ¿verdad? Nada de sexo masculino, ¿verdad?

—¿Manuel? ¿Sexo qué?

—Manuel era el nombre que me pusieron cuando nací. Y mi sexo de origen no era el actual.

—¿Cómo que cuando naciste? —Xandro traga saliva—. ¿Me estás diciendo que…?

—Sí, te estoy diciendo qué —repite, pero con una sonrisa, para no dar tanto peso a lo que le está contando.

Pasa un grupo de jóvenes armando jaleo. Dejan que se alejen, con sus gritos, con sus risas. Bendita juventud.

—Es decir —retoma la conversación Xandro—… o sea, ¿me estás diciendo que eres una mujer trans?

—Sí —Emma baja la cabeza. Cree que nunca se acabará esa sensación de vergüenza cuando tiene que decírselo a alguien. Ella no lo va contando por ahí, pero siempre hay una nueva ocasión para dar la noticia y las reacciones van desde la decepción a la sorpresa

pasando incluso por la ira, como la de aquel chico que conoció en «Adopta un tío» y que se enfadó porque, según él, había jugado con su hombría. Ella no se lo podía creer, «¿su hombría?», como si por estar con ella le fuera a convertir en homosexual o a saber en qué. Patético.

—Ah.

Y eso es todo lo que dice Xandro. Un «ah» un tanto desinflado. La mira. Pasa sus ojos por su cara, por sus brazos, su pecho, sus manos recogidas. Toca su mejilla. Le dice:

—Pero…

—¿Nunca lo hubieras dicho?

—Bueno, ahora que me lo dices, podría sospechar, pero conozco a mujeres a las que le das mil vueltas, cariño. Me cruzo con ellas a todas horas —le sonríe—. Ahora dudaré de todas.

Cariño, un sustantivo que a Emma le hace albergar ciertas esperanzas. La esperanza de que a él no le importe, por ejemplo. La esperanza de que la acepte tal cual, igual que ella le acepta a pesar de su bigote, a pesar de su espalda vencida y su extrema delgadez. Aceptarle en su pasado, que ella aún no conoce. Solo sabe que está divorciado. Que vivió en Barcelona. Que es locutor de radio. Poeta. Cosas así. No sabe nada de su infancia (¿le acosaban en el colegio? ¿Sacaba buenas notas? ¿Se le olvidaron las llaves de casa en alguna ocasión?). Nada de su juventud (¿cómo se llamaba su primer amor? ¿Dónde solía veranear? ¿Qué lugares frecuentaba cuando salía a divertirse?).

—¿Quieres saber algo más? —le pregunta ella. Y pide, mentalmente, que no le interrogue sobre sus operaciones.

«No, por favor, que no me lo pregunte».

Considera que esa pregunta echa por tierra cualquier relación, incluso las de amistad. Así que, antes de que él pueda adelantarse, le señala su cuello. Le dice:

—Tiroplastia. Fue la primera intervención, después de los dos primeros años de hormonación. Tenía una nuez prominente, así que… —sonríe—. Fue fácil. Mucho. Lo siguiente, un aumento de mamas —y se mira un seno y luego el otro—. Con las hormonas no me crecieron lo suficiente, así que les di una ayudita —vuelve a sonreír—. Pero lo pasé fatal. Una semana horrible y luego un par de meses que... —gesticula con la mano, moviéndola sin parar—. Y después de esa mala experiencia ya no quise, ni quiero, saber nada más de operaciones. Bueno, sigo con la depilación láser de vez en cuando, o algún *lifting* para suavizar la piel de la cara, pero nada más.

—Oh —eso es todo lo que dice Xandro. Exclama un «oh» lánguido, carente de fuerza.

—Y porque sé que te lo estarás preguntando, te cuento que sigo manteniendo el sexo que se me otorgó en mi nacimiento —se ríe—. Pero está muy encogido, no te creas —vuelve a reírse, pero con desgana—. No me acompleja ni me impide seguir viviendo, como a muchas otras, pobrecillas —ahora habla en serio. Su gesto se ha endurecido—. Y no digo que nunca me operaré, pero no está entre mis prioridades. Tal vez algún día, cuando pierda el miedo al quirófano y al posoperatorio. Y entonces, a lo mejor me voy a Tailandia a hacérmelo.

—¡A Tailandia! —se sorprende Xandro—. ¿No te fías de las clínicas españolas o qué?

—Bueno…, conocí a un médico que me dio muy buenas referencias de una clínica de allí que tiene un eminente cirujano experto en este tipo de operaciones.

—Pues ya que sacas ese tema, te cuento que yo, algún día, me haré un injerto de cabello —se señala las entradas que tiene, a ambos lados del cráneo y en la coronilla—. Cuando pierda el miedo, también.

Ríen.

—Y te irás a Turquía.

—¿A Turquía? ¡No!

Vuelven a reírse.

—¿Y vives sin complejos sabiendo que tienes esas entradas?

—Pues sí.

—¿No te echa para atrás saber que las chicas o la gente, en general, te rechazará por ello?

—Pues no, aunque tengo amigos que llevan fatal lo de la calvicie y algunos ya han pasado por el quirófano, no te creas. Y también para las bolsas de los ojos —Xandro se señala ambos ojos y le sonríe—. Qué barbaridad.

—Gracias por poner ese ejemplo —le coge de la mano. Al mirarle, le viene a la mente la canción *Perfect* de Ed Sheeran (*I see my future in your eyes)*—. Es un poco mi situación. Solo un poco, pero se agradece.

Se quedan callados y se dedican a observar la vida en las ventanas abiertas de las viviendas que dan a ese parque. La luz que desprenden esos hogares. Se oyen los coches que circulan por la Gran Vía, al otro lado de los edificios. Algún ladrido, también.

—Ahora ya no sé si seguirá en pie tu invitación a llevarme como compañera de viaje en tus presentaciones.

Xandro toma aire y le responde sin mirarla:

—No, claro. Necesito un tiempo para asimilar todo lo que acabas de contarme.

Emma solo ve su perfil. El escaso cabello peinado hacia atrás, una

oreja, la nariz aguileña, la mitad de su bigote, el largo cuello…

—Claro.

—Venga, te acompaño a casa —se levanta del banco y le pide, con un gesto, su mano.

Emma se la da y se levanta. El camino hacia su casa lo hacen en completo silencio.


OTOÑO
SEGUNDA PARTE

TORTILLA DE PATATAS CON CEBOLLA

(...) con abundante aceite de oliva y una vez caliente volcamos las patatas y la cebolla. Salamos y freímos a fuego suave unos 20 minutos, hasta que las patatas estén muy tiernas (hay que aplastarlas con una espumadera). Luego, las escurrimos y las volcamos en un bol con 5 huevos batidos.
Mezclamos bien y (...)



—¿Qué tal te ha ido el día? —le pregunta Juan cuando Susana se sube al coche.

Ella vuelve a vivir con ellos. Pasa unos días con su hermana y luego regresa a casa. Todos comienzan a acostumbrarse a esas idas y venidas.

—Bien, muy cansada —se masajea la barriga—. Uf, no puedo con las piernas. No sé qué pasará cuando esté realmente gorda —suspira—. De verdad, no tienes por qué venir a buscarme en coche. Si son cinco minutos andando.

—Ya, pero estaba lloviendo. Además, me diste tanto la tabarra tiempo atrás que…

—Bueno, se agradece igualmente —y se acerca a darle un beso en la mejilla.

—Además, mañana no puedo acompañarte a la visita con la matrona. Me voy muy temprano a Areta. ¿No te lo dije?

—¡Juan, que a lo mejor mañana el bebé ya nos deja ver si es niñoo niña! —está tan enfadada que le quitaría el beso que le acaba de dar.

—¡Joder, no puedo estar en dos sitios a la vez!

Como suele pasar en su relación, ella no soporta que el silencio se pasee entre ellos, indolente, así que, justo cuando llegan al garaje, intenta cambiar de conversación. Pregunta:

—¿Hoy también prepara Nancy la cena?

—También. Tortilla de patatas.

—¿En serio? —no sale de su asombro.

—En la cocina la he dejado mirando tu recetario.

—Ay, qué alegría, Juan —desde hace unos días, son ellos, Juan y Nancy, los que se ocupan de la cena. Para Susana es como un sueño hecho realidad: llegar a casa del trabajo y tener el plato en la mesa—. Yo creo que ya está sentando la cabeza, ¿no? No sé, desde hace un tiempo se lleva incluso mejor conmigo, ¿lo has notado?

—No sé, tú pasas más tiempo con ella —le dice saliendo del coche. Ella espera, en su asiento, por si le abre la puerta. Pues no, él no solo se va hacia la salida, sino que ha cerrado el coche con su mando a distancia. ¡Acaba de dejarla dentro!

Pero vuelve, de repente.

—Qué susto me has dado —le recrimina cuando le abre la puerta. Le pasa el bolso con los zuecos del trabajo y el uniforme.

—Qué va, era una broma —le sonríe y ella le cree. Claro, por qué no.

—¿Una broma?

—Es que el otro día escuché en la radio un programa de humor. Hablaban de la cara que podían poner los pasajeros si el chófer se larga y los deja en el vehículo —se ríe, recordándolo—. Y también dijeron algo muy bueno. Era sobre la adolescencia y me acordé de las discusiones que tienes con Nancy.

—¡Bueno, es que…!

Juan le hace un gesto para que calle y continúa hablando, saliendo ya del garaje:

—Decían que lo ideal sería que hubiera algo así como un artefacto que imitara a un saco marsupial o un capullo de gusano y meter allí al propio hijo cuando llegara a los doce o trece años y sacarlo con veintitantos —se ríe, solo—, y así se acabarían las broncas, los botellones, el desorden de sus habitaciones… ¿Te imaginas? ¡Podríamos tener un capullo de esos en la habitación de Nancy, la meteríamos ahora mismo y saldría cuando ya hubiera acabado los estudios!

—¡Saldría ya con trabajo y todo!

—¡Y con piso para irse a vivir lejos de nosotros!

Entran en casa, riéndose.

—¿De qué os reís? —pregunta Nancy, asomada a la puerta de la cocina.

Y ellos, al verla, recuerdan la conversación y arrancan a reír de nuevo.

—Nada, nada —dice uno mientras se quita los zapatos.

—Una bobada —dice el otro mientras se pone las pantuflas.

—Menudo par de tontos —comenta, enfurruñada, y se mete de nuevo en la cocina, desde la que sale un olorcito a tortilla de patatas que les hace la boca agua.

—¿Ves? —le susurra Susana a Juan—. Si tuviéramos un capullo de esos, no nos habría contestado así.

Vuelven a reír.

Momentos de inusitada felicidad en los que Susana tocaría el botón de detener el tiempo. O, al menos, poder pulsarlo para revivirlo cada vez que lo considerara necesario.

LA BODA

—Bueno, salgo a hacer la ronda vecinal —les dice Luci a Emma y a Susana. La primera está escribiendo en su portátil, sentada en el sofá, que es también su cama desde hace un par de meses. La segunda está preparando unas croquetas en la cocina. Su abultado abdomen limpia, sin proponérselo, cualquier superficie a la que se acerca—. ¿Me habéis oído?

—Sí, sí, disculpa —le dice Emma con una sonrisa. Lleva una enorme bata de terciopelo de color verde y tiene el aspecto de una soprano de *La traviata* en un descanso entre acto y acto—. No seas muy dura con ellas, anda.

Y es que Luci lleva dos tardes llamando a la puerta de todas sus vecinas, también a la de la vieja arpía del piso de arriba. Héctor se ha ido a visitar a su primo de Madrid y le ha encargado no solo que se ocupe de su gato Moctezuma, sino también de pasar diariamente por casa de esas viudas tan mayores que ya ni pueden bajar ni subir las escaleras so pena de quedarse en algún rellano a acampar mientras recuperan sus fuerzas. Siempre hay que traerles algo de la frutería, de la panadería o de la farmacia.

Héctor incluso quiere organizar una cena de Navidad con todas ellas, tal es su grado de implicación con la solidaridad geriátrica. Tanto él como ella continúan llevando a rajatabla su sutil separación de viviendas. Arriba, vive Luci con Susana, Emma y la gata Malinche. Abajo vive Héctor y el gato Moctezuma. A pesar de que ellos dos pasan juntos la mayor parte de las horas, Luci no quiere dejar de tener esa absoluta sensación de libertad por la que siempre ha luchado.

—Sobre todo, no seas muy dura con la bruja de arriba —le recomienda su hermana, que le da a probar una de sus exquisitas croquetas.

Tiene suerte, eso piensa Luci, de compartir piso con una excelente cocinera, su hermana, y con la reina del orden y la limpieza, Emma. A pesar de que ambas le dijeron que sus respectivas estancias serían algo temporal, el caso es que por ahora no ha sido así, no.

Por esa razón, a Luci su piso se le antoja ahora excesivamente pequeño para albergar a tres adultas y una gata. Por eso le va tan bien poder bajar, cuando quiere, al piso de abajo. Solo para ver la tele con Héctor, por ejemplo. Para leer. Para dormir. Y más…

—Tu secreto está a salvo conmigo —le repite la vecina de arriba cuando la ve. Cada día le repite lo mismo, con un volumen mínimo, como si le contara un secreto, como si estuvieran rodeadas de espías.

Luci sabe a qué se refiere y ya ni le contesta.

La vecina le agradece que le haya subido el pan, aunque sea a las

ocho de la tarde, y la media docena de huevos que le pidió dos días atrás.

—¡No le diré a la dueña del piso que tienes un gato! —esta vez sí lo grita, escalera abajo, cuando Luci ya está metiendo la llave en la cerradura de su vivienda—. Ya sé que a ella no le gustan los animales. ¿A que lo puso en el contrato, a que sí? —sonríe, maligna, señalándola con un dedo—. Sí, puso eso de que no podías tenerlos. Un día me lo dijo —ay, esa sonrisa de labios casi planos. Luci piensa, en ese momento, que hay personas a las que le quedan bien las sonrisas en sus rostros. A otras no, como a esta vecina que la lleva como algo postizo, como una peluca mal colocada o una tapa puesta a presión en un envase que no le corresponde.

—Muy bien —solo se le ocurre decir. No le da ni pizca de miedo infringir esa parte del contrato con su casera. Héctor ya le dijo que la cubriría si llegaba ese momento. Por ejemplo, le diría a Soraya, la propietaria, que el gato era suyo y que Luci se lo estaba cuidando solo por unas horas. O por un día.

No, Luci no tiene miedo de esa amenaza solapada, pero decide seguirle el juego. Comprende que hay personas que buscan este tipo de artimañas para dar a su vida cierto estímulo. Incluso se atreve a decirle, sin un grito, sin una palabrota y sin nada de ironía:

—Muy amable, doña Carmen.

A continuación, cierra la puerta, que es el escudo que separa el caótico mundo exterior del pacífico refugio en el que se ha convertido su casa, con tanta vida dentro.

—Pues ya está, ya os he enviado un wasap con el enlace para la invitación a la boda —sonríe Emma, desde la pequeña mesa del comedor. Lleva varias semanas trabajando con su portátil—. Ya veréis qué chulada.

Es sábado por la noche. Susana está tumbada en el sofá, leyendo una revista de moda, cubierta con una manta y con Malinche sobre ella. A Susana le gusta «escaparse» (como ella dice) de vez en cuando a pasar el fin de semana con su hermana y con Emma. Está deseando que llegue el viernes por la noche y, en cuanto sale del trabajo, ya no necesita nada más: en el piso de Luci tiene una bolsa de viaje con un pijama, una muda y sus enseres de higiene. Ahora, el sofá cama es para ella y Emma se ha quedado con la habitación de invitados, pues ya se ha trasladado definitivamente a vivir allí.

Susana se alegra de tener un lugar a donde ir cuando comienza a notar cierto «desequilibrio», eso dice, y es entonces cuando se escapa al remanso de paz que le proporcionan su hermana y su amiga. Tras el anuncio que acaba de hacer Emma, el de la boda, coge el móvil para abrir el mensaje con la invitación.

Y Luci, que acaba de levantarse, sale corriendo del cuarto de baño para hacer lo mismo.

—Si lo abrís en el correo, lo veréis mejor, pero ahí lo tenéis todo: el lugar, la hora, el vestuario, el apartado para que digáis si vais acompañadas, otro para que elijáis vuestra canción favorita…

—¡Joder, es espectacular! —exclama Luci—. Cómo te lo has *currao,* tía.

—Me apetece tanto ir a una boda… —sonríe Susana, melancólica —. En serio, hace siglos que no voy a ninguna. Con la pandemia se anularon tres a las que ya nos habían invitado y ya no volvieron a celebrarse.

—Bueno, sí —le recuerda su hermana—. La prima Rosa se casó en el juzgado casi a escondidas.

—Es verdad. Quería decir que, desde entonces, las bodas brillan por su ausencia.

—Cerraron incluso esa tienda de vestidos de novia que tanto te gustaba.

—La de la Gran Vía, ¿verdad?

—¿No era un poco más abajo? Aquella que…

—¡Bueno, ya está bien! —exclama Emma—. Estábamos hablando de la invitación que os acabo de enviar.

—Preciosa, de veras —continúa Susana—. Y que sea tres días antes de Navidad le da un toque más familiar, ¿no creéis? Será una Navidad

especial, ya lo creo —se acaricia su vientre (bendito vientre). Y al momento acaricia también a Malinche, que ronronea de felicidad.

—Hemos contratado un DJ para amenizar la tarde —comenta Emma—. Se ocupará de la música durante la ceremonia y durante el banquete. Y del baile, claro.

—¡Hace siglos que no bailo! —vuelve a exclamar Susana, cogiendo a Malinche y diciéndoselo a ella, cara a cara. La gata forcejea para escaparse y salta al suelo para esconderse bajo el sofá.

—Si no llega a ser por Alejandro, no habríamos podido hacer nada de todo esto —se sincera Emma—. Conoce a un montón de gente. ¡Y la finca es suya! O sea, que genial.

Luci y Susana la miran, sonrientes. Recuerdan lo mal que lo pasó Emma cuando Xandro decidió cambiar de opinión y no llevarla consigo a las presentaciones literarias que tuvieron lugar en verano. Nadie esperaba que, tras tantos meses de ausencia, un día regresara a ella, como si no hubiera pasado nada.

—Bueno, chicas, me voy, que he quedado con unos amigos —les dice Luci—. Hoy paso el día fuera. ¿Ya lo dije, no? —y lo pregunta mientras se ata las botas y coge el abrigo de cachemira (dos tallas más grandes, pero era lo que había en el *outlet*), las llaves, el móvil y el enorme bolso de serraje.

—¿Has recogido el albornoz y los pelos que has…? —Emma no acaba con la ristra de preguntas porque Luci ya ha dado un portazo.

—Uf, qué difícil es vivir con ella, ¿verdad?

—Es el desorden en persona.

Y miran el rastro que Luci ha dejado por toda la casa: su cama deshecha y la habitación sin ventilar; el rastro de su desayuno extendiéndose por toda la encimera de la cocina; el libro que había estado leyendo la noche anterior, dormitando abierto en un sillón, junto a una manta y un par de gruesos calcetines; el baño compartido…, a saber cómo estaría el baño. Suspiran, a la vez.

—Y sin embargo, está con Héctor, que es su antítesis —dice Emma, sin ocultar su asombro—. Increíble.

—Otra cosa más por lo que la envidio —opina Susana.

—Mujer, di mejor que la admiras —le sonríe.

Susana lo piensa un momento. Responde:

—Sí, es verdad. La admiro. Me gustaría parecerme un poco a ella, tener esa libertad, esa alegría, esa manera de pensar.

—Y a mí, a mí también me gustaría.

—Somos afortunadas de tenerla, ¿verdad?

Emma se sienta a su lado y le da un abrazo. Añade:

—Somos afortunadas de tenernos.

—¡Pues también es verdad! ¡No doy ni una!

Se ríen.

—Así pues, ¿vendrás a la boda? —Emma vuelve a la pantalla de su ordenador.

—¡Claro! ¿Ya has encontrado el vestido para la ceremonia?

—Huy, sí, hace días, cuando acompañé a mi madre a elegir el suyo. ¿Quieres que vaya contigo?

—No, iré con Juan y con Nancy, que también tendrán que comprarse ropa. Oye, y sobre la canción, elegiré esa que tú pones a veces, esa del Colectivo Panamericano o algo así…

—Colectivo Panamera —suelta una risita—. ¿Cuál de ellas?

—Sí, una que empieza diciendo: «Y si guapa como tú no hay ninguna…».

Y Emma continúa canturreando esa canción mientras se levanta y la pone en el equipo de música. Sube el volumen.

Ambas cantan y bailan. Cantan muy alto, desafinando. Bailan sin apenas mover los pies por el parqué, solo los brazos, solo dan lentas vueltas siguiendo el ritmo en un *flow* perfecto.

La vecina de arriba golpea el techo.

Ni caso.

Y gritan aún más fuerte una letra que habla de un sol que brillará por muy lejos que esté el ser amado.

Solo hay veinticinco invitados, que ya están sentados en el gran salón de esa finca rodeada de viñedos y árboles frutales, propiedad de Xandro Ulloa y de su socio. Los novios no solo deseaban algo íntimo, sino que no querían arriesgarse a que, si aumentaba el número de invitados, tuvieran que cancelarlo a última hora porque se daba algún brote de Covid-19 en la zona. Así pues, pensaron que, si eran poquitos, se reduciría la probabilidad de anulación del enlace. Habían contratado a un equipo de eventos y de *catering* que adecuó la finca para la ocasión, preparando en el salón un arco repleto de flores naturales de color rosa y lila y un tul también violáceo, recorriéndolo. Bajo dicho altar espera, ahora, el notario, que es amigo de Xandro. Él será el que oficiará el acto con la solemnidad requerida.

Los invitados, sentados en regias sillas de madera engalanadas con un ramito de flores secas de lavanda atadas con un cordel de sisal, esperan la entrada de los novios. El pasillo que lleva al altar está sembrado de pétalos de flores de la misma tonalidad de las que hay en el arco. Emma y Xandro están sentados en primera fila, junto a Luci y Héctor. Detrás, Susana con Juan, Nancy y una tía de Emma. Al otro lado del pasillo, la hija de Carlos y su marido, recién llegados de Alemania. Y en las filas posteriores, dos amigos del novio con sus respectivas esposas; dos amigas de la novia sin acompañantes; cuatro vecinos y algunos primos de Emma, incluso aquellos con los que dejó de tener contacto cuando se enteraron de que había comenzado su proceso de tratamiento hormonal.

—¿Los invito? —le preguntó Pepa a Emma cuando estaban haciendo la lista de invitados.

—Haz lo que quieras, mamá, es tu gran día.

—Pero no quiero incomodarte, hija.

—Oh, no te preocupes por eso, mamá. A estas alturas de mi vida, ya lo tengo más que superado. Además, otra cosa es que ellos quieran venir, después de tanto tiempo sin querer saber nada de nosotras.

—Vendrán, ya lo verás —dijo moviendo la cabeza de un lado a otro—. La gente hace lo que sea con tal de meter las narices en los asuntos ajenos.

—¡Pues no los invites, mamá! —estalló Emma. No lo entendía, de verdad.

—Que sí, que sí, que la familia es la familia. Y la tía Rosario, ¡cómo no voy a invitar a mi hermana si es la única que tengo!

Y Emma dio un gran suspiro. No compartía ese parecer de su madre. Según ella, la familia, o se siente como tal, o no es familia, por mucha sangre y genética que se comparta.

Pero han venido, sí, los primos han venido a la boda de su tía Pepa con Carlos, el trasportista jubilado. Ahí están los novios, en la doble puerta acristalada que se abre al porche exterior. Aparecen del brazo justo cuando suenan los primeros compases de *Fly Me To Te Moon*, una canción que es la preferida de Pepa. Eso dijo cuando Emma le preguntó por el tema que quería que sonara cuando hicieran acto de presencia.

La madre de Emma está radiante, con un vestido midi de trama de Roberto Verino, de color marfil y con chaqueta a juego, abotonada a la vista y con cinturón del mismo tejido. Tanto la chaqueta como el vestido, con cuello redondo. Pepa luce un nuevo collar, regalo de Carlos, en el que destaca una única y gran perla australiana. El peinado es obra de Luci, a pesar de la reticencia de Pepa de que la peinara esa amiga de su hija.

—Mamá —le pidió Emma—, por muy mal que te caiga Luci, resulta que es una gran peluquera. ¡En serio! Ella se encargará de todo, también de maquillarte. Es su regalo de bodas. Permítetelo, ¿vale? — le pidió—. Permíteselo, por favor.

Su madre suspiró y dijo:

—Vale, vale. Lo haré —aguardó unos segundos y añadió—: Estoy muy contenta, hija, mucho. Ya sabes que yo quería mucho a tu padre y…

—Que sí, que sí —le cortó—. Ya lo sé. Ya me lo has dicho muchas veces, mamá. Pero también es hora de que empieces una nueva vida con alguien como Carlos.

—¿Sí, verdad? —le dijo con cara compungida.

—Sí —le dio un beso en la mejilla.

—También quiero decirte que siempre tendrás tu habitación en casa —y señaló la habitación entera— y que…

—Sí, también lo sé —le dio otro beso—. Venga, vamos a recoger tu vestido.

—¿Qué olvido?

—Tu vestido, mamá, vamos a recoger tu vestido.

—Ay —suspiró—, no puedes hacerte una idea de lo ilusionada que estoy, hija. Carlos es tan buen hombre… Nos llevamos tan bien… Queremos ir a…

Pepa no acababa ninguna frase. Se la veía feliz, sí. Y merecía un día espléndido de celebración. Tres días antes de Navidad, pidieron los novios. Querían acabar y empezar el año como Dios manda, dijeron.

Pues nada, deseos que fueron y son órdenes.

—Es precioso ese color *ivory*, muy acertado —le susurra Héctor a Lucy cuando los novios ya han pasado por el pasillo y se han sentado

ante el altar en un sofá isabelino en estampado de *toile de jouy* con tonos berenjena sobre un fondo crudo ahumado.

A Luci le saltan todas las alarmas. ¿Y si resulta que sí es gay, como le insinuó su hermana meses atrás, en aquella cena, o como le comentó Emma posteriormente? Lo recuerda en ese momento:

—A ver, despierta de una vez, Luci —le dijo Emma mientras veían una película en La Primera, una de esas nórdicas que ponen los fines de semana por la tarde. Llevaban todo el día sin hacer nada. Sin vestirse ni ducharse. Nada de limpiar el polvo, nada de pasar el aspirador o desinfectar el baño o los suelos. Los pelos de Malinche continuaban adheridos en sillas, sofá y cojines. Emma llevaba días enfrascada diseñando la web para la boda y no tenía tiempo para ordenar o limpiar lo que su amiga iba dejando por todas partes—. Es que es muy raro que un chico con esa apreciación de la moda, de los colores, de… no sé, con esa sensibilidad tan extraordinaria…

—¿Qué? ¿Qué me quieres decir? —la miró fijamente. Cada una estaba sentada en un extremo del sofá. Malinche dormitaba en medio de ambas.

—Mira, te lo digo con todo el cariño —y se puso la mano en el corazón.

—¡Y una mierda, Emma! —le espetó Luci. Malinche dio un respingo, la miró (¿enfadada por haberla despertado?) y Luci bajó la voz—. Ya sabes lo que pienso de la puta gente que comienza las frases con eso de «te lo digo con todo el cariño» —puso voz en falsete—. A ver, suéltalo.

Emma añadió:

—Creo que Héctor es gay. O bisexual.

Luci la miró desde una distancia mayor que el espacio separador de los cojines del sofá. La miró, incluso, con ojos de loca, como a veces hacía. La ira se le salía por ellos y Emma comenzó a cerrar todos sus documentos abiertos en el ordenador, por si acaso tenía que salir corriendo y encerrarse en su habitación.

—Ejemplos, dame ejemplos —le instó Luci, inclinándose hacia donde estaba. La gata se escabulló—. Y no me vale que vista muy bien y que sepa coordinar los colores o…

—A ver, ¿qué regalo le acaba de hacer a tu hermana? —le preguntó bajando la tapa de su ordenador portátil.

—¿Cómo?

—Sí, ¿qué regalo le ha hecho para celebrar su embarazo?

—Un camisón para la clínica.

—Ajá —y Emma sonrió maliciosa—. ¡Y de seda, Luci! ¿A qué hombre se le ocurre semejante regalo? ¡Un camisón de seda! —repitió,

pasmada—. No un peluche o un chupete. Unos patucos. Un…

Luci cerró los ojos y fue como bajar de golpe la persiana de un bar ruidoso en plena efervescencia de la clientela. Pues eso mismo pasó con los ojos verdes de ella: de repente, dejaron de echar chispas porque los cerró. Necesitaba unos minutos para conectarse con ella misma, tal y como le había enseñado Héctor.

Y Emma, que era consciente de lo mucho que su amiga estaba cambiando, no dejó de maravillarse ante ese milagro cotidiano.

—Permíteme que dude de tu infalible olfato —le dijo cuando abrió sus ojos—. Te recuerdo que ningún hombre me ha follado como Héctor. ¡Ninguno! Y bien sabes que la lista ha sido larga.

—Tal vez me equivoque, claro —le dijo, conciliadora.

—¿Tú, equivocarte? —y soltó una falsa risita—. Mira, tal vez tengas razón. No conozco a ningún chico que regale camisones de seda a futuras madres para que lo estrenen en el hospital. Pero ¿y qué? Me da igual lo que sea o pretenda ser Héctor. No hay nadie como él. ¡Nadie! Me interesa su intelecto —y se dio unos golpecitos en la sien—. Adoro todo lo que dice, su manera de pensar, cómo habla, su acento, su sensibilidad con la gente, conmigo…

—A lo mejor solo se trata de un chico tierno.

—Cierto. Y buen follador.

—¡Luci! —le dio un golpe en el brazo con un cojín.

—¡No haber empezado con tus tonterías! —le pegó con otro.

Se golpearon mutuamente durante unos segundos.

—¿Una *pizza* para cenar? —preguntó, jadeante, Emma—. Hay en el congelador.

—¡Venga! —respondió Luci, colocándose el cabello tras las orejas.

Y riéndose se levantaron para ir a hacer (calentar) la cena.

—¡Creí que ese color se llamaba blanco roto o marfil! —se extraña ahora Luci—. Pero ¿*ivory*? ¿Existe un color con ese nombre?

—*Ivory* —Héctor lo pronuncia en perfecto inglés. (Oh, qué bien lo habla, piensa Luci, derritiéndose)—. Y a ti te sentaría de maravilla.

Eso último lo dice mirando al frente, a los contrayentes, mientras le coge la mano y se la aprieta. Y Luci, como tantas veces cuando está con él, no sabe a qué se refiere. Ella, que es —o fue— la reina de los desplantes, las ironías y de buscar segundos y terceros significados, cuando Héctor le dice algo así, no sabe qué pensar. ¿Acaso quiere verla vestida de ese color? ¿Vestida de novia? ¿Qué…?

—¿Qué quieres decir? —se atreve a preguntarle, pero se queda callada en el acto, prestando atención a las palabras que comienza a pronunciar el notario, dando la bienvenida a todos los presentes y, en especial, a Pepa y a Carlos, los novios.



Y Héctor, por toda respuesta, atrae la mano de Luci hacia sus labios y la besa.

27

La entrada triunfal de los novios en la gran sala del banquete, que posee altos ventanales por los que pasa la mínima luz de ese día un tanto oscuro, se hace a ritmo de *Viva la vida*, de Coldplay. El fotógrafo y su asistente comienzan a fotografiar el momento, sin pedir a nadie que pose, logrando instantáneas frescas, naturales, captando gestos que, de otra manera, no podrían conseguirse. Las risas. La ilusión en algunos rostros. La sorpresa, incluso. Momentos de felicidad instantánea.

—Menos mal que has quitado de las paredes las cabezas disecadas de los pobres ciervos —le dice, con cierta aprensión, Emma a Xandro.

La finca aún posee la decoración de los antiguos propietarios, que eligieron muebles baratos y colchas estrafalarias para las seis habitaciones de invitados, pero que, para las habitaciones familiares y para las estancias nobles, eligieron muebles oscuros de brillante y pulida caoba, grandes alfombras turcas y pesados cortinajes. Y ahora, por fin, se han librado de las seis cabezas disecadas que colgaban en dos de las paredes y sobre la gran chimenea que preside esa sala de banquetes. Sí, los antiguos propietarios eran cazadores. A Emma eso le da repelús.

—Ya estaban en la casa —le contesta él—. Pero nosotros podremos redecorarla.

—¿Nosotros? —le pregunta ella.

—Si quieres — le responde él.

—¿Tú y yo?

—¡Claro! Mi socio me ha donado su parte de la casa a cambio de un importe similar de las tierras. ¿Aceptas?

—Ah, pues, sí. Sí, quiero. Claro que quiero —se sorprende contestando a algo que puede tener más matices de los que se presuponen.

—Pues ven.

Y Xandro toma su mano y la arrastra afuera mientras el resto de los invitados buscan la etiqueta con sus respectivos nombres para poder sentarse antes de que sirvan la comida. Salen un momento al porche, rodeado de dormidos árboles frutales. Más allá, los viñedos, reposando. A la derecha, una piscina con poca agua, hasta que en la primavera vengan los del mantenimiento, junto con los jardineros, y consigan dar al conjunto un aspecto de vergel.

En el interior, los dos fotógrafos también se dedican a captar los detalles del lugar: fotografían los centros de flores, las sillas con sus grandes lazos de tul, la mesa presidencial donde se sentarán los novios junto a Emma y Xandro y la hija y el yerno de Carlos. Fotografían los

antiguos candelabros y sus velas encendidas, los manteles de hilo, la minuta del menú en forma de flor con cuatro pétalos (en cada uno de ellos, los platos que se servirán y, en una hojita colgada del tallo de papel, el nombre de los novios con letras doradas).

—Emma… —comienza a decirle Xandro, con su mano puesta en la espalda de ella. Han dejado los abrigos dentro, pero aún no notan el frío de ese día de diciembre. El cielo muestra el color ambiguo y triste que precede a la nieve. Sí, tal vez nieve esa noche, según el pronóstico del tiempo—. Mira —le toma de la barbilla para mirarla directamente a esos ojos tan azules que él adora— no quiero que volvamos a separarnos nunca más.

Emma no dice nada. ¡Por supuesto que ella tampoco quiere! No cree que pueda volver a soportar la incertidumbre de si Xandro volverá o no. De si Xandro decidirá que ya no quiere estar con ella. De si…

—¡Vamos, vamos! —se oye la voz de Luci, en la puerta—. ¡Entrad de una puñetera vez, que es la boda de tu madre, coño!

—Pero ¡qué boca! —exclama Emma, con cierto pasmo.

—Luci, ¿nos dejas un momento a solas, por favor? —le pide Xandro con voz firme, con esa voz profunda que consigue que todo el mundo le preste atención (en la radio, en una presentación literaria, al entrar en una tienda, al preguntar algo a algún viandante…).

Y Luci se va tragándose la palabrota que habría soltado si no fuera Xandro quien es: su antiguo amor platónico, al que admiró durante mucho tiempo, y el mejor candidato para que su gran amiga, Emma, pueda compartir su vida con una persona cabal, inteligente y cariñosa.

—Ya es definitivo —prosigue él mientras se quita la americana oscura de su traje y se la pone por los hombros a Emma. El chaleco con pequeñas flores grisáceas es espectacular, eso piensa ella. Le encanta cómo va vestido—. El programa de radio en el teatro madrileño se llevará a cabo toda la temporada, me lo han confirmado. Ya sé que habíamos hablado de que, si eso ocurría, seguiríamos viéndonos y tal, pero yo no quiero un «seguir viéndonos y tal» —remarca la frase—, sino un estar siempre juntos. Quiero que vengas conmigo a Madrid.

—Pero…

—Sin peros.

—… pero tendría que dejar mi trabajo, Xandro. No podría...

—Que es justo lo que quieres hacer desde hace meses —le sonríe.

—Bueno, y también está mi madre… —y hace un gesto con la cabeza, señalando la puerta por la que ha salido Luci unos minutos antes.

—Pero ahora tu madre está recién casada, cariño —y suelta una risita—. No te lo tomes a mal, pero creo que ya no te necesita. Además, tú ya no vives con ella, sino con Luci. Sería como cambiar de compañero de piso.

—Sí, pero en Madrid… —guarda silencio y mira más allá, a los viñedos y a los árboles frutales, sin hojas y sin color en esa época del año—. Bueno, realmente no es mala idea —le sonríe sin estirar muchos sus labios, porque no quiere que la ilusión le acelere su imaginación, sus ganas de cambios, su…—. Podría buscar trabajo en Madrid, comenzar de nuevo en un lugar donde no me conozcan, donde no tenga una etiqueta, donde no tenga que dar explicaciones —se da cuenta de que ese pensamiento de dejarlo todo y comenzar de nuevo es un imán no solo para ella, sino para todo ser humano.

—Ajá —la atrae hacia él. La besa en los labios mientras saca algo del bolsillo. Una cajita de una joyería muy conocida de Logroño. Se la ofrece.

—Ay, Alejandro… —murmura. Al contrario que Luci, tan arisca en ese sentido, tan libre, tan pasota, Emma siempre ha soñado con un bonito anillo de compromiso. Llevarlo en su dedo, mostrarlo al mundo. A ver, era su sueño desde que iba al instituto: ser una mujer normal, pasar desapercibida, vivir tranquila. Vivir con alguien que la amara y la respetara. Cosas normales y corrientes, piensa—. Me gusta la idea, sí —y ahora le besa ella, con una alegría desbordante.

—¿No abres la cajita?

—Ay, sí —sonríe, azorada.

Dentro hay un extraño anillo y ella arruga la frente («Pero ¿qué…?»). Es plano, de oro amarillo y con una inscripción ininteligible.

Emma le mira interrogante.

—Es una réplica del Anillo Único.

—¿El de *El señor de los anillos*? —pregunta por preguntar. Deja los ojos abiertos como platos. No se lo acaba de creer.

—Ajá.

—¿Y qué dice? —y gira el anillo intentando leer esos extraños caracteres.

—Es élfico —sonríe Xandro, cogiendo el anillo y tomando la mano de ella—. Dice «Un Anillo para gobernarlos a todos. Un Anillo para encontrarlos. Un Anillo para atraerlos y atarlos en las tinieblas». ¿Te lo pongo?

Emma sigue en estado de *shock*. Ni la más remota de sus neuronas reacciona. Jamás se le había pasado por la cabeza que tener el anillo único de los hobbits en su dedo fuera lo más romántico del mundo.

—Ahhh, claro, claro.

—No te lo esperabas, ¿eh? —le pregunta, riéndose.

—Qué va, para nada… —y estalla en una carcajada mientras se mira el anillo sin encontrar palabras para ese momento. Solo se le ocurre lo de «mi tesooorooooo», de ahí la risa.

En ese momento, el portalón de la casa se abre, de golpe, y sale la madre de Emma, que la riñe como si tuviera diez años y se estuviera demorando con los juegos en la calle:

—Pero ¡hija! ¡Que estamos esperándote para las fotos! ¿No crees que…? —se para en el acto al ver la escena: su hija dándole la mano a Xandro y este poniéndole un anillo en el dedo. Caramba ¡claro que sabe qué pensar! Y no cabe de gozo, porque piensa que ese poeta es una excelente persona y que su hija no podría estar con nadie mejor que él—. ¡Oh, vaya! ¿Es lo que me imagino? —cruza sus manos bajo la barbilla, en actitud rogante—. ¿Sí? ¿Os doy la enhorabuena?

—Sí, es lo que se imagina, Pepa —le dice Xandro. Y la abraza.

La pobre mujer, la novia radiante, deja escapar toda la tensión acumulada de ese día, su día grande. Un día que jamás hubiera imaginado que pudiera salir tan redondo, tan intenso, tan hermoso. Comienza a llorar en sus brazos, con grandes convulsiones. Cree que no le cabe tanta alegría dentro. Su boda y la noticia de que su hija ha encontrado, por fin, a una gran persona con la que compartir la vida. Dejarla en buenas manos, eso es lo que siempre ha querido para ella.

—Pero ¿qué pasa? ¿Qué te pasa, cariño? —sale Carlos, que no sabe cómo tomarse la escena: su reciente esposa llorando desconsoladamente en brazos del altísimo y desgarbado Xandro.

—Ay, Carlos —le dice Pepa, apartando las lágrimas con las dos manos, aunque en esos momentos aparece Héctor y le ofrece su impoluto pañuelo con sus iniciales bordadas a mano—. Gracias, majo —le dice—. Qué feliz soy, Carlos —y va hacia él, para abrazarle, para besarle, para repetirle que quiere estar con él toda su vida. Todo lo que le queda de vida.

Los invitados salen a ver qué ocurre, por supuesto, desparramándose por ese porche con vistas a unas tierras magníficas.

Y todos —excepto los primos de Emma, que vuelven dentro porque hace frío y murmuran que no tenían que haber venido—, acaban no solo abrazados entre sí, sino inmortalizados en las buenas fotografías que comienzan a hacer el fotógrafo y su ayudante. Algunas de esas imágenes serán ampliadas y enmarcadas y presidirán, dentro de un par de meses, en febrero, el salón de Pepa y de Carlos. Por cierto, ¿quién dijo que la habitación de Emma se mantendría tal cual? Pues resultará que no, porque pasará a ser un pequeño gimnasio con una

bicicleta elíptica, bosu y colchonetas para hacer ejercicios de suelo. Y en las paredes, varias fotografías de 13 x 18 de Emma y Xandro durante la celebración de este enlace nupcial.

Suena *Stumblin' In*, de Suzi Quatro y Chris Norman

Tras el banquete nupcial, el DJ pone *Stumblin' In*, de Suzi Quatro y Chris Norman, para dar comienzo al baile. Una gran bola de colores resplandece en el techo, dando vueltas y salpicando de color todas las paredes, gracias al montaje de luces rojas, azules y blancas. Es la canción elegida por Pepa y Carlos, que se dirigen con grandes risas a la pequeña pista de baile, en un lateral de la gran sala y ante una barra en la que un camarero se dispone a preparar las bebidas que a continuación se servirán. Bailan agarrados, llevando el compás de la alegre canción y sin dejar de mirarse en ningún momento. Tampoco dejan de sonreír.

Nadie diría que no son felices.

Nadie, de los allí presentes, puede asegurar en estos momentos si han visto alguna vez a una pareja más radiante que ellos, ajenos a lo que dice la canción, porque está en inglés y ni Pepa ni Carlos saben hablarlo ni entenderlo. Pero el estribillo les va que ni pintado, pues entre otras cosas dice que su amor está vivo.

Tras esa canción, y también por sugerencia de los novios, comienza a sonar *Sugar*, de Maroon 5, una canción que arrastra a la pista a Emma y a Luci, las primeras, recordando todo un tiempo anterior en el que ellas bailaban y bailaban, en aquellas discotecas de Bilbao o en fiestas privadas de amigos que ya dejaron de hacerlas. A ellas se unen otros invitados, pero cuando comienza a sonar *Can't Stop Te Feeling*, de Justin Timberlake, no hay nadie sentado, sino que todos danzan, alegres, inventando coreografías que siempre alguien copia.

Y a la hora de comenzar con las más tranquilas, llega *Un río que se va*, de Colectivo Panamera, a petición de Susana, que sale a la pista arrastrando a Juan. Ella la canta en voz alta («Sobra decirte lo felices que fuimos juntitos los dos»), aunque el volumen excesivo del equipo de música ensordece sus palabras. Mira a su marido de manera tierna y él también lo hace. Se ha afeitado la barba, lleva un traje comprado para la ocasión y Susana ha estrenado un vestido vaporoso, azul, que realza el volumen de su abdomen. Se puede pensar que todo ha vuelto a su cauce, que ellos vuelven a estar bien (que Susana vuelve a estar bien, queriendo que su matrimonio funcione. Sí, eso es lo que desea en esos momentos. Desea que en su vida resplandezca la felicidad y que se alejen todo tipo de tormentas).

Claro, cómo no.

Todos deseamos lo mismo.

A veces ocurre.

Otras, no.

En febrero, cuando ya estén reveladas las fotografías de esta boda

civil oficiada y celebrada en esta finca riojana con terraza panorámica, bodega subterránea con zona de cocina abierta al comedor, con almacén para las herramientas de trabajo y con el magnífico salón para banquetes donde se está disfrutando ahora mismo del baile, en febrero, Emma y Xandro ya estarán establecidos en Madrid.

Él, con su programa radiofónico en un teatro al que acudirán los oyentes para verlo en directo.

Ella, a punto de firmar un contrato por seis meses como contable en una empresa informática. Bueno, ella creerá que serán seis meses, pero la verdad es que no la dejarán irse.

La pareja pasará las vacaciones y los puentes en esta misma finca, que irán adecuando poco a poco y que utilizarán para su propio enlace justo cuando empiece el verano, en San Juan. En esa época, la luz del sol ya entrará abundantemente por los amplios ventanales del salón y la piscina de veinticinco metros ya estará limpia y a punto para recibir a los posibles bañistas. En su boda, el aperitivo se servirá en los porches cubiertos y con vistas espectaculares, mientras ellos estén en los viñedos posando en su sesión de fotos. Repetirán en la elección de los fotógrafos, pero el número de invitados se reducirá a solo una docena. No, no por miedo a contagio de algún tipo, sino porque así lo querrán ellos: algo íntimo, propio, solo los más queridos y allegados.

Y unos días después de esa boda, Susana dará a luz a un niño (sí, será un niño) al que llamarán Yuri (sí, un nombre japonés que significa «hombre con una gran capacidad para escuchar a los demás»). El día que reciban el alta del hospital, Juan estará trabajando a cien kilómetros de Logroño, en Ezcaray, y pedirá a Carlos y a Pepa que pasen a buscar a Susana. «Por favor, por favor», les suplicará al comprobar, horrorizado, cómo se le había echado el tiempo encima. «Cuanto antes», añadirá.

Mientras, en el hospital, Susana se pasará la mañana sentada al lado de la UCIN, esperando a que Juan venga a buscarla. El bebé, en brazos, cogido a su teta como un desesperado, el enorme cochecito a un lado, y Nancy resoplando y mirando el móvil una y otra vez por si hay algún mensaje del padre. Cuando Susana vea llegar a Pepa y a Carlos en lugar de a su marido, algo se le romperá por dentro y esa tristeza se instalará en su matrimonio, como una rendija por la que se filtrará todo tipo de suciedad y que irá taponando la reconstrucción de una relación que ya no podrá tener una continuidad.

Susana querrá enmascararlo con el nombre de «depresión posparto», pero no, ya sabemos que eso solo son palabras. Etiquetas. Solo es llamar a las cosas con otro nombre.

En San Juan, el día de la boda de Emma y Xandro, cuando algunos

invitados ya comiencen a despedirse y otros continúen sentados de cualquier manera, charlando y riendo, hablando y gesticulando, el fotógrafo y su ayudante conseguirán las últimas imágenes. Como las de Luci y Héctor, que serán fotografiados sin que se den cuenta. En una de esas instantáneas, que los fotógrafos revelarán en blanco y negro, sabrán captar la mirada que ambos sostenían en ese momento de apaciguamiento, sentados a la mesa, ya con las servilletas desplegadas de cualquier manera, ya con las velas apagadas, pero con las flores naturales aún intactas. La sonrisa entregada de ambos. La contemplación, el reconocimiento. Y es que Luci y Héctor se mirarán desde un lugar muy lejano, con cierta sorpresa. Como si fuera un lugar en el que ya se habían encontrado, a saber cuándo, en qué año, en qué siglo. Como si se recordaran de una vida que les pareció dichosa, en un espacio y en un tiempo inexistente.

Ambos se mirarán en ese momento y lo recordarán. No solo eso: ansiarán volver a vivirlo. Y justo en ese momento el fotógrafo logrará la espectacular fotografía. Cuando Luci y Héctor la vean revelada dos meses después, pedirán su ampliación y la enmarcarán para colocarla sobre el cabezal de la cama que comenzarán a compartir en el piso de él, tan japonés, tan ordenado, tan equilibrado en todos los sentidos. Y es que Luci dejará de vivir arriba y decidirá irse a vivir abajo, junto a Héctor, a su lado, acompañados de sus respectivos gatos, Moctezuma y Malinche.

Y de noche, cuando compartan la cama, él la rodeará con su brazo, y olerá su cabello antes de dormir. Un ritual para no perderla durante el sueño, para poder recuperarla cuando abra los ojos a la mañana siguiente.

Casi podemos aventurar que lo del final feliz, con ellos (sobre todo, con Luci), no solo será factible, sino que causará asombro e incredulidad entre todos sus allegados.

Pero así será, porque no hay nada imposible para un amor que había llegado de muy lejos.

De Japón, parece ser.

O de la Amazonia peruana.

He decidido situar esta novela en la ciudad de Logroño (La Rioja) porque siento admiración por ella. Sin embargo, huelga decir que tanto los lugares reales que nombro como los inventados forman parte del entramado de esta historia que es ficción, como todo lo que escribo. En relación con los personajes, principales o secundarios, tengo que decir lo mismo: solo viven en mi imaginación.

El poema titulado *Ya es invierno*, que Xandro Ulloa lee en el capítulo 6, es de mi autoría. Pertenece al poemario *El estrés de las libélulas* y, mientras trabajaba en esta novela, ignoraba que un año después sería editado por Libros del Aire y que saldría a la luz al mismo tiempo que *Luci Fer vive arriba*.

BANDA SONORA DE *LUCI FER VIVE ARRIBA*

Escucha las canciones de la novela en Spotify:

Luci Fer vive arriba (https://open.spotify.com/playlist/7LYfbPZqqY8wA9ndH2TsWN).

AGRADECIMIENTOS

Quiero dar las gracias a las editoras M.ª Eugenia Rivera y Elisa Mesa y a todo el equipo de HarperCollins y Harlequin por su profesionalidad y entusiasmo. Por enamorarse de esta historia. Por el respeto y el cariño ofrecido. A Adita Heredero, por acompañarme en las correcciones.

Gracias, también, a los amigos y familiares que se alegran con cada una de mis obras, que las compran, que las regalan, que las recomiendan, que me acompañan en las presentaciones.

A José M.ª Pallarés, por el espacio y el tiempo.

A Belinda Marín y Félix Muñoz, en Logroño.

A Mari Luz Pastor, Esther Molano, Fina Castaño y Mª Teresa Martínez, en Sabadell.

A los lectores, siempre.


N#1 BEST SELLER DE THE NEW YORK TIMES
DANIEL
SILVA
ELLA ERA SU SECRETO MEJOR GUARDADO
LA OTRA
MUJER
HarperCollins
Thriller

La otra mujer

Silva, Daniel

9788491393566

496 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

En un pequeño y aislado pueblo de la serranía de Málaga vive una misteriosa mujer de nacionalidad francesa que ha empezado a escribir unas memorias más que peligrosas.

Es la historia de un hombre al que una vez amó en Beirut, años atrás, y de un hijo que le arrebataron en nombre de la traición. Esta mujer es la guardiana del secreto mejor guardado por el Kremlin: hace décadas la KGB infiltró a un agente doble en el mismo corazón de occidente, un topo que hoy se encuentra a las puertas del poder absoluto.

Solo una persona puede arrojar luz sobre esta conspiración: Gabriel Allon, el ya legendario restaurador de arte y asesino que hoy sirve como director del eficacísimo servicio secreto israelí. Gabriel ya ha tenido que combatir, anteriormente, a las oscuras fuerzas de la nueva Rusia, con un elevado coste personal. Ahora él y los rusos se enzarzarán en una épica confrontación final con el destino del mundo que conocemos en la balanza.

Gabriel se ve empujado en medio de la conspiración cuando su activo más importante dentro de la Inteligencia rusa es asesinado mientras intentaba desertar en Viena. Su búsqueda de la verdad le llevará atrás en el tiempo, hasta la traición más grande del siglo _ para terminar en las riveras del Potomac fuera de Washington.

Rápido como una bala, extrañamente bella y llena de dobles sentidos y giros en la trama, esta novela es un verdadero tour de force que demuestra una vez más que Daniel Silva es simplemente el mejor escritor de novelas de espías de nuestro tiempo

"Otra joya para la deslumbrante corona del maestro de la novela de espías… En esta encontramos incluso una historia de fondo más elaborada de lo normal, es tan convincente como lo es el tenso drama que se despliega lentamente para terminar en un estupendo final".

Booklist

"Excelente…los lectores quedarán cautivados tanto por la historia como por las tramas tan actuales con las que Silva juega con delicadeza".

Publishers Weekly

"La otra mujer es desde ya un clásico que afianza a Daniel Silva como uno de los mejores novelistas de espías que el género ha conocido".

CrimeReads

Cómpralo y empieza a leer


EL
CHICO QUE
SE COMIÓ
EL UNIVERSO
TRENT
DALTON
HarperCollins
Narrativa

El chico que se comió el universo

Dalton, Trent

9788491393801

464 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

El chico que se comió el universo, además de ser elegido libro del año en Australia, ha sido destacado en Amazon Estados Unidos como debut destacado y seleccionado como uno de los 10 mejores libros del mes de abril.

Ambientado en un empobrecido suburbio de la ciudad de Brisbane (Australia), El chico que se comió el universo es la inolvidable historia de Eli, un chico de doce años (y de su sabio y mudo hermano mayor August) que está intentando averiguar qué significa ser un buen hombre a partir de las figuras paternas que tiene: el septuagenario Slim Halliday, el prisionero huido de la justicia más famoso de Australia y babysitter de los hermanos; su padrastro de gran corazón y traficante de drogas Lyle; su padre, un alcohólico abrumado por la ansiedad; y su madre a la que reverencia. También es la historia de un chico joven que se enfrenta a un enemigo real y genuinamente terrible: Tytus Broz, un empresario local del que se rumorea reutiliza partes de los cadáveres de sus enemigos asesinados en su compañía de extremidades artificiales, y además es un capo de la heroína. Su vida es una divertida y desgarradora mezcla de lo cotidiano y lo vulgar, convertido en algo fascinante por el pragmatismo y la falta de cinismo de Eli.(…) Conmovedora, hilarante y con una imaginación sin fin, esta novela es una carta de amor a la ternura masculina ambientada entre una serie de sangrientas amputaciones y chutes provenientes del Triángulo de Oro.

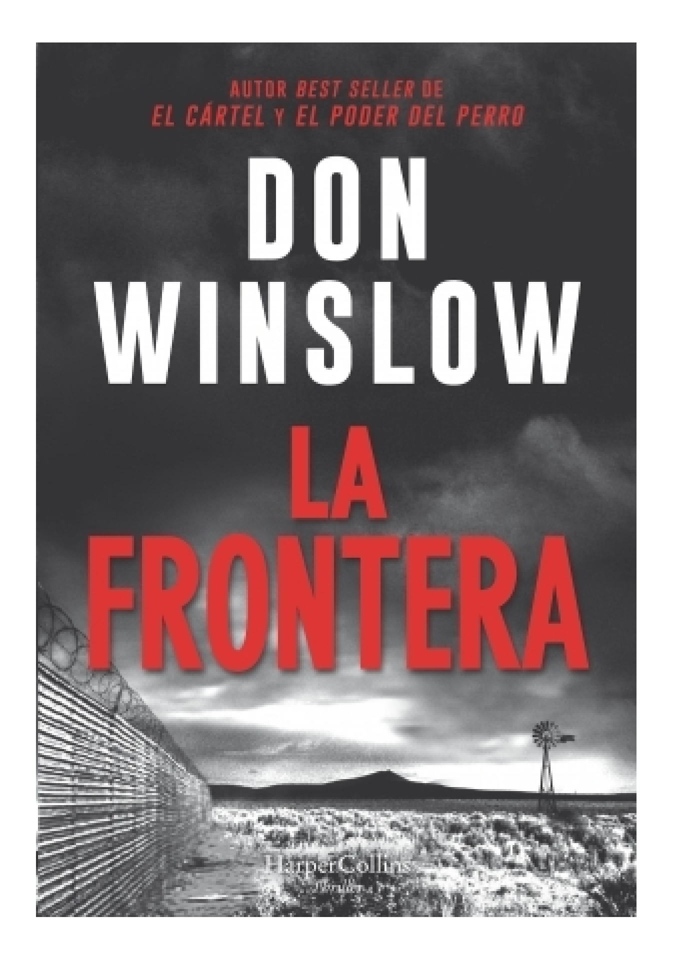
"Gozoso. Sencillamente gozoso. Me abrazaba a mí mismo mientras lo leía. Mi corazón se aceleraba, crecía y llegaba a estallar; mis ojos derramaron lágrimas; el estómago me daba punzadas. El chico que se comió el universo es —y no puedo pensar en otra palabra más adecuada— mágico. Es un debut vibrante, vitalista, además de milagroso sobre la llegada de la madurez contado por un exquisito y dotado narrador… y, lo que, es más, es transformadora: después de

leer el libro de Trent Dalton no volverás a ser el que eras antes".
A.J. Finn autor de *La mujer en la ventana*.

"Recomendada para cualquiera que aprecie reírse y llorar a la vez".
Katy Ball, Amazon.

"Un logro excepcional. Es el *Cloudstreet* de los bajos fondos criminales de los suburbios australianos".
Herald Sun

Cómpralo y empieza a leer


AUTOR BEST SELLER DE
EL CÁRTEL y EL PODER DEL PERRO
DON
WINSLOW
LA
FRONTERA
HarperCollins

La frontera

Winslow, Don

9788491393580

792 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

La explosiva y más que esperada conclusión de la **trilogía Cártel**.

¿Qué haces cuando ya no hay fronteras? ¿cuándo las líneas que creías que existían sencillamente se han esfumado? ¿Cómo te mantienes de pie cuando ya no sabes realmente de qué lado estás?

La guerra ha llegado a casa.

Hace cuarenta años que Art Keller está en primera línea de fuego del conflicto más largo de la historia de EE.UU.: la guerra contra la droga. Su obsesión por derrotar al capo más poderoso, rico y letal del mundo —el líder del cártel de Sinaloa, Adán Barrera— le ha costado cicatrices físicas y mentales, tener que despedir a personas a las que amaba e incluso se ha llevado parte de su alma.

Ahora Keller se encuentra al mando de la DEA viendo cómo al destruir al monstruo han surgido otros treinta que están llevando incluso más caos y destrucción a su amado México. Pero eso no es todo.

El legado de Barrera es una epidemia de heroína que está asolando EE.UU. Keller se lanza de cabeza a frenar este flujo mortal, pero se encontrará rodeado de enemigos, personas que quieren matarle, políticos que quieren destruirle y, aún peor, una administración entrante que comparte lecho con los traficantes de drogas que él quiere destruir.

Art Keller está en guerra no solo con los cárteles, sino con su propio gobierno. La larga lucha le ha enseñado más de lo que nunca habría imaginado, y ahora aprenderá la última lección: no hay fronteras.

Una emocionante historia de venganza, violencia, corrupción y justicia.

"Lo que hace falta en una novela es que uno sienta el impulso físico de ir internándose en lo desconocido, que escuche una voz poderosa y a la vez una multitud de otras voces; que quiera llegar al final para saberlo todo y quiera también que la novela no termine. Antes de tener uso de razón, yo me hice adicto a las novelas porque me daban todo eso. Me lo vuelven a dar con generosidad desbordada estas novelas de Don Winslow".

Antonio Muñoz Molina, *Babelia, El País*

Cómpralo y empieza a leer


El secreto del Cónclave
Carlo A. Martigli
Una investigación del joven Sigmund Freud
HarperCollins
Novela histórica

El secreto del cónclave

Adolfo Martigli, Carlo

9788491392248

304 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Roma, 1903: la calma de la dulce noche de verano se ve perturbada por un delito perpetrado en el lugar más inviolable, el Vaticano. Un guardia suizo ha sido hallado muerto junto a una criada. El viejo Papa tiene las manos atadas: una investigación oficial levantaría una polvareda y pondría en entredicho la credibilidad de la Iglesia. El padre eterno se encargará de castigar al culpable. Pero lo que León XIII desea impedir a toda costa es que, después de su muerte, la cátedra de san Pedro sea ocupada por alguien implicado en el crimen.

Así, para resolver el misterio con la debida discreción, León XIII decide hacer uso de la experiencia de un joven médico vienés de quien se dice que ha elaborado teorías que revolucionarán para siempre el análisis de la mente humana: Sigmund Freud. Con su método psicoanalítico, Freud deberá sacar a la luz el secreto que se oculta en el corazón de uno de los cardenales destinados a convertirse en el próximo Papa.

De la pluma de uno de los autores más importantes de novela histórica surge esta novela de ritmo rápido y apasionante, la primera investigación del doctor Sigmund Freud.

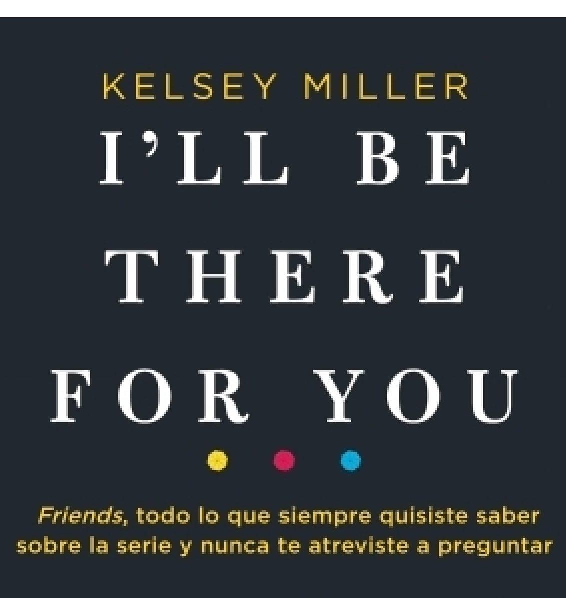
"Intrigas y delitos en el Vaticano. Freud investiga por encargo del papa. El libro de Carlo A. Martigli es una ficción imbricada en un contexto histórico y simbólico riguroso. La trama se desarrolla en el terreno pantanoso del psicoanálisis. Una ficción nítida inmersa en un contexto histórico-simbólico riguroso ".

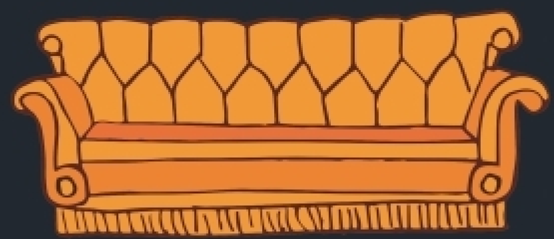
Il Corriere della Sera.

"Martigli es un narrador muy hábil cuando se trata de escribir novelas que mezclan la fantasía y los hechos reales, y El secreto del cónclave confirma su indudable talento. Además, podría ser solo el comienzo de un Freud detective de excepción".

La Repubblica

Cómpralo y empieza a leer





HarperCollins

I'll be there for you

Miller, Kelsey

9788491393429

320 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Actualmente se recuerda a *Friends* como un icono de la comedia de los años noventa, cuando empezaba a despuntar la nueva pasión por la ficción televisiva. Pero en 1994, cuando se estrenó la serie, nadie esperaba que tuviera un éxito tan arrollador. Desde sus fulgurantes inicios, pasando por sus altibajos y por el resurgimiento posterior que ha experimentado, *Friends* ha mantenido un vínculo insólito con su público, que la ve al mismo tiempo como un reflejo de su propia vida y como una ilusionante vía de escape de la realidad cotidiana. En los años transcurridos desde entonces, la serie ha evolucionado de superéxito televisivo a revival nostálgico y, por último, a clásico indiscutible. Ross, Rachel, Monica, Chandler, Joey y Phoebe forman ya parte del panteón de los grandes personajes de la televisión, y sin embargo sus historias siguen teniendo vigencia hoy en día.

La periodista Kelsey Miller, especializada en cultura pop, revive los momentos más relevantes de la serie arrojando luz sobre sus elementos más polémicos y examinando las tendencias mundiales a las que dio lugar, como la cultura contemporánea del café o el corte de pelo a lo Rachel que hizo furor en los años noventa. El relato de Miller no solo nos permite entrever cómo se forjaba *Friends*, sino que sigue el ascenso de sus actores al estrellato y desvela la compleja relación que establecieron con sus personajes. *I'll be there for you* es la retrospectiva definitiva sobre *Friends*, no solo para los fans de la serie, sino para cualquiera que se haya preguntado alguna vez por qué esta comedia televisiva tuvo un impacto tan duradero.

"¿Se puede escribir con el cariño de un fan acerca de por qué una serie es al mismo tiempo intemporal y obsoleta? ¿Acerca de por qué merece la pena volver a verla y por qué a veces lo lamentas? El libro de **Kelsey Miller** sugiere que sí".

Linda Holmes, presentadora del programa radiofónico *Pop culture happy hour*

"Muy bien documentado y rebosante de anécdotas jugosas, el relato de **Kelsey Miller** sobre el fenómeno *Friends* es un viaje nostálgico, emocionante y un tanto agridulce que permite vislumbrar al lector los entresijos de una serie de ficción que plasmaba esa fase de nuestras vidas en que los amigos ocupan el lugar de la familia".

Erin Carlson, autora de *I'll have what she's having: how Nora Ephron's three iconic films saved the romantic comedy*

"Miller no se limita a analizar las inusuales circunstancias que dieron origen a una serie de televisión tan influyente, sino que responde a una pregunta que me ha intrigado durante años: ¿por qué *Friends* tiene aún tantos seguidores?".

Anne Helen Petersen, periodista cultural en *BuzzFeed*

Cómpralo y empieza a leer